Ann Patchett

# ESTOS DÍAS PRECIOSOS

AdN

Ann
Patchett

# ESTOS DÍAS PRECIOSOS

Traducido del inglés por
Carmen Francí y Arturo Peral

AdN Alianza de Novelas

*Para Maile Meloy*

# Introducción.
# Los ensayos nunca mueren

La primera vez que recuerdo haber pensado en serio en mi propia muerte fue a los veintiséis años y estaba escribiendo mi primera novela, *The Patron Saint of Liars*[1]. Dondequiera que fuera, llevaba conmigo a todo el reparto: las heroínas, los héroes, los personajes secundarios, además de las ciudades en las que vivían, sus casas y sus coches, todas las calles, los árboles y el color de la luz. Cada día ponía en el papel un poco más de su historia, pero todo lo que estaba por venir existía solo en mi cabeza. Confío el texto a la memoria y trabajo sin esquemas ni notas, y por eso me atormentaba la idea de salirme en una curva en el peor momento, o de ahogarme en el mar (esta segunda posibilidad resultaba más plausible, puesto que vivía en Provincetown, Massachusetts, en cuyas gélidas aguas nadaba y, además, era propensa a los calambres).

Si moría, me llevaría conmigo el mundo entero de mi novela; no sería una gran pérdida para la literatura, sin duda, pero la idea de que todas las almas que tenía dentro se perdieran me resultaba insoportable. Aquellas personas eran responsabilidad mía. Yo las había inventado y quería que tuvieran una oportunidad. El fantasma de mi muerte me acompañó hasta la conclusión de la novela, y, cuando la terminé, la muerte se fue de vacaciones.

Pero la buena suerte no dura para siempre. A los pocos capítulos de mi segunda novela, ahí estaba la muerte, retomando la conversación justo donde la habíamos dejado. Por entonces vivía en Montana, un estado lleno de muertes potenciales por las que nunca antes me habría preocupado: que me cayera de un sendero por la ladera de una montaña, que me arrollara un camión maderero desbocado, que me devorara

un puma o un oso. Cada excursión se convertía en una meditación sobre la mortalidad. Pero, al escribir la última página de la novela, la muerte se fue sin mediar palabra. Durante la revisión, la edición, las galeradas y la gira del libro nunca se me pasó por la cabeza la posibilidad de que se quebrara la capa de hielo que cubría el río y la corriente me arrastrara.

Cuando la muerte volvió por tercera vez fue, como siempre, sin demasiada ceremonia. Por entonces estaba inmersa en mi tercera novela y ya llevaba suficiente tiempo de oficio para reconocer el mecanismo.

Mi vida profesional ha seguido marcada por esta relación intermitente, y, por raro que parezca, no es un problema solo mío. Una amiga, antes de subirse a un avión, me envía instrucciones sobre cómo encontrar una memoria USB con los archivos de su novela inconclusa; otra amiga me pregunta si, en caso de que muriera, podría yo terminar su libro. «He dejado un post-it en el ordenador —me explica— que dice que el final lo escribirás tú.»

Según una pequeña investigación que he hecho sin rigor alguno, los escritores que ya estaban inmersos en un proyecto cuando irrumpió la pandemia no tuvieron problemas para continuar, pero los que todavía no habíamos empezado o acabábamos de hacerlo nos quedamos petrificados. Esta vez la muerte se me había adelantado y me preocupaba antes incluso de tener la idea completa de una novela. ¿Qué sentido tenía empezar si no viviría para terminarla? Lo cual no significaba necesariamente que creyera que iba a morir por el coronavirus, de la misma manera que tampoco había creído que fuera a ahogarme en el Atlántico o que me iba a devorar un oso, pero todas esas posibilidades eran posibles. El año 2020 no parecía el mejor momento para formar una familia, fundar un negocio o empezar una novela.

Por supuesto, seguía escribiendo artículos. Siempre estoy escribiendo artículos: ochocientas palabras para un periódico de Londres sobre lo que significa ser propietaria de una librería, mis diez libros favoritos del año para una revista de Australia, una introducción para un clásico recién reeditado,

quizá incluso un texto corto sobre perros. La escritura de estos textos no me ocupaba todo el día, pero me recordaba que seguía siendo escritora cuando no estaba escribiendo una novela.

Y así encontré una vía de escape: la muerte no se interesa por los artículos.

¿Por qué no lo había visto antes? Cuando escribí mi primera colección de artículos, *This is the Story of a Happy Marriage*[2], la muerte ni siquiera se molestó en repiquetear en mi ventana. El libro me parecía tan tremendamente personal que lo único que me preocupaba era a quién iba a molestar, así que ni se me pasó por la cabeza la posibilidad de pisar una serpiente. Me di cuenta de que con ninguno de los artículos que he escrito a lo largo de mi vida he oído de cerca el etéreo sonido de la muerte afilando su guadaña. ¿Se habría marchado porque no podía arrasar con un inmenso elenco de personajes imaginarios? ¿O era porque las cosas que yo escribía en los artículos eran ciertas, verificables? Si desapareciera de repente en mitad de la redacción de un artículo, habría alguien por ahí capaz de concluirlo después de investigar un poco. Puede que no lo escribiera igual que yo, pero tendría a mano los mismos hechos. O quizá los propios hechos fueran la clave. Se puede matar la imaginación, pero los hechos son muchísimo más difíciles de eliminar. Quizá no lo parezca, ya que el tiempo se esfuerza sin descanso en borrar los hechos —y este país se esfuerza sin descanso—, pero los hechos encuentran el modo de emerger, y el tiempo confiere mayor brillo a una realidad imposible de hundir. Quizá esa fuera la razón por la que a la muerte no le interesan los artículos: los ensayos nunca mueren. Decidí dedicarme de lleno.

Empecé a escribir textos más largos, pero solo para mí. ¿A cuento de qué venía ese deseo repentino de tirar objetos? ¿Qué significaba en ese punto de mi vida no tener hijos? Otros artículos surgían de conversaciones que tenía con amigas, en particular el texto de mis tres padres. Cuando su padre murió, mi amiga Kate me dijo que iba a escribir sobre él. Yo llevaba quince años pensando en escribir sobre mis tres padres, pero nunca había reunido el valor para hacerlo. Le pregunté a Kate

si podía copiarle la idea. Escribir es un trabajo de lo más solitario, pero en este caso su compañía me dio valor.

Hasta que escribí el texto que da título a esta colección, «Estos días preciosos», no me di cuenta de que tendría que publicar un libro con todo lo escrito. Aquel escrito era tan importante para mí que quería construirle un refugio firme. Empecé a escribir más textos. Eché la vista atrás en busca de artículos de los últimos años. Descarté la mayoría, pero seleccioné los mejores y los reescribí. Resulta maravilloso volver a algo que tiene varios años, ver sus defectos con la plenitud del tiempo y tener la oportunidad de corregirlo y pulirlo, o, en algunos casos, tirarlo entero y escribir una versión mejor. Eso precisamente era algo que no había podido hacer con las novelas. A través de esos artículos me veía a mí misma intentando resolver los mismos temas en la escritura y en la vida: qué necesitaba, a quién quería, de qué podía desprenderme y cuánta energía iba a costarme.

Una y otra vez me preguntaba qué era lo que más me importaba en esta vida precaria y preciosa.

En cuanto a la muerte, sigo teniendo suerte. Su indiferencia a lo mejor no mengua nunca, aunque sin duda volverá más tarde a rondarme. La muerte siempre acaba pensando en nosotros. La clave es encontrar entretanto la alegría y aprovechar los días que tenemos.

---

1 Inédito en castellano. Traducible como *El santo patrón de los mentirosos. (N. de los T.)*

2 Inédito en castellano. Traducible como *Esta es la historia de un matrimonio feliz. (N. de los T.)*

*Darrell Ray, Ann Patchett, Frank Patchett y Mike Glasscock.*
*Septiembre de 2005. © Orman & Photographers.*

# Tres padres

El matrimonio siempre ha resultado irresistible para mi familia. Lo intentamos, fracasamos y lo volvemos a intentar, y nos las arreglamos para mantener la fe en una institución que nos ha hecho a todos quedar como idiotas. Yo me he casado dos veces, igual que mi hermana. Nuestra madre se casó tres veces. No lo teníamos previsto. Queríamos acertar a la primera, pero no lo conseguimos. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía cinco años. Mi madre y mi padrastro Mike se separaron definitivamente cuando yo tenía veinticuatro. Mi madre se casó con Darrell cuando yo tenía veintisiete, y siguieron juntos hasta que él falleció en 2018, cuando yo tenía cincuenta y cuatro.

Mis problemas no venían de la necesidad. Sufría de abundancia: demasiado y demasiados. Hay problemas peores.

La segunda vez que mi hermana, Heather, se casó quiso una boda de verdad. Bill, su nuevo marido, y ella dieron una fiesta estupenda en un granero renovado y convertido en un salón de celebraciones. Contrataron una banda de *swing* con un cantante atractivo —tanto Heather como yo nos quedamos coladísimas por él, pero ahora ninguna de las dos recuerda su nombre—. Karl y yo nos habíamos casado sin avisar unos meses antes y las hermosas palabras de amor y de compromiso seguían frescas. Bebimos champán, bailamos en grupo e hicimos pompas de jabón que flotaban en el cielo nocturno por encima de la novia y del novio. Solo mi padrastro Mike guardaba silencio. Su tercer matrimonio estaba en las últimas y se había vuelto a enamorar de mi madre. Pero mi madre estaba feliz con Darrell, así que Mike bailó conmigo casi toda la noche.

Mi padre, que siempre había odiado a mi padrastro, lo odiaba menos ahora que él también había perdido a mi madre. En la boda de mi hermana, mi padre se conformó con odiar a

mi madre, a pesar de que lo hubiera dejado por mi padrastro en 1969. A la luz de las lucecitas blancas que envolvían las vigas del techo, el amor que mi padrastro profesaba por mi madre y el odio que mi padre sentía por esta resultaban sorprendentemente similares.

Darrell no percibió nada de esto. Se había caído por las escaleras de ladrillo que conducían a la puerta trasera de su casa ocho semanas atrás y se había fracturado varias vértebras. Llevaba un corsé ortopédico por debajo del traje y de las vestiduras litúrgicas. Era pastor presbiteriano retirado y ofició la boda de mi hermana, a pesar del dolor que le causaba andar, estar de pie y respirar. Se quedó a la cena y después alguien lo llevó en coche a casa.

Pero la historia que quiero contar empezó justo después de la ceremonia y antes de la recepción, mientras se hacían las fotografías. O puede que empezara meses antes, cuando caí en la cuenta de que mis tres padres iban a asistir a la boda de Heather. Era el equivalente familiar de un eclipse solar total. Quería una foto.

Llamé primero a mi padre, porque creía que se iba a negar, pero me sorprendió. «Claro —dijo—, estupendo.» Le daba igual. Entonces le pregunté a Mike, que habría removido cielo y tierra para conseguirme la Estrella Polar si se me hubiera antojado. Dudó, pero después también accedió. No le gustaba la idea, pero, por lo que a mí respectaba, no tenía por qué gustarle. Sería cuestión de dos minutos. Darrell no conocía aún a mi padre y solo había coincidido con mi padrastro una vez, y de pasada. A diferencia de mi padre y mi padrastro, Darrell no me debía nada, pero aceptó.

La boda se celebró a finales de septiembre, un día despejado, luminoso y aún algo cálido. Después de que Heather y Bill se fotografiaran con todas las combinaciones posibles de familiares y amigos, junté a los maridos de mi madre. En una foto salen solo ellos tres con sus trajes oscuros, y en la otra estoy yo entre ellos con mi vestido granate de dama de honor. Una mano se la doy a Darrell, la otra a Mike, y mi padre en medio me pone la mano en la cintura. Se diría que me están sujetando. Mi padre es el guapo, cuyo rostro muestra

auténtica felicidad por el día. Darrell sonríe con valor, muy tieso por el corsé ortopédico. Y Mike parece que vaya a escaparse del encuadre en cuanto le suelte la mano.

—Allí estábamos, esperando al fotógrafo —me contó mi padre más tarde por teléfono—, y Mike dijo: «Sabéis lo que está haciendo, ¿verdad? Va a esperar a que los tres estemos muertos para escribir sobre nosotros. Esta foto acompañará al texto».

Mi padre dijo que la idea no se le había ocurrido, y tampoco se le había ocurrido a Darrell, pero en cuanto Mike lo dijo supieron que tenía razón.

Y la tenía. Eso era exactamente lo que pretendía hacer. Y es exactamente lo que estoy haciendo ahora.

Los tres padres murieron en el orden en el que mi madre se había casado con ellos, y murieron en orden inverso a su estado de salud. Mi padre fue el primero, a pesar de haber tenido por religión la bicicleta elíptica, la cinta de correr y las máquinas NordicTrack. Pasó cuatro años muriendo poco a poco de una enfermedad neuronal llamada parálisis supranuclear progresiva que acabó por confinarlo a una silla de ruedas. Mi madrastra cuidó de él en casa, un trabajo hercúleo que permitió que mi padre muriera en su cálida cama de matrimonio.

Mike no tuvo una cuarta mujer. Pasó los últimos dos años viviendo con su hija mayor, Tina, la cual le dio todo el amor y las atenciones que él le había negado durante la infancia. Mike hizo que la muerte pareciera fácil. Tenía un principio de demencia y, seis semanas después de que le diagnosticaran fallo renal, falleció dulcemente mientras dormía.

Darrell hizo que la muerte pareciera difícil. Llevaba décadas sin estar bien. Después de romperse la espalda tuvo varias caídas acompañadas de fracturas, un accidente de coche espantoso, le pusieron un *shunt* cerebral por hidrocefalia y pasó por dos tipos de cáncer. Pero siguió viviendo. Sentada junto a su cama en la residencia asistida donde pasó sus últimos e insoportables años, volví a pensar en la fotografía. Él era el

último, el que tenía el papel más pequeño en mi vida. Sostuve su esquelética mano y pensé en lo que escribiría cuando hubiera fallecido.

Pero cuando al fin llegó la muerte, me di cuenta de que ya no quería pensar en Darrell. No quería pensar en ninguno de ellos. Al igual que mi hermana y mis hermanastras, que mi madre y mi madrastra, había pasado demasiados años viéndolos llegar y marcharse. Volví a la residencia asistida a vaciar la habitación de Darrell la noche en que murió, a llevar las cajas de pañales y suplementos alimenticios a la sala comunitaria por si alguien los quería y a donar a Goodwill sus libros de bolsillo y sus descomunales zapatos. Cuando terminé estaba harta. Y lo estuve mucho tiempo.

En 1974, mi padre se suscribió a la colección de *Los cien mejores libros de todos los tiempos* de la Franklin Library. Eligió la opción de lujo: tapas de cuero, guardas de muaré de seda, lazos de satén cosidos como marcapáginas, bordes dorados con oro de veintidós quilates en todas las páginas. Cuando la Franklin Library pensó en este servicio de suscripción mensual, tenía en mente a clientes como mi padre. No solo pretendía comprar los libros, sino que pretendía leerlos. Quería ser el tipo de persona que se sienta en su biblioteca compuesta por libros con encuadernación de cuero y lomos repujados a leer *El regreso del nativo.* Un mes tras otro, un año tras otro, gastó una considerable suma de dinero para convertirse en esa persona.

Mi padre fue el tercero de siete hermanos. Nació en 1931 y fue el primer Patchett alumbrado en los Estados Unidos. Sus padres fueron de Inglaterra a California en busca de trabajo, y, tras largo tiempo sin lograr nada —en plena Gran Depresión—, su padre consiguió un empleo de maquinista en Columbia Pictures. Pero cuando los escenógrafos hicieron una huelga, él la secundó por solidaridad, y los excluyeron a todos del circuito de los estudios. Mi abuelo acabó siendo conserje en *Los Angeles Times,* un trabajo sucio, porque la tinta terminaba por manchar las manos a todos. Más tarde le consiguió un empleo a mi abuela allí mismo, en la cafetería. La familia de nueve

miembros convivía en una casa de tres dormitorios en Council Street, cerca de Echo Park, en Los Ángeles. Mi padre dormía en un catre en el porche trasero.

Cuando mi padre dejó la Marina, volvió a Council Street y trabajó en una licorería durante un par de años mientras se postulaba al Departamento de Policía de Los Ángeles. Lo rechazaban una y otra vez porque el médico decía que tenía algún problema de corazón, hasta que al fin otro médico dijo que su corazón no tenía problema alguno. Se hizo agente de policía. Se casó con mi madre, una enfermera muy guapa. Tuvieron dos hijas y se compraron una casa en Rossmoyne Avenue, en Glendale. Después mi madre se enamoró de Mike, que era médico en el hospital donde ella trabajaba, y, cuando Mike se mudó a Tennessee, ella hizo las maletas y nos fuimos tras él.

Sin nosotras, mi padre puso la casa de Rossmoyne en alquiler y regresó a Council Street. Vivía con su padre y su hermana Cece, que trabajaba para la compañía telefónica. Cuando Heather y yo volábamos desde Nashville para visitarlo en verano, dormíamos en la cama de Cece, y ella dormía en el sofá. Se las apañaba para convencernos de que en realidad ella prefería dormir ahí. Nuestro padre volvía a su catre en el porche. Después del desembolso anual de dos billetes de avión, destinaba los ahorros que le quedaban para llevarnos a Disneylandia o a Knott's Berry Farm, pero el cementerio de Forest Lawn era nuestro sitio preferido. La entrada era gratuita. Llevábamos la comida, recorríamos senderos que cruzaban un césped impecable para ver el lugar en el que las estrellas de cine estaban enterradas y luego íbamos a disfrutar del aire refrescante y frío de la floristería, que parecía un refugio veraniego para *hobbits*. El olor a claveles de aquel sitio era apabullante, es un perfume que todavía asocio a tardes felices en el cementerio.

Nuestro padre volvió a la casa de Rossmoyne cuando se casó con nuestra madrastra. Ella la transformó en un hogar acogedor en el que siempre éramos bienvenidas. La Franklin Library amplió la oferta a más de cien obras, y mi padre también compró las recién llegadas. Después se suscribió a las

*Colecciones presidenciales.*

Todos los libros llegaban con un folleto que incluía un resumen del texto y algunas preguntas de estudio dignas de consideración. Pronto quedó claro que mi padre no iba a leerse la *Orestíada* un mes y el *Decamerón* el siguiente, pero leía religiosamente los folletos y los guardaba en una cajita que le habían mandado para ese fin. Creía que acabaría poniéndose al día, ya fuera en unas vacaciones o al jubilarse. Quería leer los libros y quería que los libros fueran leídos. Estaba encantado cuando me sentaba con *La roja insignia del valor* u *Orgullo y prejuicio* durante las visitas veraniegas. Me dejó llevarme su ejemplar de *Anna Karénina* al apartamento que mi madrastra y él habían comprado en Port Hueneme, en la costa al norte de Los Ángeles. Me pasaba un día tras otro leyendo en el salón sin ir a la playa.

Se podría pensar que era el padre perfecto para una escritora. Y yo diría que sí y que no.

A pesar de todo su amor por los libros, mi padre creía que el desarrollo infantil dependía de la habilidad para jugar al voleibol. Si cuando me encontraba en las playas del sur de California dudaba de que fuera cierto, en el colegio femenino católico al que íbamos mi hermana y yo estaba completamente segura de que no lo era. Desde la otra punta del país mi padre quería moldearnos. Tuvo más suerte con mi hermana. Heather era tres años y medio mayor. Había pasado tres años y medio más con él. Cuando mi padre le decía en qué asignaturas matricularse, en qué clubes inscribirse y cuántos abdominales hacer cada noche, ella le hacía caso. Yo no. Cuando yo tenía nueve años, le mandó una red de voleibol, una pelota y diez dólares como paga por obligarme a jugar. Ella tenía que ser su emisaria y mi entrenadora, pero por aquel entonces nos peleábamos como lobas. Heather extendió la red desde el garaje hasta la valla y luego la quitó, porque puedes llevar a tu hermana hasta la red de voleibol, pero no puedes obligarla a jugar.

Mi padre quería que me aficionara al deporte. Quería que me apuntara a algún equipo, que me inscribiera en un club o que fundara uno. Quería que me presentara candidata a

cualquier organización que tuviera elecciones. Quería que me presentara a audiciones, que me ofreciera voluntaria, que me apuntara a algo, que participara. Cuando le explicaba que no tenía ningún interés por la sororidad del instituto que él proponía, me recomendaba que me uniera a la organización, que trepara en la jerarquía y que cambiara el sistema desde dentro. Quería que me infiltrara.

Lo importante, me decía, era estar bien equilibrada, pero yo no tenía ni un pelo de equilibrio. Buscaba otro libro y me escondía en un rincón. Le dije que iba a ser escritora. A mi padre no le importaba que leyera —él mismo era buen lector—, pero me contestó que no se imaginaba cómo conseguiría llegar a ser escritora.

Estoy segura de que sentirse invisible para el propio padre es algo habitual, pero el hecho de que yo viera a mi padre solo una semana al año hacía que esa condición fuera literal. Mi padre y yo no nos veíamos, y por eso no nos entendíamos. Estaba claro que él no me conocía, pero a mí me costó mucho tiempo darme cuenta de que yo tampoco lo conocía a él.

«Algún día te divorciarás —me dijo cuando yo iba al instituto—. Tendrás un par de críos a tu cargo. No podrás salir adelante escribiendo.» Me decía que no fuera tan egoísta. Tenía que pensar en hacer lo mejor para esos hijos. No hacía falta ser una lumbrera para saber de dónde provenía todo aquello. Mi madre tampoco le había escuchado. A ella mi plan de ser escritora le parecía admirable.

Mi padre quería que fuera higienista dental, aunque cada vez que volvía de vacaciones me contaba lo bien que me lo pasaría si trabajara en un crucero. Lo habría matado si hubiésemos vivido en la misma casa, pero en esa época las llamadas de larga distancia eran caras y solo hablábamos una vez al mes. Mi hermana seguía sus instrucciones a pies juntillas: él quería que estudiara Derecho. Mi hermana era la lista, una estudiante excelente. Pero cuando me daba consejos a mí, me apartaba el teléfono de la oreja. «Soy un pato», me decía a mí misma. Y sus palabras me resbalan como la lluvia.

Ahora soy mayor que mi padre en aquella época y, con el paso del tiempo, veo esas conversaciones con otros ojos. Quizá

intentara ahorrarme sufrimiento. Él recordaba a su padre recorriendo Los Ángeles todo el día en busca de trabajo con un bocadillo en el bolsillo, con una mujer y siete hijos en Council Street. Recordaba que tuvo que volver a esa casa después de pasar por la Marina, trabajó en la licorería, volvió a dormir en el porche. ¿No estaría intentando ahorrarme la misma experiencia? De joven yo no era buena estudiante, y los planes que tenía para mi carrera eran pretenciosos —soñaba con vivir modestamente de mi arte—. Acaso él solo funcionaba dentro del mundo que conocía: el catolicismo, la Marina, el departamento de Policía. Los capitanes daban órdenes y los marineros se echaban a la mar. ¿Yo quién era sino una grumete? Él había obedecido órdenes y yo obedecería órdenes. Nadie subsiste a base de papel y bolígrafos, en la soledad de un cuarto y sin que nadie le diga cuándo levantarse, qué comer, adónde ir y cuándo dormir.

Pero yo era escritora y nada más, y no verlo era como no verme en absoluto. Escribía y leía, leía y escribía. Me estaba jugando todos los talentos que había recibido a una sola carta. Puedo entender que a un padre lo inquietara.

¿He contado ya que yo quería a mi padre y que él me quería a mí? Al contrario de lo que se suele creer, el amor no necesita comprensión para prosperar. Mi padre me provocaba más carcajadas que deseos de estrangularlo. Debatíamos sobre artículos que habíamos leído en el *New Yorker*. Escuchábamos arias e intentábamos adivinar el compositor. Nuestros momentos más felices los vivimos en dos sofás de lino enfrentados en la casa de Rossmoyne bebiendo ginebra con tónica y leyendo a Yeats en voz alta, pasando el volumen con encuadernación de cuero de mano en mano. «¿Quién será auriga ahora con Fergus, / y atravesará la tupida sombra del profundo bosque / y bailará en la llanura de la playa?»[3] «Este», me decía, y me leía «La isla del lago de Innisfree». Entonces me devolvía el libro y yo decía: «Este otro».

Pero también nos obligaba a ir al callejón detrás del supermercado a las seis de la mañana para dar pelotazos de tenis contra la pared trasera de la tienda de Ralph. A mí el tenis se me daba igual de mal que el voleibol, pero mi hermana

daba un raquetazo, y otro y otro. «Ya verás», pensaba yo cada vez que me mandaba al callejón a recoger las pelotas desperdigadas. «No pienso dar un raquetazo, ni jugar ni puntuar; voy a escribir, y te vas a enterar.»

Resulta que el impacto contra una pared dura es justo lo que provoca el rebote de las pelotas de tenis. Tener a alguien que creía más en mi fracaso que en mi éxito me mantuvo alerta. Me hizo feroz. Sin querer, mi padre me enseñó desde una edad muy temprana a abandonar el deseo de aprobación. Ojalá pudiera meter esa libertad en una botella y dársela a cada escritor joven que conozco, y dos si son mujeres. Les daría tanto la capacidad de amar como la independencia de criterio.

«No digo que no puedas tener un pasatiempo —decía—. Escribir es un pasatiempo excelente. Pero no te lo tomes como una profesión.» Con el amortiguador de dos zonas horarias entre nosotros, su desaprobación fue adquiriendo un tinte humorístico con el paso de los años. Obtuve un máster en Arte y Literatura por la Universidad de Iowa, un puñado de becas, unos cuantos premios. Publiqué relatos, artículos, tres novelas, y todavía me mandaba anuncios de trabajos de verano en cruceros. Yo no tenía dinero y nunca lo pedí. Vivía en un apartamento minúsculo y tenía un coche viejo. No tenía hijos ni deudas.

Mi padre leía mis relatos y después también mis libros en versión manuscrita. Me ayudaba con la investigación. Me mandaba anotaciones. Estaba orgulloso de mí, pero lo cierto es que no creía que lo que estaba haciendo fuera un trabajo.

Lo que al final inclinó la balanza a mi favor fue algo que jamás hubiera imaginado: me hice rica. «Rico» es un término inútil, puesto que todo el mundo tiene una definición propia, así que en este caso mejor usamos la mía: tenía tanto dinero que ya ni siquiera llevaba la cuenta. Podía prestar dinero sin necesidad de que me lo devolvieran. Había escrito un libro sobre ópera y terrorismo en Sudamérica que había tenido mucho éxito y, después de eso, mi padre cambió. Desde entonces, que yo fuera escritora le parecía el plan perfecto.

—Yo le decía que fuera higienista dental —contaba, poniéndome el brazo sobre el hombro cuando hacía lecturas en

Los Ángeles, cuando todos los Patchett y todos sus amigos y familiares asistían—. Menos mal que nunca me hizo caso.

Mi padrastro, Mike, tuvo cuatro hijos con su primera mujer. Los dejó en Los Ángeles y nos llevó a mi madre, a mi hermana y a mí a Nashville. «Seis críos —me decía cuando estábamos solos—, y tú eres la única de la que nunca voy a tener que preocuparme.» La primera vez que dijo eso yo tendría unos ocho años, y me siguió repitiendo el mismo mensaje de un modo u otro el resto de su vida. ¿Acaso veía algo en mí cuando no era más que una larguirucha de pelo pajizo? ¿O acaso he alcanzado el éxito porque él me ha repetido con la certeza de un oráculo: «Tú vas a triunfar»?

La forma de triunfar, y Mike lo tenía claro, era ser escritora. «Un día de estos voy a abrir uno de tus libros y en él pondrá: “A Mike Glasscock”.»

Pero era impensable. Mi padre se moriría si le dedicaba un libro a Mike. Estaba en secundaria y ya tenía que enfrentarme a cuestiones como esa.

Podría pensarse que hay cierta justicia poética en que tanto mi padre como mi padrastro estuvieran convencidos por igual de sus visiones en relación con mi futuro, aunque fueran diametralmente opuestas. Que un padre supiera que iba a fracasar se compensaba con otro padre que estaba seguro de que triunfaría. Una buena teoría, salvo por el hecho de que mi padrastro estaba loco y mi padre estaba en sus cabales.

«Loco» es otro término impreciso, igual que «rico». Depende de lo que se tenga como referencia. Mi padrastro era a todas luces un hombre de éxito, un cirujano que impartía conferencias por todo el mundo y al que le llegaban los casos más difíciles del campo especializado de la neurotología. Montaba en helicóptero y en motocicleta. Se compró una casa de campo a cincuenta kilómetros de la ciudad con un portón que daba a un largo camino de acceso de gravilla. Hizo instalar un sistema de abastecimiento de agua e hizo construir un depósito de combustible subterráneo, es decir, teníamos una bomba de gasolina junto al aparcamiento por si las gasolineras

cerraban de repente. Enterraba monedas de oro debajo de las caléndulas y almacenaba cajas de comida deshidratada y garrafas de agua en el desván. Todas las casas en las que vivimos estaban siempre llenas de armas: armas enfundadas debajo de las sillas, en los cajones de las mesillas de noche, detrás de las esferas de los relojes, en los conductos de ventilación del aire acondicionado. Los ejemplares de *Playboy* estaban a la vista en la mesa del café, mientras que el material peligroso se guardaba en el estante superior del armario del dormitorio, ahí donde todos los niños iban a rebuscar. Mi padrastro era capaz de romper platos, de romper puertas de un puñetazo, y pensaba que yo era la segunda encarnación de Jesucristo.

A Mike le gustaba llevarme al hospital con él los fines de semana. Me dejaba en la sala de descanso de los médicos mientras él iba a ver a sus pacientes. Me pasaba la mañana leyendo libros, comiendo dónuts cubiertos de azúcar o bebiendo Orange Crush. Me dejaba una hora en el coche mientras visitaba el apartamento de su enfermera instrumentista. En el trayecto a casa me contaba historias tristes de su infancia, de sus padres adolescentes, que lo mandaron a vivir con sus abuelos, del amor que ansiaba y que nunca recibió. Se pasaba el día extrayendo tumores cerebrales. Llegaba a casa con moratones bajo los ojos de apoyarse en el microscopio durante doce o catorce horas seguidas. Era el responsable económico de dos mujeres y seis hijos. Compraba caballos de carreras y excavaba pozos de petróleo sin saber cómo funcionaba ninguna de las dos empresas. Se apuntó a escultura y a esgrima. Reconstruyó en el jardín un barco adaptado como vivienda. Se pasó en el laboratorio cinco mañanas a la semana durante más años de los que deberían ser legales. Lo único que quería era ser escritor.

Recuerdo que, en una ocasión, había vuelto de la universidad y Mike y yo estábamos viendo *El rey Lear* de Laurence Olivier. Cuando pasaban los créditos, apareció: «De William Shakespeare».

—Yo quiero eso —me dijo, señalando a la televisión—. Que dentro de trescientos o cuatrocientos años la gente vea algo en

televisión que diga: «De Michael Glasscock».

Mike se suscribió a la serie mensual de libros de Easton Press y, al igual que mi padre, eligió la opción con encuadernación de cuero. A Mike le gustaban las colecciones: la colección de Shakespeare, la de Dickens, la divina colección en tapa dura de relatos de Chéjov que estaba en su mesa mientras él leía a Ian Fleming y James Clavell. Si mi padre pretendía leer los cien mejores libros de todos los tiempos pero no llegaba a hacerlo, mi padrastro te decía que ya los había leído. Me enseñó a jugar al ajedrez, a conducir, a lanzar un cuchillo, a revelar fotografías en blanco y negro (primero en la bañera y luego en el cuarto oscuro que construyó en una parte de su estudio). Nos enseñó a todos a disparar —rifles, escopetas, armas cortas de todo tipo— y después a desmontar las armas para limpiarlas. A instancias suyas, nos entrenábamos para coger el arma guardada debajo de la silla del cuarto de estar por si alguna vez nos secuestraban.

En una ocasión, una mujer me escribió una carta que decía que su marido y ella tenían una hija muy querida, y que la niña mostraba auténtico talento para la escritura. «¿Qué podemos hacer —me preguntó la mujer— para ayudarla a ser como usted?»

Para ser escritora, una tiene que estar a gusto en su propia compañía. En nuestra casa era fácil estar a solas. No pasábamos el día en las zonas comunes: salíamos del cuarto para las comidas y regresábamos. Mi hermana tenía el visto bueno total de nuestro padre, pero eso era como tener una maleta llena de francos después de que Francia se uniera a la eurozona: no servía para nada, excepto como recuerdo de un pasado mejor. Pasó un par de veranos durmiendo en el suelo de un vestidor para la ropa de casa para no compartir su cuarto con los hijos de mi padrastro. Al final se trasladó al sótano. No era un sito agradable, ni siquiera con el deshumidificador funcionando veinticuatro horas al día. Abajo había pececillos de plata y ciempiés, pero no había baño, ni acceso interior a la casa, ni ventanas. Daba igual. Heather bajaba al sótano para pasar de nosotros. Yo me quedaba en mi cuarto. Leía y escribía. Me iba a trepar por el bosque y, cuando

nos mudamos a la ciudad el verano antes de que cumpliera trece años, daba vueltas a la manzana en bicicleta mientras esperaba que anocheciera. Se estaba bien fuera.

«No tengas hijos —me decía mi padrastro una y otra vez—. Ha sido el peor error de mi vida. Prométeme que no vas a tener hijos.»

Mike empezó a escribir relatos en serio cuando nos fuimos de la casa de campo. Se dedicaba a ellos sin descanso, y con eso me refiero a que escribió muchos, muchos relatos, pero casi nunca llegaba al segundo borrador. Los garabateaba en cuadernos de papel amarillo tan rápido como un taquígrafo judicial, se los daba a su secretaria para que los mecanografiara y después me los daba a mí para que los leyera. Aunque solo tenía trece años, me daba cuenta de que eran horribles, pero ¿cómo iba a decírselo?

Pues aprendí a decírselo. El tiempo y el volumen acabaron por desgastar mis buenos modales. «¡No puedes dedicar ocho páginas a alguien que se mete en la ducha! —decía sin alzar la voz—. Desnudarse, apartar la cortina de baño, abrir el agua, esperar a que salga caliente. ¡A nadie le importa! No hace que la historia avance.» Y entonces él tachaba la escena de la ducha, le pedía a su secretaria que la volviera a mecanografiar y me la devolvía para que la releyera.

Empecé a leer los relatos de Mike en secundaria. Me llevó a Nueva York cuando tenía once años y me llevó a Inglaterra con catorce. Empecé a leer sus novelas cuando estaba en la facultad. Él me pagó los estudios del grado. Una de las pocas peleas de verdad que recuerdo haber tenido con él fue cuando le dije que no iba a aceptar que me pagara el posgrado. Me habían concedido una serie de ayudas económicas a cambio de que impartiera clases de literatura, pero él no quería que me dedicara a la enseñanza, no quería que tuviera ningún tipo de trabajo. Le gustaba pensar que estábamos compartiendo la formación, que yo aprendería y traería el conocimiento a casa porque él estaba demasiado ocupado para ir a Iowa. Mike se esforzaba mucho en todo lo que hacía. Creía que escribir era algo que se podía llegar a dominar por medio de fuerza bruta. Sometería la escritura a porrazos. Empezó a escribir novelas

los fines de semana. Eran enormes. A veces las dictaba, luego las mandaba mecanografiar y me las enviaba a mí sin haberlas releído.

Mike creía en mí por completo y, a cambio, yo leía sus novelas. ¿Cuántas? ¿Treinta? ¿Cuarenta? No tengo ni idea. Algunas eran tan largas que llegaban a las quinientas páginas, impresas en papel de calidad y encuadernadas en una copistería. No tengo ni la menor idea de cuántas horas de mi vida lectora he llegado a perder con aquellos libros. Su mundo literario estaba habitado por rubias pechugonas y morenas de larga melena, hombres armados, helicópteros y montañas de dinero. Cuando había cuerpos mutilados, el ritmo se ralentizaba y describía con precisión los detalles médicos. Los libros estaban plagados de sexo y accidentes de coche. A lo largo de los años probé distintas vías. Le hice anotaciones. No le hice anotaciones. Le dije que no me hiciera perder el tiempo así. Intenté animarlo. Tiré los libros a las papeleras del aeropuerto sin decir nada. Durante años me negué a leerlos, pero luego cedí, porque él aseguraba que el último que había escrito era distinto. Pero no lo era. Y sus novelas volvieron. Por supuesto, no solo era asunto mío. Algunos de esos ladrillos fueron a parar a mi hermana, a mis hermanastras, puede que uno o dos a mis hermanastros, pero la aplastante mayoría cayó ante mi puerta (con la etiqueta de envío urgente de FedEx) porque yo era la escritora. Le busqué varios profesionales que le corrigieran los textos y se ganaron hasta el último dólar de los muchos que les pagó. Al final, cuando ya no le quedaba dinero, yo misma le pagué uno.

—Esto podría considerarse maltrato infantil —le dije a mi marido una noche cuando me senté en el sofá con el manuscrito en el regazo—. Si no fuera porque tengo cincuenta y dos años.

Mike no dejó de escribir y tampoco dejó de buscar un agente de verdad y un contrato de verdad. Pagó por publicar cuatro de sus libros. Eran los mejores y aun así eran espantosos. Encargó material gráfico para las portadas. Eran libros atractivos. Me preguntó si podría hacer una lectura en la librería de la que soy copropietaria en Nashville, y acepté.

Vinieron todos sus amigos y antiguos pacientes, todos los médicos a los que había formado, pero Mike seguía sin estar contento. Quería lo que yo tenía.

Conocí a Mike a los cinco años. Mi madre y él estuvieron juntos casi todo el tiempo, aunque no todo, hasta que cumplí veinticuatro. Él y yo tuvimos una relación estrecha hasta que falleció con ochenta y cuatro años. El tiempo lo fue calmando. Se volvió más amable, más fácil, aprendió a escuchar mejor. «¿Quién es este hombre maravilloso —decía entonces Tina, mi hermanastra— y qué habéis hecho con mi padre?» Pero su escritura nunca mejoró.

Crecí bajo las inclemencias de su locura, pero los dones que me ha dado son legión. No solo me hizo creer que llegaría a ser escritora, sino que me hizo creer que lograrlo era el mejor premio de todos. Con su extraño ejemplo, me enseñó a trabajar. Si este hombre, con un trabajo que consumía su tiempo, con seis hijos, con innumerables aficiones e innumerables amoríos encontraba tiempo para escribir tantos libros, aunque fueran libros horribles, bien podría yo organizarme para ser productiva. Me enseñó que pedirle a alguien que lea mi trabajo es pedirle que me dé su tiempo, así que decidí no darle a nadie un texto mío hasta haber hecho todo lo posible por mejorarlo. Eudora Welty puede considerarse un modelo de perfección, pero veinte mil páginas de mala narrativa leídas a lo largo de una vida le enseñan a una qué no hay que hacer. Diálogo, desarrollo de personajes, ritmo, ambientación, argumento… he visto todos los elementos de la novela pasar por una picadora de carne. Enterrándome en pilas de manuscritos durante toda mi vida, Mike me hizo cuidadosa. ¡Y cuánto tiempo me ha ahorrado!

Yo tenía veintisiete años cuando mi madre se casó por tercera vez. La idea misma me agotaba. Ella ya no tenía relación con ninguno de sus dos exmaridos, pero ambos eran fundamentales en mi vida: mi padre, que quería que me pareciera más a él, y mi padrastro, que quería parecerse más a mí. No tenía ganas de buscar mi sitio en el nuevo panorama familiar. A fin de

cuentas, ya era adulta y me había independizado, me había casado y hasta me había divorciado. Quería que mi madre fuera feliz, eso era todo. La quería y le deseaba lo mejor. Por mucho que sus dos matrimonios anteriores hubieran sido complicados para mí, para ella habían sido devastadores. Así que me puse mi mejor vestido y fui a la boda.

Darrell era agradable. Me pareció evidente desde el principio. Sabía cocinar. Le gustaba la jardinería. Tenía buena relación con sus tres hijos adultos. Trajo poca cosa al matrimonio: un reloj que había sido de su abuelo, el propio soporte del reloj y varios cuadros enmarcados. Deshizo varias cajas de libros, la mayoría de tema teológico, todos ya leídos, muchos con anotaciones a lápiz, ninguno con encuadernación de cuero. Darrell no se ajustaba al tipo de lector de la Franklin Library y no le interesaba mi obra lo más mínimo.

O quizá sí le interesaba, pero del mismo modo que le interesaba el trabajo de Heather como directora de desarrollo en una pequeña facultad de humanidades. Uno de sus hijos era director de un periódico, el otro era médico y su hija era agente inmobiliaria. Parecía igual de impresionado por todos. Cuando leía uno de mis libros o venía a una lectura, después me daba un abrazo y decía: «Eres una maravilla». Lo mismo que me decía cuando recogía comida italiana para cenar o lo ayudaba a ordenar el garaje. Oí que se lo decía a sus hijos, a sus nietos y a mi madre. «Eres una maravilla.» Era toda una declaración, sin duda, y por mucho que lo repitiera, nunca sonaba a frase hecha. Era como si nos viera, por separado, en igualdad, y le pareciéramos todos maravillosos. No me imagino que Darrell se interesara por cuánto dinero ganaba, ni adónde iba o a quién conocía, pero siempre he pensado que le importaba mi felicidad. Si tenía carencias en su vida, en ningún momento me hizo sentir que yo tuviera que llenarlas. Traté con Darrell durante treinta años. Siempre admiré profundamente su abundante conocimiento práctico. Sabía resolver problemas hablando. Y no solo se le daban bien las cosas eclesiásticas: lo llamé a él la mañana en la que bajé las escaleras y me encontré cinco centímetros de agua en la planta baja y agua chorreando de las lámparas del techo en el sótano.

Después de que se jubilara, cuando mi madre siguió trabajando, Darrell y yo fuimos juntos al cine algunas veces. Cuando dejó de conducir, lo llevaba yo. Y durante el tiempo que duró nuestra relación, solo recuerdo que me levantara la voz en dos ocasiones. La primera vez estábamos ordenando el contenido del sótano antes de una mudanza y le dije que tenía que desprenderse de las revistas *Mother Jones* que había coleccionado toda su vida y que llenaban varios archivadores de vinilo gigantescos y pesados. Me dijo que las revistas no eran asunto mío, y tenía razón: no eran asunto mío. La segunda vez nos encontrábamos en ese mismo sótano esperando que pasara un tornado cuando dije que ya era suficiente, que me iba a casa. Hay muchos avisos de huracán en Tennessee. Podía pasarme la primavera en el sótano. Pero él me gritó y me dijo que no iba a subir. De nuevo, tenía razón. Y esos fueron los conflictos que tuvimos.

A lo largo de los años pasé mucho tiempo sentada junto a la cama de hospital de Darrell, pues desde que lo conocí había estado a medio camino entre la mala salud y la mala suerte, pero en general no hice gran cosa por él. Sus hijos vivían en otros estados, pero su hija, que era una buena persona, se presentó para hacer lo que se espera de las hijas. Tenía a mi madre. Necesitaba poco de mí.

No sé cómo habría sido mi vida si Darrell hubiera sido mi padre o si hubiera sido el padrastro con el que crecí. Me resulta difícil imaginar que se opusiera a que yo escribiera o que se mostrara ardientemente a favor. Pero llegó como tercer padre en un momento de mi vida en el que no necesitaba para nada un tercer padre, y me dio un regalo maravilloso: no me veía como un miembro de mi profesión ni como una extensión de mi madre. Me dejó ser una persona más que ocupaba un sitio en su abarrotada mesa, una valiosa incorporación.

Darrell se caía constantemente. Su yerno tenía que ir a levantarlo del suelo. Acudían los bomberos. Se rompió algunas costillas y sufrió fracturas de compresión en la columna. No comía y se quedó hecho un saco de huesos, hasta el punto de que nos preguntábamos cómo seguía vivo. La historia siguió así durante años, y gran parte de su dulzura se fue desgastando

por culpa de unos dolores terribles. Cuando mi madre no pudo seguir cuidando de él, le buscó una residencia asistida, donde lo visitaba a diario. Creía que su vecino entraba por las noches en la habitación y le llenaba la cafetera de arañas. Vivió y vivió y vivió, y después se murió.

Cuesta recordar lo que alguien significó para ti tras tanto sufrimiento. Nuestro padre falleció cuando mi hermana y yo estábamos en el avión rumbo a California para despedirnos de él. ¿Cuántas veces habíamos volado para decir adiós? Seguía en la cama cuando llegamos, y le besamos.

Los seis hijos de Mike fueron a visitarlo en su última semana. El libro que le había dedicado se imprimió justo a tiempo, y le enseñé la página donde decía: «A Mike Glasscock». Quería un entierro ecológico, y, cuando murió, llevamos su cuerpo a una zona boscosa destinada a ese propósito. Llevamos una carretilla con la caja de pino que mi hermanastro había hecho y lo enterramos nosotros mismos, después de cavar durante horas, haciendo pausas y cantando las canciones que a él le gustaban. *As I walked out on the streets of Laredo, as I walked out in Laredo one day.*

Lo que veo ahora con claridad, ahora que ya no están, y antes no era capaz de ver, es que solo pensaban en mí de vez en cuando, y yo solo pensaba de vez en cuando en ellos. De cada uno de los padres tomé lo que necesitaba y luego los convertí en relatos —mi padre me dio fuerza, Mike me dio adoración, Darrell me dio aceptación—, y aunque estos relatos sean ciertos, hay otras mil historias que son igual de ciertas, como las noches en la cocina de la casa de Rossmoyne, cuando mi padre volvía del trabajo con la pistola enfundada en el cinturón bajo la chaqueta del traje, yo le pisaba los pies para poder bailar, él cantaba y me mecía de un lado al otro, *Embrace me, my sweet embraceable you.* Dios mío, cuánto lo quería. ¡Cuánto me quería a mí! Qué orgulloso estaba de lo que hacía, qué agradecida estaba yo por su ayuda.

Y luego Mike, que me llevó a una granja cercana a elegir un cerdo cuando cumplí nueve años. Había leído *La telaraña de Carlota* una docena de veces y había insistido en que yo también quería un cerdito. Me sentó en una valla, todos los

cerdos corretearon por allí y yo señalé al más pequeño. El granjero lo metió en un saco de arpillera, le hizo un nudo, Mike colocó el saco con el cerdo, que se retorcía y chillaba, en el asiento trasero y nos llevó a casa. Nunca había estado tan feliz, porque ahora yo también tenía un cerdito como la pequeña Fern, y Mike nunca había estado tan feliz, porque nunca había hecho tan feliz a otra persona.

Luego pienso en Darrell y en su familia, sus hijos y sus cónyuges y sus hijos, mi madre, mi hermana, Heather, y sus hijos, nuestros maridos, todos sentados a la mesa del comedor en la casa que compartía con mi madre, y todos riendo. Nunca había habido tanta gente en esa casa, y el caos y las conversaciones se convertían en una especie de luz, y yo, que normalmente intento escabullirme, quería quedarme allí con ellos.

---

3 De *Poesía reunida,* de W. B. Yeats, editorial Pretextos (2010), traducción de Antonio Rivero Taravillo. *(N. de los T.)*

# La primera cena de Acción de Gracias

Durante el primer año en la facultad echaba tanto de menos mi casa que mis primos me compraron un billete de avión para volver a Nashville por Halloween. ¡Halloween! Fue un despilfarro fantástico cuya consecuencia involuntaria fue que no tenía sentido que volviera a casa tres semanas después para Acción de Gracias y otra vez poco después por Navidad. Tendría que pasar Acción de Gracias en la universidad. Aunque tenía algunas amistades universitarias incipientes, aquel primer semestre ninguna de ellas era lo bastante estrecha como para que me invitara a su casa durante las vacaciones. Estudiaba en el Sarah Lawrence College, a media hora al norte de Manhattan. Vivía en una residencia agradable que antes había sido una vivienda particular. La cocina seguía en la planta baja. Podía quedarme sin hacer nada y esperar a que pasara aquel fin de semana largo.

Si tuviera que poner una chincheta en el mapa de mi vida y decir «Aquí, en este punto, empezó la edad adulta», lo pondría en aquel fin de semana de Acción de Gracias de 1981. Tenía diecisiete años. Mientras mi compañera de habitación hacía la maleta para irse en tren el miércoles a Boston, yo me acerqué al A&P de Bronxville con la lista de la compra. Cuando fui consciente de que me iba a quedar en casa, saqué de la biblioteca *The Joy of Cooking*. En la lista: mantequilla, azúcar, cebollas, apio, algunas patatas, un pavo. Tenía dinero de trabajar de canguro y de mi turno semanal en el despacho del decano. Era el tipo de chica que siempre lleva dinero en el bolsillo. Di con cinco estudiantes que vivían en otras residencias y que tampoco tenían manera de volver a casa y les propuse que vinieran a cenar. Cuando fui a la cafetería a comer, me metí muchos cubiertos en el bolso. La casa donde vivía tenía platos y tazas, varias sartenes básicas, pero poca

cubertería.

Nunca se me pasó por la cabeza preguntar si podía quedarme en mi cuarto. Era mío, a fin de cuentas. Pero el miércoles por la noche, cuando la temperatura de los radiadores descendió al mínimo para evitar que el agua se congelara en las tuberías, me pregunté si no se suponía que tenía que haberme ido, igual que las demás chicas de la residencia. Ya era demasiado tarde. La conserjería estaba cerrada hasta el lunes por la mañana. En aquella época feliz y oscura antes de los teléfonos móviles e internet, tales errores de cálculo no se resolvían cambiando la situación, sino cambiando una misma. Me puse otro jersey y el abrigo.

Supongo que antes de ir a la universidad ayudaba lo mínimo a mi madre en Acción de Gracias. Cuando me pedía que pelara algo, lo pelaba y me iba a ver el desfile de Macy's en la televisión hasta que me llamaba para que pelara otra cosa. No mostré iniciativa alguna y no hice ningún esfuerzo hasta 1981, cuando fui yo quien organizó la cena. Entonces empecé a cortar mantequilla congelada en trocitos del tamaño de un guisante, con un cuchillo congelado, con mis propias manos congeladas para hacer masa de tarta.

Si miro hacia atrás, algunos aspectos de esta historia resultan un tanto raros: la aleatoria soledad que impregna todo, la decisión mal concebida disfrazada de valor. Pero lo más sorprendente es la incuestionable idea de que todo lo que fuera a cocinar lo tenía que hacer yo desde cero. ¡Hice hasta los panecillos, por el amor de Dios! ¡Reduje arándanos frescos para hacer una salsa! Yo, que en mi vida había tocado un pavo crudo, lo lavé por dentro y lo sequé con un paño. Cociné el cuello y los menudos (con un poco de caldo de pollo) para hacer la base que después serviría de salsa. ¿Por qué alguien que no sabía cocinar pensó que hacía falta todo esto para Acción de Gracias? No tenía ni idea. Durante muchos años, mi madre había hecho cenas maravillosas y yo no había prestado atención, pero en aquel momento, cuando necesitaba su orientación, tenía solo las monedas suficientes para una sola llamada a casa desde la cabina. Pretendía llamar cuando la cena hubiera pasado. Quería contarle lo bien que había salido

todo.

Lo que tuve ese día fue confianza en mí misma y un libro, lo cual, como advertí más tarde, era lo único que necesitaba. Si alguien busca «relleno» en *The Joy of Cooking,* no encuentra una nota al pie que dice «Si se dispone de poco tiempo, el relleno de la marca Pepperidge Farm es estupendo». No, lo que verá es una receta para el relleno, y quien la siga, paso a paso, acabará con algo delicioso. Aquel fin de semana festivo y gélido en el que empezó mi vida adulta no solo aprendí a cocinar, sino también a leer. No improvisé. Si la receta decía «Dos cucharaditas de salvia fresca picada», eso mismo echaba en la olla. ¿Batir las claras de huevo durante siete minutos? Miré el reloj y me puse a trabajar. No ojeé las instrucciones, las seguí; por eso, cada vez que alguien me dice que no sabe cocinar, no puedo evitar soltar un «¿No sabes leer?». Prestar atención al texto y entender que los libros pueden ser la salvación son las lecciones que aprendí en mi primer año de universidad cuando la facultad estaba cerrada. El resto de mi vida seguí sacando enorme provecho de este saber. Los libros no solo eran mi formación y mi entretenimiento, eran mis compañeros. Me decían de lo que era capaz. Me permitían mirar más lejos en el camino de las diversas posibilidades para tomar decisiones.

¿Y la cena de Acción de Gracias? Estuvo bien. Las bandejas de horno eran baratas y tenía que haberlas puesto más altas en el horno. Se me quemaron los panecillos. El puré de patatas estaba frío cuando nos sentamos a la mesa, y las judías verdes parecían ramitas crujientes. Dicho de otro modo, la cena fue estupenda, los demás trajeron vino y dejamos el horno abierto y los quemadores de gas encendidos, haciendo las veces de chimenea. Todos pensaron que yo era genial porque sabía preparar una cena de Acción de Gracias, y yo pensé que era genial porque lo había conseguido. ¡Aquella noche fuimos muy adultos! Un puñado de desamparados imitando los patrones que habíamos traído de casa. Reímos, bebimos y nos saciamos con el cumplimiento de la tradición. Ojalá recordara si sentimos gratitud por la comida, por el apoyo que nos prestamos, por el lujo de nuestra formación. Es de locos lo

afortunados que éramos (y somos), demasiado despreocupados para bajar la cabeza ante nada, aunque espero que por dentro reconociéramos el tesoro que teníamos ante nosotros.

Un año después, mi amiga Erica Buchsbaum me invitó a su casa por Acción de Gracias. Sus padres también me invitaron los dos años siguientes y continuaron invitándome hasta mucho después de nuestra graduación porque la salsa me salía muy buena y ellos no sabían hacerla. Erica y su madre me acompañaban en la cocina mientras yo tostaba la harina en una sartén, pero no acababan de aprender la receta. Y yo no se la enseñé porque las quería y quería que me volvieran a invitar.

# El tatuaje de París

Una habitación con dos camas solía significar una habitación con una cama y un catre. Marti y yo éramos muy diplomáticas en cuanto a los repartos: si yo dormía en la cama en Copenhague, ella la tendría en Estrasburgo. Recuerdo que ella durmió en la cama en París, pero fue una victoria pequeña. La cama era horrible, el catre era horrible, la subida de cuatro pisos por la escalera en la única pensión que podíamos permitirnos era horrible. El baño no estaba al final del pasillo, sino al final del pasillo y un piso más abajo. Lo bueno era que la pensión estaba bien ubicada (la ubicación era París) y teníamos diecinueve años, así que nuestro nivel de exigencia era descaradamente bajo. Marti y yo apenas nos conocíamos antes de embarcarnos en nuestros tres meses de aventura veraniega, pero al final de la primera semana nos habíamos vuelto una unidad. Compartíamos la pasta de dientes, las guías de viajes, los *croissants.* Teníamos un solo ejemplar de *Cien años de soledad* en una edición de bolsillo, y cuando yo acababa un capítulo, lo arrancaba y se lo daba a ella, salvo si ella iba un capítulo por delante, en cuyo caso era ella quien lo arrancaba para mí.

Al llegar a París, llevábamos ya más de seis semanas de viaje. Estábamos cansadas y necesitábamos una lavandería. Aunque la ciudad estaba muy por encima de nuestro limitado presupuesto, queríamos pasar tiempo en París. Estábamos dispuestas a fingir que nuestra espantosa pensión se parecía mucho a la buhardilla de un artista. *Mi chiamano Mimi!* Recorrimos los caminos rectos y agradables de las Tullerías, hicimos cola medio día para unirnos a las masas en el Centro Pompidou, deambulamos de un *arrondissement* a otro, perdidas y felices, hasta que vimos la cabeza de una jirafa asomando por el horizonte. Entonces, puesto que todavía éramos muy niñas,

fuimos al Zoo de París.

Dónde comer, qué comer y cuánto podíamos gastarnos en una sola comida fueron nuestros temas de conversación favoritos aquel verano. De acuerdo con nuestro plan, no podíamos pasar dos veces por el mismo café o *boulangerie.* Qué poco nos duraban los planes. De paseo por el Barrio Latino, la primera noche encontramos una crepería cuyo interior estaba decorado entero con trozos de azulejos brillantes e irregulares. Las paredes y el suelo, así como las mesas y los bancos, que brotaban del suelo como erupciones de hormigón, estaban cubiertos de mosaico irregular. Gruesas tiras de tubos de neón iluminaban la sala. ¡Ya estaba bien de ver arte! Ahí estábamos dentro del arte. Una camarera, tan alta y huesuda que nos recordó a la jirafa que habíamos visto ese mismo día, nos acompañó a la mesa, nos dio el menú y se fue con grandes zancadas. Llevaba una camiseta de tirantes negra, vaqueros de pitillo extralargos y un paño de cocina blanco almidonado en torno a la estrecha cintura. No parecía pertenecer a la misma especie humana que las dos chicas estadounidenses rellenas de bollería. La vimos tras la barra hablando con otra camarera igual de alta, pálida y angulosa.

—Seguro que son artistas —dijo Marti.

—O filósofas —dije yo, porque la segunda llevaba unas gafas de montura negra y gruesa ajustada a las delicadas orejas. Las gafas le conferían un aspecto serio. Las dos supimos sin hablar que queríamos perder peso, ser más altas, mudarnos a París y hacernos camareras. En un instante, la belleza de aquella vida se presentó ante nosotras.

La segunda camarera, la intelectual, vino a la mesa con un cuaderno y un bolígrafo; tenía unos brazos tan largos y blancos que se merecían un museo donde honrarlos. Con nuestro francés rudimentario del instituto pedimos creps. Se dio la vuelta sin mediar palabra, y entonces vi un delicado ramillete de flores tatuado en su anguloso omóplato.

Corría el año 1983. Éramos un par de estadounidenses de diecinueve años en Europa. Yo acababa de ganar un premio literario que estipulaba que el dinero habría de usarse para enriquecer mi trabajo, y no se me había ocurrido nada más

enriquecedor que viajar. Marti vivía del dinero que había ahorrado trabajando en una tienda de ropa cerca de la escuela y del apoyo extra que le daban sus padres. No teníamos ni idea de adónde íbamos, y por eso ningún familiar nuestro sabía dónde estábamos. La mitad de las veces tampoco nosotras sabíamos dónde estábamos. Teníamos un abono para recorrer Europa en tren, y en más de una ocasión nos subimos en alguno sin mirar el destino. De vez en cuando enviábamos postales, pero no recibíamos ningún correo. Una vez, a mediados de julio, llamamos a casa desde un locutorio y hablamos exactamente cinco minutos, porque era carísimo. Era la época antes de los teléfonos móviles, antes de los cibercafés, antes de las mujeres con tatuajes. Quizá ya hubiera mujeres con tatuajes, pero hasta aquella noche en París no habíamos visto a ninguna. La otra camarera, la de la camiseta de tirantes, también tenía uno.

De regreso a la incomodidad de nuestra cama y nuestro catre, ni siquiera nos esforzamos por leer a García Márquez. Las conversaciones en francés de los borrachos que resonaban en la calle se oían con claridad cuatro pisos más arriba, pero no nos dimos ni cuenta. A oscuras, le pregunté a Marti si se haría un tatuaje.

—No lo sé —respondió, pero como éramos ya como una sola persona, sabía que se lo estaba pensando.

Nuestros tatuajes dirían al mundo: «Ya no somos las chicas de antes».

Al día siguiente fuimos al Museo de la Orangerie a ver los nenúfares y después comimos un cuscús junto a la Gare du Nord. En Notre-Dame me gasté dos francos en encender una vela votiva. Pasamos el día siguiendo indicaciones de la guía, pero ya sabíamos adónde iríamos por la noche.

No se nos ocurrió que las camareras no estuvieran trabajando. Esperábamos que estuviesen, del mismo modo que un turista espera que esté la *Mona Lisa.* No nos defraudaron. La filósofa nos condujo a una mesa distinta sin hacer muestras de reconocernos. Llevaba una camiseta de tirantes morada.

—Yo creo que un pez —dijo Marti después de que la camarera nos diera el menú y se fuera—. Un pececito en el

omóplato.

—Yo quiero una vaca blanca y negra, quizá del tamaño de una moneda de veinticinco centavos. —Me toqué el brazo, un poco más abajo del hombro. (¿Una vaca? ¿Por qué una vaca? ¿Por qué no el Arco de Triunfo? La juventud tiene sus propios misterios.)

Al día siguiente fuimos a Montmartre andando en busca de la tumba de Degas y a visitar el Sacré-Cœur, pero no nos impresionaron. Solo pensábamos en los tatuajes. Yo no tenía ni agujeros en las orejas y me preocupaba cuánto dolería un tatuaje, pero daba igual. Los tatuajes nos convertirían en librepensadoras, en sufridoras por el arte, o al menos sufridoras por un pez y una vaca minúscula. Con nuestro diccionario francés-inglés compusimos la frase «¿Dónde te has hecho el tatuaje?». Nos la repetimos una y otra vez para practicar.

Esa noche en la crepería, con tubos de neón parpadeando a nuestro alrededor, y tras beber una botella de vino barato, hicimos acopio de valor. En realidad era el valor de Marti, porque su francés era mejor que el mío.

—*Qui vous a donné ce tatouage?* —preguntó.

La camarera —era la primera, la artista— no había llegado a dirigirnos la mirada. Tendría dos o tres años más que nosotras, pero su belleza dolorosamente angular y su fundamental cualidad de francesa la hacían superior en todos los sentidos. Primero nos miró sin entendernos, y yo estaba segura de que Marti había pronunciado mal. Luego se tocó el borde del tatuaje. Era una voluta con flores y líneas que se enroscaban formando un semicírculo alrededor del brazo. Se frotó el brazo con la yema del dedo.

—Tatuaje temporal —dijo en inglés con un acento duro e inquisitivo, como si fuera lo único que sabía decir y más nos valiera no preguntar nada más.

Y así fue cómo ni Marti acabó con un pececillo en el omóplato, ni yo, tantos años después, con una vaca merodeando por mi brazo.

Pero la historia no acaba así exactamente. A principios de agosto, con el billete de Eurail caducado, habiendo agotado

nuestras habilidades lingüísticas y con los fondos muy diezmados, decidimos pasar las semanas que nos quedaban haciendo autoestop en el Reino Unido. Un día en Donegal nos recogió una familia que regresaba de vacaciones a su hogar en Londonderry. ¿Queríamos ir a Londonderry?

Y así acabamos nuestras vacaciones de verano en una zona de guerra.

Viajamos hasta Irlanda del Norte en la parte trasera de la furgoneta de aquella familia. Llovía la primera vez que tuvimos que bajar del vehículo en un puesto de control vigilado por chavales que parecían más jóvenes que nosotras, chavales con armas automáticas colgadas a la espalda y pistolas metidas en el cinturón, chavales con tatuajes que empezaban en las muñecas y desaparecían por la manga, tatuajes que les asomaban por el cuello y se extendían por la parte superior de los dedos. Ya había visto a muchachos con tatuajes, pero nunca tan furiosos como aquellos. Ya había visto a chicos con armas, pero nunca me había parecido posible que uno de ellos pudiera llegar a dispararme. En Irlanda del Norte nos hicieron bajar de muchos coches, nos controlaron los pasaportes, nos hurgaron en las mochilas con la punta del rifle. Casi no recuerdo ver jóvenes sin tatuajes en Irlanda del Norte aquel verano, aunque tampoco vi ninguno sin pistola. Cuando no veía pistolas o tatuajes, era fácil imaginar que estaban ocultos. Los chicos tatuados estaban en Coleraine y en Bangor. En Belfast comimos en White Horse Inn, donde había explotado una bomba tiempo atrás. Compramos el típico jersey de pescador irlandés en una tienda cuyas ventanas habían recibido el impacto de explosiones unos días antes y, con cuidado, quitamos los trocitos de cristal de la gruesa lana. El cartel que colgaba donde antes había una ventana decía: «Rebajas por bomba».

Marti y yo volvimos a casa dos semanas antes de empezar las clases. Estábamos siempre juntas, ya fuera en su cuarto o en el mío. El sonido de su respiración me relajaba, y quizá mi respiración la relajara también a ella. Aunque no lográbamos del todo evitar que la otra tomara malas decisiones, al menos

cuando tomábamos malas decisiones estábamos juntas.

# Un año sin compras

La idea surgió en febrero de 2009 al comer con mi amiga Elissa, a la que aprecio, pero veo poco. Entró en el restaurante con un abrigo negro entallado de cuello alto.

—Hala —dije admirada—. Menudo abrigo.

Ella acarició la manga.

—Pues sí. Me lo compré al final del año que pasé sin comprar nada. Todavía me siento algo culpable.

Elissa me contó la historia: al volver de la India el año anterior, decidió que ya tenía suficientes cosas, por no decir demasiadas. Se propuso que durante un año no compraría zapatos, ropa, bolsos ni joyas.

Su convicción me impresionó, pero ella le restó importancia.

—No fue difícil.

Después, yo misma hice algunos experimentos a pequeña escala: durante unos años dejé de ir de compras en Cuaresma. Siempre me resultaba sorprendente lo bien que me sentía. Pero hasta el día de Año Nuevo de 2017 no me decidí a seguir el ejemplo de mi amiga.

A finales de 2016, nuestro país se había lanzado rumbo al baño de oro, a la celebración extática del estilo de vida del multimillonario insensible, y me quitaba el sueño. No lograba concentrarme en leer o escribir, y mi inquietud me llevaba a recorrer de un modo mecánico dos páginas concretas de compra *online,* anestesiándome con imágenes de zapatos, ropa, bolsos y joyas. Intentaba distraerme, pero la distracción me hacía sentir peor, del mismo modo que estar de madrugada en un bar fumando Winston y bebiendo ginebra te hace sentir peor. La pregunta tácita sobre las compras es «¿Qué necesito?», pero yo no necesitaba nada. Necesitaba menos de lo que tenía.

Así que decidí seguir el ejemplo de mi amiga. Mi plan era dejar lo mismo que Elissa había dejado —cosas que ponerme

—, pero, en la primera semana sin compras, me hice con un altavoz portátil que parecía un botón enorme. Entonces me di cuenta del error: el año sin compras tenía que incluir sin duda las extravagancias electrónicas, así que establecí mis propias reglas arbitrarias. Quería un plan serio, pero no tan draconiano como para que me rindiera en febrero, así que, aunque no pudiera comprar ropa ni altavoces, podía comprar lo que quisiera en el supermercado, incluidas flores. Podía comprar champú, cartuchos de impresora y pilas, pero solo si se me acababa lo que ya tenía. Podía comprar billetes de avión y comer en restaurantes. Podía comprar libros, porque escribo libros y soy copropietaria de una librería, así que los libros forman parte de mi trabajo. ¿Podría haber pasado un año entero sin comprar libros? Por supuesto. Podría haber ido a la biblioteca o haber leído los libros que ya tenía en casa, pero daba igual, compré libros.

Los regalos me resultaron lo más difícil. Me encanta hacer regalos, y me di cuenta de que comprar regalos podría ser un resquicio fácil. Decidí regalar libros, pero no siempre lo cumplí. Mi editor se casó en 2017 y no estaba dispuesta a darle un libro como regalo de boda. Sin embargo, la compra frenética para los demás tenía que parar. La idea de que nuestro afecto y cariño debe manifestarse en forma de otro jersey es reduccionista. Elissa me dijo que ella regalaba tiempo: daba vales por cuidar de los niños o limpiar la casa.

—Y eso mismo —me contó— resultó ser lo más difícil. El tiempo es valiosísimo.

Yo crecí en una familia católica y, del mismo modo que un niño que crece yendo a conciertos sinfónicos tiene más posibilidades de disfrutar de la música clásica y un niño que crece en un hogar bilingüe probablemente hable dos idiomas, mucha gente que crece en un ambiente católico desarrolla cierta capacidad de sacrificio. Todavía ahora mi hermana y yo planeamos la Cuaresma como otra gente planea las vacaciones familiares: ¿de qué nos vamos a desprender? ¿Qué bien podemos aportar?

Mis primeros meses sin compras estuvieron llenos de jubilosos descubrimientos. Se me acabó el protector labial al

poco de empezar y, antes de decidir si el protector labial era una necesidad, busqué en los cajones de mi mesa y en los bolsillos de los abrigos. Encontré cinco. Cuando empecé a rebuscar en el armario debajo del lavabo del baño me di cuenta de que podría seguir con el experimento otros tres años antes de gastar la crema, el jabón y el hilo dental. Resultó que llevaba años sin tirar los productos para el pelo y las cremas faciales que había comprado y que no me habían gustado; me había limitado a meterlos debajo del lavabo.

Volví a usarlos y no estaban nada mal.

En marzo deseé tener una FitBit, en concreto la nueva, la que parece una pulsera y que no hace falta sincronizar con el teléfono móvil. Durante cuatro días quería la FitBit de verdad. Y luego —¡chas!— se me pasaron las ganas. Recuerdo que mis padres intentaron enseñarme esto mismo de niña: si quieres algo, espera un poco. Es posible que se te pase.

La clave de no hacer compras no estaba solo en dejar de comprar. La clave estaba en dejar de ir de compras. Lo cual también implicaba no recorrer la sección de rebajas en la página web de J. Crew en los ratos libres. Lo cual implicaba que los catálogos iban a la papelera de reciclaje sin abrir, pues aplicaba la teoría de que si no lo veo no lo quiero. A mitad del año ya era capaz de ir a una tienda con mi madre y mi hermana si me lo pedían y decirles si el vestido que se estaban probando les quedaba bien sin desear probármelo yo misma.

No hacer compras ahorra una cantidad de tiempo sorprendente. En octubre entrevisté a un actor famoso ante mil setecientas personas en un teatro de Washington D. C. Antes habría pensado que una ocasión así requería un vestido nuevo y habría perdido dos días de mi vida buscándolo, cuando en realidad el famoso actor no conocía mi guardarropa, al igual que el público. Fui al armario, elegí algo apropiado para la temporada y lo metí en la maleta. Hecho.

Le hice un favor a una amiga en verano y me regaló un par de zapatillas de tenis. Aquel sencillo gesto de amabilidad me emocionó. Al dejar de buscar cosas que comprar, agradecía mucho más las cosas que recibía. De haber hecho compras aquel verano, le habría dicho «No hacía falta», y habría sido

totalmente cierto.

Las ansias por comprar se pasan bastante rápido. Cuando me acostumbré a renunciar a las compras, vi que no era para tanto. Lo difícil era vivir rodeada de una abundancia impresionante que destacaba más desde que había dejado de acumular cosas nuevas. Cuando vi todo lo que ya tenía, y lo que realmente importaba, sentí una mezcla de náuseas y humildad. ¿Cuándo había acumulado tantas cosas? ¿No habría alguien que las necesitara más?

Si dejamos de pensar en lo que queremos, es mucho más fácil ver lo que otros no tienen. Esa es la razón por la cual todas las religiones del mundo consideran las pertenencias materiales un impedimento para la paz. Por eso Siddhartha tuvo que dejar su palacio para convertirse en Buda. Por eso Jesús dijo: «Bienaventurados los pobres». Por eso mi amiga sor Nena, una monja católica de ochenta y tantos años, hizo voto de pobreza cuando entró en el convento a los dieciocho. Sor Nena fue mi profesora de lectura en primer curso y en las décadas siguientes me enseñó muchísimo más. Cuando le pregunto si necesita que le lleve algo, niega con la cabeza. «Son solo cosas», dice, con lo que se refiere a todo lo que no es Dios. (Si el lector anda buscando verdadera inspiración en este aspecto, recomiendo el libro de Gregory Boyle *Barking to the Choir: The Power of Radical Kinship*[4], que muestra la forma que adoptan los lugares comunes de la fe cuando se ponen en práctica.)

Cuando el año terminó, surgió la siguiente pregunta: ¿cómo acaba el experimento? ¿Debería volver a salir de compras? ¿Comprar menos? Llamé a Elissa. Hacía años que no la veía. Me dijo que después de comprar el abrigo negro, decidió repetir otro año.

—Me di cuenta de que tenía que tomar demasiadas decisiones mucho más importantes —explicó—. Hay mucha gente que necesita ayuda, hay mucho que hacer. No ir de compras libera bastante espacio en el cerebro.

Mantuve mi compromiso una temporada, pero con el tiempo lo fui dejando, no porque quisiera volver a ir de compras, sino porque casi nunca pensaba en ello. Para mi

sorpresa, no ir de compras durante un año había matado sin querer mi interés por ir de compras, del mismo modo que dejar de fumar durante un año (hace ya muchos) mató mi interés por el tabaco. ¿De verdad que antes fumaba? Cuando dejé de adquirir lo que creía que quería, entendí mejor las ridiculeces que la gente intentaba venderme, como vestidos y blusas con los hombros al aire (aunque me gusta pensar que tampoco hubiera mordido ese anzuelo de haber seguido haciendo compras).

Las cosas que compramos y compramos y compramos son como una gruesa capa de vaselina extendida sobre un cristal: vemos formas a través de ella, distinguimos la luz de la oscuridad, pero, en nuestro constante deseo de lo que quizá queremos, perdemos de vista demasiados detalles de la vida. Tampoco es que llevara un libro de cuentas y diera a los pobres el dinero que no había gastado en perfume, pero llegué a entender mejor el dinero como algo que ganamos, gastamos y ahorramos para conseguir lo que queremos y necesitamos. Cuando logré pasar del deseo y actué con sinceridad respecto a mis necesidades, desprenderme del dinero se hizo más fácil. Fue tal y como me había dicho Elissa cuando me explicó los beneficios de no ir de compras: «Nuestra capacidad de dar es enorme».

Conviene aclarar que todavía tengo más que suficiente. Comprendo la enorme diferencia entre no comprar cosas y no ser capaz de comprar cosas. No ir de compras durante un año no me ha igualado a los pobres, pero sí me ha puesto en el camino para averiguar cómo ayudar. Entiendo que comprar bienes es la columna vertebral de la economía y del crecimiento del empleo. Estoy agradecida a todos los que vienen a comprar a la librería. Pero darse un descanso de consumismo no va a provocar el derrumbe de los mercados financieros. Si el lector está buscando una resolución de año nuevo, he de decir que esta es genial.

---

4 Sin traducción en español. Traducible como *Ladrar al coro: el poder del parentesco radical. (N. de los T.)*

# El siervo inútil

Me habían pedido que escribiera un artículo sobre un santo para un santoral, pero rechacé el encargo. No tenía nada nuevo que decir de Teresa de Lisieux.

—¿Y de algún otro santo? —me preguntó el editor.

Según las reglas de la santidad actual, los santos están siempre muertos. Ese era mi problema. No creía que tuviera mucho que aportar a la hagiografía de ningún santo fallecido. Por supuesto, si me dejasen canonizar a alguien, lo haría. Conocí a un sacerdote de Nashville al que consideraba un santo, aunque él habría puesto los ojos en blanco si me oyera decirlo. Pero estaba dispuesta a aceptar el encargo si un santo vivo encajaba con los criterios editoriales.

—Claro —dijo el editor—. Un santo vivo estaría bien.

Y así acabé en el coche de Charlie Strobel a mediados de junio, unos días antes de que el calor del verano se volviera insoportable. Le dije que iba a escribir sobre él. No le conté la parte de la santidad.

Criarse en una familia católica en Nashville implica conocer al menos a algunos miembros de la familia Strobel, y, mucho antes de que Charlie y yo nos hiciéramos amigos, había oído las historias de lo que había conseguido y lo que había perdido. Mientras conducía de camino a Stadium Inn a visitar a unos sin techo que estaban a punto de recibir un piso para vivir, Charlie me contó la historia del padre Dan Richardson. Era el sacerdote de Assumption, la parroquia de North Nashville, el barrio pobre donde Charlie pasó su infancia. No estaba lejos de adonde nos dirigíamos.

—El padre Dan fue una figura paterna para mí —dijo Charlie; su padre había fallecido cuando él tenía cuatro años—. Vivíamos en la calle de la iglesia, y para cuando estaba en tercer o cuarto curso ya era monaguillo.

Assumption era una parroquia con una comunidad envejecida, y Charlie recordaba que los funerales se sucedían uno tras otro. En cada funeral, el padre Dan repetía la misma homilía.

—Nos la sabíamos de memoria. Podíamos recitarla con él, palabra por palabra. —Y, aunque ya tuviera unos setenta años y hubiera llovido mucho desde sus días de monaguillo, empezó a recitar—: El padre Dan decía: «Venimos a este mundo a prepararnos para morir. Y, cuando morimos, Dios no nos pregunta: "Charlie (Ann, Sally, John, que cada uno rellene el hueco), ¿cómo te has ganado la vida? ¿Cuánto dinero has ganado? ¿Cuántas casas has tenido?". Dios solo va a hacernos dos preguntas: "¿Me has amado? ¿Has amado a tu prójimo?". Y cabe esperar que Charlie (Ann, Sally, John, que cada uno rellene el hueco) conteste con sinceridad y diga: "Sí, Señor, sabes que te he amado. Sabes que he amado a mi prójimo". Y Dios dirá: "Has sido un siervo bueno y fiel. Ahora entra en el reino de los cielos"». —Charlie sonrió al recordarlo—. Sin un solo fallo. Tenía una voz suave y su cadencia era perfecta. Aunque supiera a la perfección lo que venía después, cada vez que lo oía me enganchaba. Era triste, sobre todo si conocía al difunto, pero siempre me pareció un mensaje particularmente positivo y esperanzador. Venimos de Dios, volvemos a Dios, así que la muerte no da miedo.

Charlie se saltó la salida. Ninguno de los dos estaba prestando atención a la carretera y a ninguno de los dos nos importó. Le dio tiempo de acabar la historia:

—Ni siquiera después, cuando crecí y me hice sacerdote, fui capaz de llamarle Dan. Siempre había sido padre Dan. Siempre le preguntaba qué me iba a regalar ese año por Navidad. Y me decía: «Un puente», porque los sin techo viven bajo puentes. —El padre Dan, que era irlandés, siempre estaba de broma—. Cuando fui a verlo por última vez antes de su muerte, tuvimos una conversación personal, una conversación de padre a hijo, y le dije cuánto lo quería. Luego le dije: «Ahora voy a hacer de cura», y repetí su discurso: Venimos a este mundo a prepararnos para morir. Y, cuando morimos, Dios no nos pregunta: «Dan, ¿cuánto dinero has ganado?». Dios solo va a

hacernos dos preguntas: «¿Me has amado? ¿Has amado a tu prójimo?». Y sé que responderás: «Sí, Señor, sabes que te he amado. Sabes que he amado a mi prójimo». Y Dios dirá: «Adelante, mi siervo bueno y fiel».

Me impactó la frecuencia con la que las lecciones que aprendemos durante la juventud, las cosas que nunca creemos que vamos a necesitar, acaban por ajustarse a lo que la vida va a exigir de nosotros.

—Soy quien soy —concluyó Charlie— por esas experiencias de la vida que todos tenemos.

En su mejor época, Stadium Inn debió de ser un motel barato donde los seguidores de los equipos rivales pasaban la noche antes de ir a los partidos de los Tennessee Titans. Pero cualquier forofo del fútbol americano que reserve allí una habitación hoy en día se dará cuenta de su error antes incluso de bajarse del coche. Cuando nos disponíamos a aparcar en la puerta, Charlie detuvo el coche, observó a los hombres que estaban sentados en las escaleras y me miró.

—Voy a dejar el motor encendido —dijo, intentando calcular cuánto tiempo pasaría dentro—. Tú pon el seguro y espera.

Cuando le dije que iría con él, me devolvió una sonrisa enorme.

—Oh, maravilloso —dijo.

Cogió una placa eléctrica portátil de dos quemadores que llevaba en el asiento de atrás. Stadium Inn era lo que mi padre el policía hubiera llamado una pensión de mala muerte: un motel de pago semanal de la peor calaña. Charlie saludó a todos y cada uno de los hombres y mujeres que rondaban por la puerta y el vestíbulo. Anunció nuestro plan de visitar a Ron y a Sid a la mujer de la recepción, la cual afirmó no tener ni idea de quiénes eran. Entonces le dijo que era Charlie Strobel y que lo esperaban.

—¡Oh! —dijo ella, asintiendo con una sonrisa.

Nos dio un número de habitación y nos indicó el camino al ascensor. Ron y Sid iban a mudarse a su propio apartamento,

un piso sin cocina. Necesitarían las placas eléctricas. Subimos con las que habíamos traído.

Cada catástrofe humana que había sufrido la moqueta del pasillo durante años se había solucionado con un chorro de lejía, lo cual la había convertido en un cuadro abstracto alargado. Bajo la tenue iluminación amarilla, cada puerta cerrada del pasillo retumbaba con un ritmo musical distinto, incluida la que teníamos delante. Vi un ojo que nos escrutaba por la mirilla y que luego se ocultó. Me aparté y me di cuenta de que probablemente tenía pinta de funcionaria encargada de supervisar la libertad condicional.

—Sid —exclamó Charlie con el tono de un familiar alegre e insistente que viene de visita—. Soy Charlie. Abre la puerta. —Esperó un poco antes de volver a llamar.

La espera fue larga, pero al final la puerta se abrió un poco, un ojo oscuro se asomó a través de una nube de humo de cigarrillo, y después se abrió más.

—¡Padre! —dijo el hombre, dando un abrazo a Charlie. (Charlie prefiere que no lo llamen «padre», porque cree que genera distancia con la gente. Pero si alguien se siente mejor usándolo, lo acepta.)

Ron y Sid eran como un salero y un pimentero: Ron tenía el pelo rojizo algo descolorido y una barba encanecida que le llegaba hasta la mitad del pecho; Sid tenía el pelo castaño y la barba oscura y poblada. Ambos llevaban vaqueros anchos, camisetas sin mangas y gorras de béisbol. Ninguno de los dos pesaba más de cincuenta y cinco kilos, tenían los brazos tan delgados como las muñecas. Durante las presentaciones nos dimos un apretón de manos. A pesar de sus reservas para abrir la puerta, se alegraban claramente de nuestra visita. La habitación contenía dos camas sin hacer, un cenicero a rebosar entre ellas, un televisor de rayos catódicos en el que sonaba una emisora de música *country*. Había un carro de la compra aparcado contra la pared, lleno hasta arriba, con su contenido amarrado y envuelto en una lona.

—Estamos preparados para irnos —dijo Ron dándole una palmada al carro—. Mañana vienen a ayudarnos con la mudanza.

—¿Seguís limpios? —preguntó Charlie, y su voz dejaba claro que estaría orgulloso si fuera el caso y que los querría aunque no lo fuera.

—Pues sí, padre —dijo Sid.

—Desde hace cuatro días, padre —añadió Ron.

Charlie intentó llevarlos a una conversación sobre las ventajas de no consumir, y aunque quedaba claro que querían complacerlo, no parecían convencidos. Tenían previsto buscar trabajo cuando se hubieran instalado, quizá fregando platos. Ron se quitó la gorra de béisbol para echarse el pelo hacia atrás y reveló una larga cicatriz que le recorría la frente.

—Pero no lo sé —dijo—. No puedo pensar bien desde que me pegaron.

Charlie les dio las placas eléctricas y ellos se maravillaron de que estuvieran tan nuevas, todavía en la caja. Hablaron de la mudanza, y Charlie dijo que les compraría los billetes de autobús. Cuando nos disponíamos a irnos, los dos volvieron a abrazar a Charlie y prometieron que se portarían bien. Nos contaron que en su pasillo, cinco puertas más allá, había un hombre al que se le estaba dando muy mal evitar problemas, así que fuimos y llamamos a su puerta durante un buen rato, y, aunque retumbaba la música al otro lado, por más que llamamos no logramos que saliera.

—Hace mucho que no los veo así de bien —dijo Charlie alegremente cuando el tembloroso ascensor llegó a la planta baja—. Tenían los ojos bien, ¿no crees?

Yo no había visto sus ojos antes, pero me había sorprendido la dulzura que tenían los dos, y sobre todo su aspecto cansado. Vivir sin hogar es un estado agotador y peligroso. Y me quedo muy corta.

Sobre el escritorio, tengo una tarjeta de invitación a la ordenación de Charlie como sacerdote en 1970. Tiene el tamaño de una estampa religiosa, pero más sencilla —sin oraciones ni santos—, solo figura una cita de Robert F. Kennedy. Antes la cogía una o dos veces al año y la leía, pero últimamente la leo todos los días. Dice así: «Pocos tienen la grandeza de moldear la historia, pero cada uno de nosotros puede cambiar una pequeña parte de los acontecimientos, y

con la suma de todos esos actos se escribirá la historia de esta generación. Cada vez que un hombre se alza por una idea, actúa por el bien de los demás o lucha contra la injusticia, genera una onda minúscula de esperanza, y esas ondas, cuando se cruzan con otras que provienen de millones de fuentes de energía y osadía diferentes, generan una corriente capaz de derribar los más poderosos muros de opresión y resistencia».

La placa eléctrica derriba los muros de la opresión. El abrazo convierte en polvo los muros de la opresión.

Charlie tiene una historia muy buena que le gusta contar en galas benéficas: que su relación con las personas sin techo empezó el día en que preparó un triste bocadillo de crema de cacahuete y mermelada a un hombre que había llamado a la puerta de la casa parroquial de Holy Name cuando él era un cura joven. El siguiente paso fue poco después, según explicó en una conferencia que dio en la iglesia unitaria de la zona:

—Estaban en el aparcamiento de la iglesia, dormían bajo mi ventana, y la temperatura descendía bajo cero. No reflexioné mucho porque sabía que, si lo pensaba, terminaría por cambiar de opinión. Como sacerdote, sabía que las consecuencias de tal decisión eran mayores que el hecho de ofrecer alojamiento por una noche a una docena de personas. ¿Qué harás mañana por la noche cuando vuelvan? ¿Y la noche siguiente, la de después y así sucesivamente? Una decisión sencilla crece hasta convertirse en un compromiso de por vida. ¿Qué dirían los parroquianos? ¿O el obispo? ¿O los vecinos? En ese momento consideré que era lo que había que hacer. Igual que Scarlett O'Hara, acabé diciendo: «Ya lo pensaré mañana». Así que los invité a pasar la noche y llevan conmigo desde entonces.

Y mientras Charlie intentaba cubrir aquellas necesidades inmediatas, llegó Doy Abbott.

—Era mi terrorista —contó Charlie—. Me despertaba todas las mañanas exigiendo el desayuno. Era un habitual de la parroquia de Holy Name. Le daba patadas a la puerta mosquitera. Tuvimos que cambiarla tres veces. Insultaba a todos los miembros de la parroquia. Esperaba que se lo

diéramos todo hecho. Mi madre me decía: «Doy Abbott es tu billete al cielo». Y yo le decía que, si él era mi pasaporte al cielo, no quería ir. Todos los parroquianos le tenían miedo.

Todos salvo Mary Hopwood. Era ama de llaves, secretaria y bibliotecaria de la parroquia. Había empezado a trabajar a los cincuenta y cinco años, después de criar a sus doce hijos. Con Doy siempre tuvo un tono suave y respetuoso, y él le correspondía. Se escuchaban entre sí.

—En aquella época leí algo que había dicho Dorothy Day. Decía que lo que pretendía era querer a los pobres, no analizarlos, no rehabilitarlos. Cuando leí aquello, fue como si se encendiera una luz. Pensé en la señora Hopwood. Entendí que Doy no era un problema que yo tuviera que resolver, sino un hermano al que tenía que amar. Decidí en ese mismo instante que lo querría y que no esperaría nada de él, y de la noche a la mañana él cambió. Dejó de maldecir, dejó la violencia. Tengo la sensación de que nos hicimos hermanos. Yo era su siervo y él mi amo. Estuve con él cuando murió.

Charles Strobel fundó Room in the Inn y su Campus para el Desarrollo Humano en 1986 como centro de aprendizaje, descanso, abrigo y asistencia para personas que viven en la calle. Como ellos, allí está los siete días de la semana. Originalmente se creó como organización de las congregaciones de todas las denominaciones religiosas de la zona, y ofrecía comida y un sitio donde pasar la noche cuando llegaba el mal tiempo. Al principio tuvieron el típico edificio deprimente, con varias salas para reuniones de Alcohólicos Anónimos y proyectos de arte, así como un espacio para la oración. El principal don de Charlie puede haber sido su habilidad de servir al pobre, pero posee otro don igualmente necesario, que es la capacidad de tratar con el consejo de gobierno local, la Policía, toda clase de organizaciones religiosas y con las personas con los medios para respaldar sus puntos de vista. Su idea radical era que las personas sin un lugar donde vivir no se merecían lugares míseros y lúgubres, y que quienes no tienen nada deberían poder estar con quienes

lo tienen todo y mantener la cabeza bien alta. El edificio del Campus, con sus elegantes cristaleras modernas y su estructura de acero, resultaba tan moderno y elegante como los carísimos apartamentos que se extienden por Nashville a pocas manzanas de distancia. La dignidad con la que Charlie siempre había tratado a los demás se reflejaba en el entorno. La declaración de principios del Campus decía: «Haciendo hincapié en los ideales bíblicos de amor y comunidad a través del servicio a los indigentes, nuestro Campus proporciona a los fieles de Nashville la oportunidad de dar respuesta directa a las personas rotas y desprovistas de derechos que nos rodean. La hermandad con los pobres está en el corazón de nuestro objetivo».

Esto significa que el Campus me está proporcionando un servicio a mí. Parte de su misión es permitirme experimentar lo que ha sido la gran alegría en la vida de Charlie: la oportunidad de dar respuesta directa a las personas rotas y desprovistas de derechos que nos rodean.

—Lo único que tienes que hacer —me cuenta— es reflexionar un poco sobre la posibilidad de que la vida quizá no haya sido justa.

Lo malo de la buena suerte es que tendemos a equipararla a la bondad personal, por lo que, si las cosas nos van bien a nosotros pero mal a otros, se da por sentado que algo habrán hecho para atraer la desgracia hacia ellos, y que nosotros habremos trabajado más para evitarla. Decimos que hemos sido bendecidos, pero ¿acaso significa eso que los demás no han sido bendecidos y que Dios ha elegido a algunos de nosotros para amarnos más? Nuestra responsabilidad es cuidarnos los unos a los otros, crear justicia ante la injusticia y encontrar igualdad donde no la había. A pesar de sus propias experiencias con la injusticia, este es el logro de Charlie.

Cuando el padre de Charlie murió de un ataque al corazón a los cuarenta y seis años, dejó tras de sí a cuatro niños con edades comprendidas entre los ocho años y los cuatro meses. Después, la madre de Charlie, Mary Catherine Strobel —que había perdido a su propia madre al arder su casa siendo ella una niña y a su padre con apenas dieciséis años—, aceptó un

trabajo de recepcionista en el cuerpo de bomberos por 185 dólares al mes. También cuidaba de dos tías abuelas: Mollie, que tenía ochenta y un años por aquel entonces, y Kate, que tenía setenta y ocho. Mary Catherine no interpretó que Dios tenía la culpa de la muerte de su marido ni de las dificultades que la acompañaron. Dios, junto con su marido, estaba allí mismo cuidando de ellos.

Y mientras Dios, con la reciente compañía de Martin Strobel, cuidaba de los niños desde el cielo, la tía Kate y la tía Mollie cuidaban de ellos durante el día, cuando Mary Catherine trabajaba.

—Ellas son la razón por la que me resultó tan fácil creer en las palabras de Jesús: «Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve» —decía de sus tías—. Y eso me llevó al siguiente paso lógico: creer que Dios nos ama y que cubre todas nuestras necesidades, igual que haría un siervo fiel, porque yo lo experimenté en el cariño de la tía Mollie y de la tía Kate.

Me contó una historia que se narra en Lucas 17 en la que un siervo hace todo lo que se le pide y, después, lleno de alegría, hace más, y recibe el apelativo de «siervo inútil» (o «siervo indigno», o «siervo sin mérito», depende de la traducción). El suyo es un estado de servicio amoroso tan profundo, tan universal, que se pierde a sí mismo de modo que su inutilidad se convierte en una forma de trascendencia.

—Ellas eran siervas inútiles —dice Charlie recordando a sus tías y a su madre—. Lo único que querían era servirnos, y eso nos convertía en sus amos. Hacían todo lo que podían por nosotros. Nunca nos castigaban. No recuerdo ni una sola vez que me pidieran que ayudara en la casa.

Charlie me preguntó si seguía su razonamiento, porque el concepto del logro que se halla en la inutilidad puede resultar algo nebuloso. No es material para el sermón del domingo. Por supuesto que se me ocurrían muchos ejemplos en los que quienes recibían servicios no tenían la inspiración de servir a los demás, pero, si ser receptores de un amor profundo nos permitía amar profundamente, entonces sí, lo entendía.

—¿No sería algo maravilloso para poner en tu lápida? —preguntó—. ¿El siervo inútil?

Le dije que yo todavía no estaba en ese punto, pero veía que era algo a lo que aspirar.

—Dudo si decir esto —prosiguió, y entonces hizo una pausa tan larga que me pregunté si de verdad tenía previsto seguir—. Muchísima gente se esfuerza por conservar su fe, pero Dios nunca ha sido un esfuerzo para mí. Yo mismo he sido un esfuerzo para mí, pero, sinceramente, nunca he llegado a creer en la inexistencia de Dios.

Esto fue lo único que dudó en contarme aquel día. Le parecía poco serio reconocer que algo que para tantos era muy difícil para él hubiera venido, y hubiera permanecido, sin dificultad.

En el vestíbulo de Room in the Inn hay una escultura de pared que representa un árbol con más de mil hojas. Cada hoja tiene el nombre de un hombre o una mujer sin techo que ha muerto en Nashville, y Dios ha estado presente cada vez que se ha añadido una hoja nueva. También estuvo presente en diciembre de 1986, cuando la madre de Charlie, Mary Catherine, que por entonces tenía setenta y cuatro años, fue secuestrada en el aparcamiento de Sears en Nashville y asesinada a manos de un preso fugado de Michigan. Fue la primera víctima de una matanza que acabó con la vida de seis personas.

Pero, con los años, la historia que se recuerda cuenta que ella estaba trabajando en Room in the Inn y que la mató un indigente. La gente decía que Mary Catherine había puesto en marcha Room in the Inn y que Charlie había continuado como penitencia. Al convertir su asesinato en consecuencia de sus propias compañías, la gente se distanciaba y se ponía a salvo de tales actos de violencia fortuita. A Charlie a menudo le preguntaban si seguiría con su trabajo tras la muerte de su madre. «Valía la pena hacerlo antes —contestaba—, ¿por qué no va a valer la pena ahora?»

—Muchos han dicho que no se merecía morir así —pronunció el hijo durante el funeral de la madre—. Pero llevamos años oyendo decir que «Dios no salvó a su único Hijo, sino que lo entregó, y el Hijo se vació y se humilló, aceptando con obediencia incluso la muerte, la muerte en la cruz». Con la

muerte de nuestra madre, nuestra familia cree que la crueldad de trato que recibió a cambio de su dulzura y amabilidad implica una mayor comunión con Jesús. ¿Cómo podemos cuestionar su curso? Parece que encaja con la muerte del propio Jesús. Y ¿por qué hablar de rabia y de venganza? Estas palabras no son compatibles con el recuerdo mismo de nuestra madre.

»Por supuesto que su muerte nos cambió a todos —me dijo aquella tarde después de separarnos de Ron y Sid, cuando íbamos de camino al hospital a visitar a una antigua sin techo que se esforzaba por cuidar de sus nietos aunque su salud cayera en picado—. Pero quizá no del modo que imagina la gente. La muerte de nuestra madre me ayudó a concentrarme en lo importante. Después de aquello me volví más decidido respecto a lo que tenía que hacer con mi vida.

En el curso de la vida hay una larga línea de padres e hijos, progenitores y descendientes, siervos y amos, perdonados y perdonadores, y en distintos momentos recibimos la llamada para tomar un papel y luego otro. Cuando lo hacemos bien, tenemos presente el ejemplo de Cristo.

Charlie lo está haciendo bien.

He sido la anfitriona del desayuno para reunir fondos para el Campus en varias ocasiones, una de esas celebraciones que tienen lugar en el salón de baile de un hotel inmenso en las que se sirve café amargo y huevos revueltos. A Charlie le resulta penoso pedir dinero a sus amigos, pero a mí no me importa en absoluto. ¿Será esta mi fortaleza espiritual? No me cuesta subir a un escenario y explicar a la gente por qué debería firmar el compromiso de donación en la tarjeta que está junto a la cesta de los panecillos de canela.

Después de los vídeos y los testimonios, después de que las personas que sirven y las que reciben el servicio cuenten su historia, entro en escena. La sala está llena de profesionales de éxito pendientes del móvil. Les hemos prometido que saldrán por la puerta a las ocho, así que tengo que hacerlo rápido. Les digo que nunca voy a trabajar en una clínica de podología. No

voy a servir comidas, a cortarle el pelo a nadie ni a distribuir agua fría los días de verano. Pero voy a firmar un cheque, porque aunque no sea gran cosa, algo es algo, y siempre es mejor que no hacer absolutamente nada. Les sugiero que no permitan que el éxito sea enemigo de la bondad.

Podría decirse que, en lugar de hacer cosas, voy en coche con quien las hace. Quizá sea suficiente escuchar y contar su historia.

Cuando el desayuno termina, la gente se reúne formando un círculo amplio en torno a Charlie con la esperanza de robar un momento de su atención antes de irse, para asegurarse de que sabe que han venido. A fin de cuentas, también sirve a esta gente. Los abraza del mismo modo en que abrazó a Ron y a Sid, con alegría y aprobación. «Llevas cuatro días sobrio y te quiero. Estás a punto de subirte en un BMW y te quiero. Tú no eres un problema que yo tenga que solucionar, sino un hermano al que querer, igual que todos los demás.» Queremos acercarnos para convencernos de que está hecho de una pasta escasa y superior que no hay en nosotros, pero no es cierto. Decir que es un santo no es más que otra forma de quitarnos responsabilidad. Después de acompañar a Charlie, me sorprende lo fácil que sería verme a mí misma como sierva inútil, encontrar alegría en el servicio a los demás, abrir mi corazón y dejarlo abierto para todo el mundo, sin excepción ni límite de tiempo. La clave es decidir despertarse cada mañana y ponerse delante del mundo con amor. Llego a la conclusión de que la pirotecnia de la santidad —crucifixión y ruedas de tortura, el fuego y la hoguera— resulta más fácil que este amor incansable e incondicional. Hablar en el salón de baile del Renaissance Hotel resulta en cierto modo más difícil que esperar en el pasillo manchado de lejía de Stadium Inn, porque aquí no sabemos lo suficiente para pedir perdón, ni nos damos cuenta de que nosotros somos quienes recibimos el servicio. Cuando la muchedumbre se dispersa por fin, la persona que ha oído la llamada de la decencia humana busca el tique del aparcacoches, le da un apretón de manos a quien le ha aparcado el coche y vuelve al trabajo.

# El arte de tirar cosas

Cuando falleció el padre de Tavia, empecé a pensar en poner la casa en orden. Tavia, mi amiga de la infancia (y de la juventud, y de la mediana edad, y de estos años de *slalom* cuesta abajo), creció en la unidad 24-S de los apartamentos Georgetown de Nashville. Su padre, Kent, llegó de Los Ángeles después de divorciarse en la década de los setenta y se quedó. Durante años fuimos testigos de las distintas fases de su estilo personal: Kent el capitán de barco (abrigo de marinero, barba y pipa), Kent el niño perdido de Studio 54 (vestido de morado), Ken Gordon Gekko (trajes de Armani, gemelos y pasador de corbata), Kent Jane Fonda (chándal y deportivas a juego), Kent el vaquero urbano (quince pares de botas hechas a medida) y, por último, su último avatar, que subyacía en todos los anteriores, Kent el monje cósmico (camisas amplias y pantalones anchos con un cordón en la cintura, todo de algodón… Y es que había ganado peso).

Cada estadio de su evolución traía consigo intereses novedosos: arte nuevo, nuevos utensilios de cocina, nuevo material de lectura, nuevos azulejos para el baño. Kent impartía clases de teatro en un instituto público y con su salario de maestro en los años previos a internet se las arregló para comprar por correo artículos de todo el mundo: un rosario budista con las cuentas talladas en forma de minúsculas calaveras humanas, varios budas que ponía junto a estatuas de santos de madera (como el padre Pío, con su sotana negra, tan alto como un niño de cinco años). Plastificaba los recibos y los certificados de autenticidad que venían con sus compras y los archivaba en fundas de cuero con cremallera.

Yo crecí en el apartamento 24-S, igual que Tavia creció en la casa de mi familia. Conocíamos el contenido de nuestras respectivas despensas y la eficacia de nuestros respectivos

champús. Y aunque nuestra casa fuera mucho más grande (a fin de cuentas, era una casa), los dominios de los Cathcart —Kent, Tavia y Therese, la hermana mayor de Tavia— superaban en *glamour* y exotismo todo lo que hubiera visto cualquier colegiala católica. Había velas prendidas a todas horas del día. Kent había transformado el vestidor de su dormitorio en un santuario para meditar y orar. Una máquina redonda con patas, similar a un ovni, del tamaño de un plato expulsaba una cascada de niebla desde la encimera de la cocina. Las sillas del comedor eran de color verde primavera, con respaldos tallados que imitaban la entrada del metro de París: una floritura *art nouveau* trasplantada a Nashville. Kent hizo retapizar los asientos con charol rosa eléctrico. Tavia y yo pasamos muchas horas felices de la infancia entre los dos espejos gigantes (dos metros y medio por dos metros, coronados con pagodas de borde dorado) enfrentados entre sí en paredes opuestas del minúsculo salón. Nos mirábamos y agitábamos los brazos de arriba abajo como si fuésemos dos cisnes en medio de una infinidad de cisnes.

Cuando sus hijas crecieron y se independizaron, Kent reunió una enorme colección de cuencos tibetanos y los metió en lo que había sido el dormitorio de Therese, cada cuenco con su propio podio, cada podio rematado con una almohadilla de seda india. Hacía sonar los cuencos a diario mientras paseaba entre ellos de un lado a otro. Cuando Tavia volvía de Kentucky, se quedaba en mi casa, porque en el apartamento 24-S no había ni un centímetro de sitio para ella.

—¿Te imaginas lo que habría hecho de haber tenido dinero? —pregunté.

Estábamos junto a un cargamento de agua mineral Gerolsteiner en la estrecha cocina de Kent. A pesar de su falta de espacio crónica, Kent era un adepto de las compras al por mayor. Estábamos en abril de 2020, poco después de su muerte, y lo echábamos muchísimo de menos. Todavía no habíamos abierto los cajones de la cómoda ni habíamos tocado las sobrecargadas estanterías más altas de los armarios. No obstante, Tavia y Therese ya habían encontrado más de treinta regletas eléctricas. Para Kent, el eterno director, cada estancia

era como un escenario. La iluminación no era más que una de las muchas manifestaciones de su genialidad.

Tavia quería enseñarme el cuadro de la diosa Kali montada en un buey blanco con los seis brazos extendidos que Kent me había dejado en su testamento. La imagen estaba en su dormitorio, en un caballete de hierro forjado iluminado con un aplique que, según Tavia, también eran para mí.

—No quiero parecer desagradecida —dije después de observarlo de cerca. Me gustaba y me conmovía que me hubiera relacionado con la destructora de fuerzas malignas, pero era demasiado grande.

Vecinos, cuidadores, antiguos alumnos, amigos: había elegido un recuerdo para cada uno. El testamento de Kent era sorprendentemente concreto. A Tavia le dejó una sartén cromada de catorce pulgadas; Therese recibió una enorme colección de bombillas; a Tavia, la manta de lana azul; a Therese, el deshumidificador mediano. La lista seguía y seguía: obras de arte, objetos varios, productos para el hogar… Las hermanas decidieron juntar su herencia y, puesto que tendrían que venderla, dividir a partes iguales los beneficios. Ninguna de las dos tenía espacio para guardar más que unos pocos recuerdos. Incluí la diosa azul en la venta.

—Entonces llévate otra cosa —dijo Tavia—. Él hubiera querido que te quedaras con algo.

Al final escogí un huevo de cuarzo azul que se tenía en pie sobre un servilletero de plata. Me llevé una caja entera de galletas con sabor a crema de cacahuete y queso de marca Lance, y una caja grande de caramelos de jengibre Gin Gins para los empleados de la librería. Añadí al lote seis cajas de caldo de verdura para mí.

El resto del verano, Tavia vino todos los fines de semana en coche desde Louisville para despejar la casa con su hermana. Yo también volví varias veces al apartamento 24-S para ver a mi amiga y para presenciar el fin de un mundo que había influido en mi formación.

—Cuando nuestro padre vivía, daba un toque mágico a todas estas cosas —dijo Therese un día con tristeza—. Ahora no son más que cachivaches.

Los amigos y conocidos entraron en hilera en la casa antes de la venta final del patrimonio, deseosos de encontrar algo bonito con lo que quedarse. Yo compré el cuadro de una casa flotante que había estado colgado en el dormitorio de Tavia cuando éramos pequeñas, el primer cuadro que me ha entusiasmado. Compré las sillas verdes con tapizado rosa del comedor y se las di a mi madre. Para Tavia fue un consuelo saber que podría seguir sentándose en ellas.

Cuanto más extraían del apartamento 24-S, más cosas salían. Hasta el punto que el 24-S se convirtió en una excavación arqueológica, acordonada en medio de los apartamentos Georgetown, donde las dos hermanas desenterraban el pasado con pico y pala.

¿Cómo es posible que un hombre adquiriese tantas regletas, tantas baterías y tantas cuentas de rosario? Tavia y yo nos dimos la mano en el aparcamiento y juramos en silencio que no haríamos a nadie pasar por algo así. No dejaríamos en manos de otro los contenidos de nuestra vida, porque ¿quién iba a ser el fabuloso seleccionador? ¿Mis hijastros? ¿Su sobrina? Ni Tavia ni yo teníamos hijos. ¿Podíamos dar por hecho que nuestros maridos se ocuparían de las cosas que nosotras dejáramos atrás? Según las estadísticas de mortalidad, nosotras los sobreviviríamos.

El padre de Tavia murió cuando ella y yo teníamos cincuenta y seis años. En cualquier otro momento, habríamos disfrutado algunos años más sin pensar que nosotras también vamos a morir, pero, gracias a la pandemia, tal despreocupación se hizo imposible. Puse el huevo de Kent y su servilletero de plata en el alféizar de mi despacho, donde dejó de ser azul y adquirió un brillo anaranjado, inexplicable y cálido: el color favorito de Kent. Lo miraba a diario y pensaba en todo el trabajo que me quedaba por hacer.

Mi amigo Rick es agente inmobiliario y vive en mi barrio. Nos cruzamos casi todas las mañanas cuando salimos a pasear a los perros. Durante un tiempo me insistió en que fuera a ver una casa en venta que había calle abajo.

—Echa un vistazo —decía—. Te va a encantar.

Yo no quería cambiar de casa, pero el legado de Kent seguía

molestándome meses después de su muerte. Quizá si me mudaba tendría que enfrentarme a todas las cosas que guardaba en cajas en los armarios.

De camino a la casa en venta por la que pasábamos a diario, Karl y yo nos convencimos de que aquel cambio era exactamente lo que necesitábamos, y por eso sentimos a un tiempo alivio y decepción al concluir que aquella vivienda no nos gustaba tanto como la nuestra.

—¿Y si fingimos que nos mudamos? —le dije a Karl esa noche durante la cena—. ¿Sería posible? Examinar, cosa por cosa, todo lo que tenemos y luego quedarnos aquí.

También podría haber dicho «Y si fingimos que nos hemos muerto», pero eso habría evocado unas imágenes muy distintas. ¿Podríamos al menos prepararnos? ¿Acaso no era eso lo que Karl había dejado sin hacer? Imaginar su propia muerte como parte de su actividad espiritual, ver el apartamento 24-S e intentar imaginar un mundo sin él.

Karl llevaba veinticinco años viviendo en nuestra casa. Yo llevaba dieciséis —era el sitio en el que más tiempo había vivido, con una década de diferencia—. Éramos los dos igual de ordenados. Karl colgaba la chaqueta en una percha nada más llegar a casa. Yo limpiaba la encimera de la cocina antes de acostarme. El incesante torrente de invitados que recibíamos mencionaba la calma que producía nuestro entorno, y yo respondía que el secreto era no tener muchas cosas.

Pero teníamos muchísimas. La casa es grande y, poco a poco, los armarios y los cajones se habían ido llenando de cosas que no tocábamos nunca, que no queríamos y que, en muchos casos, sencillamente habíamos olvidado. Karl dijo que estaba dispuesto a realizar una excavación profunda. Estaba trabajando desde casa. Yo había dejado de viajar. Si íbamos a hacerlo, ese era el mejor momento.

Empecé por la cocina, una estancia que es agradable y de lo más familiar, y me senté en el suelo para revisar los armarios bajos. Los recipientes de plástico para sopa fueron fáciles: había acumulado demasiados. En algún momento había comprado moldes para el horno y no había tirado los viejos.

Tenía cuatro coladores. Armario tras armario, saqué su contenido y me dediqué a valorar, separar, reducir y sustituir. Llené la cesta de la colada con todo lo que no quería o no necesitaba y la bajé al sótano. Decidí que convenía vaciar primero toda la casa antes de buscar un destino a las cosas de las que queríamos desprendernos. Esta lección la he aprendido trabajando: escribir y revisar son cosas distintas, y si se intenta hacer las dos a la vez, no se avanza nada. No quería detener la tarea que tenía entre manos para imaginar quién podía querer la bandeja cuadrada verde que había comprado hacía quince años y que nunca había llevado a la mesa.

Lo que sentía por las cosas me sorprendía mucho más que el hecho de tenerlas: la vergüenza inesperada de tener siete boles grandes, la culpa por no haber hecho buen uso del exprimidor eléctrico que me había regalado mi madre y, lo más inexplicable de todo, la relación que establecía con los objetos como si fueran personas: ¿cómo se iban a sentir los platos de plástico con diseños de carboneros cuando se dieran cuenta de que iban de camino al sótano? Era como si hubiera palpado de pronto un bulto inesperado en mi psique. Pero bueno, ¿qué me pasaba?

Mi inclinación por inventar historias sobre los carboneros reales que picoteaban los ladrillos al otro lado de la ventana era una cosa, pero ¿de dónde venía este repentino arrebato de empatía por las vajillas? Me la sacudí de encima, llené de nuevo la cesta de la colada y bajé las escaleras preguntándome si aquello era parte de la condición humana o un trastorno específico de novelistas. Con el tiempo, he pulido la capacidad de dar vida a personas que solo existen en mi imaginación, como una ventrílocua que proyecta su voz en un muñeco de calcetín, una ventrílocua que perfecciona tanto su arte que, cuando hace hablar a su mano, resulta tan convincente que no necesita el calcetín, y al final hay un calcetín vacío cantando *O mio babbino caro* al fondo del cesto de la ropa sucia. Claro que quizá no sea un problema típico de seres humanos o de escritores, sino algo propio de mí, aunque lo dudo. Si el problema fuera solo mío, más gente se dedicaría a vaciar la cocina.

Para acabar el primer día de trabajo con una nota positiva, contaré que conseguí abrir, aunque con mucho esfuerzo, un cajón con unos treinta y cinco paños de cocina apiñados en su interior. Eran estupendos, muchos estaban sin usar y tenían estampados de perros, pájaros, koalas y el gran estado de Tennessee. Decidí que diez serían más que suficientes. Los lavé, los doblé todos y bajé los que no quería al sótano. Me asombró la facilidad con la que ahora se abría y cerraba el cajón.

Esto fue el calentamiento, el estiramiento.

La noche siguiente, después de cenar, saqué una escalera para enfrentarme a los armarios superiores de la cocina. Había una docena de copas de tipo flauta grabadas encima del armario, tan alto que me costó bajarlas. ¿Una docena? Las había coleccionado durante la treintena, de una en una. Algunas las compré yo misma, otras las recibí como regalo: una copa solitaria por mi cumpleaños, envuelta en papel de seda, como si hubiera sido una novia, aunque durante esa década no me casé con nadie. ¿Me habría imaginado que doce personas vendrían a mi casa en algún momento con ganas de champán? Todo lo relacionado con las copas me pareció decepcionante: su número, la altura excesiva, la idea de que hubieran estado allí esperando estos años a que diera una fiesta. (A ver, ya lo he vuelto a hacer: «las copas estaban esperando». Había defraudado a las copas por no dar una fiesta con la que justificar su existencia.) Pero no solo había copas de tipo flauta. Un estante más abajo, encontré cuatro copas de Waterford de coñac detrás de una legión de copas de vino. Cuando estaba en el instituto, pedí a mis padres unas copas de coñac, y me regalaron una cada año. También cuando estaba en el instituto, me hice con seis vasitos de licor y un juego de tazas blancas de *expresso* con platitos del grosor de una oblea. Las tazas seguían en la caja de cartón original, que tenía una esquina roída. Nunca me había hecho un *expresso* porque, en realidad, no me gusta.

—Papá cambiaba de estilo una vez al año por los chavales

—me había contado Tavia, y al decir chavales se refería a sus alumnos—. Les encantaba. Siempre había mucha expectación por ver en quién se convertía.

¿Y yo en quién pensaba que me iba a convertir? ¿En Scott Fitzgerald? ¿En Jay Gatsby? ¿Tenía previsto beber champán metida en una fuente? ¿O tirar una copa de coñac a la chimenea al final de una aventura amorosa? Las puse en la cesta de la colada, tanto las altas como las bajas, separando los distintos niveles con una toalla. Las coloqué en el suelo de hormigón del sótano, donde formaron un batallón ridículo pero resplandeciente.

De joven calculé mal las herramientas de la madurez o, más bien, calculé mal el tipo de adulta que iba a ser. Mi modelo habían sido las novelas de Edith Wharton y las películas de Merchant Ivory Productions. Mi modelo había sido el padre de mi mejor amiga.

Me había equivocado respecto a quién iba a ser, pero ese error retrataba mi yo de aquella época: una chica rara con expectativas raras, no solo por las copas, sino también porque había comprado una cubertería. Cuando tenía ocho años y mi hermana, Heather, once, sufrimos un accidente de coche con nuestro padrastro. Recibimos una indemnización cada una: cinco mil dólares para mí y diez mil para ella, porque sus lesiones eran como mínimo el doble de graves que las mías. Pusimos el dinero, después de pagar al abogado, en un depósito de bajo interés al que podríamos acceder a los dieciocho años. Cuando Heather dispuso del dinero, solicité hacer lo mismo ante el tribunal. Le dije al abogado que el mercado de la plata estaba subiendo una barbaridad y que, si tenía que esperar otros tres años y medio, no podría permitirme una cubertería.

Me dieron el dinero, quizá porque se habían dado cuenta de que, si una chica de catorce años habla del mercado de la plata, es mejor quitársela de en medio. Compré cubiertos para ocho comensales, además de las piezas de servicio, del modelo Chantilly de Gorham. Incluí tenedores de ensalada, que me parecían fundamentales, pero no quise las cucharas de consomé, pues no me lo parecían. Con el dinero restante,

compré cinco *krugerrands* de Sudáfrica —pesadas monedas de oro que escondí en la nevera de la casa de muñecas que todavía decoraba mi dormitorio— y dos años después los vendí con abundantes beneficios.

—Quédate con todo lo que quieras —le dije a Karl—. No quiero que te sientas obligado a tirar tus cosas porque yo tire las mías.

—Yo también me apunto. —Estaba repasando sus armarios.

Encontré un contenedor de plástico enorme lleno de bandejas, jarras y escalfadores de plata en un armario oculto bajo la encimera de la cocina. Utensilios de servicio, cuencos, juegos de té, una chocolatera. No diré que los había olvidado por completo, pero no estaban a la vista y, por tanto, no me venían a la mente. Hacía unos quince años había envuelto cada objeto, lo había metido en el contenedor y, desde entonces, no lo había vuelto a abrir. Lo dispuse todo en la mesa del comedor. Eran cosas de Karl y, al igual que mis copas, eran de antes de nuestro matrimonio.

Distraídamente, Karl emparejó un cuenco con su tapa y dijo:

—Hay que tirar todo esto.

—¿No quieres guardar algo?

—Hace diez años habría dicho que sí —respondió.

Esperé el resto de la frase, pero no llegó. Karl volvió a amontonar la plata en el contenedor sin un atisbo de nostalgia. Me preocupaba que se arrepintiera y que me culpara más tarde. Se lo dije, y me contestó que estaba loca. Estaba cada vez más claro que estaba loca. Una vez lleno, el contenedor de la plata pesaba como el cofre de un pirata, y nos costó bajarlo al sótano. Después Karl llamó a Leslie, la enfermera de su clínica que anima sus jornadas laborales con buen humor y sensatez, y le dijo que viniera con su hija a ver lo que teníamos.

Fui lo bastante considerada como para no decir: «Vamos a esperar». Porque el momento favorito de Karl se aproximaba, el momento que más le ilusionaba: el de regalar sus cosas. Cuando conocí a Karl, quiso darme su coche.

Una hora después, estábamos con Leslie y su hija en el sótano. Leslie venía del trabajo con el pijama de enfermera. Su hija Kerrie, también enfermera, llevaba sandalias deportivas y una especie de vestido de *trekking*. Acababa de volver de la ruta de Colorado —de Denver a Durango—, en la que había recorrido ochocientos kilómetros sola. Contrajo COVID durante el viaje y pasó la enfermedad en la tienda de campaña.

—Se va a casar —me contó Leslie. Kerrie sonrió.

—Pues vas a necesitar algunas cosas —dijo Karl.

Leslie se rio y nos contó que a su hija le cabían todas sus pertenencias en el coche.

Y la creí. Kerrie era la encarnación del aire fresco y de la luz del sol; el único adorno que tenía era su espectacular melena rizada. Resultaba evidente que había optado por un modelo distinto de mujer adulta. Observé los cuidadosos pasos que daba entre las copas y las tazas dispuestas en el suelo de hormigón. Levantó una enorme copa de tipo flauta.

—¿De verdad no las queréis? —preguntó.

Le dije que no quería nada. Obvié decir que a ella tampoco le convenían. Se quedó con las copas de champán, con las de coñac y con el decantador. Se quedó con el juego de tazas de café grandes, pero no con el de las de *expresso*. También con la pila de platos de cristal y el conjunto de copas de vino variadas que, con los años, se habían ido multiplicando como conejos. Cuando parecía que ya no quería nada más, Karl cogía algo y se lo daba. Aceptó varios cubiertos de servir de plata y una fuente verde y cuadrada. Con cada adquisición, Kerrie me preguntaba de nuevo:

—¿Estás segura?

Hice los gestos propios de la convicción sin estar demasiado convencida. A decir verdad, me sentía algo mal; no porque fuera a echar de menos todo aquello, sino porque, en cierto modo, la estaba engañando. Le estaba entregando mi carga a un alma inconsciente y, al hacerlo, estaba perpetuando los mitos de la vida adulta a los que me había entregado de lleno. Mientras las envolvía cuidadosamente con su madre en trapos de cocina, me la imaginé con las copas atadas a la mochila. Cuando terminaron, las ayudé a llevar la carga al coche. A la

luz del atardecer me dieron las gracias una y otra vez y me dijeron que no se lo podían creer, cuántas cosas bonitas.

Había desplegado mi carga en el suelo del sótano y Kerrie se la había llevado. O, al menos, una parte. Todavía quedaba mucho que cribar en la casa.

—No te sientas mal —dijo Karl mientras se alejaban marcha atrás por el camino de entrada—. De no habérselo dado, lo habrían pedido de regalo de bodas.

El caso es que sí me sentí mal, pero no duró mucho tiempo. La sensación de ligereza ocupó su lugar. Se trataba de aprender un arte: me iba librando de posesiones, al menos de las inútiles, porque las posesiones se interponían entre la muerte y yo. No me protegían de la muerte, sino que creaban una barrera en mi mente, como muchas capas de plástico de burbujas, así que, en vez de pensar en lo que estaba por llegar y en la belleza de lo que me rodeaba en el momento presente, estaba pensando en cachivaches que había ido acumulando. Había empezado un viaje que consistía en excavar.

Esa misma tarde, Karl llamó a su hijo y a su nuera, que vinieron a echar un vistazo al cargamento del sótano. Después de mucha deliberación, decidieron quedarse con un vaso medidor de Pyrex y una barrena para plantar bulbos. La hija de Karl vino a la mañana siguiente y se llevó las tazas de té, la batidora amasadora y los objetos de plata que quedaban. Era el tipo de mujer que organiza una gran fiesta porque sí un martes cualquiera. Estaba encantada, y yo estaba encantada por ella. La cosa había cambiado muy rápido. El objetivo ya no era dar el objeto adecuado a la persona adecuada. El objetivo era librarme de todo.

Cada noche abría un armario, un cajón o un aparador y volvía a empezar. El lavadero fue una sorpresa deprimente: había casi cinco litros de limpiador del hogar concentrado llamado Tuff Stuff que le había comprado a un joven vendedor a domicilio de origen ruso. Me indicó que debía diluirlo con agua y que lo pusiera en una botella con difusor. Cuando se dio cuenta de que le iba a decir que no, desenroscó la tapa y le dio un trago a

la botella. «No tóxico —dijo, limpiándose la boca con la mano —. ¿Quieres probar?» Me encontré con media docena de botellas de repelente de insectos que caducaban a principios de los 2000, medio bote de pegamento de marca Gorilla petrificado, el collar y el cuenco de un perro al que quise mucho, pero que ya no estaba con nosotros. El lavadero era el lugar adonde las cosas iban a morir.

Cada mesa tenía un cajón y cada cajón tenía una historia, pero ninguna era interesante. Llevé a cabo el registro cuarto a cuarto, cribé los manuales de mandos a distancia y paquetes de abono para flores. Encontré cabos de velas, chapas electorales, fotos, monedas de un centavo, una sorprendente cantidad de lápices y más barajas de cartas de las que dos personas pueden barajar en su vida. Seleccioné recortes de periódico, hice una bola con las gomas elásticas y tiré todo lo demás a la basura.

Ni se me pasó por la cabeza tirar las cosas bonitas, como la caja de latón con el pájaro mecánico cantarín que le regalé a Karl por nuestro aniversario, o el cuadro del perrito negro que cuelga en la entrada. Tampoco me fijé en las cosas que usábamos, como el sofá verde del salón, la mesa o las sillas. A fin de cuentas, si Karl y yo desapareciéramos de un día para otro, alguien las querría. Yo las quería. No es que fuera una asceta, y lo digo con cierto remordimiento, porque me eduqué con las Hermanas de la Misericordia y fui doce años a una escuela católica. (Kent, que adoraba sus bienes terrenales, había estudiado de joven en el Monasterio trapense de Gethsemani, en Kentucky.)

Me había propuesto algo mucho menos exigente que un voto de pobreza y, con todo, me parecía muy difícil. Apagué las luces de la planta baja y subí al primer piso.

Cuanto más me acercaba a donde dormía y trabajaba, más difíciles se hacían las decisiones. Prácticamente se me cayó el alma a los pies con la bolsa de cierre zip del tamaño de un bocadillo en la que guardaba la bisutería de mi abuela, con tantos broches rotos y cuentas perdidas. No recuerdo a mi abuela con esas cosas, pero le gustaba verlas de vez en cuando y nos dejaba a mi hermana y a mí jugar con ellas. Se las arregló para llevarse aquella maraña de collares baratos,

pulseras y pendientes de dolorosos clips al pabellón de pacientes con demencia. Tras su muerte, me llevé la bolsa de la mesilla de noche de su cuarto, no porque quisiera quedarme con ella, sino porque no sabía cómo dejarla allí.

Al final decidí desprenderme de ella, porque ¿quién diablos entendería su significado cuando yo hubiera muerto? Yo conservaba el guardapelo con forma de corazón de mi abuela con fotos de mi madre y mi abuelo en su interior, así como el anillo con dos óvalos de cristal verde con que su hermano Roy la obsequió por su graduación del octavo curso. En la mano izquierda llevaba su anillo de bodas, tan delgado que parecía un hilo.

Encontré cositas que habían ido cobrando importancia solo por haberlas conservado mucho tiempo: un caballo balancín de madera que una amiga del instituto me había traído de Japón, dos dientes que me extrajeron antes de que me pusieran aparato a los trece años y una piedra suave y verde en forma de escarabajo cuyo origen había olvidado. Me deshice de todo. Encontré las muñecas Madame Alexander de mi infancia envueltas en una bolsa en el estante más alto del armario de mi despacho. Eran lo que entonces se llamaba «muñecas de moda», es decir, eran altas, llevaban vestidos preciosos y no estaban pensadas como juguete. Sin embargo, yo había dormido durante años con la muñeca de pelo negro. Carecía de medias y zapatos y tenía la melena desgreñada y el miriñaque aplastado. Había querido a esa muñeca con toda mi alma. La otra, una rubia nórdica, conservaba perfectos hasta los lazos del sombrero de paja, porque no quería otra muñeca. Solo había querido a la morena. Todavía la quería. A la rubia solo la admiraba. Me había acordado de las muñecas una vez cada diez años, y ahí seguían, esperando. Quizá, al igual que el calcetín del cesto, habían pasado esos años cantando.

Percibí que, a pesar de los pegajosos abrazos de la infancia y de más de cuarenta años en una bolsa, las dos muñecas conservaban una belleza resplandeciente que emanaba de su interior. Se las llevé a mi madre, que dijo que podía arreglarlas. Lavó y planchó los vestidos, cosió los rotos, cambió las gomas elásticas de las cinturas y de las enaguas. Con mucha

maña recompuso la melena negra de tal forma que le dio a la muñeca un aspecto más maduro y circunspecto. Le mandé fotos a mi amiga Sandy y le pregunté si sus nietos querían conocer a las verdaderas amigas de mi infancia. Me contestó de inmediato para decir que sí. Sí.

Sin copas de tipo flauta, muñecas ni dientes, empecé a sentir que el espacio se abría ante mí. Por desgracia, la gente de mi entorno más cercano también lo sintió. Al oír que estaba haciendo limpieza, mi madre me dio una caja grande de cartas y relatos que había escrito en la escuela. Las había guardado sin decírmelo, y, aunque no tenía ningunas ganas de tenerlas (no quería volver a verlas), mi hermana, que también estaba haciendo limpieza, dejó caer otro montón similar de mi obra de juventud. Habían sentido el vacío de mi casa y se habían apresurado a llenarlo.

Megan, la amiga de mi hermana, y Charlotte, su hija de ocho años, vinieron de visita cuando se acercaba el final de mi proyecto. Megan y Charlotte estaban haciendo una ruta circular de Minneapolis a las montañas Great Smoky, acampando y haciendo excursiones por el camino. Iban a pasar la noche en casa de mi hermana, y Heather las trajo para que nos viésemos. En ese momento me quedaba poca cosa que dar en el sótano.

—Le dije a Charlotte que le enseñaría tu baño —dijo Heather.

—Le encanta ver los baños de los demás —añadió Megan.

Así que las cuatro fuimos a la planta superior. Cuando Megan entró en mi despacho, se detuvo.

—Oh, Charlotte —dijo—. Ven a ver esto. Ven a ver lo que tiene.

La niña entró en mi despacho y se llevó las manos a la boca para no gritar. Encendí la luz. Estaba mirando mi máquina de escribir, una Brother eléctrica muy barata que usaba para sobres y pequeñas anotaciones.

—¡Tienes una máquina de escribir! —Charlotte empezó a dar saltos.

—En realidad, quiere una manual —explicó Megan—. Hemos visto unas cuantas, pero no funcionan. Cuando son viejas, las teclas se pegan.

En el armario, detrás de nosotras, guardaba dos máquinas de escribir manuales. Una era la pequeña Adler de mi abuela, una Tippa 7 que tecleaba en cursiva. Mi abuela la usaba para todo; tanto era así que, si escribía alguna nota con ella, me parecía que estaba leyendo algo de su puño y letra. No iba a regalar la Adler. La otra era una Hermes 3000 que mi madre y mi padrastro me compraron cuando estaba en la universidad, la máquina de escribir más hermosa que podía imaginar. Escribí con ella todos los textos y los relatos de la facultad. En el posgrado, tecleaba en la mesa de la cocina sentada en la silla de respaldo vertical que mi amiga Lucy había comprado en una subasta en Iowa City. Tecleaba un borrador tras otro hasta que se me agarrotaba la espalda y luego me pasaba días tumbada boca arriba sobre la alfombra del salón. En el mango del estuche de la Hermes todavía colgaba una etiqueta de viaje: Piedmont Airlines. Me llevaba la máquina de escribir a casa todas las Navidades, aunque pesara casi ocho kilos. Tanto la quería que no me imaginaba separarme de ella durante las vacaciones. Con la Hermes había escrito los relatos que conservaba mi madre y los que mi hermana me acababa de devolver.

Mi madre y mi padrastro, mi querida Lucy, la facultad y el posgrado, todos aquellos relatos formaban parte de la historia de aquella máquina de escribir. Estaba esperando en el mismo armario en el que habían estado las muñecas. Al ordenarlo, no se me había ocurrido regalar las máquinas de escribir, pero creo que llevaba sin usarlas desde que me hice con mi primer ordenador a los veintitrés años. En un aparte con Megan, le susurré:

—Tengo una manual.

Parecía horrorizada.

—Pero no estarás pensando en regalarla.

Le dije que lo pensaría, pero que no le contara nada a Charlotte. Le propuse que volviera por la mañana.

No necesitaba las copas ni la plata, porque encarnaban mi

idea de lo que pude haber sido pero nunca fui, ni tampoco las muñecas, porque representaban la persona que había sido pero ya no era. La máquina de escribir, en cambio, representaba tanto la persona que quería ser como la que soy. Dar con ella había sido como encontrar el hacha que había servido para cortar la madera para mi hogar. Había sido mi herramienta fundamental. Después de todo lo que me había dado, ¿no se merecía algo mejor que coger polvo en un estante?

Sí, acepto la persona que ahora soy. Pero en aquel momento tenía que decidir qué se merecía la máquina de escribir a cambio de tantos años de servicio fiel.

Aprender un arte implica desafíos. Por eso la práctica es necesaria, para que sepamos hacer frente a las dificultades cuando surjan. Esa máquina de escribir me encantaba. Creía que todas las frases acertadas escritas en mi juventud provenían de aquella herramienta. Y, sin embargo, la había abandonado.

Kent, el monje cósmico, plastificó oraciones. Plastificó fotos de sus hijas, de su nieta y de su perro. Hizo lo mismo con las reseñas positivas de mis novelas. Después de su muerte, Tavia encontró dos tarjetas plastificadas en las que ponía:

*Tengo todo lo que necesito.*
*Todo lo que no es*
*ascenso*
*cae.*

Tenía dos porque debía pronunciar la oración dos veces. Intentando averiguar quiénes éramos, Kent y yo fuimos por el mundo acumulando cosas y ahora había que encontrar el modo de soltar lastre.

Saqué la Hermes del armario, levanté la tapa y escribí: «Te quiero tequiero». Las teclas no se pegaban. Busqué en internet si había forma de comprar cintas de recambio. La había. Vi un vídeo de Tom Hanks, el famoso paladín de las máquinas de escribir, cambiando la cinta de una Hermes 3000. «La Hermes es la mejor», decía con voz de vendedor.

Bueno, era verdad.

Esa noche, mientras Karl y yo paseábamos a Sparky, le

hablé de Charlotte. Le conté mis pensamientos.

—Por más que me guste, sería maravilloso que alguien pudiera utilizarla. ¿Cuántas niñas sueñan con tener máquinas de escribir manuales?

—Dale la mía —dijo él.

Me detuve. El perro se detuvo.

—¿Tienes una?

¿Teníamos tres máquinas de escribir manuales en casa?

Karl asintió.

—Me la diste tú.

Se me había olvidado que, cuando éramos novios, le había regalado una Olivetti por su cumpleaños, porque antes solo había salido con escritores, nunca con médicos. Y porque todavía no lo conocía. Me veía a mí misma como la mujer que salía con hombres que tenían máquinas de escribir. La compré nueva. Veintiséis años después seguía nueva.

> Abraham alzó la vista y, en un matorral, vio un carnero enredado por los cuernos. Fue entonces, tomó el carnero y lo ofreció como holocausto, en lugar de su hijo.

Bueno, vale, tampoco era para tanto. Pero había decidido desprenderme de la Hermes, y resultaba que no hacía falta. Otra máquina de escribir se había enredado en el matorral.

Al darle la Olivetti a Charlotte a la mañana siguiente, reaccionó como si le hubiera dado la luna. Se había imaginado a sí misma como una chica con máquina de escribir. Y por fin tenía una.

# Homenaje a Schulz

Mi primer encuentro con Snoopy tuvo lugar en Paradise, California, una pequeña ciudad al pie de las montañas de Sierra Nevada que quedó arrasada tiempo después por un incendio. Durante la infancia, en las décadas de los sesenta y los setenta, mi hermana y yo pasábamos allí los veranos con los abuelos. Nos parecía que aquel lugar tenía el nombre perfecto. «Vamos a Paradise», decíamos, y «Hemos estado en Paradise todo el verano». Cuarenta y cinco años después de que mis abuelos se mudaran a Nashville para estar más cerca de nosotras, y después del incendio, mi hermana buscó en internet para ver si su casa se había salvado, pero la calle había desaparecido. Todo había desaparecido.

Todavía me sorprende la precisión con la que recuerdo aquella casa y el cuarto en el que compartía cama con mi hermana. Recuerdo los cerezos, las perdices que cruzaban en fila el jardín trasero por la mañana hacia el bebedero del suelo que mi abuela siempre llenaba de agua, recuerdo ver en televisión *Mis adorables sobrinos* y el juicio del Watergate. Todo lo que ocurrió en aquellos días de verano está tatuado en mi cerebro. Yo era una niña introvertida que no leía mucho. Mi abuela había comprado un montón de ediciones baratas de *Peanuts* en el expositor giratorio de una droguería. Títulos como *Estás perdido, Charlie Brown* y *Todo eso y Snoopy* estaban justo a mi nivel. Encontré a Snoopy en Paradise, igual que otro niño hubiera encontrado a Dios.

La influencia es una mezcla de circunstancias y suerte: combina lo que se nos enseña con lo que nos encontramos en esos pocos años en los que tenemos el corazón y la mente abiertos de par en par. Me imagino que a Henry James el largo viaje europeo de su juventud lo llevó a escribir sobre estadounidenses en el extranjero. Yo, en cambio, estaba en el

norte de California y me impresionó un cómic. Cuando llegaba el periódico de la mañana, mi hermana y yo disfrutábamos juntas de las viñetas. Y *Peanuts* era siempre la primera. Aprendí el baile de la felicidad de Snoopy y me resultó muy útil. Durante mis años de formación llevé camisetas de Snoopy y dormí entre sábanas de Snoopy con un Snoopy de peluche en brazos. Yo no era una chica popular, y Snoopy, aunque fuera un perro, sí lo era. Esperaba que, si me juntaba con él, se me pegara un poco.

Ese era, en general, el objetivo último de la relación de Charlie Brown con Snoopy: era un niño raro cuyo valor social aumentaba gracias a su maravilloso perro. Era fácil ver en qué se beneficiaba Charlie de Snoopy, incluso cuando Snoopy lo rechazaba. Pero ¿qué sacaba Snoopy de él? Supongo que estaba con él por lealtad, por esa coherencia canina que la gente espera de su animal de compañía, y que, por supuesto, convertía a Charlie Brown en el perro. Para mí eso no era un problema. A mí no me habría importado. Me habría encantado ser el perro de Snoopy. Ya era su alumna. Snoopy era escritor, y yo quería seguir sus pasos.

¿Acaso me hice novelista porque era una niña rara, quería parecerme a un personaje de cómic al que admiraba, a un perro seguro de sí mismo al que asociaba con los días más felices de la infancia —que por lo demás era un caos—? ¿O acaso ya tenía la incipiente sensación de que sería escritora, por lo que me sentía atraída por Snoopy, el perro novelista? Es difícil saber cómo funciona la influencia. Pero si de una cosa estoy segura es de que, a través de Snoopy, Charles Schulz aumentó el valor de la imaginación, no solo para mí, sino para cualquiera de sus lectores.

Snoopy era un piloto famoso durante la Primera Guerra Mundial que se enfrentaba a menudo con el Barón Rojo. Bebía zarzaparrilla en la soledad existencial del campo francés y en la facultad era Joe Cool. Le robaba el pañuelo blanco a Charlie Brown para convertirse en voluntario de la Legión Extranjera Francesa y era líder de los Beagle Scouts, una variopinta pandilla de pajaritos amarillos. Se le daba tan bien el patinaje artístico como el hockey, era astronauta, estrella del tenis,

experto en monopatín, púgil y animal de compañía en un barrio residencial de las afueras. En su caseta había tapices orientales, una mesa de billar y un Van Gogh. No solo era un perro soñador, era un perro que vivía sus ensoñaciones con tanta intensidad que todos a su alrededor también las veían. Snoopy oía la ovación de las masas con la misma claridad que las balas que rozaban su caza biplano. Tras aventurarse con valentía en el mundo, regresaba al tejado de su caseta, se sentaba con la espalda erguida ante la máquina de escribir y tecleaba las palabras que daban comienzo a tantas de sus historias: «Era una noche oscura y tormentosa».

Un momento, ¿de verdad estoy hablando de Snoopy, el perro de un cómic, como si fuera un escritor? ¿Estoy creyendo en él del mismo modo que él creía en sí mismo?

Pues sí. Creía y sigo creyendo en él.

«En teoría, mi hermano mayor debería ser mi modelo a seguir —dice el hermano de Linus—. Pero su relación con la manta lo hace imposible. / Lo cual me obliga a buscar en otra parte. / ¿Y si mi modelo fuera el perro del vecino?»

La respuesta es sí.

Un día, Snoopy está durmiendo boca arriba con la cabeza en el bebedero. «¡Los psiquiatras dicen que no hay nada más relajante que tumbarse con la cabeza en el bebedero!», dice el bocadillo que recoge sus pensamientos. Dos meses más tarde, Charlie Brown, Linus, Lucy y Schroeder se tumban a descansar pacíficamente con la cabeza en sendos cuencos de agua. Me sorprende que a mí no me diera por meter la cabeza en el bebedero de pájaros del jardín.

Una vez publiqué un artículo muy largo en la revista *Atlantic* y me vi en manos de un joven revisor inteligente y celoso que me dijo que iba contra su manual de estilo empezar oraciones con el verbo ser en pasado sin sujeto, solo atributo.

—¿Me estás diciendo que no habríais permitido que Dickens escribiera «Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos»?

—Eso mismo estoy diciendo —contestó.

—¿No dejarías a Snoopy decir «Era una noche oscura y tormentosa»?

—Si escribiera para nosotros, no.

¿Por qué no iba Snoopy a escribir para la revista *Atlantic?* Descubrí la existencia de *Guerra y paz* cuando Snoopy representó una versión que duraba seis horas, igual que descubrí la existencia de Christo cuando Snoopy envolvió su caseta.

Snoopy trabaja mucho en el tejado de su caseta. Ve sus propios defectos. Teclea: «Esos años en París serían de los mejores de su vida. / Volviendo la vista atrás, ella observó que "Aquellos años en París fueron de los mejores de mi vida". Eso dijo cuando volvió la vista atrás a aquellos años en París / donde pasó algunos de los mejores años de su vida»; y después, en el bocadillo que recoge el pensamiento de Snoopy, aparece: «Esto habrá que editarlo…».

Snoopy no solo escribía novelas, también intentaba publicarlas. En la edad oscura anterior al correo electrónico, Snoopy me enseñó a esperar junto al buzón la llegada de noticias de un editor. Me enseñó —y no puedo subrayar esto lo suficiente— que fracasaría. Snoopy recibía más cartas negativas que positivas, y los rechazos podían ser (como ocurre realmente) desde impersonales o incluso frívolos hasta crueles. Después entendí que nos estaba preparando para el fracaso. No se puede decir que Snoopy ganara todos los partidos de tenis. Muchas veces su caza acababa lleno de agujeros de balas. Estaba dispuesto a perder, incluso en las historietas que se inventaba él mismo. Perdía y seguía siendo fantástico, es decir, seguía fiel a sí mismo ante el fracaso o el éxito. Podía haberme ahorrado los dos años del Writers' Workshop de la Universidad de Iowa, porque ya tenía un croquis de la vida del escritor.

Primero, la importancia de la lectura crítica:

Charlie Brown le dice a Linus: «Lo siento… Snoopy no puede salir a jugar… Está leyendo».

Linus: «Los perros no saben leer».

Charlie Brown: «Pues está sentado con un libro».

Snoopy en su silla: «Es completamente imposible que Anna Karénina y el conde Vronsky lleguen a ser felices».

Después: imaginación, trabajo, reescribir, estar sola, darse cuenta de que todos los títulos buenos ya se han utilizado —

*Historia de dos ciudades, Servidumbre humana, El corazón de las tinieblas,* a Snoopy se le ocurrían demasiado tarde—, lanzar la obra al mundo y enfrentarse al rechazo… Snoopy interiorizaba todo, lo usaba en su propio beneficio y sobrevivía.

Linus llama a la puerta de Charlie Brown y dice: «Dile a tu perro que venga a jugar con el palo».

Snoopy sale y le entrega un papel. «Gracias por su ofrecimiento para salir a jugar. Sin embargo, ahora mismo estamos muy ocupados y no podemos aceptar su oferta. Le deseamos éxito en otra parte.»

Snoopy me enseñó que me harían daño y que lo superaría. Me mostró el proceso de edición de un libro. Me enseñó a sentir la emoción de la primera obra aceptada, a no hacer caso de las reseñas, y, más adelante, que el sueño de escribir un superventas se haría añicos. «Carta de tu editor —le dice Charlie Brown a Snoopy—. Han publicado un ejemplar de tu novela. / Dice que no han logrado venderlo. Dice que lo siente. Tu libro está descatalogado.»

Había más trabajo por delante y otros libros que escribir. Lo importante era disfrutar del proceso.

«Joe Ceremony era muy tímido —teclea Snoopy—. Cuando entraba en la sala todo el mundo evitaba ponerse ceremonioso.» En ese momento, Snoopy se cae de espaldas de su caseta muerto de risa, y después vuelve a subir y mira con cariño la máquina de escribir. «Soy un gran admirador de mi trabajo.»

Oh, querido *beagle,* ¿a que sí? El momento en el que uno escribe una frase única y perfecta vale más que una caja de galletas entera.

Cuando no me dieron la residencia en MacDowell Colony, me acordé de Snoopy diciéndole a Woodstock: «Creo que es falso que los escritores necesiten un estudio de lujo. / Un escritor no necesita estar junto al mar o en la montaña. / Algunos de los mejores libros se han escrito en lugares muy humildes». Esas palabras bastaron para que Woodstock volviera a su nido a darle a la tecla y para que yo hiciera lo mismo en la mesa de la cocina.

Snoopy le dedicó su primer libro a Woodstock: «A mi mejor

amigo».

Es probable que hubiera acabado siendo escritora sin Snoopy. No me cabe duda de que de todos modos me habrían encantado los perros. Lo que no sé es si mi amor por la escritura y mi amor por los perros habrían estado tan entrelazados. Snoopy no solo era mi modelo a seguir, era mi perro ideal. Como era un perro con vida interior, supuse que todos los perros de mi entorno la tenían, y acabaron dándome la razón. He vivido con muchos perros a los que he considerado mis iguales, y un par de ellos han demostrado ser incluso mejores. Las temporadas que he vivido sin perro, el mundo no estaba del todo en su sitio, como si los días estuvieran desequilibrados.

«¿Sabes lo que dice mi abuelo? —le cuenta Linus a Sally—. Dice que todos los niños deberían tener un perro… / Dice que un niño sin perro es un niño desfavorecido.» Y Snoopy, tumbado en el tejado de su caseta, añade: «Eso se denomina "vivir sin las bondades del *beagle*"».

No fui nunca capaz de llamar Snoopy a alguno de mis perros, de la misma manera que no llamé Wilbur al cerdito que me regalaron cuando cumplí nueve años. Habría sido esperar demasiado del cerdito, y habría sido demasiado obvio para la chica de campo en la que me había convertido. Releía *La telaraña de Carlota* compulsivamente, otro libro lleno de lecciones de escritura. Llamar a un perro Snoopy habría sido ponerlo en el camino del fracaso, porque, por fantástico que fuera, sus orejas no lo convertían en un helicóptero. Sin embargo, lo que sí he hecho ha sido ponerle a mi perro el nombre de Charles Schulz, cuyo apodo era Sparky.

Sparky ha superado cualquier expectativa. Es un perro adoptado de color gris y blanco que me acompaña a la librería y se yergue sobre las patas traseras para saludar a los clientes. Sin duda, tiene talento y paciencia para escribir una novela. Yo me alegro de que nunca se haya puesto manos a la obra. He aceptado el hecho de que mi perro resulte más simpático que yo, pero sería más difícil asimilar que también escribiera mejor que yo. Y, de todas formas, tendríamos poco tiempo para nuestra relación. Mi felicidad es, de hecho, un cachorrito

cariñoso.

La niña que fui en Paradise ni se imaginaba cómo sería la vida medio siglo después: cuánto habría perdido y cuánto habría ganado. Aprendí a ser quien soy con la ayuda de un perro de unas tiras cómicas. La gente me pregunta por mis influencias, pero en realidad solo hubo una: Snoopy fue mi inspiración, mi modelo a seguir. Oí el silbato para perros, inaudible para todos los demás, y lo seguí.

# Introducción a Eudora Welty

No hace mucho, pensé que iba siendo hora de releer *Al faro,* o, mejor dicho, iba siendo hora de leerlo. Habían pasado tantos años desde que lo leí que no recordaba nada más que la señora Ramsay y el barco. El ejemplar que compré tenía las palabras «Prólogo de Eudora Welty» en la parte superior de la cubierta, con letras blancas diminutas que se fundían con el horizonte, por encima del nombre de Virginia Woolf. No sabía qué regalo me estaba llevando hasta que abrí el libro.

«Aunque pueda parecer increíble —comienza el prólogo de Welty—, descubrí *Al faro* por mí misma, cosa posible en el Misisipi de 1930, cuando era joven y me dejaba llevar por la afición a la lectura. Me lo habría perdido de no ser porque me atrajo el título. Afortunada e inocente, me topé con la novela que me abrió para siempre la puerta a la ficción; la leí sin saber nada de ella y me deleité con sus sorpresas y su grandeza.

»Sospecho que la ruta directa y adecuada hacia *Al faro* ha de ser el descubrimiento personal. Sin embargo, al leer una obra tan insólita, el descubrimiento no depende de la novedad que se percibe inicialmente. Por mucho que se relea, parece expandirse cada vez ante el lector.»

No podría describir mejor mi propia experiencia con los *Cuentos completos* de Eudora Welty[5] y, dado que mi objetivo es cantar sus alabanzas, me parece adecuado usar como punto de partida sus mismas palabras sobre Woolf. Mi primer contacto con Welty fue su relato «Una visita de caridad», que leí en el libro de texto de Lengua y Literatura de séptimo curso. Tenía doce años y era algo más joven que Marian, la protagonista. Se trata de una antipática exploradora que planea ganar puntos en su organización pasando tiempo con una anciana, y sentí mucho miedo cuando la condujeron a un cuartito que olía a

enfermedad en donde había dos ancianas con las manos como garras. Quizá estaban locas o seniles, pero sobre todo ansiaban desesperadamente compañía y algo que rompiera el tedio de la jornada. A los doce años ya había vivido lo suficiente como para conocer a gente mayor que quería acapararme, así que estaba de parte de la niña egoísta. Pero al releerlo a una edad más cercana a la de las viejas brujas que a la de la exploradora, observo que mis simpatías han cambiado de bando. Que Dios ayude a esas ancianas, encerradas en una residencia esperando la muerte. No tienen con quién desfogar sus frustraciones, excepto la una con la otra. Veo a Marian con su gorra y pienso: «Niña, no te vas a morir por sentarte unos minutos para alegrarles el día».

Por eso tenemos que volver a algunos textos, porque aunque estos se hayan mantenido totalmente fieles a la intención del autor, los lectores no dejamos de cambiar. Si el lector ha leído ya estos relatos, le ruego que vuelva a hacerlo. Es muy posible que le parezcan de lo más novedosos.

Al publicar *Al faro* en 1927, Virginia Woolf tenía cuarenta y cinco años. Eudora Welty lo leyó tres años después, cuando tenía veintiuno. *Cuentos completos* de Eudora Welty se publicó por primera vez en 1980, cuando Welty tenía setenta y uno. Un año después, escribió el prefacio de la obra maestra de Woolf. Aunque entiendo que no es nada más que azar cronológico, me parece emocionante imaginar a Welty leyendo *Al faro* cuando Woolf todavía vivía, igual que Welty estaba viva cuando yo me topé con su relato. Los libros de Lengua y Literatura de mi infancia estaban dominados por autores varones muertos, y Welty me llamó la atención no solo por el inquietante relato sobre la caridad, sino porque no era un hombre ni estaba muerta.

El año en que se publicaron los *Cuentos completos* de Eudora Welty, cumplí diecisiete y mi madre me regaló un ejemplar. Poco después, Welty vino a Nashville a una lectura en la universidad de Vanderbilt, y Tavia y yo llegamos una hora antes para estar seguras de que nos sentaríamos en la primera fila. Nunca había asistido a la presentación de un libro. Welty, que era pequeña como una niña, se sentó con la espalda muy

recta tras una mesa en el escenario; la acompañaba quienquiera que la presentara aquella noche. Yo era algunos años mayor que Marian la exploradora, y la gran autora se acercaba más a las ancianas del geriátrico. Antes de que empezara el acto, subí al escenario con el libro y le pedí que me lo firmara. Por aquel entonces yo no sabía nada de protocolos. Alguien tenía que haberme dicho qué hacer.

—No, no, querida —dijo—. Se pide la firma en la portadilla.

Después volvió la página y firmó con su nombre, y, al hacerlo, me dio un brinco el corazón.

Esa noche, Eudora Welty leyó «Por qué vivo en la oficina de correos», y con la lectura emocionó a sus fieles. Era exactamente lo que esperábamos oír; sin embargo, al releer esta colección tantos años después, me pregunto si alguna vez se sintió confinada por la antología de sus textos más populares —«Por qué vivo en la oficina de correos», «Sendero trillado», «Powerhouse», «La red grande»—, pues, aunque estos relatos son fundamentales, no bastan para representar la oscuridad y la profundidad de toda su obra. Leer la colección ahora de principio a fin es una experiencia similar a una exposición retrospectiva, recorrer una sala tras otra con cuadros para ver cómo se desarrolla una visión. Quizá el espectador se detenga más tiempo ante los lienzos que suelen reproducirse en postales y camisetas, pero lo que se muestra en la exposición es una vida entera en forma de arte. Tendemos a ensalzar las obras que nos resultan más gratas o que mejor ilustran una idea particular —una colección de cuentos sobre un lugar, sobre la raza o sobre un momento en concreto de la historia—, pero así no logramos captar la extraordinaria destreza de Welty, que tan pronto pasa de la comedia al terror, al drama familiar, a la farsa o a la recreación de mitología clásica. Del mismo modo que la voz narrativa es capaz de ir de un personaje a otro, su estilo cambia guiado tan solo por la fidelidad de la verdad compasiva. Era capaz de escribir sobre cualquier tema gracias a su absoluta comprensión del mundo en el que vivía.

La primera vez que leí *Cuentos completos* de Eudora Welty, pensé que era una fabulista, una escritora dotada de una

imaginación extraordinaria y con gran afición a los relatos desmesurados. Y así era, por supuesto, pero Welty, que pasó la mayor parte de su vida en Jackson, Misisipi, en la casa que su padre había construido siendo ella una niña, también contaba la verdad.

«Escribir sobre Misisipi resulta imposible por una razón —me dijo una vez Donna Tartt—: todo el mundo cree que estás exagerando.» No se me había ocurrido que Welty estuviera representando con precisión una cultura hasta que yo misma me casé con alguien de allí. En el último cuarto de siglo, durante el cual he ido a Misisipi con frecuencia, me he convencido de que Welty fue para su estado lo que Joan Didion para California o Saul Bellow para Chicago: la mirada clarividente de la verosimilitud. Cuando leo «Clytie» ya no me parece un relato gótico sureño, porque todos los miembros de la familia de Clytie me resultan creíbles, de igual modo en que creo en su final inverosímil. Cuando, en el relato titulado «No es lugar para ti, mi amor», el hombre y la mujer que se van del restaurante Galatoire en Nueva Orleans y se dirigen al sur en coche podrían estar yendo a los confines de la tierra. Cruzan en ferri su propia versión del río Estigia y llegan a un lugar donde la carretera se va transformando en una línea de conchas crujientes. Puede que sea una metáfora, pero también es real. Los personajes de todo el libro hablan del infierno incesante del calor, de la necesidad de tumbarse en mitad del día. «Era como manejar un hornillo», piensa la mujer en el ferri. Cualquiera que haya pasado un verano en Misisipi puede dar fe de que quizá sea arte, pero también es realidad.

No conozco a ningún autor que cuente la verdad del paisaje como Welty. El mundo natural es la piedra sobre la que se edifican sus historias, y su presencia dominante da forma a cada frase. «Había miles, millones de mosquitos y jejenes. Todo un universo de mosquitos que no hacía más que crecer.» Podría desmenuzar el libro y volver a teclearlo, una frase perfecta tras otra, y decir «Así es Misisipi, tal cual»: «En una ocasión descendió y descendió en el agua oscura donde reinaba tal quietud que no se movía ni un solo pez, y estaba tan oscuro que el mundo turbio de la superficie del río daba paso al claro

mundo oscuro de las profundidades, y debió de pensar que era el lugar más profundo del río Pearl y que, si su mujer no estaba allí, no estaría en ninguna parte». La naturaleza se presenta en capas, desde el sol hasta el cielo sofocante, las hojas más altas de los árboles, los tejados, los porches, la hierba y el polvo, el agua turbia del río, los peces en el agua y el lugar más silencioso y más verdadero debajo incluso de los peces.

Este es el mundo en el que Welty sitúa a sus personajes de forma recurrente. Primero interactúan con el paisaje y luego, si les queda algo de energía, interactúan entre ellos. Lo sorprendente de sus cuentos es lo poco que hablan los personajes, o, cuando lo hacen, lo poco que se escuchan. Parece un diálogo interior, razón por la cual «La llave», una historia de dos sordomudos que esperan en una estación de tren, es particularmente aguda. Incluso en otra historia con más diálogos, la famosa «Por qué vivo en la oficina de correos», Hermana es incapaz de limpiar su nombre a pesar de sus apasionados monólogos, porque ningún miembro de su familia quiere escucharla.

Eudora Welty murió el 23 de julio de 2001. Yo estaba en Nashville, en la cocina, cuando oí la noticia en la radio. Sin pensarlo mucho, metí un vestido negro en una bolsa y fui en coche hasta Meridian, donde me quedé a dormir con mi suegra. A la mañana siguiente fui a Jackson. Llegué con varias horas de antelación, creyendo que me quedaría en la calle con una muchedumbre de fanáticos del relato corto, pero había sitio en la iglesia. Había sitio para todos. Aquella mañana había habido una tormenta breve y violenta, pero, en vez de empeorar el tiempo, como suele ocurrir con las tormentas de verano, lo mejoró. Hacía unos veinticuatro grados y, después del servicio religioso, fuimos andando hasta el cementerio, algo en mi opinión inaudito en Jackson en el mes de junio. Y dudo que haya vuelto a ocurrir. La grandeza se abrió paso una vez, lo cual era más de lo que podíamos esperar, y el mundo que Eudora Welty había representado con tanta justicia reclamó a quien más lo había amado.

---

5 Todas las citas y los títulos de relatos de Welty provienen de *Cuentos*

*completos,* Lumen 2009, en traducción de Silvia Pons Pradilla, Barbara McShane, Javier Alfaya, J. M. Álvarez Flórez, Ángela Pérez e Ignacio Gómez Calvo. *(N. de los T.)*

# Plan de vuelo

Ahí estábamos los tres, flotando a bordo de un avión De Havilland Beaver de 1947, en mitad del lago de un cráter volcánico en el cuadrante suroeste de Alaska. El piloto contaba lo que había sufrido en la guerra de Vietnam mientras Karl, sentado a su derecha, lo escuchaba. Como estaba tan cerca, yo también oía su conversación, aunque probablemente se habían olvidado de mi presencia. Fuera, el agua salpicaba los flotadores y mecía el avión con suavidad. Hacía mucho tiempo que nadie le había pedido al piloto que contara su historia, pero Karl le había preguntado, así que, tras amerizar el avión en el lago y apagar el motor, empezó a hablar.

Karl y yo pasábamos una semana de estancia en una cabaña en las afueras de Iliamna que incluía excursiones en aviones ligeros. Cuando digo en las afueras de Iliamna, quiero decir que no estábamos en absoluto cerca de Iliamna, sino que Iliamna era el lugar más cercano. Por la mañana, unos doce huéspedes nos embutíamos en monos de neopreno y nos dividíamos en grupos de tres, cuatro o cinco. Equipados con termos, bocadillos, cajas de pesca y acompañados de un guía, nos metían en una hilera de aviones viejos que flotaban en el muelle. Los pilotos que tripulaban aquella flota me parecieron hombres que habrían tenido dificultades para encontrar trabajo en otra parte. Después de un vuelo de veinte o treinta minutos, amarábamos en un río o un lago, salíamos del avión y nos apiñábamos en el bote pequeño que nos esperaba. El avión seguía con su ruta de taxi mientras que el guía y el bote nos adentraban todavía más en lo desconocido, puesto que, al parecer, los peces se concentraban en lugares secretos alejados de la civilización. No había ni rastro de la civilización y sí, en cambio, muchos peces en el lago justo en frente de la cabaña. Ir en avión y luego en bote en busca de espacios de pesca

desconocidos era un espectáculo al más puro estilo de Alaska. Al llegar a la zona pedregosa llena de peces que el guía tenía en mente para ese día, preparábamos las moscas y nos metíamos hasta la cintura en las heladas aguas en busca de truchas. A pesar de la majestuosa belleza del lugar, pasar ocho horas metida en un río no era mi idea de pasarlo bien, pero los osos impedían que me fuera de paseo, la lluvia impedía que me sentara en la orilla a leer y los mosquitos impedían todo lo demás.

Así que, al quinto día, cuando Karl propuso que pagáramos un poco más para pasar el día volando en vez de ir a pescar, me apunté. Él había venido por volar: por el trayecto de primera hora de la mañana hacia los peces y el trayecto de última hora de la tarde de vuelta a la cabaña. A Karl le gustaba hablar con los pilotos —que lo dejaban sentarse en el asiento de la derecha y ponerse los auriculares—, y a los pilotos les gustaba hablar con él porque así podían recibir algún consejo médico gratuito, cosa nada fácil en el lugar. Karl y yo llevábamos menos de un año juntos cuando fuimos a Alaska y yo no acababa de comprender el papel central que los aviones tienen en su vida. En Alaska lo entendí.

Cuando terminó la conversación sobre la guerra, el piloto le preguntó a Karl si alguna vez había pilotado un Beaver y si había despegado del agua y amerizado. Karl dijo que no, que no lo había hecho nunca. Aunque Karl llevara volando desde joven, con cuarenta y siete años todavía no tenía licencia de piloto. Era sincero al respecto —era siempre sincero—, lo cual no quiere decir que se pensara las cosas dos veces.

—Cuando amerizas tienes que levantar un poco el morro —indicó el piloto—. La gente suele hacer lo contrario porque el reflejo hace difícil percibir dónde está la superficie y por eso acaba hincando el morro y vuelca. ¿Quieres probar? —Estaba muy agradecido y este era el único regalo que podía ofrecerle.

Era un día resplandeciente, con algunas nubes y viento débil. Si bien la oferta de volar el avión era técnicamente ilegal —el piloto no era un instructor de vuelo certificado y el avión pertenecía a la cabaña—, estábamos muy lejos del alcance de la Administración Federal de Aviación. Karl y su nuevo amigo

se pusieron los auriculares.

Los aviones monomotor no me eran desconocidos. Mi padrastro Mike los alquilaba cuando yo era pequeña y, en compañía de mi madre, volaba a algunos congresos médicos en los que tenía que intervenir. A veces yo iba en la parte de atrás con el equipaje. Mi madre había recibido clases de vuelo suficientes para aterrizar en caso de que hiciera falta. Llegó incluso a pilotar sola, pero lo dejó antes de obtener la licencia. Cuando nos mudamos al campo en las afueras de Nashville, Mike compró un helicóptero rojo pequeño y lo usó durante años. Lo guardaba en un hangar frente a la casa de campo donde vivíamos. Mi madre no tenía ni idea de cómo aterrizar el helicóptero.

Después de una demostración —arriba, media vuelta, abajo otra vez—, el piloto cedió los mandos. No estábamos en el lago Michigan. Alcanzar velocidad implicaba ascender en círculos, pero el despegue tenía que hacerse en línea recta hacia un punto fijo en el horizonte y contra el viento. Karl despegó hacia la orilla y luego ascendimos sobre el lago, más allá de las montañas, atravesamos las nubes hacia el cielo azul, luego vuelta a través de las nubes, después el morro hacia arriba, el avión hacia abajo y golpetazo en el lago. El piloto tenía razón: era difícil verlo venir. Me concentré en relajar la mandíbula. El piloto le dio a Karl algunas indicaciones y algunas alabanzas. Intercambiaron algunos comentarios sobre cómo mejorar el aterrizaje y después vuelta a empezar, un círculo más cerrado, mayor velocidad, hacia arriba, lago-montaña-nube-azul del cielo-montaña-lago, el morro arriba durante el descenso. La sacudida fue mayor esta vez —la sentí en la columna—, pero antes de poder asimilar el alivio, estábamos ascendiendo de nuevo: era como una atracción de feria para la que nadie se había molestado en sacar entradas.

No suelo marearme, pero la combinación de aire y agua en sucesiones rápidas era nueva para mí. Me aparté de la ventanilla y me fijé en el suelo, que era de metal estampado con los bordes oxidados, como el montacargas de un hospital. Lo miré mientras Karl despegaba, giraba sobre el lago y después volvía a descender sobre la superficie. La repetición es

la madre del aprendizaje. Solo podía vomitar en las botas de pesca del piloto, lo cual era mejor (¿mejor?) que vomitar en el suelo de metal estampado. Conseguí no devolver el desayuno a base de fuerza de voluntad. Sin embargo, los descensos constantes me dejaban desorientada. Estaba enfadada con los dos hombres de la parte delantera —sobre todo con el que compartía cama conmigo en la cabaña— por no tener en cuenta lo desagradable que todo aquello podía ser para alguien que no vive para volar. Pero, a pesar de la rabia y de las náuseas que me subían por la garganta, no tenía miedo. Si hubiera pensado que casi la mitad de las muertes en avión ocurren durante el despegue o el aterrizaje, o que lo único que hacíamos era despegar y aterrizar; si hubiera pensado en el óxido del avión, en las secuelas del agente naranja que había sufrido el piloto y que mi novio nunca había amarado un avión; si hubiera pensado que aquel remoto lago estaba lejos de Iliamna y que nadie conocía nuestro paradero; si hubiera pensado que el avión podía volcar, y había quedado claro que aquel tipo de aviones podía volcar, y que sin duda habría sido incapaz de nadar en las heladas aguas con el traje de neopreno (que me había empeñado en llevar contra el frío), y que, si llegaba a la orilla, mis posibilidades de sobrevivir a lo que viniera después eran nulas… Si hubiera pensado en todo eso, me habría asustado.

Pero Karl y yo estábamos juntos, y el que daba bruscamente con el avión en el lago era él, así que no tenía miedo.

«¿Karl sabe volar? —me preguntan con frecuencia—. ¿Alguna vez has volado con él?»

Vuelo a menudo con él y, cuando vamos juntos en avión, no me preocupo por nada, ni por nubes negras, ni por rayos ni por turbulencias que le desempastan a una los dientes. Paso miedo cuando no estoy en el avión y, cuando digo que «paso miedo», me refiero a una emoción que está más cerca del terror. Tomemos, por ejemplo (hay tantísimos ejemplos), la ocasión en la que Karl voló en un Cessna a Kingston, Ontario, para ver un barco y, en el camino de vuelta, tuvo que aterrizar en una

pista en algún lugar de Ohio porque hacía muy mal tiempo. La minúscula oficina del aeropuerto estaba cerrada, así que, refugiándose debajo de un ala, me llamó para avisarme de que llegaría tarde. Me llamó dos horas después desde Bowling Green, Kentucky, para decir que había aterrizado por segunda vez porque el transpondedor se había apagado, lo cual significaba que no había forma de monitorizar el avión. Seguía haciendo mal tiempo.

—Quédate ahí —dije—. Voy a buscarte en coche.

Bowling Green estaba a una hora por carretera.

Dijo que no. Dijo que esperásemos a ver qué pasaba. Quizá podía solucionarlo. Eran las nueve, pero el vuelo era muy corto.

Dos horas después aún no había vuelto a llamar, y seguía sin recibir respuesta si lo llamaba al móvil. Hacia medianoche, el reloj y yo mantuvimos una conversación. Le dije al reloj que esperaría otros quince minutos antes de que empezara mi nueva vida, la vida en la que Karl se había matado en un accidente de avión. Pedí vivir quince minutos más en este mundo —que cada vez percibía más como el pasado— antes de decidir a quién llamar, a quién despertar. «Te vas a acordar de este sentimiento cuando suene el teléfono —me decía a mí misma—. Te vas a acordar del miedo que has tenido cuando te llame y te diga que está bien.» Y así fue. Cada vez que me he visto en esa situación, me he acordado, y nunca ha dejado de sorprenderme el subidón de adrenalina que no sirve para la reacción de lucha o huida, sino que me ahoga. A las doce y media volví a cambiar de opinión, pasé de preguntarme cómo sería si estuviera muerto a dar por hecho que estaba muerto, y entonces decidí que podía esperar otros quince minutos. Estaría muerto para siempre, así que ¿qué importaba si me concedía un poco más de tiempo? Seguía sin tener ni idea de qué hacer.

Después de ampliar el plazo final dos veces más, Karl entró por la puerta. Así acaban siempre estas historias, por supuesto, hasta que un día todo cambie. Vi las luces del coche en la puerta del garaje y salí a su encuentro bajo la lluvia con todo mi amor, toda mi rabia y un alivio enfermizo. Lo quería matar

por no haberse matado. Quería meterme en su chaqueta abierta y quedarme con él así el resto de mi vida, el resto de su vida. ¿Por qué no me había llamado?

—Claro que he llamado. Cuando estaba en Kentucky.

—Pero no me has avisado de que salías de Kentucky.

—He tardado mucho en arreglar el transpondedor.

—¿Por qué no has llamado para decir que ya habías aterrizado?

—Era muy tarde. —En casa, fuimos a la cocina y se sirvió un zumo de naranja de la nevera. Estaba muerto de cansancio, pero no muerto—. No quería despertarte.

Podría haber dicho: «Pensaba que estabas durmiendo porque no te conozco de nada ni sé cómo es la gente normal».

Me pasé el resto de la noche despierta mirándolo, solo por asegurarme de que estaba realmente allí y, por la mañana, le pregunté a quién tendría que haber llamado. ¿A quién llamo después de medianoche para encontrarte?

Karl reflexionó la respuesta antes de contestar. Por primera vez pareció entender mi tristeza, la pasada, la presente y la futura.

—Te llamarán a ti.

—¿Quién me llamará?

—Hay una cosa que se llama ELT, el transmisor de posición de emergencia. Si el ELT se activa, alguien te llamará. Eres mi contacto de emergencia.

—¿Cómo se activa?

—A mano o en un impacto.

No se me había ocurrido esa posibilidad, la posibilidad de que sonara el teléfono, pero no fuera él.

Esta historia se remonta a Lindbergh, que voló a París cuando Frank, el padre de Karl, tenía nueve años. Frank formaba parte de esa nación entera de niños, ese mundo entero de niños que miraban al cielo y se imaginaban allí. Frank se hizo cirujano maxilofacial. Se casó con Jo y tuvieron tres hijos: Karl, Nancy y Michael. Frank empezó a ir a clases de vuelo con un monoplano Tri Pacer y Karl iba en el asiento trasero. Pocas

semanas después de que naciera Michael, el hermano de Karl, Frank compró su primer avión, un Ercoupe 1947. Le pidió a su pastor que pasara por casa después de cenar, cuando Karl y Nancy ya estuvieran en la cama. Jo estaba en pijama con el recién nacido en el regazo. El pastor estaba en el sofá entre ellos cuando Frank le dijo a su mujer que se había comprado un avión.

El Ercoupe tenía sitio para dos personas pequeñas. Cuando iban juntos, Frank dejaba que Karl tomara el mando porque era muy fácil de pilotar —tenía el tren de aterrizaje en forma de triciclo, no tenía pedales de timón y la dirección era como la de un coche—. Frank no solo había comprado un avión sin decírselo a su mujer: dejaba que su hijo de ocho años lo pilotara.

Meridian, Misisipi, tiene su propia página en la historia de la aviación. Los hermanos Fred y Al Key consiguieron el récord de resistencia en vuelo en 1935 al volar en círculos sobre la ciudad en un Curtiss Robin durante veintiséis días sin tocar tierra. La idea de desarrollar un método de repostaje aéreo más seguro (otro avión se conectaba con el Curtiss Robin en el aire para bombear combustible) surgió como ardid para que no cerrara el aeródromo regional, que se salvó y acabó recibiendo el nombre de Key Field. Después de la Segunda Guerra Mundial, Fred y Al crearon Key Brothers, una empresa de servicios aéreos. Cuando Karl tenía diez años, Fred le buscó un trabajo para después de clase; sus tareas eran barrer hangares, limpiar bujías, quitar la mugre de los motores y conducir el camión del combustible para llenar el depósito de los aviones. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, Karl se pasaba el día en el aeródromo. Cuando alguien necesitaba llegar a Nueva Orleans a coger un avión, Karl acompañaba a Fred y ocupaba el puesto de copiloto en el vuelo de vuelta.

—¿Copiloto? —pregunté—. Y ¿qué edad tenías? ¿Doce?

Como consecuencia del calor y la humedad, las historias alcanzan cotas de desmesura en Misisipi. ¿De verdad un niño de doce años pilotaba aviones? He acabado por preguntarme una y otra vez si lo que me contaban era posible.

—Lo único que había que hacer era mantener la altitud

constante. La mayoría de los aviones que había allí solo alcanzaban ochenta y cinco o noventa millas por hora.

Repetían la broma de que «I. F. R.», o *Instrument Flight Rules,* en realidad significaba «Ir sobre el ferrocarril». Karl decía que si sobrevolaba las vías del tren Southerner, encontraría el camino de vuelta a Meridian.

Así Fred Key podía comerse un bocadillo.

El pasado está formado por historias que difícilmente podrían pasar en la actualidad, y Misisipi está formado por historias que no podrían haber pasado nunca, como cuando Frank tuvo problemas con el motor y aterrizó en la autovía. Apareció en los periódicos. O la vez que Frank y Jo volaron con el Ercoupe a una cita con el dentista en Vicksburg. Estaban tan perdidos que Jo tuvo que usar los prismáticos para averiguar dónde estaban. Al final vio un depósito de agua con el nombre de la ciudad pintado en un lado.

En los tiempos en los que Karl ya volaba de copiloto de Fred Key, un sábado de verano fue en bicicleta al aeródromo. Había un Piper Super Cub que no estaba allí el día anterior. Los Cub siempre habían sido exactamente iguales, es decir, todos eran amarillos. Pero este Cub era blanco con rayas rojas, lo cual debería haberle puesto sobre aviso. Los Cub no tenían llave de contacto. Lo único que hacía falta para ponerlos en marcha era girar un interruptor y pulsar un botón. Karl dejó la bicicleta en la hierba junto a la pista, desamarró las alas y la cola y quitó los calzos. La carlinga olía a nuevo. Giró el interruptor y pulsó el botón. Nunca había volado solo, y parecía que esta iba a ser su primera vez.

—No es que pretendiera fugarme a México —dijo Karl después de que yo señalara lo pésima que había sido aquella ocurrencia—. Lo saqué, despegué, di una vuelta por encima de las marcas. Apenas tardé diez minutos y lo más seguro es que no me elevara más de quinientos pies sobre el suelo. Todo habría ido bien si el motor no se hubiera apagado.

¿Que se apagó el motor?

—Tuve que aterrizar en el campo. Creo que toqué tierra a unos seis metros de la pista.

Con el tiempo se acaban conociendo las historias más

importantes de la persona con la que se convive. Ya me había contado aquella historia, y cuando insistí en conocer los detalles, Karl describió todos los que recordaba: el suelo estaba embarrado. Tuvo que empujar el avión de vuelta a su sitio cerca del hangar. No era muy pesado, tenía un asa a un lado y él se apoyó en el fuselaje para dirigirlo. Todavía era temprano y no había nadie en el aeródromo. Limpió el avión, lo amarró, puso los calzos en su sitio y volvió en bicicleta a contarle a su padre lo que había hecho. Era el avión de Tony, y Frank mandó a Karl a pedirle disculpas. Tony lo escuchó y luego le preguntó a Karl si tenía abierto el paso del combustible cuando el motor se paró. Nadie se mostró espantado, nadie acusó a nadie, solo preguntó: «¿Abriste el paso del combustible?». El Piper Cub tiene un solo depósito, pero aquel era un Super Cub. Los Super Cub tienen dos depósitos y se abrían a mano. Sesenta años después, Karl buscó en el móvil el diagrama de un Piper Cub y después el de un Super Cub para que yo viera dónde estaban los depósitos, lo cual a mí me daba igual.

—¿En qué estabas pensando? —le pregunté.

—¿A qué te refieres?

—Al avión, a volar tú solo, al motor que dejó de funcionar. ¿Qué pensaste cuando se paró?

—Que esos aviones pueden planear largas distancias.

Nos miramos. Una persona que pilotaba aviones ligeros, la otra que creía que pilotar estaba ligado a una narrativa sentimental: dos líneas que no llegaban a cruzarse.

—¿No pasaste miedo?

Karl pensó en ello.

—Fue hace mucho.

—Ya lo sé.

—Bueno, pues, que yo recuerde, no.

Poco después de que Karl tomara prestado el avión de Tony, su padre lo dejó volar solo el Ercoupe, quizá para que Karl superara el mal trago de la primera vez que había volado solo, o quizá porque el chaval ya había demostrado que podía volar solo con el avión de otro, así que ¿por qué no?

Tardé un tiempo en pensar en lo que diría si alguien insistiera en saber mis emociones la primera vez que fui en

coche sola o la primera vez que me quedé sin gasolina. Si había sentimientos asociados a tales acontecimientos, no tenía acceso a ellos, porque se trataba de un simple coche.

Y a Karl le pasaba lo mismo: eran simples aviones.

Karl fue a la universidad con una beca. Frank vendió el Ercoupe y después se compró un Luscombe Silvaire 8a. Años después vendió el Luscombe y se compró un Cessna 150. En 1988, tras su muerte por cáncer de cabeza y cuello, la familia vendió el Cessna 150. Tanto el Ercoupe como el Cessna 150 de Frank se estrellaron en 2008. Ambos pilotos fallecieron.

Karl tuvo el primer cuaderno de bitácora a los doce años. Cuando estaba en la universidad ya había anotado casi doscientas horas de vuelo. No había caído en que no contaban, pues no se había hecho las pruebas físicas de piloto, pero le daba igual. El cuaderno le hacía sentir como un piloto de verdad. Al acabar sus primeros años universitarios fue a la Universidad de Oxford, donde obtuvo un máster en Filosofía y Teología. Se casó con Kathy, a quien había conocido en el grado, se fueron a Rodesia a dar clases un año y medio antes de que el país se convirtiera en Zimbabue, y después volvieron a Misisipi. Karl se matriculó en Medicina. Kathy y él tuvieron dos hijos. En aquella época no voló ni una sola vez. En 1984, Karl y su familia estaban viviendo en Nashville, y se compró un Beechcraft Baron de 1968 con su vecino de al lado, que usaba el avión durante la semana para ir a reuniones de trabajo, mientras que Karl lo usaba los fines de semana para ir a Misisipi. Contrataron al mismo piloto. Después lo vendieron y Karl compró con otros un Cessna 421. Se lo vendió más tarde a un amigo suyo, que se quedó sin combustible y se estrelló en un maizal en Indiana el Día de Acción de Gracias.

—El avión capotó —me dijo—. Todos sobrevivieron.

—¿Cómo pudo capotar?

—Pues hacía muy mal tiempo y uno de los motores se apagó, así que, como poco, debía de volar torcido.

Cuando nos conocimos en 1994, Karl estaba divorciado y tenía un Beechcraft Bonanza de 1967, un modelo conocido normalmente como «mata-médicos», porque era un avión tan aerodinámico que costaba mantenerlo bajo control.

—Los médicos se los pueden permitir —dijo Karl—, pero no son lo bastante buenos para pilotarlos.

Gracias al Servicio Aéreo de los Hermanos Key, Karl sí era un piloto lo bastante bueno. El Bonanza que se compró había aparecido en la portada de la revista *American Bonanza Society Magazine.* Al principio le encantaba ese modelo, luego le gustó menos y después lo vendió. Más tarde se hizo con un Piper Comanche de 1958 (le encantó, le gustó menos, lo vendió) seguido de un Beechcraft Sundowner de 1970, luego un Cessna 175 de 1958 —todos ellos unos cacharros preciosos—. Eran el tipo de avión que hacía que los demás pilotos cruzaran la pista para felicitar al propietario. Los aviones de Karl eran objeto de deseo de otros hombres. Podrían haber sido además auténticas gangas, pero el Comanche necesitó un motor nuevo. Y al 175 le hizo falta una hélice a medida. Y al Bonanza hubo que cambiarle el depósito de combustible, lo cual implicaba desmontar las alas. El nuevo depósito y quitar y poner las alas costaron lo mismo que el avión. Y después también le hizo falta un motor nuevo.

A excepción del Cessna, Karl tuvo los aviones sin licencia de piloto, lo cual significaba que podía volar solo o con un pasajero siempre y cuando lo acompañara un instructor de vuelo. Por tanto, durante los diez primeros años de nuestra relación llevábamos compañía cuando volábamos juntos, pero Karl siempre iba al mando. Viajaba sin mí constantemente, sobre todo a ver a su madre a Meridian. Decía que había retrasado presentarse al examen escrito para obtener la licencia porque no tenía tiempo de estudiar, pero en realidad se pasaba el día estudiándolo. No se presentaba porque quería asegurarse de que sacaría la puntuación máxima. Se sacó la licencia con un examen perfecto el año antes de casarnos. A partir de entonces, en el avión íbamos solo nosotros dos. Se apuntó a más clases. Superó el curso avanzado para pilotos, en el que se aprende cómo actuar si, sin querer, la aeronave se

pone del revés, cómo recuperar el rumbo si entra en barrena y cómo pensar rápido. Después consiguió la autorización de tren de aterrizaje convencional, es decir, que podía pilotar aviones con rueda de cola.

Cuando vuelo con Karl, leo, disfruto del paisaje o, apoyando la cabeza en la ventanilla, me duermo despreocupada.

Karl podía pasarse años sin un avión. Estos periodos se producían después de algún acontecimiento: una vez el regulador de la hélice se estropeó, lo cual hacía imposible controlar su velocidad; otra vez el tren de aterrizaje se atascó. Me contaba estas cosas semanas después de que hubieran ocurrido: confesaba que se había librado por los pelos y ni me había enterado. Después vendía el avión, como si lo estuviera castigando.

—Estoy harto de volar —me decía—. Lo he hecho y me alegro, pero ya lo dejo.

Después se iba a la cama con una revista de aviones de segunda mano para ver qué había en el mercado.

Durante una racha sin volar antes de que nos casáramos, en una ocasión Karl llegó a casa a cenar, lo besé en la puerta y tuve que apartarme. Su cara era lo más frío que había tocado nunca.

—¿Qué temperatura hace ahí fuera? —pregunté. Pensé en aquella frase de la obra de teatro de Thornton Wilder, *The Skin of Our Teeth*[6]: «Hace un frío que pela. ¡Los perros se están quedando pegados a las aceras!». Fue en diciembre. Me acuerdo porque era el día después de mi cumpleaños. Karl había esperado que pasara esa fecha para decirme que se había comprado una moto.

Sabía que no le interesaba hacer pan y que en nuestro futuro como pareja no jugaríamos al Scrabble ni haríamos yoga, pero ¿no había pasatiempos en los que la muerte no fuera un riesgo real? Le dije que iba a volver a fumar.

—¿Cómo?

—Me pediste que lo dejara y lo dejé. Ahora voy a empezar otra vez.

Después de eso se fue —sin cenar— en moto a su casa. Vivía a tres manzanas de la mía. Al intentar sacar del bolsillo el mando para abrir la puerta del garaje, se resbaló en el hielo y la moto se le cayó encima. Consiguió sacar el móvil y llamar a su hijo para pedir ayuda. Al día siguiente, vendió la moto a uno de los gerentes de su consulta por la mitad del precio que había pagado dos días antes. Al otro día, el gerente que había comprado la moto volvió a bajar el precio y la vendió por orden de su mujer.

Aunque sabía que Karl se moriría algún día, que todos nos íbamos a morir algún día, quería darme el lujo de olvidarlo. No quería pensar en perderlo de forma tan gráfica mientras seguía vivo. Sin duda prefería los aviones a las motos, porque estaba acostumbrada a los aviones y porque a Karl le habían salido los dientes definitivos en uno de ellos. Los barcos me parecían más seguros que los aviones, hasta que dejaron de parecérmelo. En 2003 participó con un equipo de dieciséis personas en una regata de Rhode Island a Alemania en un yate de ochenta y dos pies de eslora. Cuando el barco zarpó, me quedé en el muelle de Newport llorando, y con razón. Durante las dos semanas que estuvo fuera, recibieron el impacto de olas de dos metros y medio y de vientos de ochenta nudos. Hubo un incendio eléctrico en el barco. En un momento dado, una ola traicionera golpeó el casco y lanzó a Karl, que estaba atado con un cabo al timón, contra un lado del puente de mando. Estuvo tres días sin poder ponerse en pie. Tras su regreso, pasó seis meses con un hematoma en la cadera que parecía como si tuviera un pomelo debajo de la piel.

Decidió que quería volver a volar. Se compró un Sundowner y luego se deshizo de él. Dos años después se compró un Cessna 175, luego se deshizo de él. Dijo que ya era hora de dejar de volar. Estaba harto de los aviones.

Me gusta decirle a la gente que Karl es la persona perfecta con la que quedarse en una isla desierta: sabe contar historias, sabe pilotar un avión y un barco y podría quitarme el apéndice si se diera el caso. Podría entretenerme, salvarme la vida y

sacarme de la isla.

¿Acaso hay algo mejor? Quería que siguiera siendo él mismo: una persona valiente y aventurera. Le dedicaba muchísimo esfuerzo a un trabajo que a menudo era agotador y deprimente, y, si este era su deseo, ¿quién era yo para decirle que no?

Procuré no hacerlo.

Los años pasaron. Karl se compró una vieja barca de pesca. La compró a buen precio porque costaba mover el timón. Salía del trabajo y recorría varias millas de ida y vuelta por el río. Le gustaba la tranquilidad. Me dijo que desearía tener un avión más.

Jo, la madre de Karl, seguía en Meridian, en la misma casa a la que se mudó con Frank cuando Karl todavía era un bebé. Íbamos a Misisipi en coche a verla tres o cuatro veces al año. Me gustaba el viaje de cinco horas, pero a Karl no.

—Si tuviese un avión —decía—, iría a cenar con mi madre una vez a la semana.

Jo tenía ochenta y siete años cuando comenzó esta conversación. Karl tenía sesenta y uno y, aunque al principio le pareció que se había pasado el momento de tener otro avión, después pensó que quizá todavía le quedaba una oportunidad. Decía que por fin se había liberado de ese deseo, pero después ese deseo se apoderaba de él como si sufriera de una fiebre palúdica. Me enseñaba fotos de los que le interesaban, incluido uno ultraligero que se podía montar en casa llamado STOL CH750. Parecía un proyecto desproporcionado para la clase de Arte de un estudiante de sexto curso. Con el tiempo aprendí a no ofrecer resistencia.

—Muy bonito —le decía cuando me enseñaba la foto.

No quería ser la causa de que no tuviera un avión, la razón por la que sufría los ataques de tristeza propios de un hombre que quiere surcar el cielo pero está pegado al suelo. En un momento dado, tuve una revelación: para él era mejor morir en un avión que seguir hablando de comprar uno. Y no lo digo en broma. En sus peores momentos, Karl parecía un periquito

triste en el columpio de su jaula, año tras año. Era antinatural.

Cuando le dije que se comprara otro avión, me contestó que aquello requería más reflexión. Le dedicó un par de años más. Limitó sus opciones y luego las cambió. Reconoció sus prioridades. Hace poco, encontré la lista de pros y contras que me dictó Karl una noche después de cenar en un intento por agilizar el proceso.

> Diamond: 2013—PROS: Casi nuevo. Dos motores. Ecológico (ahorra combustible). Admite una carga de trescientos cincuenta kilos. Velocidad de ciento sesenta nudos. Aire acondicionado. Sistema antihielo. CONTRAS: Aterrizaje rápido. Sin licencia para volar un bimotor.
>
> Cirrus: 2015—PROS: Autonomía de setenta y cinco horas. Velocidad de ciento ochenta nudos. Admite una carga de trescientos cincuenta kilos. Garantía total. Aire acondicionado. Sistema antihielo. Paracaídas. (¿Paracaídas?) CONTRA: Aterrizaje rápido.
>
> De Havilland Beaver: 1952 (sin flotadores)—PROS: Motor nuevo. Velocidad de ciento veinte nudos. Aterrizaje lento. Admite una carga de novecientos kilos. Seis asientos. Factor colegas excelente [véase: pilotos cruzando la pista para felicitar al propietario]. CONTRAS: Sin aire acondicionado ni sistema antihielo. Instrumentos de vuelo antiguos. No vuela largas distancias.

Mientras Karl consideraba las opciones que tenía, yo pensaba en qué se podía controlar y qué no. En vuelo prevalecen tres factores: la habilidad del piloto, la fiabilidad del equipamiento y el factor X —por ejemplo, los rayos o las bandadas de estorninos succionadas por el motor—. Como la habilidad de Karl era impecable y yo no podía hacer absolutamente nada respecto a los pájaros, lo único que podía controlar era el avión.

—El Cirrus —dije—. Pero ese no. Un Cirrus nuevo. Un Cirrus recién salido de la fábrica.

El Cirrus no tenía factor colegas, pero era el avión más seguro y fiable del mercado: el Toyota Corolla de la aviación.

Karl se quedó espantado por mi propuesta. Para empezar, le preocupaba el gasto que suponía su afición. (Aunque, en

materia de aficiones, las hay mucho más caras, más letales y cien por cien ilegales. Hay que ver el lado bueno y ensalzarlo.) Karl pensaba que los aviones había que comprarlos baratos y que buscar chollos era parte fundamental de la declaración de objetivos. Pero tras años de conversación y análisis, de vuelos de prueba y de ver fotos en su iPad, yo por fin había visto la luz.

Él negó con la cabeza.

—Es demasiado caro.

—Por mí como si tenemos que vender la casa. No voy a disfrutar del dinero ahorrado si te matas en un avión barato.

Él era el piloto, yo era el avión, los pájaros eran los pájaros y nuestro matrimonio era así. Era lo mejor que podíamos hacer.

Karl tenía setenta y un años cuando se compró el Cirrus. El avión tenía el tren de aterrizaje fijo. Karl me dijo que a los pilotos de más de setenta no les permitían asegurar aviones con tren de aterrizaje retráctil porque a esa edad no siempre se acordaban de sacarlo. El Cirrus incluía un curso de entrenamiento y un plan de mantenimiento impresionante. Incluía paracaídas, pero no un paracaídas individual para el piloto y los pasajeros, sino un solo paracaídas gigantesco para el avión mismo. Karl me lo explicó. Si algo pasara, tenía que cortar el acelerador y cerrar la alimentación de combustible.

—Si te acuerdas, corta el encendido —dijo—. Pero lo más seguro es que no tengas ni que preocuparte de eso. Si despliegas el paracaídas, lo más probable es que el motor esté muerto.

Lo miré.

—El motor no estará muerto. El que estará muerto serás tú. Si yo tengo que hacer eso es porque tú no estás pilotando el avión.

De nuevo reaparecía el futuro inevitable hacia el que siempre me dirigía.

—De acuerdo —dijo—. Tienes razón. Tú estira el brazo y apaga la llave, luego tiras del mando rojo sobre tu cabeza. Hace falta una presión de dieciocho kilos, así que tira con fuerza, con las dos manos. —Simuló el tirón que tendría que

hacer, una curva en forma de C y luego en línea recta—. Después el paracaídas se abre y planeas hasta el suelo. Solo funciona si estás a más de seiscientos pies, así que no tardes en decidirte.

No quería imaginar el descenso después de abrir el paracaídas ni calcular las implicaciones en nuestras posibilidades de salvarnos. No quería saberlo.

Para cuando Karl consiguió el Cirrus, su madre tenía noventa y siete, aunque noventa y siete en Meridian es como ochenta y cuatro en cualquier otro sitio. Las mujeres duran más en Misisipi. Metí la comida en una caja grande, dentro de una neverita que cargué en la bodega. Karl estaba feliz de volver a volar, y yo estaba feliz porque estábamos juntos en el avión. Sabía que mi presencia no influiría en la seguridad del vuelo, pero estaba con él y, cuando estaba con él, no me preocupaba. Si algo pasaba, nos pasaba a los dos. Miré la colcha verde del sur, todas esas pequeñas parcelas cosidas juntas, los ríos serpenteantes y las líneas de árboles, la hermosa tierra vista desde un cielo despejado.

Aterrizamos en Key Field, donde Karl había aprendido a volar. El cuñado de Karl, Steve, nos recogió y nos llevó al lago, donde nos reunimos con la madre, el hermano y la hermana de Karl, y comimos en una mesa de pícnic. Tres horas después estábamos de vuelta en el aeropuerto. Me parecía que aquel era el mejor uso que se le podía dar a un avión.

Steve esperó a vernos alzar el vuelo. Había dos pistas y nuestro avión era el único que iba a despegar. Como con todo lo demás en Meridian, era fácil imaginar que lo que estábamos viendo era casi igual que lo que Karl había visto cuando trabajó allí sesenta años atrás. En este sentido, el avión era una máquina del tiempo que nos llevaba de regreso al pasado, al pasado de Karl. Nos abrochamos los cinturones y nos despedimos de Steve con la mano. Karl hizo las comprobaciones de rigor. Me coloqué los auriculares, los de escuchar música, no los de volar, y puse a Philip Glass. Mientras recorríamos la pista, pensé en lo bien que había salido todo. Después de tanta deliberación y perseverancia, habíamos tomado la decisión correcta y, a nuestra manera, la

habíamos tomado juntos. Cuando las ruedas se alzaron del asfalto, mi puerta se abrió. No había cerrado con pestillo.

Los auriculares del piloto no se comunican con otros auriculares con cancelación de ruido en los que suena música de piano. Con la mano derecha, dediqué todas mis fuerzas a mantener la puerta cerrada mientras, con la izquierda, le daba golpes a Karl en el pecho y señalaba sin parar hacia abajo, abajo. Estábamos a diez pies del suelo, luego a veinte, va todo muy deprisa —los aviones, la vida—. Intenté comunicarle con la mayor urgencia y sin palabras que, por favor, aterrizara de una vez. Y lo hizo. Con muy poca pista por delante, aterrizó. No llegó a tocar la hierba al final del asfalto. Detuvo el avión. Se quitó los auriculares.

—¡No he cerrado el pestillo de la puerta! —exclamé. Karl estaba rebosante de alegría.

Para él, esta no es la historia de mi error. Es la historia de su capacidad para rectificar mi error.

—Nos enseñaron a hacer esto en el curso de seguridad. Teníamos que practicar justo esto mismo, el aterrizaje nada más despegar.

¡La academia de vuelo! Había asistido, había prestado atención, había simulado esa misma emergencia una y otra vez hasta automatizar sus reacciones.

Estábamos parados al final de la pista. Justo el sitio que Karl no había logrado alcanzar con el Super Cub siendo un niño.

—Habría sido yo la que nos hubiera matado —dije—. Habría sido yo y nadie lo habría sabido.

—No nos habrías matado.

—Casi no podía mantener la puerta cerrada.

—Es culpa mía —dijo él—. Tenía que haberla comprobado antes de despegar.

—Tendría que poder al menos cerrar mi puerta. —Me imaginaba la puerta saliendo disparada, el avión inclinándose hacia delante con el morro hacia abajo.

—Habría volado en círculos y luego habría aterrizado.

Él habría pillado la solución al vuelo… ¿No es ese el origen de la expresión? Habría aterrizado el avión con la puerta abierta, la habría cerrado y habría vuelto a despegar. Y lo

habría hecho sin acritud ni reproches. Después, cuando ya estábamos sanos y salvos en Nashville, en el coche rumbo a casa desde el aeropuerto, intentó explicarme el principio de Bernoulli y su relación con la presión del aire en un intento de enseñarme por qué la puerta tendía a abrirse. No entendí nada. Lo que sí entendí es que no había forma de mantener a nadie a salvo —uno se acuerda de levantar el morro en el aterrizaje mientras que la otra se olvida de cerrar el pestillo de la puerta— y, al final, no será el morro o la puerta. Será algo muchísimo más mundano. Serán la vida y el tiempo, esas cosas que vienen a por nosotros.

Y eso no me impedirá seguir diciendo: «Ten cuidado, llámame, vuelve directamente». Siempre desearé cogerle la mano.

---

6 Obra de teatro inédita en español. Si bien en alguna ocasión la obra se ha representado con el título traducido literalmente como *La piel de nuestros dientes* (manteniendo así la referencia a Job, 19, 20), tal vez sería más exacto titularla *Por los pelos*. *(N. de los T.)*

# Cómo hacer punto me salvó la vida (dos veces)

## Montar los puntos

Mi abuela fue mi modelo a seguir con su forma de tejer y su material de punto: el estuche plano, de falso cuero, con agujas de aluminio de colores, que se cerraba con una cremallera lateral. Las agujas estaban todas numeradas y se quedaban en su hueco correspondiente, salvo algunas agujas misteriosas que caían hacia el centro del estuche: las de doble punta que iban sueltas, las circulares unidas por un delgado cable de plástico que me recordaban las cuerdas que unen las manoplas. Los ovillos de colores del bazar vivían en un cuenco para ovillos (básicamente, una ensaladera de madera colocada sobre un pedestal alto hecho por mi abuelo). Al lado se apilaban ajados libros de patrones, así como marcadores de puntos de plástico blancos, amarillos y azules, una devanadora de manivela, un medidor metálico de agujas, un contador de puntadas que también podía servir para contar las vueltas que dábamos alrededor de la manzana.

Por las tardes mi abuela se sentaba a hacer jerséis, vestidos deportivos para muñecas y pantuflas. Para mí todo aquello era magia. Transformar ovillos en jerséis era convertir paja en oro.

Mi abuela esperó a que yo le pidiera que me enseñara y, entonces, me dio las primeras lecciones. De pequeña, montaba los puntos como una niña, dando dos vueltas con el hilo alrededor del dedo y pasando la aguja.

—Así no está bien —decía mi abuela—. Ya te enseñaré a hacerlo bien más adelante.

Lo que no me dejó hacer mal desde el principio fue sujetar el hilo haciendo una pinza de dos dedos por delante de las

agujas. Mi tía Rae era una maestra tejedora, es decir, hacía calcetines con rombos y guantes con trenzas incluso en los dedos, pero se pasó la vida sujetando el hilo como una niña de seis años sin instrucción, y siempre se negó a cambiar. Para mi abuela aquello era un fracaso como madre. No cometería el mismo error conmigo. Lo primero que me enseñó fue a tejer cuadrados, actividad que ella llamaba «tejer tejido». Pasé a hacer octágonos, después trapecios, luego rectángulos. Se me escapaban más puntos de los que metía en la aguja. Mi abuela, con su alegre paciencia, los repescaba y me devolvía la labor.

## EL PATRÓN

Durante años, hacer punto había sido un juego, pero solo en presencia de mi abuela. Había ido más allá del cuadrado, pero no había pasado de la bufanda y las zapatillas básicas. El verano que Marti y yo fuimos a Europa, me entraron de repente las ganas de aprender más. En Dinamarca, en Bélgica y en las zonas rurales de Francia nos paramos a mirar a mujeres haciendo punto. Tejían en parques, cafés y trenes. Hacían que pareciera una actividad fundamental para la vida adulta.

—Yo no sé hacer punto —dijo Marti, mirando por encima del hombro a las mujeres con las que nos cruzábamos. Venía de una familia de intelectuales. Le dije que yo le enseñaría.

Mi formación solo me permitía enseñarle a tejer un cuadrado. Compramos agujas y ovillos en Cherburgo, después nos subimos a un barco rumbo a Rosslare. Tras varios días en Dublín, empezamos a hacer autoestop sin un plan concreto. Íbamos adonde nos llevaba la gente, a localidades adonde llegaban pocos turistas pero que tenían ríos de lana inagotables. Mientras Marti iba en busca de obras de arte o edificios importantes (era una soñadora), yo iba a mercerías, me sentaba en el suelo y tejía. Puesto que quería ir un paso por delante de mi amiga, tuve que aprender a leer patrones, a trabajar con varios colores y a usar las curiosas agujas de doble punta. Cuando se me escapaba un punto, me acercaba a cualquier persona de sexo femenino mayor que yo y le tendía mi labor. No me limitaba a las mujeres de las mercerías. En el

verano de 1983 quizá hubiera alguna mujer en Irlanda o en las islas británicas que no supiera coger un punto escapado, pero no me la encontré. Volviendo la vista atrás, esta afirmación suena sexista y reduccionista por mi parte, así que a lo mejor solo tuve suerte.

—Me he equivocado —decía, a modo de explicación, y le daba las agujas.

—Oh, vaya —decía la mujer y luego me lo arreglaba, y, a veces, si no tenía otra cosa que hacer (al parecer, tenían poco que hacer), me explicaba cómo corregir ese error yo sola. Así aprendí a tejer.

A Marti, que sabía mucho de historia del arte, hacer punto le resultaba una carga muy pesada. Decía que era por ser zurda, pero yo no le daba tregua. Un día nos recogió un tráiler que iba al norte, a Escocia. Gracias a las amplias ventanillas y a la altura de los asientos, pudimos disfrutar de buenas vistas del campo. Marti y yo nos sentamos juntas en el asiento del pasajero. Tejiendo con agujas circulares, yo avanzaba muy rápido con mi jersey islandés, pero Marti penaba con su cuadrado. Reconozco que fui dura con ella y no le conté que había pasado diez años haciendo cuadrados. Me dedicaba a meter los dedos en los agujeros que había en el cuadradito con el que ella practicaba, que parecía una loncha de emmental de lana. Marti no afrontaba los problemas que surgían. Cuando se le escapaba un punto, hacía como si nada, pensando que este encontraría el camino de vuelta a la aguja. Paramos en una gasolinera, entró a comprar una Coca-Cola y, mientras estaba ausente, el camionero, que no era mucho mayor que nosotras, empezó a regañarme con un acento tan cerrado que casi no me enteraba de lo que me estaba diciendo. Le pedí una y otra vez que lo repitiera.

—No la riñas —me dijo, o algo por el estilo. El acento escocés me desconcierta, pero al final capté el mensaje—. No seas mala. La pobre no está bien.

Me estaba diciendo que Marti era una discapacitada; prueba de su retraso era que, a pesar de ser mujer, no sabía hacer punto de media, y yo era mala por no hacer la vista gorda.

Esa noche, Marti y yo alquilamos una habitación en una

casa en la inhóspita costa septentrional de Escocia y allí vimos con espanto que la dueña deshacía el jersey más bonito que habíamos visto nunca y lo convertía en ovillos.

—Quiero un jersey nuevo —dijo mientras nosotras la contemplábamos asombradas, incapaces de salvar el jersey—. Tengo este desde hace años.

## TRENZAS

Yo enseñé a Marti a tejer y, a cambio, ella me enseñó a fumar. Después de la universidad, se aficionó a correr, dejó de fumar, se casó y tuvo dos hijos. Les hizo jerséis muy pequeños. Mi vida tomó otro camino. Quien intente tejer un jersey y escribir una novela a la vez verá que no funciona. Nadie se aparta de la mesa para tejer unas cuantas vueltas y contemplar las frases en la página. Un cigarrillo, en cambio, que se consume en dos minutos, es el vehículo perfecto para el pensamiento. No es que escogiera conscientemente el tabaco en lugar del punto, pero cuando me di cuenta de que tenía que dejar de fumar, pensé que el punto sería el método para lograrlo.

Mi decisión tuvo que ver en parte con la mujer a la que vimos deshaciendo el jersey en Escocia años atrás. Cuando empezó a tejer, se puso un cigarrillo en la esquina derecha de la boca, con la mejilla derecha tensa y el ojo derecho cerrado para que no le entrara el humo. No solo dejó allí el cigarrillo mientras tejía, sino que se lo fumó de verdad, aspirando con tanta fuerza que no le hacía falta quitarse el cigarrillo de la boca. La ceniza fue creciendo y, cuando cayó, pasó inadvertida. Aquella imagen me pareció tan fea que me convencí de que no tejería y fumaría al mismo tiempo, por más que estuviera sola, con las puertas cerradas y hubiera tapado los espejos y las ventanas con sábanas. Tejer y fumar eran dos cosas que no debían coexistir. Como mis manos estaban acostumbradas a fumar, utilicé el punto para tenerlas ocupadas. Cuando me apetecía un cigarrillo, cogía las agujas. Me decía que solo tenía que aguantar cinco vueltas más, tras lo cual, por lo general, se me había pasado el impulso. No obstante, las ganas de fumar no se aplacaban del todo tejiendo

jerséis típicos islandeses con agujas circulares. Necesitaba algo más complicado. Empecé a tejer trenzas. Contaba puntos y elegía patrones complicados. No podía dejar la labor porque después no sabía cómo continuar.

Dejar de fumar me costó varios intentos. Acababa un jersey, iba a una fiesta y, sin darme cuenta, había vuelto a fumar. Y justo después retomaba el punto. ¿Tenía que llevarme un jersey a medio hacer a todas las fiestas a las que iba? Nadie me puso una madeja de lana en la mano nada más tirar una colilla, pero establecí una conexión entre las dos actividades. Si tenía ganas de fumar, tejía. Cuando por fin dejé de fumar, tejía compulsivamente. Una tejedora empedernida.

Pero hagamos memoria: fumar perjudicaba mi salud. Hacer punto perjudicaba mi escritura. Al final, tuve que dejar las dos cosas.

## CERRAR LOS PUNTOS

Y las dejé hasta que Lucy murió. A mi amiga Lucy se le daba fatal el punto. Nunca acababa nada. Se olvidó en el metro lo que estuviera tejiendo al menos una docena de veces. Falleció cuando las dos teníamos treinta y nueve años. Había sido mi mejor amiga durante diecisiete. Me metí en la cama sin tener ni idea de qué hacer con aquel día, ni con el próximo, ni con las semanas ni los meses venideros. Compré un paquete de cigarrillos, el primero desde hacía años, y me lo fumé en la cama. Entonces mi amiga Erica me envió una caja con madejas y madejas de lana irregular de color rosa, pero no un rosa chillón ni un rosa bebé, sino el rosa que recuerda la puesta de sol en invierno, de un tono oscuro con matices azules. Recibí la caja a finales de diciembre y hacía frío. Erica me enviaba también agujas de madera gruesas, además de unas indicaciones someras: «Haz dos del derecho y luego dos del revés. Sin parar. Hasta que se acabe la lana». Me puse las madejas en los pies e hice con ellas ovillos. La lana y las agujas eran las típicas para niños principiantes, para que puedan ver cómo van avanzando. Era una buena lana para el duelo, porque, incluso los días en los que no hacía nada, podía

señalar mi trabajo y decirme a mí misma: «Mira lo que he hecho». Deshice todo y volví a empezar en varias ocasiones. Volví a montar los puntos. Quería algo más ancho, más suelto. Saqué las agujas que había heredado de mi abuela y probé distintos calibres. Al igual que Penélope, no quería acabar la bufanda, así que procuré que durara mucho, mucho tiempo.

No conozco a nadie que haga punto tan bien como Erica. Sabe hacer una chaqueta con elegantes ojales que no sobresalen. Me hizo unos mitones para escribir y mantones que parecían de encaje para echármelos sobre los hombros. Y cuando estaba en el fondo del pozo, me lanzó un cabo de lana y me dijo que saliera de él tejiendo. Por mucho que tardara, me esperaría arriba, sujetando el otro extremo.

Han pasado muchos años y sigo usando esa bufanda, aunque solo en días muy fríos. Es enorme, como las de alta costura japonesa, una oveja entera de lana. A veces pienso en deshacerla y hacerme algo más práctico, como dos bufandas más pequeñas, pero luego pienso que tiene que abarcar a mucha gente: a mi abuela, que me enseñó a hacer punto; a Marti, a quien enseñé a hacer punto; a Lucy, con todas las cosas que no pudo terminar, y a Erica, que se aseguró de que la terminara, y tiene también que abarcar el amor, la esperanza y la desilusión de todas nosotras. Cuando veo la bufanda de ese modo, me sorprende haber sido capaz de tejer tantas cosas en una sola prenda.

# Tavia

Hace algunos veranos, estando de caminata sola por Utah, un ave similar a una gallina se cruzó en mi camino. Llevaba tres kilómetros por el sendero y todavía no me había encontrado con otra alma, así que aquella era la primera criatura con la que me cruzaba aquel día. El ave se detuvo y giró la cabeza como si no me hubiera visto. No llevaba demasiado tiempo en Utah, así que no estaba segura de si las gallináceas como aquella andaban sueltas a esa altitud. Saqué el móvil y llamé a Tavia, que estaba en Kentucky. El ave esperó.

—No puedes hacerle una foto, ¿verdad? —me preguntó, a sabiendas de que mi móvil, un teléfono tipo concha de quince años, no hacía fotos. Pero yo era perfectamente capaz de describirla. El ave y yo permanecimos inmóviles mientras le explicaba cómo era: color marrón moteado, gran tamaño, con algunas manchas en torno al cuello.

—¿Un gallo de las praderas? —sugerí, aunque el animal y yo estábamos muy lejos de cualquier tipo de pradera.

—Casi imposible —dijo ella—. Los gallos de las praderas son muy escasos.

Después de varias preguntas más —¿a qué altitud estaba?, ¿cómo era la cabeza?—, Tavia me dijo que tenía que ser de la familia del urogallo, quizá un gallo de las praderas rabudo o un urogallo de las artemisas. Después, ya que estábamos al teléfono, me preguntó por mi madre.

Si la vida es un concurso, Tavia Cathcart es mi salvavidas. Su existencia está en comunión con el mundo natural. Ha ido a la caza de flores silvestres en la Patagonia, ha llevado a grupos ladera arriba por una montaña en México para ver la migración de millones de mariposas monarca. Dirige una reserva natural en Kentucky, escribe guías para identificar plantas y tiene un programa de jardinería en la televisión

pública de Kentucky que fue nominado a un Emmy. Es una polímata que conoce por igual la vida de las plantas, de los insectos y de las aves. Somos amigas desde los siete años.

Según Tavia, la primera vez que me vio fue en clase de baile, y yo estaba intentando esconderme detrás de mi madre. No lo recuerdo, pero no importa. Tavia y yo funcionamos con un disco duro compartido: ella recuerda una mitad y yo la otra. Las dos nacimos en Los Ángeles en diciembre de 1963. Las dos tenemos una hermana mayor. Nuestros padres se divorciaron en la misma época; mi madre se quedó con la custodia y nos llevó a Nashville, su padre se quedó con la custodia y las llevó a Nashville. Cualquiera se preguntaría ante todo esto si mi madre y su padre tenían una aventura, pero no. Los Cathcart y los Patchett se conocieron en Nashville, en el colegio católico al que Tavia y yo entramos en segundo curso.

Todas estas coincidencias resultarían significativas para un adulto, pero para dos niñas eran una orden del universo para que entrelazáramos nuestras vidas, lo cual alegraba a nuestros padres, pues contaban mutuamente para llevarnos, recogernos y para las noches que pasábamos juntas. Ya fuera en el piso de la familia de Tavia o en mi casa, o en casa de nuestras respectivas abuelas, que vivían a varias manzanas de distancia la una de la otra y muy cerca de nuestra escuela, estábamos juntas. En verano, las hermanas Cathcart y las hermanas Patchett iban en avión juntas a Los Ángeles a visitar al progenitor con el que no convivían. De todas nuestras amigas de Nashville, yo era la única que conocía a la madre de Tavia, y ella era la única que conocía a mi padre. Conservo las fotos que hizo mi padre en las que salimos las dos con quince años metiéndonos, con los pantalones enrollados por las rodillas, en el océano Pacífico. Pensábamos que, si las cosas hubieran sido distintas y hubiésemos seguido viviendo en California, nos habríamos conocido igualmente.

En cierto modo éramos una pareja insólita. Tavia, la niña más guapa del mundo, se convirtió en una joven preciosa. Era la capitana del equipo de animadoras.

—¿Esto lo tienes que contar? —me pregunta.

Pues sí. La precisión histórica es importante.

Era la reina de las fiestas y la presidenta de la sororidad. Los chicos la seguían como la cola de una cometa, frustrados por el deseo. Las chicas se pegaban a ella porque Tavia era la diversión sin mesura. Cuando se reía, se doblaba por la cintura y sus rizos caoba barrían el suelo. Una vez que fuimos a comprar zapatos, mi madre le dijo que si volvía a echarse hacia delante al reírse acabaría con el pobre dependiente que, sentado en una banqueta baja y sosteniendo un zapato con manos temblorosas, esperaba que ella se lo probara.

En cuanto a mí, bueno, pues yo no era como ella. No solo quedaba eclipsada (por supuesto, nos eclipsaba a todos), sino que me faltaban su optimismo y también su tranquilidad. Era una niña seria. Ningún chico venía a rondarme.

—El arte te tenía demasiado ocupada —me dice, como si la poesía y la cerámica mantuvieran a los chicos a raya mediante un campo de fuerza.

Llegado a este punto, el lector puede sentir la tentación de pensar que ella era «la guapa» y yo era «la lista», así es como lo presentaría un cuento de hadas; pero, en realidad, Tavia posee una inteligencia abrasadora.

A la gente le gusta pensar que las mujeres como Tavia acabarán recibiendo un castigo, ya que, si bien han recibido el don de la belleza, seguro que carecen de la inteligencia o la profundidad que llevan a la verdadera felicidad. Prácticamente se nos asegura que esas mujeres acaban cometiendo un error que, por lo general, implica a un hombre que les hace demasiado caso, o bien aceptan lo que la vida les ofrece y se consumen muy deprisa. La belleza les niega la amistad que podría salvarlas. ¿Cómo van a hacer amigos si las demás mujeres están cegadas por los celos y los hombres solo quieren acostarse con ellas? Tavia se las ha arreglado para librarse de eso. Se ha esforzado mucho. Ha vivido la vida con algo que solo puedo definir como auténtico gozo. Por lo que he visto, todo el mundo la adora.

Al terminar el instituto nos fuimos de Nashville. Nos casamos demasiado jóvenes y nos divorciamos, aunque Tavia aguantó más tiempo que yo. Ninguna de las dos tiene hijos. Durante un tiempo vivimos en distintas partes de California.

—No recuerdo que nos hayamos enfadado nunca —dijo en una ocasión—. Pero seguro que es culpa de mi memoria selectiva, ¿quién sabe?

Sí recuerdo que, cuando teníamos unos veinte años, ella expresó tristeza cuando encendí un cigarrillo de paseo por la playa.

—Toda esta belleza a nuestro alrededor —dijo, señalando al mar— y ¿tú te pones a fumar?

Al final dejé de fumar. Tuve éxito como escritora. Tavia tuvo algo de suerte como actriz, lo cual era el sueño de su padre. Hizo de Cherie en una versión para teatro de *Bus Stop*. Durante años tuve colgado en la puerta del armario el cartel en el que salía Tavia sentada en una banqueta de bar con medias de rejilla y el pelo teñido de platino. Dejaba a Marilyn Monroe a la altura del betún. Se presentó a muchas audiciones y acabó logrando un papel pequeño en *Señora Doubtfire*.

Pero en un momento dado, actuar perdió importancia. Tavia se mudó a San Francisco y ganó bastante dinero en los primeros tiempos de la tecnología informática. Entonces el dinero también dejó de ser importante. Nos pilló a todos por sorpresa que decidiera cambiar de vida. Mi mejor amiga, aquella mujer explosiva, se mudó a las montañas de Sierra Nevada, se desconectó de todo y empezó a aprender por su cuenta ciencias de la naturaleza. Estudió guías de campo, decidida a aprender los hábitos y la conducta de lo que tenía delante. Memorizó todos los nombres latinos, géneros y especies. Luego pasó a estudiar los nombres y hábitos de los animales y las plantas que no había visto nunca. No era poca cosa. Le dedicó varios años y después pensó que le dedicaría el resto de su vida. No solo era capaz de decirme qué tipo de urogallo tenía delante aquel día en Utah, sino que también sabía que la cosita que andaba por la pantalla de mi ordenador era una crisopa, y que los pájaros que salieron de la nada una mañana y abarrotaron mi casa, la del vecino y las ramas de todos los árboles eran ampelis americanos. Para ella, todo se reducía a dar un enorme paso atrás para volver a la infancia y a sus recuerdos más felices, en los que seguía a su abuela por el jardín y se sentaba en el suelo, rodeada de zinnias. Había

logrado librarse de las expectativas de otras personas e imaginar cómo quería que fuera su propia vida. Y lo que imaginó fue la naturaleza.

Hace poco leí un artículo sobre el modo en que las amistades mueren con el tiempo. El texto decía que no hay que sentirse mal por ello. A fin de cuentas, la gente cambia, elige caminos distintos: nada dura para siempre. Sin duda, es cierto que cambiamos, pero Tavia y yo estamos juntas en el mundo. Nos encontramos de niñas y desde entonces hemos superado juntas muchas cosas. Algunos años solo hemos intercambiado tarjetas de felicitación, otros años hemos hablado por teléfono todas las semanas, por lo general cuando ella iba en coche al trabajo. En los mejores años, nos vemos todo el tiempo. La verdad es que da igual. Nuestra amistad está llena de flexibilidad y confianza. Durante cincuenta años hemos ido ajustando nuestro vínculo a cada época. ¡Cincuenta años! En algún lugar de nuestro interior están las niñas que volvían pronto de la escuela a casa de mi madre para escuchar discos de Keith Jarrett.

—Me hacía sentir muy cosmopolita —dice Tavia.

Yo hice de Piglet y ella de Winnie-the-Pooh en una obra del colegio. Nos sentamos juntas en las escaleras del sótano de mi prima y bebimos vino mientras esperábamos que pasara un tornado. Recuerdo que, cuando teníamos unos treinta años y las dos vivíamos en Nashville de nuevo, el mediocre novio de Tavia le envió una tarjeta de San Valentín sin firmar: sin el nombre de él, ni el de ella, ni un «te quiero». Cuando me llamó, las carcajadas le impedían contarme lo ocurrido.

—¿Pensaba que la iba a guardar y se la iba a dar a otro el año que viene?

Me ayudó con todas las plantas de mi novela *El corazón de la jungla*[7]. Me ayudó con los pájaros, las serpientes y las hormigas que pican. Tiene la llave de nuestra casa y se quedaba conmigo cuando venía de Kentucky a visitar a su padre. Las dos estamos felizmente casadas ahora, otra maravilla. Nuestros maridos se quedan hablando cuando nosotras nos vamos a pasear a los perros. Tavia y yo siempre hemos tenido perros. Siempre nos hemos tenido la una a la

otra.

—Nos hicimos amigas porque fuimos afortunadas —me dijo una vez—. Todo nos ha ido tan bien que casi da vergüenza.

Y puede que tenga razón, salvo por el hecho de que, de todas las palabras contradictorias que utilizaría para describir a Tavia, afortunada no es una de ellas. En cada giro de la vida, ella ha elegido la felicidad. Con catorce años empezó a trabajar después de clase, así que terminaba los deberes cuando las demás estábamos durmiendo. Toda su vida ha sufrido diabetes tipo 1 y ha tenido que lidiar con los problemas de salud que esto acarrea. No solo se cuidaba a sí misma, sino que cuidaba de todos los demás. No se quejaba. Pero iba más allá: daba igual las cartas que tuviera en cada momento, siempre ha parecido que iba ganando. Incluso en los peores tiempos, hacía que su vida pareciera fácil, glamurosa. Nació en Nochevieja y por eso siempre la rodea el burbujeo dorado del champán. Y ha sido así por decisión propia. Cuando va a trabajar a la reserva natural, se pone un poco de brillo de labios antes de arrancar la sierra eléctrica.

El invierno pasado, me explicó cómo rescatar al enorme escarabajo que se había alojado para hibernar en la parte exterior de la ventana de guillotina que hay en mi despacho. Estábamos a seis bajo cero cuando una tormenta arrancó al bicho y lo enredó en una maraña de hojas secas y telas de araña abandonadas.

—Quizá ya esté muerto —le dije cuando la llamé.

—Mételo en casa —dijo ella—. Deja que se caliente un poco.

Siguiendo sus instrucciones, usé un bastoncillo para retirar la tela de araña y luego dejé el escarabajo solo en mi tocador. Varias horas después, estiró las patas de modo vacilante. Tavia me dijo que le construyera una cueva: que pusiera un tarro de cristal tumbado y que lo llenara por la mitad de tierra. Me recomendó que lo cubriera de hojas. Seguí sus indicaciones y después lo coloqué junto a la puerta trasera, en una maceta que sería su hogar. Parece que le cogió cariño.

En primavera volví a verlo, o a un familiar suyo, meneando las antenas en el felpudo de la entrada principal. Era un

escarabajo resistente. Quizá el lector crea que estoy exagerando la coincidencia, pero nunca había visto ni he vuelto a ver un insecto como ese: era tan largo como mi dedo meñique, dos veces más ancho y la mitad de gordo. Era un escarabajo de lo más reconocible.

Me lo imagino diciendo: «La próxima vez que veas a Tavia…».

—Ya lo sé —le digo—. Ya lo sé. Te ha salvado. Le quieres dar las gracias. Ponte a la cola.

---

7 Título original: *State of Wonder*. *(N. de los T.)*

# Aquí no hay niños

## 1

Llegaba tarde. Según el programa que me habían dado, la actividad empezaba a las dos y media, pero en realidad era a las dos. Tenía una intervención en un festival del libro muy importante con un autor al que admiraba, pero al que aún no conocía y, aunque llegué pronto, o eso pensaba, él ya estaba en el escenario, charlando junto a una silla vacía. Corrí por el pasillo central pidiendo disculpas a todos a mi paso y ocupé mi lugar.

—Lo siento muchísimo —dije a modo de saludo.

El autor, al que llamaremos Q, no pudo ser más amable. Era encantador y muy alto. Gestionó la situación con soltura, y estaba claro que nadie en aquella abarrotada sala había sentido mi ausencia lo más mínimo. Q era una *rara avis,* un autor de éxito comercial pero con valor literario. Yo estaba haciendo la gira de promoción de mi segunda novela, que generaba menos expectación que la primera, si es que tal cosa era posible. La misma editorial había publicado nuestros libros, el de Q y el mío, casi al mismo tiempo, y por eso me habían puesto a su rebufo en aquella feria del libro.

—Estábamos hablando de lo que hace falta para ser un escritor de verdad. —Q señaló al público, que, en mi ausencia, había hecho las veces de interlocutor.

Mostré mucho entusiasmo para esconder mi nerviosismo.

—¡Estupendo! —dije, porque, en realidad, ¿quién no quería saberlo?—. ¿Qué hace falta para ser un escritor de verdad?

—Bueno, pues lo primero que hay que hacer es abordar la escritura como una profesión cualquiera. —Ahora estaba hablándome a mí—. Alquilo una oficina, me levanto y me voy a trabajar los cinco días de la semana. Me pongo la americana,

me despido de mi mujer con un beso y me voy de casa. Salgo todos los días a la misma hora. Me quedo en la oficina un mínimo de seis horas. Escribir es un trabajo y hay que tratarlo de esa manera porque, si no es tu trabajo, es una simple afición.

—¡Qué maravilla! —dije—. Me encanta escuchar a los escritores sobre su trabajo precisamente por eso: porque se demuestra que todo el mundo tiene un método propio.

Hice un resumen rápido de mi vida, que incluía escribir en el comedor, en pijama, sin horario. Para mí, el placer de escribir venía del hecho de que no era en absoluto parecido a un trabajo. Me tomaba mi labor muy en serio, pero si mi abuela se sentía sola o necesitaba que la llevara al médico, o a una amiga le hacía falta ir al aeropuerto a cualquier hora del día, yo era la persona a la que llamar. Los escritores no tienen seguro médico, pero tienen flexibilidad de horarios.

Q me miró. Miró al público.

—Deberías buscarte un despacho.

—Pero si vivo sola.

—Da igual. Es cuestión de mentalidad.

—Y ¿qué más necesito? —pregunté. Si a duras penas podía pagarme el piso…

—Un diccionario visual —respondió.

—¿Un qué?

—No puedes decir que eres escritora si no tienes un diccionario visual.

—¿Lo dices en serio? —Lo decía en serio—. Yo soy escritora y no tengo ni idea de qué es un diccionario visual. —Aunque este diálogo me producía una sensación extraña, estaba dando pie a un espectáculo amable y entretenido. Ya me habían perdonado que hubiera llegado tarde.

Me miró desconcertado. ¿Cómo podía no saberlo? Armado de paciencia, me explicó que un diccionario visual tiene dibujos con etiquetas para todas sus partes —aviones, cuerpos humanos, perros— y, al escribir una historia con, pongamos, un cortacésped, se puede buscar el dibujo del cortacésped y mencionar las partes para que parezca que se sabe de cortacéspedes.

—Puede que necesites saber la diferencia entre una columna dórica y una columna jónica —añadió por si acaso.

—Pues hasta ahora no me ha hecho falta.

—Búscate uno —dijo Q—. Son geniales.

Le dije que, sin duda, lo haría, mientras el público anotaba con diligencia las palabras «diccionario visual» en la parte de atrás del programa. Y después, puesto que estábamos en un escenario con tiempo por delante, le pregunté si había alguna otra cosa necesaria para ser un escritor de verdad.

—Hijos —contestó.

—Hijos —repetí, aunque lo había entendido a la primera.

Asintió con solemnidad porque en ese momento estaba impartiendo su saber más profundo.

—No puedes ser un escritor de verdad sin hijos.

—¿Por qué no?

—Porque hasta que no tienes hijos, no sabes lo que significa amar.

Le dije que yo no tenía. Lo que no le dije era que nunca tendría hijos y que estaba segura de ello desde hacía mucho tiempo. Tenía treinta años.

—Bueno… —Guardó silencio. Abrió las enormes manos. ¿Qué más podía decir?

Me di cuenta de que podía destrozarlo allí mismo, delante del público.

—Emily Dickinson —dije—, Flannery O'Connor, James Baldwin, Eudora Welty, Henry James.

Hizo un gesto negativo y triste con la cabeza.

—Lo único que te puedo decir es que no sabes lo que te falta hasta que lo encuentras.

—¿Tenías hijos cuándo escribiste tu primer libro? —pregunté. Estaba deseando destrozarlo.

—Entonces no era un escritor de verdad —reconoció—. Pero no lo sabía.

—Hasta ahora hemos tenido un desacuerdo amistoso —dije. Yo era la nueva, la ingenua—. Pero que sepas que las personas sin hijos sabemos amar. Y también escribir.

A continuación el público hizo varias preguntas inquietas, como si estuviera intentando suavizar las cosas entre nosotros,

salvar lo que no tenía salvación. Cuando el piadoso reloj señaló el fin de la conversación, nos bajamos del escenario en direcciones opuestas y nunca volvimos a vernos.

## 2

Una vez me escribió un editor al que no conocía para alabar mi actividad en favor de los escritores, los libros y las librerías. En esencia, ponía lo siguiente: «¿Sabes cuando se dice que alguien es tan egoísta y estúpido que habría que esterilizarlo a la fuerza? Bueno, pues tú haces tanto bien en el mundo que habría que fecundarte a la fuerza».

Tardé un rato en entender que lo decía como un cumplido.

## 3

Tras publicar mi primera colección de ensayos, *This is the Story of a Happy Marriage,* me ofrecieron participar en una tertulia de una radio nacional a la que hasta entonces no me habían invitado. Antes de empezar, estando yo en el estudio de grabación de Nashville, la presentadora habló conmigo desde otro estado a través de los auriculares. Me dijo que le había gustado mucho el libro. Me recordó que la entrevista se iba a grabar y que, si alguna pregunta me incomodaba, bastaba con avisar y parábamos. Dije que no se me ocurría ninguna pregunta que pudiera llegar a molestarme hasta ese punto, así que empezamos. La primera pregunta fue cómo me sentía por no haber tenido hijos.

—Me siento de maravilla.

—¿No se arrepiente de su decisión?

—No —dije—. No me arrepiento.

—¿Piensa que, como mujer, se ha visto obligada a elegir entre su trabajo como escritora y tener hijos?

—No —respondí—. Nadie me ha obligado a nada. Sencillamente, no he querido tener hijos.

—Los escritores varones pueden tener hijos y una carrera, y no es tan duro para ellos.

—Imagino que cuentan con la ayuda de su mujer.

—Pero ¿es justo? Su marido es bastante mayor que usted. Lo más seguro es que pase sola el final de su vida. ¿Eso no le preocupa?

Me quedé quieta en la cabina y miré el micrófono que colgaba delante de mi cara. Ben, el propietario del estudio, el mismo Ben al que conocía desde hacía años, se quedó mirándome a través del cristal. Yo estaba allí para hablar de mi libro, un libro que no tenía nada que ver con no tener hijos.

—He contratado un seguro de cuidados a largo plazo —dije.

No era la respuesta que andaba buscando. Insistió, como si mi vida sin hijos fuera una cuestión de periodismo de investigación.

—Pero ¿no le apena pensar que envejecerá sola?

—No me importa hablar de este tema —contesté—. No tengo hijos y no es un secreto. Pero tengo una duda: ¿le haría a Jonathan Franzen las mismas preguntas? Él tampoco tiene hijos.

Cuando la entrevista se emitió, todas las preguntas sobre mi ausencia de hijos habían desaparecido.

## 4

Me gusta decir que me educaron las monjas. A mi hermana y a mí nos llevaban al convento por la mañana, una hora antes de que empezaran las clases, y, a menudo, nos quedábamos una hora después de que las demás niñas se fueran a casa porque nuestra madre estaba trabajando. Aquellos eran los mejores momentos del día, cuando no había más niñas. Me gustaba borrar las pizarras y ordenar los libros. Íbamos a la cocina reservada a las monjas y nos encomendaban pequeñas tareas como doblar servilletas o colocar la cubertería en su sitio, dentro de los cajones para cubiertos. Aunque las monjas fueran estrictas durante las horas de clase, me parecían muy agradables cuando no había alumnas. Eran amables y bromeaban. Nos prestaban una atención mínima. La mayor parte del tiempo parecían olvidar que estábamos allí. Si no les pedía nada, podía espiarlas, pero no necesitaba esconderme

detrás de una cortina, bastaba con ser discreta y escuchar. Las monjas trabajaban con niñas y estaban más felices cuando estas se habían ido a casa. A fin de cuentas, ninguna de ellas tenía hijos. Habían tomado una decisión y, en calidad de observadora, me daba la impresión de que no se arrepentían.

Alguna vez me han preguntado si de joven quise ser monja, y la respuesta es que no, siempre he querido ser escritora. No obstante, en la vida religiosa hay algunos aspectos no religiosos que me parecen muy interesantes.

## 5

En una ocasión, cuando estaba en Seattle durante la promoción de un libro distinto al que he mencionado antes, quedé a comer con Debra, una vieja amiga a la que llevaba años sin ver. Debra y su compañera estaban pensando en tener un hijo.

—No sé —me contó—, estoy indecisa. Hacemos listas de pros y contras. Le damos vueltas y más vueltas. —Debra tenía más de cuarenta años, pero su pareja era más joven, por lo que sería esta la que gestaría al bebé—. ¿Tú no te lo planteas? —me preguntó.

Le dije que no.

—Pero en algún momento le habrás dado vueltas al tema.

Cuando era una niña, tenía la cama cubierta de animales de peluche. Dormía con la cabeza apoyada en una rana verde gigante. Mi hermana solo quería bebés de juguete y, cuanto más reales, mejor: tenían párpados móviles que se cerraban como persianas cuando mi hermana los tumbaba. Les cambiaba los pañales limpios para practicar. Los envolvía y los llevaba en brazos. El recuerdo de esas muñecas me da escalofríos.

—Toda la vida me han estado diciendo que debería querer un bebé o que voy a quererlo más tarde —expliqué—. Es como si alguien me dijera que las llaves del coche estaban en el cajón de la cocina. «Ve a coger las llaves del cajón.» Entonces voy y abro el cajón, pero las llaves no están. De hecho, ahí no hay nada. El cajón está vacío. Vuelvo y digo que las llaves no están en el cajón, y esa persona me dice: «Claro que están, pero

tienes que esforzarte más. Ve a buscarlas otra vez». No tiene sentido, pero lo hago. Vuelvo y miro, y el cajón sigue vacío. Pero siguen diciéndome que me equivoco. Gente que no conozco de nada me ha dicho que me estoy equivocando, que tengo que volver a mirar, pero nunca hay nada en el cajón y nunca va a haber nada en el cajón.

Mi amiga lo piensa un rato y luego asiente.

—Debe de ser muy agradable saberlo —dice.

Y le digo que sí, que es maravilloso.

## 6

El día después de ver a Debra, me marché de Seattle y me fui a Portland. Así son las giras de promoción de los libros. La mujer que me recogió en el aeropuerto también trabajaba como agente de libertad condicional. Le gustaban los libros y los escritores, así que se pluriempleaba como acompañante de autores cuando su horario se lo permitía. Después del almuerzo, me llevó al International Rose Test Garden, un jardín botánico que tiene más de diez mil rosales. No recuerdo cómo salió el tema, pero, cuando recorríamos los senderos de gravilla entre flores abrumadoras, me dijo que siempre había sabido que no quería tener hijos. A los veinticinco años decidió hacerse una ligadura de trompas.

—Nadie quería hacérmela —me explicó—. Todos los médicos a los que fui me dijeron que esperara, que cambiaría de idea más tarde y que me arrepentiría de haberlo hecho. Cuando insistía, decían que tenían que hacerme una evaluación psiquiátrica, y me evaluaron porque quería que me operaran. Y aun así no me operaron.

—Y ¿qué pasó? —pregunté. Había tantas rosas…

—Tardé dos años —contestó—, pero lo conseguí. Se creen que no sabemos lo que queremos cuando decidimos abortar y que tampoco sabemos lo que queremos si tomamos medidas para no tener que abortar.

—Lo que pasa es que somos tontas —dije yo— y no podemos decidir solas.

Unas semanas más tarde, cuando acabó la gira de

promoción y regresé a casa, seguía pensando en esta mujer. Tenía treinta y siete años y sabía lo que quería. Le dije a Karl que iba a hacerme una ligadura de trompas. Fue cuatro años antes de que nos casáramos.

Negó con la cabeza. Me dijo que no.

—Una opinión muy válida —dije—, pero no son tus trompas.

—No te sometas nunca a una cirugía que no necesitas —arguyó.

—Seguro que la cirugía es mejor que la píldora anticonceptiva.

—Pues no. Estás bien con la píldora y nunca se sabe si una cirugía va a salir mal. Si no está roto, no lo toques.

Le di las gracias por su opinión y me fui a ver a mi ginecóloga, que, además, es amiga mía. Le expliqué que quería una ligadura de trompas.

—No —me dijo.

—No estoy haciendo una encuesta. Te estoy pidiendo una ligadura de trompas.

—Las cosas siempre pueden salir mal, y a ti te va bien con la píldora. En nueve de cada diez casos, cuando una mujer tolera bien la píldora y la deja para hacerse una ligadura de trompas, vuelve a tomarla.

—¿Aunque no pueda quedarse embarazada?

Mi médica asintió y me explicó que la píldora tiene ventajas más allá de la contracepción.

—Vete a casa —me dijo—. Estás estupendamente.

Pensé en la agente de libertad condicional de Portland, obligada a repetir la misma conversación durante dos años, y a los veinticinco años, no a los treinta y siete, y mi corazón se llenó de admiración. Y agotamiento.

## 7

Vi a la hermana de una amiga en una fiesta de Navidad. Sabía por mi amiga que su hermana había intentado quedarse embarazada durante mucho tiempo, pero sin éxito, y que ella y su marido habían conseguido por fin adoptar una niña. Ahí

estaba, con una copa de champán en la mano y un bebé precioso en brazos. Era Navidad, pero el verdadero motivo de celebración era ese. Alabé a la niña. Le di la enhorabuena a la madre.

—Imagínate lo egoísta que tiene que ser una persona para no tener un hijo —me dijo.

## 8

Karl me preguntó si estaba embarazada.

Me reí y negué con la cabeza.

—No, ¿por qué? ¿Parezco embarazada?

—La verdad es que sí. —Como es médico, su opinión en tales asuntos tiene mayor peso que la de cualquier otra persona.

Entonces yo tenía cuarenta años y él cincuenta y seis. Me encogí de hombros.

—No hay ninguna razón para pensarlo. —¿Estaría comportándome de un modo extraño? No estaba segura. Había tenido suerte. La píldora, tomada siguiendo las prescripciones médicas, había funcionado toda mi vida—. Te mantendré informado.

Al día siguiente íbamos en coche. Karl conducía.

—Si estuviera embarazada —le dije—, y no hay ninguna razón para creer que lo estoy, pero si lo estuviera, ¿qué dirías?

—Que esa decisión te corresponde a ti.

—Ya sé que me corresponde a mí, pero ¿tú qué dirías?

Respondió sin pestañear, sin mostrar la más mínima duda.

—Diría que me alegro muchísimo. Diría que es lo mejor que nos puede ocurrir.

La respuesta me dejó pasmada, pero, para mi sorpresa, me emocionó.

—¿De verdad?

—Si una mujer te dice que está embarazada, o respondes «me alegro muchísimo» o eres un idiota redomado.

En una ocasión vi en una tienda a una mujer con seis hijos pequeños: llevaba un bebé atado al pecho, una criatura que apenas podía andar agarrada de un dedo, los otros cuatro ordenados por tamaño, en escalera. Iban todos juntos, como una escuadra, y ella guiaba sus pasos. Los observé con admiración y cierta gratitud. «Gracias por mantener viva la especie —le podría haber dicho—. Lo estás haciendo de maravilla.»

## 10

La única vez que recuerdo haber pensado en tener hijos, o haber imaginado querer tenerlos en el futuro, fue cuando estuve en la casa de los Todd. Dick Todd fue el editor de mis primeros dos libros. Trabajaba en Houghton Mifflin, que en aquella época todavía estaba en Boston. Dick vivía a dos horas de la ciudad, en el condado de Berkshires, e iba a la oficina una vez al mes, a lo sumo. Vivía con su mujer, Susan, en una vieja granja en medio del campo. Habían criado allí a sus tres hijas: Emily, Maisie y Nell. Me invitaron a su casa a pasar el fin de semana en varias ocasiones. Emily estudiaba en Escocia, Maisie estaba en la universidad y Nell, al menos al principio, seguía en el instituto. Tenían una *retriever* de Chesapeake llamada Coco que, según su veterinario, era la perra más grande del condado de Franklin. Coco se echaba a dormir en medio de la habitación donde hubiera gente. Siempre había amigos de visita, grandes cenas, días de Acción de Gracias espectaculares y muchos escritores. El lavavajillas llevaba años roto y lo usaban para poner a secar los platos después de fregar a mano. No recuerdo haber pasado tanto frío en mi vida como en esa casa. Yo dormía en la habitación de Emily, en la planta superior. Al acostarme, echaba el abrigo encima de la colcha y, a oscuras, observaba el brillo de constelaciones de planetas y estrellas que Emily había pegado en el techo abuhardillado.

Susan y Dick, vestidos con botas y jerséis gruesos, siempre acababan contando la historia de cuando se conocieron y luego se separaron. Dick se fue a hacer un posgrado a Stanford y Susan se marchó a Nueva York, donde trabajó de redactora

creativa y se presentó a diversas audiciones teatrales. Un buen día, Dick se presentó en el preciso momento en que Susan se disponía a salir con unos viejos amigos. Dick propuso que, en vez de eso, se casaran. Sin esperas, para qué esperar, tenían que casarse de inmediato. Y eso hicieron. Cada año celebraban su boda durante una semana, porque, a pesar de ser norteños reservados, su amor no era algo que cupiera en un solo día. El amor, la casa, el campo, el perro, el lavavajillas, la larga mesa de madera que había en la cocina, el cuenco con manzanas, las innumerables pilas de libros, las tres niñas, casi todas crecidas y viviendo fuera, todo aquello me hacía pensar que quizá tener hijos podría estar bien, siempre y cuando mi vida fuese como la suya, con hijas como las de la familia Todd, es decir, que apenas pasaban por casa.

## 11

El chico del periódico se llamaba Stevie y tenía ocho años. Yo tenía treinta y nueve y vivía sola en una casa de mi propiedad. Durante algún tiempo, el periódico local se dedicó a presentar semanalmente a un niño huérfano. Después pasaron a mascotas sin dueño, pero al principio eran huérfanos, niños que necesitaban una casa de acogida o, si todo salía bien, una familia adoptiva. Las descripciones eran breves, quizá doscientas o trescientas palabras. Solo sabía esto: a Stevie le gustaba ir al colegio. Hacía amigos con facilidad. Prometía hacerse la cama todas las mañanas. Esperaba, si se portaba bien, tener su propio perro y, si se portaba muy muy bien, que su familia adoptiva acogiera también a su hermano. Stevie era negro. Aparte de eso, no sabía nada más. Su foto no era mucho más grande que un sello de correos. Sonreía. Estudié su rostro mientras desayunaba hasta que algo en mí estalló. Tenía dos dormitorios. Tenía perro. Tenía mucho más que mucha gente. A cambio, él se haría la cama y se esforzaría en el colegio. No tenía nada más que ofrecer que su propia persona. Cuando Karl vino a cenar después del trabajo, yo estaba casi desquiciada.

—Quiero adoptarlo —dije.

Karl leyó la descripción. Miró la foto.

—¿Quieres ser su madre?

—No es cuestión de ser su madre. Es decir, sí, si soy su madre, estupendo, pero es como ver a un niño saludando por la ventana de una casa en llamas y diciendo que se va a hacer la cama si alguien lo saca. No puedo dejarlo allí.

—Adelante —dijo Karl.

Adelante. Empecé a tranquilizarme porque Karl estaba tranquilo. Es un hombre de acción. Adelante. Yo no necesitaba querer tener hijos para querer a Stevie.

A la mañana siguiente llamé al teléfono del periódico. Apuntaron mi nombre y mi dirección. Me dijeron que me enviarían la documentación preliminar. Después de repasar la documentación, habría una serie de entrevistas y visitas a domicilio.

—¿Cuándo conoceré a Stevie? —pregunté.

—¿Stevie?

—El niño del periódico. —Ya le había contado por qué llamaba.

—Oh, no funciona así —dijo la mujer—. Es un proceso muy largo. Le adjudicaremos el niño que mejor se ajuste a usted.

—Y ¿dónde está Stevie?

Reconoció que no estaba segura. Pensaba que quizá alguien lo había adoptado.

Era un buen anzuelo, una historia bien escrita: la cama, el perro, el hermano. Sabían cómo tocar la fibra sensible de la gente como yo, gente que, en principio, no tenía intención de responder a ese tipo de mensajes. Concluí la conversación. No quería un hijo, quería a Stevie. Todo terminó con un instante de clarividencia: Stevie no viviría conmigo, pero a partir de aquel momento lo imaginé en una casa de verdad con gente que lo quería. Lo puse con su hermano en la cámara más segura de mi corazón, en camas gemelas, y el perro dormido en los brazos de Stevie.

Y allí se han quedado, acompañándome hasta que al final escribí una novela sobre ellos llamada *Run*[8]. No porque pensara que el libro daría con ellos, sino porque se habían convertido en una carga excesiva. Tenía que escribir sobre ellos para dejar que se fueran.

## 12

André Previn era pianista, compositor y director de orquesta. Tuvo cuatro Premios Óscar, diez Premios Grammy, cinco esposas y diez hijos. Fue director musical de varias orquestas sinfónicas importantes. Escribió partituras para películas y tocaba jazz. Murió a los noventa años, más o menos. Nadie sabe con precisión en qué año nació, solo que su familia salió de Berlín antes de la llegada de los nazis.

A veces pienso en la gente en términos de unidades de energía. André Previn debió de venir al mundo con mil veces más energía que yo, o bien gestionó sus recursos de un modo mucho más eficaz. Yo tengo la energía justa para escribir y llevar la casa, para ser una amiga, hija, hermana y esposa aceptable. En parte, el hecho de que no quiera hijos responde a la certeza de que no tengo energía suficiente, así que he tenido que elegir entre los niños y la escritura. La primera vez que pensé que no quería ser escritora y tener hijos todavía me faltaban varios años para ser biológicamente capaz de reproducirme. La historia ofrece algunos ejemplos de personas a las que se les ha dado bien tener hijos y escribir. Ya lo sé, pero yo no soy una de ellas. Siempre he sido consciente de mis limitaciones. Me faltaban unidades de energía y quería dedicar las fuerzas que tenía a mi trabajo. Tener un hijo y relegarlo a un segundo plano para dedicarme a escribir novelas sería cruel, así que no tenerlo suponía evitar daños mayores.

Este tema era recurrente entre mi amiga Elizabeth McCracken y yo cuando ambas escribíamos nuestro primer libro. Ella tenía veintitrés y yo veintiséis. Ella también había elegido escribir.

—A no ser —dijo ella— que me enamore de alguien que quiera tener hijos por encima de todo y esté dispuesto a cargar con la mitad de la responsabilidad. Entonces me lo pensaré, suponiendo, por supuesto, que esté clarísimo que va a ser un padre fuera de serie.

Estábamos sentadas en Governor Bradford, nuestro bar favorito en Provincetown, en pleno invierno. Teníamos tiempo para fantasear y diseccionar todos los escenarios posibles de

nuestro futuro, pero yo no lograba imaginar lo que ella planteaba: un hombre que quisiera hijos, que quisiera tener esos hijos conmigo, que estuviera tan convencido de que quería tener esos hijos conmigo que estaba dispuesto a cargar con la mitad del trabajo, del amor y de la responsabilidad, y tendría que creer que tal hombre decía la verdad, y esa verdad no cambiaría con el paso de los meses. Y que además sería un padre maravilloso. Que se aseguraría de que me quedara tiempo y espacio para ser escritora.

Hice un gesto negativo con la cabeza. Jamás había conocido a un hombre así y tampoco creía en su existencia.

—Pero ¿si lo conocieras? —preguntó Elizabeth—. ¿Querrías tener hijos?

No estaba segura. Creo que me habría venido bien ver antes un prototipo así para saber cómo reconocerlo. Y, por supuesto, no estaba buscándolo.

Años después de aquella conversación, Elizabeth lo encontró, o él la encontró a ella, y juntos han tenido dos hijos espectaculares.

Juntos, juntos, juntos.

## 13

—Aunque no quieras tener hijos —me dijo alguien una vez—, deberías tener uno, porque más tarde querrás haberlo tenido, pero será demasiado tarde.

## 14

Que yo recuerde, ninguna de mis amigas cercanas me ha preguntado cuándo voy a tener hijos. Supongo que, por definición, por eso de que son cercanas, me conocen. Pero sus maridos me han preguntado o me han dicho que tengo que tener hijos. Que es importante. Supongo que tenía menos que ver con lo que más me convenía que con el hecho de que les ponía nerviosos verme suelta por el mundo. Daba mal ejemplo.

La gente quiere que quieras lo que ella quiere. Si buscas lo

mismo, validas sus deseos. Si no buscas lo mismo, a algunas personas les parece que tu falta de interés es un juicio moral. La gente se pasa la vida preguntándome si me importa que pida una hamburguesa. «No, a menos que me obligues a comerla», digo. Y si hablamos de alcohol, todavía peor. Dejé de beber hace mucho tiempo. La gente le da mucha más importancia a beber que a comer hamburguesas.

—Toma una copa de champán.

—No bebo.

—Pero tienes que brindar con champán.

Niego con la cabeza.

¿Rechazar una copa de champán significa que veo con malos ojos la copa de champán de los demás?

Pues no.

¿Optar por no tener hijos significa que veo con malos ojos que otras personas tengan hijos? ¿O que considero que mi vida es en cierto modo superior?

Pues no.

Significa solamente que no quiero hijos. Ni hamburguesa. Ni ginebra con tónica. Nada más.

Me sigue pareciendo un misterio cómo llegué a no preocuparme por la opinión de los demás. Nací con una brújula. Tuve suerte. Esta brújula ha tenido un valor incalculable para escribir —y, en realidad, para todo— y por eso la cuido mucho. ¿Cómo se cuida de la brújula interna? Haciendo oídos sordos a quienquiera que hable de algo tan relevante como tener hijos. Esto es algo que merece un poco de reflexión.

## 15

Después de once años de relación, Karl y yo nos casamos. Yo tenía cuarenta y un años y él, cincuenta y siete. La gente me decía: «¡Estupendo! Todavía podéis tener un hijo». Era la misma gente que siempre me había preguntado cuándo iba a tener un hijo, y la reciente modificación de nuestro estado civil le daba una excusa para recordarnos algo que quizá se nos había olvidado: la reproducción todavía era una posibilidad

biológica, o una posibilidad posible. Supongo que pensaban que habíamos estado esperando a tener papeles para ponernos manos a la obra.

Después de la boda y de que me mudara a casa de Karl, transcurridos uno o dos años, cuando el reloj biológico señaló la medianoche, incluso los espectadores más esperanzados tuvieron que darse por vencidos. Fue en la misma época en la que mi propia falta de tacto me dio una lección. Una vecina que vivía a varias calles de nosotros acababa de tener a su cuarta hija, y, cuando fui a llevarles un bizcocho de calabaza, me crucé con su suegra en la entrada. La conocía y me caía bien.

—¿Crees que ya está? —le pregunté—. ¿O crees que tendrán más?

Dentro de la casa, una mujer con tres niños pequeños y un bebé en brazos acababa de llegar del hospital, y yo le acababa de preguntar a su suegra si tenía previsto tener más hijos.

La suegra hizo lo que pudo para ocultar su consternación ante mi pregunta, pero le costó. Y lo entendí porque llevaba años intentando ocultar la mía.

—No se me ocurriría preguntarles algo tan personal —contestó.

Pues sí, exactamente. Era muy personal. Era como si le preguntara: «¿Qué resultado dará en el futuro la vida sexual de tu hijo?». Estaba disgustada conmigo misma por hacer justo lo que tanto me molestaba que la gente hubiera hecho durante toda mi vida reproductiva, pero el error trajo consigo una revelación valiosa: me daba igual que tuvieran más hijos. Por supuesto que me daba igual. Estaba en el camino de su casa manteniendo una conversación intrascendente, igual que los que me habían preguntado si iba a casarme o a tener hijos. No era más que ruido, una pregunta para tener algo de que hablar, no para hacer averiguaciones.

A algunas personas les importaba, pero no a todas. Tenía que haberme dado cuenta antes.

A lo largo de mi vida, las personas que han mostrado una opinión más clara respecto al hecho de que no tenga hijos han sido miembros de mi familia cercana. Mi madre, mi padre, mi padrastro y mi abuela respaldaban mi decisión cuando, siendo aún una niña, les decía que no quería hijos. Con el paso de los años, no perdían ocasión de decirme que les parecía bien. Incluso mi hermana, que adoraba a sus propios hijos, a veces me decía agotada: «Admiro tus decisiones vitales». Nunca he tenido claro si quienes mejor me conocían me decían eso porque pensaban que sería una mala madre, porque preferían tenerme a su disposición, porque querían que supiera que apoyaban mi decisión o porque, sencillamente, les gustaban poco los niños —por el desorden, el ruido, los problemas—, pero, si tuviera que elegir, creo que la última opción sería la más plausible.

## 17

El abuelo de Karl, Grover VanDevender, trabajó de maquinista en la vía de ferrocarril del sur, el Southerner. Se encargaba del último tramo del viaje, desde Meridian, Misisipi, donde vivían, hasta Nueva Orleans. A Grover y a Karl les gustaba leer *National Geographic* juntos y hablar de los lugares que querían visitar. Cuando Grover falleció en 1968, le dejó a Karl dos mil dólares con la esperanza de que algún día viviera una gran aventura como las que habían soñado juntos. Karl los ingresó en el banco y, en 1980, con treinta y tres años, se llevó a su hija, Josephine, que tenía cinco años, al Himalaya a hacer senderismo durante un mes mientras su esposa se quedaba en casa con su hijo de dos años. Durante la mayor parte del viaje, un *sherpa* cargó con Josephine en un cesto de mimbre, y la niña siguió una dieta de chocolatinas y Coca-Cola que otro *sherpa* llevaba en otra cesta.

En el trayecto de vuelta, Karl perdió a Josephine en el aeropuerto de Heathrow, en Londres. Estaba haciendo cola para los billetes cuando, al bajar la vista, se dio cuenta de que la niña se había ido. Estuvo desaparecida durante más de una hora, hasta que un agente de seguridad del aeropuerto la

encontró dormida en una silla, hecha un ovillo, el tipo de ovillo al que una se acostumbra después de pasar un mes en una cesta de mimbre.

Esta historia es el plato fuerte de la tradición oral de la familia VanDevender, y no me sorprende. Es una historia extraña. Resulta raro y, en cierto modo, admirable, que Karl se llevara al Himalaya a su hija de cinco años a hacer senderismo para cumplir la voluntad de su abuelo, y resulta extraño, y mucho menos admirable, que dejara a su mujer cuidando del bebé. Pero el aspecto más extraño y revelador de la historia es cómo se recuerda la desaparición de Josephine en Heathrow: siempre me han contado que Josephine fue una irresponsable. Josephine se distraía todo el rato. Josephine perdía la noción del tiempo y, por su culpa, estuvieron a punto de perder la conexión para volver a casa después de un mes en el Himalaya.

Pero Josephine tenía cinco años. Se había pasado un mes a base de Coca-Cola y chocolate. Acababa de volar de Nepal a Londres. Me di cuenta cuando estaba con Josephine y su propio hijo, que entonces tenía cinco años.

—Tú a esa edad fuiste a Nepal —dije.

—Sí —dijo ella.

—Cuando tu padre te perdió en el aeropuerto.

Ella asintió. Josephine tiene, entre otras, la virtud de ser una buena madre y una hija indulgente.

—Una locura, ¿eh?

Es posible amar a alguien con toda tu alma y saber que esa unión no sobreviviría en caso de tener hijos. Por eso Karl y yo hacíamos tan buena pareja: yo no quería hijos y él ya los tenía. Lo supe cuando lo sorprendí echando una mezcla de leche y nata en el cuenco del perro. Así estábamos mejor.

## 18

Tener un perro no es lo mismo que tener un hijo.

Escribir un libro no es lo mismo que tener un hijo.

Tener una librería no es lo mismo que tener un hijo.

Tener hijastros maravillosos no me convierte en madre.

Sé que todo esto es cierto, por mucho que la gente me diga

lo contrario.

Pero ni el perro, ni el libro, ni la librería ni los hijastros me sirven para llenar el vacío de no tener hijos porque no hay tal vacío. Puedo querer a esas personas, al perro y los libros por sí mismos.

## 19

En otra ocasión, cuando me encontraba en Nueva York por un asunto profesional, me puse en contacto con Marti, que estaba a punto de dar a luz. Me dijo que ella y su marido, Barry, iban de camino al hospital y me propuso que fuera con ellos.

—Podemos andar por el pasillo —me dijo muy animada.

Marti tenía la virtud de presentar las cosas difíciles como si fueran fáciles. Tenía treinta y un años y aquel iba a ser su segundo hijo.

—¿No vas a estar muy ocupada? —pregunté.

—Sí, claro, pero estás aquí —contestó—. Quiero verte.

Así que fui al hospital, y su marido y yo nos turnamos para recorrer el pabellón con Marti del brazo. A intervalos regulares se detenía, tomaba aliento, miraba al techo, decía: «Vale», y luego echaba a andar de nuevo. Cuando volvíamos a la habitación, la enfermera comprobaba cuánto había dilatado. Todo iba según los planes.

—¿Por qué no te quedas? —me preguntó Marti.

—Si te quedas, puedes hacer las fotos —dijo su marido.

Querían que me sintiera bienvenida y útil, aunque aquella no era una fiesta a la que uno podía presentarse en el último minuto. Pero, por otro lado, me parecía inimaginable decirles que tenía otros planes. Seguro que los tenía, pero ya no me acuerdo. Me quedé y vi el nacimiento de Katherine. No tuve que esperar mucho. Marti no estaba para tonterías.

Aquel momento fue, de hecho, el que me hizo sentir que por mi decisión de no tener hijos me estaba perdiendo algo. Me conmueve profundamente lo que el cuerpo femenino puede hacer, pero que yo pueda hacer algo no significa que tenga que hacerlo. Marti y Barry me dieron un regalo enorme aquel día al dejarme ver la llegada al mundo de su hija. ¡Katherine! Desde

el primer momento tenía una fuerza tan contundente como la de su madre. La sensación de la vida que llegaba a aquella habitación era distinta a todo lo que había vivido hasta entonces, era un aluvión de felicidad. La recordé diez años después, cuando me acosté en la cama de mi abuela para abrazarla mientras moría. Luz que entraba y luz que salía. Jamás hubiera sabido lo mucho que se parecían de no haber sido por Marti, Barry y Katherine.

## 20

Mi amiga Kate y yo estábamos hablando de la infancia, tal como suelen hacer los escritores. Tenemos la misma edad. Nuestra amistad empezó en la edad en la que tener hijos ya no era una opción.

—Yo no le haría eso a un ser querido —dije yo.

—¿Hacerle qué?

—Hacerle pasar por la infancia.

—Ah, eso —dijo ella, asintiendo—. Sé lo que quieres decir. —Kate tampoco tenía hijos.

Pero mi teoría no se sostiene porque la infancia de mi hermana fue mucho peor que la mía, y ella siempre quiso con todas sus fuerzas tener hijos. Eran la oportunidad de darle a alguien la infancia que ella había deseado y, con ello, encontrar un destinatario para su inmenso amor. Yo, en cambio, solo quería que la infancia se acabara.

La incertidumbre, la ausencia total de autonomía y control, tener que marcharme de sitios de los que no me quería marchar para ir a lugares donde no quería estar, el miedo, el acoso, la indefensión, la extrañeza, la desilusión, la vergüenza, la traición del propio cuerpo. Tener hijos implicaba olvidar voluntariamente cómo había sido nuestra infancia, implicaba pasar por alto la posibilidad de hacerle a la persona a la que más quieres en el mundo lo mismo que te han hecho a ti. No. No, gracias.

Cuando era pequeña, vivimos un año en un inmenso complejo de bloques de apartamentos en el que recorría en bicicleta los callejones sin salida y los caminos de acceso a las casas. Un día, un coche se detuvo a mi lado y la mujer que había dentro me preguntó si trabajaba de canguro. «Claro», dije. No era verdad, pero me gustaba la idea de tener un trabajo y ganar dinero. Apuntó mi teléfono y me indicó adónde tenía que ir el sábado a las seis y media de la tarde. Después se fue.

Estábamos a mediados de la década de los setenta, la época con el nivel más bajo de vigilancia paterna. Los padres —no recuerdo nada de ellos— me dijeron que el bebé estaba dormido y que volverían a medianoche. Se largaron, no sé adónde. No apuntaron ningún teléfono en una notita de la cocina. Tenía doce años, pero ni siquiera me habían preguntado mi edad. Y no era de ese tipo de niña de doce años que engaña y que podría hacerse pasar por una quinceañera. Yo tenía doce años y podía pasar por una de nueve. Cuando el bebé empezó a llorar, subí a su cuarto de puntillas por las escaleras. Nunca había tenido a un niño en brazos, nunca había cogido a uno. Lo saqué de la cuna. Lloramos juntos. Llamé a mi madre, que vino y se quedó con nosotros dos hasta que volvieron los padres. Se ocupó del bebé, el cual, resultó, necesitaba muchas atenciones.

Yo era una niña incómoda, una preadolescente que esperaba con impaciencia el momento de ser adulta. A pesar de mi evidente torpeza con los niños, acabé convirtiéndome en una canguro muy popular en el siguiente barrio al que nos mudamos. Por naturaleza me espanta el desorden, y las personas con hijos llevan vidas desordenadas. Ponía en su sitio los libros y los juguetes, fregaba los platos del fregadero, repasaba las encimeras y pasaba la aspiradora. Los niños a mi cargo se quedaban más o menos a su aire, pero nunca se hacían daño ni se quejaban, y los padres se encontraban con una casa que les parecía irreconocible. Al echar la vista atrás, me pregunto si no salían a cenar para que les limpiara la casa a un dólar la hora.

Todos pensamos que las cosas han cambiado, que los hombres y las mujeres han cambiado, que los papeles que desempeñamos han cambiado, que la sociedad ha evolucionado, que estamos más seguros, que somos más sabios y más amables. Volvemos la vista a la generación anterior a la nuestra y nos preguntamos: «¿Cómo podían vivir así?». Del mismo modo nos contemplará la próxima generación, mostrando su consternación ante los horrores de nuestro comportamiento. Las cosas cambian, pero con pasos tan pequeños que no los percibimos.

Da igual la edad que tengamos. Siempre es así.

## 23

Conocí a la ilustradora Robin Preiss Glasser en la librería cuando vino con la gira de la última entrega de la serie de Fancy Nancy. Hicimos buenas migas, y Robin, que es una fuerza de la naturaleza y de la vida, me propuso que creáramos juntas un libro ilustrado. Aunque yo no tenía ni idea de literatura infantil, Robin estaba dispuesta a enseñarme. Yo estaba emocionada, y no solo por nuestra amistad, sino por la oportunidad de colaborar, de probar algo nuevo. Hicimos un libro juntas del que nos sentimos orgullosas.

Pero después del libro vino la gira. No había pensado en eso. No había pensado en nada más allá del gusto de hacer hablar a las ovejas. Ahora tenía que recorrer los Estados Unidos para promocionar nuestro libro entre gente que me llegaba por la cadera. Me sentía insegura, pero decidí confiar en la misma estrategia que me había funcionado hasta entonces: seguir a Robin, que se desvivía por ponerse ante un auditorio de niños, por hacerlos reír y enseñarles cualquier cosa, por emocionarlos y luego calmarlos de nuevo. (Lo consigue dando tres palmadas. Antes de empezar la charla, anuncia a los presentes que, cuando dé tres palmadas, tienen que calmarse, y con ese eficaz truco de hipnotismo los somete por completo.) Fuimos a librerías, gimnasios escolares y centros comunitarios al encuentro de los niños, que formaban mares de cuerpos inquietos ataviados con ropa de lentejuelas o

camisetas sucias. Armada con solo un par de marionetas —una oveja y una gallina—, yo me esforzaba en imitar el encanto de Robin, pero casi siempre me limitaba a quedarme atrás para disfrutar del modo en que los niños la miraban a ella: deslumbrados y enamorados.

Cuando se ponían en fila con montones de libros gastados de Fancy Nancy y un ejemplar impoluto de nuestro libro, *Lambslide*[9], Robin les preguntaba si les gustaba disfrazarse y comer helado. Cuando se acercaban para hacerse una foto, se los subía al regazo. Les subía la camiseta y les mordisqueaba la tripa.

—¿Se les puede hacer eso? —pregunté. Y no estaba de broma. Me preguntaba si Robin podía tocar niños ajenos.

—No pienso dejar de hacerlo —respondió, dándoles más besos.

Cuando un niño llegaba a la mesa llorando o a punto de llorar, Robin le preguntaba si quería tener una mariposa en la mano. Entre sollozos hacía un minúsculo gesto de asentimiento, Robin le cogía la mano y mostraba asombro al verla. Luego, con un rotulador grueso indeleble, le dibujaba una mariposa en la piel, explicando sobre la marcha cómo dibujarla por si acaso el niño tenía la oportunidad de hacérsela a alguien más tarde. Entonces el niño dejaba de llorar. Se quedaba mirando la mariposa, lleno de satisfacción, y a menudo se subía al regazo de Robin para darle un abrazo rápido antes de marcharse. No lo presencié una o dos veces: lo vi un día tras otro, una ciudad tras otra, aproximadamente con uno de cada diez niños en cada fila de firmas. Y cada vez que ocurría, la luz de Robin Preiss Glasser brillaba más fuerte.

De haber conocido a Robin antes, ¿habría sido distinta? Si alguien me hubiera mirado así de niña, ¿habría tenido hijos?

No, pero habría estado más cerca de cambiar de opinión gracias a ella que gracias a un hombre hipotético dispuesto a cargar con la mitad de la responsabilidad de nuestro hipotético vástago. Cada vez que subíamos al escenario (o, en muchos casos, nos quedábamos en el suelo), Robin se asombraba con cada niño que brincaba ante nosotras y, cuando acabábamos, extendía los brazos para acogerlos sin miedo alguno. Todos y

cada uno de ellos la apasionaban: su belleza, su potencial, su vida. «Pero bueno, ¡qué criatura más increíble! —decía—. ¡Increíble!»

A mí me mira con los mismos ojos —a mí, con mis libros y sin hijos—, como si no tener hijos fuera una idea espectacular que solo se me hubiera ocurrido a mí. A fin de cuentas, ese es el superpoder de Robin: quiere a la persona que tiene delante tal y como es, ve la luz gloriosa que tiene dentro y la refleja por todas partes.

---

8 Inédito en castellano. Traducible como *Corre*. *(N. de los T.)*

9 Sin traducción en español. Traducible como *El tobogán de las ovejas*. *(N. de los T.)*

# Un billete de avión con un año de validez

Cuando tenía veintinueve años y vivía en Montana con mi novio, acepté una beca de un año en Radcliffe College, así que me mudé sola a Massachusetts a finales del verano. En aquel momento pensaba que era una oportunidad demasiado buena como para dejarla pasar, pero a mediados de octubre me di cuenta de lo que me iba a costar aquella decisión. Una vez, bien entrada la noche, llamé a mi novio al apartamento en Missoula, pero no contestó nadie y, cuando por fin conseguí contactar con él, se mostró distraído y esquivo.

Todavía no tenía el corazón roto, pero veía con claridad lo que se avecinaba, como si viera los faros de un coche acercándose a mí. Pensé en volver a Montana a reclamar lo que era mío, pero si la relación ya estaba dañada, y sospechaba que así era, irme de Radcliffe significaría perder tanto el novio como la beca.

En Cambridge los días se iban haciendo más cortos y más fríos. Una tarde, anduve trabajosamente hacia mi apartamento desde la biblioteca y pasé por delante del Brattle Theatre, por el Sage's Market y la agencia de viajes de American Express. Algo en la agencia me hizo parar. Me fijé en los carteles que colgaban de las ventanas: la torre Eiffel, las playas de arena blanca de Tahití. Quizá mi valoración de la situación había sido demasiado limitada. Quizá no tenía por qué estar en Montana o en Cambridge. Puse la mano en la puerta y entré.

Me da pena que las agencias de viajes ya no existan o, al menos, que ya no sean las tiendas de sueños exuberantes que fueron en su momento, con amplias ventanas que anunciaban la belleza del mundo y hombres y mujeres al otro lado del mostrador dispuestos a facilitar un viaje.

Cuando fui a Europa en mis años de universitaria, lo que más me llamó la atención fue Viena, con sus cafés a lo largo de la Ringstrasse, las catacumbas bajo la catedral de san Esteban y el espléndido palacio de Hofburg. Siempre creí que volvería. Y salí de la agencia de viajes aquella tarde con un billete de avión en el bolsillo del abrigo y una estancia confirmada de una semana en una pensión. Iría en diciembre, por mi trigésimo cumpleaños. El agente de viajes estaba impresionado por mi espontaneidad, lo mismo que yo. En aquella época no tenía mucho dinero, pero suficiente para una sola decisión impetuosa. De camino a mi apartamento, me di cuenta de que mi visión de mí misma había cambiado por completo: era independiente e intrépida. No me iba a quedar sentada mirando cómo otra persona decidía mi futuro; era la dueña de mi propio destino. Era la capitana de mi alma.

—¿Viena? —preguntó mi novio al teléfono—. ¿Tú sola?

Imaginé un futuro lejano en el que un grupo, sentado en torno a una mesa, recordaba lo que había hecho cada uno al cumplir treinta años. Yo contaría que había ido a Viena. Sola.

Me hice con una libreta de cheques de viaje y cambié doscientos dólares a chelines austríacos. Renové el pasaporte. A finales de noviembre me despedí de mis amigos de Cambridge y estos me felicitaron el cumpleaños por adelantado. Hice la maleta y la puse junto a la puerta. Mi plan era pedir un taxi a las cinco para que me llevara al aeropuerto. Me senté al borde de la cama a esperar. Llegaron las cuatro, después las cuatro y media, y después las cinco. No hacía más que decirme que cogiera el teléfono y que pidiera un taxi. Me dije que podría ir a Harvard Square a buscarlo. Eran las cinco y cuarto. Tenía previsto ir al aeropuerto pronto. Todavía quedaba mucho tiempo para el vuelo. Miré el reloj. Eran las seis menos cuarto.

¿Me faltaba valor? ¿Temía echar de menos al novio que pronto iba a perder? ¿Estaba enferma? ¿Asustada? ¿Estaba teniendo una premonición de un accidente de avión que no lograba entender? No tenía ni idea. Lo que sí sabía era que no me ponía de pie. No cogía la maleta. No cogía el teléfono. Era como si algo muy pesado me aplastara la cabeza y me

impidiera moverme. Llegaron las seis. Me eché en la cama con el abrigo todavía puesto y lloré de vergüenza. Cuatro horas después me desperté con fiebre y empecé a vomitar. Estuve así cinco días.

Nunca he estado tan enferma ni tan aliviada. Fuese lo que fuese lo que me había dado en el apartamento, si no me hubiera quedado se habría manifestado en el avión. ¿Y después qué? Habría aterrizado con esa enfermedad tan aparatosa en el aeropuerto de Viena. Habría llegado a duras penas a la pensión ardiendo de fiebre, contagiosa y sin saber una palabra de alemán.

Llamé a una amiga, que me dejó *ginger ale* y galletas saladas junto a la puerta. Pasé el día de mi cumpleaños y el siguiente durmiendo. Mi novio llamó para ver cómo estaba. Me puse mejor. Después de Navidad me confesó que se había enamorado de una de sus alumnas.

Habíamos compartido un apartamento amueblado en Missoula y no teníamos gran cosa. Me mandó mis trastos por correo en varias cajas grandes. Todo aquello fue doloroso, pero no me mató. Llevé el billete impreso a American Express. Perdí la habitación prepagada de la pensión, pero el agente de viajes me dijo que tenía un año para usar el billete a Viena.

El otoño siguiente ya estaba viviendo en Nashville. Me había pasado el año oyendo la cuenta atrás del billete que iba a caducar en el cajón de mi mesa. Seguía con el plan de irme sola, pero, como el primer intento había fracasado, me estaba costando más decidirme. Mientras tanto, había tenido tres citas con un hombre muy agradable llamado Karl. Su mujer lo había dejado y estaba bastante perdido, tenía que replantearse la vida entera. En nuestra cuarta cita, lo miré fijamente al otro lado de la mesa del restaurante. No era un desconocido, trabajaba con mi madre, aunque tampoco podía decirse que lo conociera de verdad. Sin embargo, ¿qué era la vida sin un poco de riesgo? Le pregunté si quería ir a Viena.

Sí. Dijo que sí y luego lo repitió sin pensárselo dos veces: sí. Me recordó la tarde en la que entré en la agencia de viajes. Le expliqué que tendría que ser pronto por mi billete. Respondió que eso no era un problema.

No lo había hecho como estrategia romántica, pero funcionó de todos modos, así que voy a lanzar esto a modo de consejo: si algún lector conoce a alguien que le gusta y se lo puede permitir, que le pregunte si le gustaría viajar juntos a Viena.

Fuimos a Viena coincidiendo con el cumpleaños de Karl, que era un par de semanas antes que el mío. Comimos pastas rellenas de mazapán y paseamos de la mano por la orilla del Danubio. En las catacumbas entablamos conversación con una mujer joven con mochila. Viajaba sola. Creo que era de Alabama. Cuando nos íbamos, Karl me dijo que parecía estar agotada y sin blanca, y que deberíamos invitarla a cenar, así que dimos media vuelta para buscarla y la llevamos a un restaurante maravilloso llamado Drei Hussaren. Bebimos copitas de vodka helado y denso con pulpa de melocotón. Me pregunté si algún desconocido bondadoso me habría invitado a cenar de haber llegado a Viena un año antes y luego recordé que no, que no habría podido salir de mi cuarto.

Karl y yo habíamos planeado pasar la mitad del viaje en Praga, pero de camino a la estación de tren vio una cubertería de plata muy antigua en un escaparate. Tras negociar con el propietario, compró los tenedores, las cucharas y los cuchillos, y encargó que se los enviaran a Tennessee. La transacción duró más de lo esperado y acabamos perdiendo el tren, el último a Praga ese día. Nos quedamos en la inmensa estación con las maletas mirando el panel de salidas.

—Budapest —propuso tras evaluar nuestras opciones—. Nunca he estado en Budapest.

Le dije que yo tampoco, y cogimos ese tren. El lugar era lo de menos, lo importante era la compañía. De hecho, sigue siendo así. En Budapest, Karl me compró un anillo muy fino de oro para conmemorar aquella ocasión, y once años después me casé con él. Al principio tuvimos mucha prisa y luego no tuvimos prisa alguna, lo cual demostraba que éramos extremadamente impetuosos y prudentes. Demostraba que estábamos enamorados y que el viaje mereció la espera.

# El momento en que nada cambió

Ahora los días son más cortos, la oscuridad dura más. Me digo a mí misma que esa es la razón por la que mi marido, mi perro y yo hemos dormido hasta las seis y media esta mañana. Nunca dormimos hasta las seis y media. Hoy, cuando Sparky y yo hemos salido a pasear, nos hemos encontrado un conjunto de perros totalmente diferente. A las cinco y media, nuestra hora habitual, solo nos cruzamos con Chloe, el pastor alemán, y un puñado de corredores: Byron, el cardiólogo que vive a cinco calles de nosotros y trabaja en el mismo hospital que mi marido; Henry, que vive en frente, y nuestro vecino Bob. Pero a las seis y media salen Scout, el *setter* inglés; Violet, el bichón habanero; Moose y Shaka, los labradores de color chocolate, y Molly. Desconozco la raza de Molly. Los corredores han vuelto a casa. Es una fiesta canina. Hablamos del nuevo arnés de Isabella, estampado con pata de gallo. Isabella es el *cavalier King Charles spaniel* más hermoso sobre la faz de la tierra. Es el tipo de perro que me gustaría llevar a Bergdorf en el bolso si yo fuera el tipo de persona que va a Bergdorf con un *spaniel* en el bolso.

Cuando volvemos a casa, pongo en la batidora espinacas, plátano, aguacate, dos dátiles, zumo de limón, agua y hielo, y mi marido y yo desayunamos eso. De vez en cuando creo haber encontrado el sentido de la vida y ahora mismo creo que la clave está en las espinacas.

Sparky y yo nos vamos a Parnassus. En la librería hay tantos perros como en mi calle. Opie, un sabueso grande, pertenece a Andy, el gerente. Belle viene al trabajo con Cat. Bear, que es muy viejo y tiene que llevar un cinturón con un pañal porque, si no, se orina en los libros, es el perro de Sissy. Mary Todd Lincoln, una espléndida *teckel* con lunares, vive dentro de una mochila bandolera cruzada sobre el pecho de Niki. Los perros

suelen quedarse en la parte de atrás, donde es más fácil que les demos alguna golosina. Los premios están guardados en el baño del personal, y cada vez que Sissy va al servicio, los perros se agolpan frente a la puerta para esperarla. Sissy desliza galletitas por debajo de la puerta. Le gritamos que pare, porque se le da mejor a Opie que a los demás y acaba comiéndose todas las galletas. Su veterinario dejó bien claro que tenía que comer menos.

Firmo ejemplares de mi nuevo libro para la tienda en una mesa grande. Debo firmar seiscientos y tengo la sensación de que voy a volverme loca. Mary Laura pone anuncios de Old Spice en el ordenador y Cat, Niki y yo los vemos una y otra vez hasta que nos sabemos el texto de memoria y podemos escenificarlos. «Mira a tu hombre —decimos—, ahora mírame a mí.»

A la mañana siguiente me levanto a la hora habitual. Saludo a Chloe, el pastor alemán, desde la otra acera. Sparky, que pesa unos nueve kilos, se siente intimidado por Chloe, a pesar de su insistente simpatía. Los corredores nos dejan atrás.

Tengo una reunión en la librería con unas personas que han volado hasta aquí porque están interesadas en abrir una. Me he puesto un vestido. Es pronto y la librería todavía no está abierta, pero como tienen mi número de móvil me llamarán cuando lleguen y así podré abrirles la puerta. Solo pongo en marcha el móvil diez veces al año, y solo en ocasiones como esta. Suena, pero es Byron, el cardiólogo. «¿Byron?», digo. No entiendo por qué me llama al móvil si nunca lo llevo encima, y además nadie tiene mi teléfono. Me repite su nombre y me dice que vaya al hospital, aunque está seguro de que lo que tiene mi marido no es un infarto.

Mi marido no está sufriendo un infarto. Para cuando llego (pocos minutos después), es un hecho confirmado. Las pruebas han sido buenas. Karl está durmiendo por la benzodiazepina y yo estoy sentada junto a su cama en la minúscula sala de observación. Mientras lo miro, recuerdo un viaje que hicimos hace años. Nos íbamos de Rusia, y cuando tuvimos que hacer

diversas colas en el aeropuerto de Moscú, reparamos en que casi todo el mundo llevaba un bebé. Era imposible no darse cuenta. Entablamos conversación con una pareja estadounidense que estaba delante de nosotros en la fila. Volvían a Atlanta con una preciosa niña adoptada. Les dimos la enhorabuena y les dijimos que nosotros también íbamos a Atlanta. Aquella pareja con la niña rusa irradiaba felicidad.

Cuanto más nos acercábamos a la puerta de embarque, más bebés veíamos: recién nacidos y niños que empezaban a andar. Cuando anunciaron en megafonía que comenzaba el embarque de nuestro vuelo, las familias con niños reunieron los carritos y las bolsas de pañales y se pusieron a la cola. Vuelo directo de Moscú a Atlanta, y parecía que todos los estadounidenses que habían ido a Rusia a adoptar un bebé volvían en el mismo avión. Al principio nos pusimos un poco nerviosos, nos esperaba un vuelo de doce horas con más de cien niños, pero resultó que estaban todos felices: padres felices y niños felices. No parecían haberse cansado de su compañía mutua. La pareja que habíamos conocido en la cola se sentó al otro lado del pasillo con la preciosa niña en brazos. Qué arbitrario era todo aquello: quién se quedaba con qué bebé y qué destino les aguardaba después de la escala en Atlanta.

Durante el viaje, los padres se pusieron a pasear por los pasillos y a hablar entre sí con los niños en brazos. No hubo apenas llanto hasta pasadas unas horas, cuando la mujer al otro lado del pasillo volvió a su sitio. Estaba sollozando. Su marido dormía.

Karl le preguntó qué ocurría. Ella le hizo un gesto negativo, pero él insistió. Karl es persistente.

—Una mujer en la parte de atrás me ha dicho que tiene algo raro. —Estaba mirando a la niña—. ¿Lo ve? La mujer dice que no levanta bien la cabeza. Me ha dicho que vaya a ver a un neurólogo en cuanto lleguemos a casa.

—Deme al bebé —dijo Karl. Le explicó que era médico, que había traído al mundo a cientos de críos. Extendió los brazos y ella le entregó a la niña.

Karl realizó un examen concienzudo. Le miró los ojos, la sentó con la espalda recta, dejó que lo agarrara del dedo. Hizo

todo lo que se le ocurrió para parecer un buen médico.

—Me he fijado en todos los bebés que hay aquí —le dijo—. Este es el mejor del avión.

La mujer se inclinó y le tocó la cabeza a su hija.

—¿De verdad?

—Le doy veinte mil dólares por este bebé.

Tanto la mujer como yo lo miramos.

—¿Cómo?

—Me encantaría quedármela —respondió—. Podemos esperar en Atlanta. Mi contable le hará una transferencia.

—No quiero venderla —dijo la mujer. Había puesto la cara que habría puesto cualquiera ante un desconocido que tiene a su bebé en las manos y le propone comprárselo.

—Nunca he visto un bebé igual —insistió Karl—. Si tiene dudas respecto a ella, siempre puede buscar otra.

Pensé que la mujer llamaría al auxiliar de vuelo, pero, en vez de eso, vi que su tristeza se deshacía. La tristeza se disipaba, se evaporaba, desaparecía.

—No —dijo—. No quiero venderla.

Karl se la devolvió con un gesto reticente y después le ofreció su tarjeta.

—Por si acaso se arrepiente.

Ella le dio las gracias una y otra vez. Karl había dicho que quería comprar a su hija y, haciéndolo, le había devuelto la alegría, lo cual no hizo más que subrayar algo que veo constantemente: que entiende a la humanidad de un modo que a mí se me escapa.

—¿El bebé está bien? —le pregunté en susurros más tarde.

Ni siquiera levantó los ojos del libro.

—No le pasa nada —respondió.

La mujer solo necesitaba que alguien le recordara lo valiosa que era su hija y lo afortunados que eran.

Yo recuerdo lo valioso que es Karl y lo afortunados que somos. No ha sufrido un infarto. Byron no sabe qué ha podido provocar el dolor. ¿Indigestión? ¿Estrés? Poco importa. Karl está a mi lado. La reunión a la que he faltado no importa, y Sparky está tan a gusto con sus amigos caninos en la librería. A diario pasan cosas horribles, a diario miles de esas cosas

horribles nos pasan rozando. Un meteorito podría estar rozando la atmósfera terrestre ahora mismo. Nunca sabremos lo cerca que estamos de la destrucción, pero hoy he sido consciente de todo lo que tengo y puedo perder pero no he perdido. Gracias a esta sensación de claridad, los fluorescentes del techo de esta minúscula sala de recuperación alumbran con su luz el mundo entero.

# La mesita de noche

Todos los años, cuando mis amigos me preguntan qué voy a hacer en mi aniversario, les digo que voy a contestar al teléfono. El día de mi cumpleaños, el teléfono no para de sonar: buenos deseos, palabras de aliento; tengo la suerte de que mis problemas sean esos. Este año, Sparky decidió celebrarlo escapándose por la puerta mientras yo recogía el correo. Volvió a los pocos minutos con algo pegajoso en el lomo y apestando a muerte. Lo enjaboné en la bañera mientras sonaba el teléfono. Sonó de nuevo cuando terminaba de secarlo. Volví corriendo al dormitorio y cogí el auricular sin mirar el identificador de llamadas. La voz de un varón joven preguntaba si podía hablar con Ann Elizabeth Patchett.

—Soy yo —dije, pensando que podría ser alguien que intentaba entregarme unas flores. Al fin y al cabo, era mi cumpleaños. Cincuenta y siete.

—Mi madre ha encontrado en la mesita de noche una carta de los Veteranos de Guerras Extranjeras —dijo—. ¿Recuerda el Programa de la Voz de la Democracia? Tenía un premio. —A esta noticia le siguió un silencio, como si estuviera esperando a que yo interviniera.

—Vale —dije finalmente. Alguien que quisiera enviarme flores no utilizaría mi segundo nombre.

—Se trata de una carta relacionada con un premio.

—¿Y a qué se debe esta llamada? —pregunté.

—Estoy intentando localizar a Ann Elizabeth Patchett.

—Pues ya la ha encontrado. —Me senté en la cama, en la temprana oscuridad del invierno, preguntándome si aquello era el comienzo de una complicada estafa telefónica.

—¿Ganó usted un premio de los Veteranos de Guerras Extranjeras en 1980?

No era un recuerdo fácil de evocar en 2020, pero lo cierto

era que sí, había ganado aquel premio cuando estaba en el primer año de la escuela secundaria. No entendía qué tenía eso que ver con los muebles del dormitorio de la madre de mi interlocutor.

—Mi madre compró una mesita de noche en la venta de los muebles de una casa. Saqué los cajones para limpiarla y encontré unos papeles, algunas poesías y una foto de un equipo de animadoras.

Había papeles míos en la mesilla de aquella mujer. En la foto saldría Tavia, no yo. Aunque intenté entrar en el equipo de animadoras, no lo conseguí; en cambio, gané el concurso de redacción.

—¿Y para qué me llama exactamente?

—La he estado buscando para devolverle estos papeles. La carta de la fundación de veteranos es importante. Ganar ese premio es algo relevante.

Me pregunté si esos premios aún existían.

—¿Cómo ha conseguido mi número de teléfono?

—En Whitepages.com —contestó.

Mi número de teléfono no estaba registrado. O eso se suponía.

—Seguro que quiere esos papeles, tiene que ser muy emocionante recuperarlos.

—Es usted muy amable por tomarse tantas molestias, pero no, no los quiero. Puede tirarlos. —Si los hubiera encontrado en mi propia mesita de noche, eso es lo que habría hecho.

—¡No puedo tirarlos! Es algo importante —insistió. Se oyó al fondo el alboroto de un bebé y luego la voz de una mujer joven que gritaba desde algún lugar cercano—: ¡Ganó usted el premio!

¿Me estaba llamado con el altavoz puesto?

—Escribí una redacción en el instituto. Creo que gané cien dólares. Eso es todo. —Yo era de esas personas que se presentan a los concursos con la idea de que, si no juegas, no ganas.

—¡De los Veteranos de Guerras Extranjeras! —exclamó—. Ese premio le cambió la vida.

—Le aseguro que no.

—Tal vez no lo recuerde.

—Ya sé que es una pregunta extraña, pero ¿sabe quién soy?

—No, señora —dijo la voz.

—Soy escritora. —Sparky corría por el dormitorio. Un baño siempre parecía acelerar su pequeño motor canino—. Soy una novelista de bastante éxito.

—¿Es usted Ann Patchett? —Soltó una exclamación, y luego la mujer que estaba en la habitación con él hizo lo mismo. Gritaron como si hubieran ganado algo grande—. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío, no pensé que usted fuera Patchett! Me siento como una fan ante su ídolo.

Volví a tener la sensación de que aquello era una estafa.

—Lo que dice tendría todo el sentido del mundo si nunca hubiera oído hablar de mí, pero me cuesta creer que no se le ocurriera que Ann Elizabeth Patchett y Ann Patchett podían ser la misma persona. —Un segundo nombre no oculta gran cosa.

—Hay muchas Ann Elizabeth Patchett —dijo a la defensiva.

—Pues no.

Hizo caso omiso de mi argumento.

—Tiene que recuperar estos papeles. Fue el comienzo de toda su carrera.

Volvimos a dar vueltas al asunto. Quería que supiera que no era el tipo de persona capaz de vender en eBay lo que tenía en su poder.

—Nadie compraría esas cosas en eBay —repliqué—. Y si hay alguien dispuesto, prefiero no pensarlo. —Le dije que podía enviarme los papeles por correo o tirarlos.

—Se los enviaré por correo —dijo, decepcionado. Había imaginado la llamada telefónica y, en su película, yo me quedaba sin palabras, anonadada por la maravilla de reencontrarme con los papeles de mi juventud. Siguió dándome la ocasión de estar a la altura de sus expectativas.

—¿Quién es usted? —pregunté—. ¿Desde dónde llama?

Me dijo que se llamaba Damien. Llamaba desde Wartrace, Tennessee. Le di la dirección de mi casa. ¿Hice bien? A continuación, como me sentía mal por mi impresionante falta de gratitud, le dije que era mi cumpleaños. Habíamos hablado por teléfono lo suficiente como para darme cuenta de lo mucho

que le gustaría el dato.

—¡Su cumpleaños! —exclamó, y la mujer que estaba con él en la habitación gritó: «¡Feliz cumpleaños!» mientras el bebé seguía con su parloteo. Aquello era lo que el hombre esperaba, la prueba del destino—. No puedo creer que la haya llamado hoy, en su cumpleaños. Esto es lo más increíble que he visto en mi vida.

Por alguna razón, recordaba bien el contenido del ensayo premiado: «Cuando juramos lealtad a la bandera de nuestro país al comienzo de cada jornada escolar, tenemos que tener presentes los privilegios y libertades que debemos a los veteranos de las guerras en otros lugares del mundo. Nunca deberíamos repetir esa declaración de ciudadanía con una actitud mecánica, como si nos laváramos los dientes».

Estoy segura de que fue esa comparación con el cepillado de dientes lo que me dio la victoria. Había escrito la redacción sin un ápice de patriotismo y con todo el cálculo cobarde de una niña de quince años que quiere conseguir cien dólares. No me enorgullezco de ello. No solo no quería volver a ver la carta, sino que tampoco quería pensar en ella.

Sin embargo, tenía mucha curiosidad por saber cómo había acabado la carta en la mesita de noche de la madre de Damien, en Wartrace, un pueblo situado a una hora y media de Nashville. Esta es mi teoría: de niña, metía todos los papeles y baratijas en los cinco cajones poco profundos de la mesilla que había junto a la cama; estaban tan repletos que tenía que dar un tirón para abrirlos. Es lógico que la carta en la que se me informaba de mi victoria, junto con un puñado de poemas y la foto de mi mejor amiga, se deslizara hacia la parte trasera del cajón y cayera por detrás.

Mi madre y mi padrastro se mudaron cuando me fui a la universidad, y entonces me quedé sin dormitorio. Mi abuela se fue a vivir con ellos a la nueva casa, y mis mesitas de noche se quedaron a ambos lados de su cama. Cuando poco después tuve que amueblar mi primer apartamento, no iba a quitarle las mesillas a la abuela. Así que bajé al sótano (que parecía el

almacén de un chamarilero) y, en su lugar, cogí las viejas mesitas de noche de mi abuela, de las que se había cansado después de muchos años. Estas mesillas de noche —que yo recordaba claramente de mi infancia— eran anticuadas, altas y estrechas, con un pequeño cajón en la parte superior y dos cajones más espaciosos debajo. Habían llegado a la familia a través de la primera esposa de mi abuelo, Frances, que murió de un tumor cerebral a principios de los años treinta.

Mi abuela y mis mesitas de noche convivieron en casa de mi madre durante los siguientes diecisiete años. De ahí se trasladaron con ella a una residencia asistida y, al final, a la unidad de memoria de ese centro. Cuando mi abuela murió, yo estaba allí, acostada con ella en su misma cama. Poseía muy pocas cosas al final de su vida y, cuando se fue, mi madre, mi hermana y yo nos quedamos con lo que quisimos. Ninguna de nosotras quería las mesitas de noche, así que las dejamos con la carta que anunciaba mi victoria en un concurso de redacción del instituto, algunos poemas y la foto de Tavia vestida de animadora, todo encajado detrás de los cajones. Tenía cuarenta y un años cuando murió mi abuela. Ignoro por completo dónde pasaron esos muebles los siguientes dieciséis años, o si siguieron siendo un conjunto. No se me había ocurrido preguntarle a Damien si su madre había comprado una mesita de noche o dos.

Lo que me inquietaba de la historia no era su singular extrañeza, sino la recurrencia. Varios meses antes, una empleada de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos se había puesto en contacto conmigo para pedirme mis papeles. Le dije que no tenía papeles. Escribía las novelas en un ordenador y no imprimía los borradores. Es más, no escribía borradores. Trabajaba en un capítulo, en una página, en un párrafo, en una sola frase, una y otra vez, hasta que quedaba bien y, entonces, avanzaba. No dejaba constancia de ninguno de los pasos del proceso. No tenía nada que recopilar.

—Busque otra vez —insistió la bibliotecaria del Congreso.

Pero yo no quería volver a mirar. Tenía cajas de correspondencia y diarios aburridos en los que anotaba lo que leía y la fecha de lectura, cuánto había escrito y si la cena

había salido bien. Había algunos relatos antiguos en el fondo de un archivador que no me apetecía volver a leer. No me interesaba volver a revisar todo lo que había hecho mal y, menos aún, que lo viera alguien desconocido. Viva o muerta, quería que me juzgaran por mis mejores obras, el producto terminado. La bibliotecaria, cuyas colecciones se habían construido sin duda sobre la base de la tenacidad, me animó a posponer la toma de una decisión, a pesar de que ya se la había comunicado. Me dijo que volvería a insistir.

Por supuesto que tenía papeles, pero no el tipo de documentación que merecía la pena guardar. Meses antes, mientras limpiaba su armario, mi madre me dio una pesada caja llena de relatos cortos y cartas que había escrito en la universidad y durante el posgrado, antes de la publicación de mi primera novela. Cuando le dije que no la quería, hizo caso omiso y me ordenó que la metiera en el coche.

—Si vas a tirar esas cosas, devuélvemelas —dijo en cuanto recogí la caja. Contesté que, una vez la sacara de su casa, perdería todo el derecho a opinar al respecto.

Habría tirado la caja si no hubiera sido porque, al echar un vistazo rápido al interior, encima de todo vi una fotografía de mi abuela —de veinte por veinticinco centímetros, en color; la había tomado mi primo Chad—, un retrato feliz y hermoso que ninguno de nosotros recordaba. Mi sonriente abuela me dejó claro que, en algún momento, antes de echarlo todo a la basura, tendría que rebuscar en el contenido para no perder nada tan importante como aquella foto.

Aun así, me molestaba bastante tener que lidiar con cosas que yo no había decidido guardar. Casualmente, unas semanas más tarde, mi hermana se encontró con un montón similar, aunque más pequeño, de «recuerdos de Ann». Mi hermana es de esas personas que guardan cosas. Conservaba poemas que yo había escrito, relatos, cartas, notas en servilletas de papel. En ningún momento se me había ocurrido preguntar a mi madre y a mi hermana: «Se interesan por mis papeles, ¿qué tenéis por ahí?». Con una inesperada querencia, mis papeles regresaban al lugar de origen. Puse la caja de mi madre y la de mi hermana junto a otra enorme que mi madrastra me había

enviado por correo cuando murió mi padre, que era un verdadero archivista y conservaba todo lo que encontraba sobre mí. Cinco años después, la caja de mi padre seguía allí, sin abrir. Ahora las tres se harían compañía.

—Voy a ir en coche a Nashville —anunció Damien cuando volvió a llamar a la mañana siguiente—. Estos papeles son demasiado importantes para echarlos al correo. ¿A qué hora puede quedar conmigo en la librería? —Damien sabía que tenía una librería.

—No venga —le dije.

—Quiero ver la alegría en su cara cuando le entregue los papeles.

—Damien, por favor, no va a haber ninguna alegría en mi cara. No merece la pena que pierda el tiempo, póngalos en el correo sin más.

—¿Qué tal a la una y media?

Yo formaba parte de una historia que se estaba escribiendo sola. Lo único que se me pedía era que me presentara.

—Vale —dije, derrotada—. De acuerdo, a la una y media.

Mi profunda aversión a mis primeros escritos —mi deseo de pasar por alto cualquier fragmento de mi obra de juventud— provenía del convencimiento de que no eran buenos. Me preguntaba por qué mis profesores me habían animado tanto y decidí que me habían empujado, no porque tuviera talento, sino porque era la más trabajadora. Comprendieron que no tenía alternativa. Necesitaba ser escritora porque no sabía ser otra cosa. Los seres humanos van construyendo su propia mitología con el paso del tiempo: «Me quisieron poco, me quisieron demasiado, fui una persona popular, solitaria, incomprendida, perseguida, tonta, triunfadora». Utilizamos el pasado para explicarnos a nosotros mismos. Aunque muchas veces me dije que algún día abriría esas cajas para examinar y ordenar el contenido, ni me pasaba por la cabeza abordar semejante tarea. Seguía las enseñanzas de Pandora: no hay que levantar la tapa.

Si no fuera por el crío que traían, habría jurado que Damien y su mujer aún estaban en el instituto. Él tenía el pelo negro, cortado a cepillo y unos pequeños pendientes negros. Ella tenía una abundante melena, de un tono rubio casi blanco, recogida en una coleta. El hijo, alegre y pálido, se parecía a la madre. Damien me dio los papeles: desdobló con cuidado cada uno de los poemas y dejó la carta de los Veteranos de Guerras Extranjeras para el final. A cambio, regalé al niño algunos libros y le dediqué otro para su madre en recuerdo de la mesilla de noche compartida.

—Era una beca —dijo Damien, aunque la carta de los Veteranos de Guerras Extranjeras no lo mencionaba—. A lo mejor gracias a ella pudo usted ir a la universidad.

Fui a la universidad porque había estudiado en un colegio católico privado. Fui a la universidad porque mis profesores me animaron y me ayudaron a superar mis carencias, porque mis padres tenían el dinero suficiente para enviarme, porque crecí en un mundo insólito donde el regalo de la educación se daba por hecho. Además de un concurso de redacción, había ganado algo tan enorme y omnipresente que ni se mencionaba. Creo que Damien nunca había visto tanta suerte junta. Había conducido hasta Nashville para darme un laurel que se me había caído, porque ¿quién tira los laureles? ¿Quién no querría que le devolvieran un tesoro así? Me acordé de darle las gracias profusamente antes de que volvieran a Wartrace.

> 8 de enero de 1980
>
> Querida Ann:
>
> Deseo aprovechar esta oportunidad para felicitarte por haber sido elegida ganadora del Programa La Voz de la Democracia patrocinado por el Puesto 1291 de los Veteranos de Guerras Extranjeras. Además, te felicito por haber obtenido el segundo puesto en el Distrito Seis.

Me pregunté quién habría ganado el primer puesto en el Distrito Seis y cómo le habría ido en la vida.

La carta me informaba a continuación de que los dos premios se entregarían en dos cenas distintas, y que mis padres y mi profesor estaban invitados a ambas ceremonias. ¿Fueron?

La carta era tan frágil y marrón que parecía proceder del fondo de la mesita de noche de Abraham Lincoln.

—Diría que está fatigada —me explicó mi amiga Jennie cuando se la enseñé. Jennie es novelista y ha pasado gran parte de su vida trabajando en publicidad en Nueva York. «Fatigado» es una forma elegante de describir el deterioro del papel con el paso de los años. Cuarenta años en el fondo de una mesita de noche es tiempo suficiente para fatigar a cualquiera. Los tres poemas y los apuntes de mi intervención en un concurso de debates estaban fatigados hasta la desintegración. La fotografía de las siete animadoras del equipo estaba muy arrugada y rota, pero Tavia, arrodillada sobre los hombros de Lisa Lawson, seguía indemne.

Leí atentamente lo que Damien me había dado y descubrí que no me afectaba en absoluto. La poesía era horrible en términos generales, no por nada concreto: era solo la típica poesía horrible de una quinceañera. Poco antes de escribir uno de los poemas, había pasado la noche cuidando a los hijos de los vecinos, que tenían que asistir a un funeral fuera de la ciudad. La hija de doce años me contó el argumento de una redacción escolar en la que había estado trabajando.

—Va de unas personas que secuestran niños —dijo, mientras buscaba nata montada en la nevera—. Cada semana matan a uno, así que los que quedan deciden escapar; luego los secuestradores los encuentran y los matan también. Pero no sé, puede que no la termine. Tengo otra idea sobre una niña que tiene un hermano que se suicida.

Qué jovencita tan dulce. La habría abrazado si no hubiera estado ocupada buscando comida.

—Estaría muy preocupada por ti —dije— si no fuera porque a tu edad escribía historias como esas.

Se apartó de la nevera abierta para dirigirme una gran sonrisa.

Lo que Damien me dio, además de la carta del premio y la poesía horrible, fue otra manera de enfocar la cuestión. ¿De qué tenía tanto miedo? Si aquellos eran mis primeros escritos,

bien podía abrir las cajas. Solo necesitaba un empujoncito, una señal.

La caja que me había dado mi madre era pesada, tenía asas de metal, estaba forrada con un papel ajado con dibujo de rosas y estaba falsamente envejecida para que pareciera el baúl de los recuerdos. ¡Y hasta qué punto! La gruesa pila de relatos estaba al fondo de la caja, aplastada por un abundante y oscuro bosque de correspondencia personal integrado por cartas que había recibido en el verano de 1989 en dos campamentos de artistas, las cartas que había escrito a casa y todas las que me llegaron después de volver de esos campamentos. La caja contenía la documentación del verano de mis veinticinco años, cuando rompí mi breve primer matrimonio, dejé un trabajo de profesora y me mudé a la habitación de invitados de mi madre. No era una época de la que quisiera tener un registro preciso. ¿Cómo habían ido a parar a una caja tantas cartas de una época concreta?

Volví a casa justo después de dejar aquellas colonias de artistas, con la maleta repleta con el correo de todo un verano. Volqué mi prodigiosa correspondencia en la mesita de noche de la habitación de invitados de mi madre, una mesita de noche que, casualmente, era del mismo estilo que la que había tenido en el instituto, igual que la de mi abuela. En algún momento de nuestra historia familiar, habíamos comprado una serie de mesitas de noche idénticas. Estaban por todas partes. Cuando volví a casa de mi madre en 1989, mi padrastro, Mike, acababa de marcharse definitivamente, y, durante un tiempo, mi madre, mi abuela y yo vivimos las tres juntas. Fiel a mi estilo, cuando llegaba el correo, lo apretujaba en la mesita de noche. Cuando me trasladé a Cape Cod muchos meses después, dejé todas esas cartas atrás y, cuando mi madre se mudó de nuevo, lo sacó todo y lo metió en la caja de relatos que guardaba para mí.

Leída más de treinta años después, la correspondencia de 1989 se reducía a una serie de predicciones erróneas en todos los sentidos: «Quiero que vengas a Grecia»; «Siempre te querré»; «Terminaré esta novela»; «Parece que voy a conseguir el trabajo»; «Pronto volverás a casa». Ninguna de esas cosas

sucedió. Creíamos que estábamos haciendo planes cuando, en realidad, solo eran conjeturas descabelladas, era como tirar las cartas del tarot a una diana con los ojos vendados. En todo momento creímos que estábamos a punto de tomar alguna decisión vital, que nos acercábamos a la verdad absoluta de nuestra vida. Nos equivocamos en casi todo.

En julio de ese año, mi amigo Jack, que estaba terminando un doctorado en Biología Evolutiva en Stanford, me escribió:

> Me has preguntado si paso mucho tiempo dando vueltas a cómo se resolverá mi vida: solo seis o siete horas al día… Me interesan mucho algunas cosas, como la política del agua, la eliminación de los residuos y la reparación de carreteras. No sé cuál puede ser el mejor camino, volver al periodismo, ir a la Facultad de Derecho o meterme en política, pero creo que debería hacer algo. Por supuesto, sigo fantaseando con la idea de ir al Polo Sur en solitario. Creo que este es el mayor dilema para mí, si dedicarme al bien público o al crecimiento personal. No sé por qué parecen cosas tan alejadas, pero así es.

Solo mi amiga Lucy acertó. Me escribió desde Escocia aquel verano:

> Hace dos semanas vi la última película de Indiana Jones. Es increíble lo fácil que es morir en el cine: ¡PUM!, y ya está. En Shakespeare se anuncia: «Me han matado» o «Madre, me ha matado» *(Romeo y Julieta* y *Macbeth,* respectivamente). Sería interesante consultar algo así como *The Oxford Book of Death,* en el que apareciera una lista completa de muertes en la literatura, con subapartados para las míticas, heroicas, fútiles, sublimes, triviales, etc., etc. La literatura le da demasiada importancia a la muerte (o quizás no la suficiente, no estoy segura). Últimamente he estado pensando en la muerte de Cristo en la cruz y me he dado cuenta de la importancia de que grite y esté solo y sediento: ninguna muerte es gloriosa o triunfante, y en esta historia de vida eterna, la obscenidad de la muerte se mantiene intacta. Sospecho que es para recordarnos la santidad de lo efímero: siempre estamos pendientes de lo eterno.

Lucy llegaría a vivir trece años más.

Al principio, revisar aquella correspondencia fue insoportable —como sumergirse en un baño demasiado

caliente—, pero al poco tiempo me adapté, luego me relajé y después quise salir. Había muchas fotos del gatito que mi madre adoptó aquel verano, así como una foto del hombre del que mi madre estaba enamorada entonces, sentado en una playa de Israel. ¿Qué hacía él en mi caja junto con las cartas de mi hermana y mi abuela? A saber. Ese tipo de cajas nunca es el dominio de una sola persona. Aunque llevara mi nombre, estaba llena de intersecciones. Cogí un relato corto que había escrito, pero no conseguí leerlo. Bajé al sótano con un cuchillo para abrir la caja con las cosas que había guardado mi padre. Al fin y al cabo, llevaba mucho tiempo esperando.

Mientras que la caja de mi madre era un revoltijo de relatos y cartas, una cápsula del tiempo familiar, la caja de mi padre era una colección meticulosamente ordenada de carpetas de tres anillas llenas de fundas de plástico, cada una de las cuales contenía material publicitario, reseñas, listas de *best-sellers* subrayadas, artículos de revistas, historias que había publicado, fotos mías en lecturas, fotos de todos juntos en lecturas. Mi madre guardaba borradores, apuntes, textos de mi puño y letra, mientras que, al otro lado del país, mi padre guardaba muy poco de lo que había escrito y mucho de lo que se había escrito sobre mí. Juntas (pero por separado) esas dos colecciones sumaban algo bastante completo. Sentada en el suelo del sótano, no repasé mis escritos, sino mi carrera: mi primera reseña en el *New York Times,* el programa de la ceremonia del Premio Orange en Inglaterra. Abrí la tercera carpeta y salieron las fotos de la familia Manson: Charlie, Tex (que también es Charles), Clem (que es Grant), Linda, Leslie y Sadie Mae (que es Susan), todas ellas por triplicado, una foto mirando de frente y otra de perfil. Uno de los juegos de fotos tenía la pulcra letra de mi padre en el reverso:

Charles Milles Manson
Fecha nacimiento: 11-11-34
Estatura: 170 cm; peso: 59 kg
Pelo: castaño; ojos: marrones
FBI # 643 369A
LA # 312 168-M

Papá, ¿qué demonios era eso? ¿Qué hacían todos esos asesinos metidos en la carpeta? ¿Por qué precisamente ellos no estaban confinados en una funda de plástico? Fue mi padre quien estableció un vínculo entre los asesinatos en casa de Sharon Tate y el crimen de los LaBianca. Fue una de las primeras personas en interrogar a Manson y formó parte del equipo que se desplazó al Valle de la Muerte para dar con él y su grupo, la Familia, en el rancho Barker, y llevarlos a Los Ángeles. Recuerdo que le pregunté a mi padre sobre el tema cuando estudiaba en la escuela secundaria. Le dije que Manson debía de tener algo poderoso, algo hechizante, para haber conseguido que tanta gente lo siguiera de aquella manera.

—Aquella gente habría sido capaz de seguir a cualquiera, incluso a un coche aparcado —contestó mi padre sin vacilar ni dramatizar. Se limitaba a dejar constancia de un hecho.

Ahora los miro y me doy cuenta de que era cierto: eran chicos de mirada inexpresiva, sin remordimientos. Los habían arrastrado a una carnicería y se reían. El viaje de mi padre al Valle de la Muerte se produjo apenas un par de semanas después de que mi madre nos llevara a mi hermana y a mí a Nashville. Apilé las fotos con cuidado y las subí a mi estudio. No les correspondía estar en la carpeta ni en la caja, pero tampoco en ningún otro lado.

Oh, Damien, mira adonde me has llevado.

—Yo también las tengo —dijo mi hermana más tarde cuando le mostré las fotos de la ficha policial—. Aunque las mías no tienen la letra de papá en el reverso. Tu colección es mejor.

—¿Tengo el mejor juego de fotos de la Familia Manson? ¡Dios mío!, ¿lo quieres?

No lo quería.

Siempre he tenido el impulso de protegerme, pero a lo largo de mi vida no siempre he tenido claro de qué necesitaba protección. Curiosamente, los cuentos no resultaron ser el problema. La reticencia que suscitaba el examen del contenido de las cajas procedía de las cartas de mi primer marido, de las cartas de una persona fallecida y muy querida, y de la Familia Manson que estaba en la carpeta de recortes de prensa que

guardé para mi novela *The Magician's Assistant*[10]. Son cosas que te detienen en seco. Había temido que las historias de mi juventud fueran tan malas como mi poesía juvenil. Temía que, en cierto modo, tuviera una vida que no merecía, pero eso es una tontería. No nos merecemos nada, ni el sufrimiento ni el favor de la fortuna. Simplemente, son cosas que pasan.

La mayor parte de los relatos guardados procedían de mi segundo año de universidad —del otoño de 1982 a la primavera de 1983—, cuando tenía dieciocho y diecinueve años. Ese curso fui alumna de Allan Gurganus en la primera asignatura de narrativa en la que me matriculé. He dicho «los relatos guardados», pero sería más exacto decir que estaban casi todos los textos que escribí. Gran parte de los trabajos que entregué durante el resto de mis estudios en la universidad, y durante el posgrado, fueron reescrituras de textos que había escrito para Allan Gurganus. Habría querido ser poeta, pero, como demostraban las páginas de la mesita de noche de la madre de Damien, se me daba mal. («Entonces, en la distancia rompe mi ola. / El poeta no puede huir de la vida, / son la vida. / Hay que soportar la experiencia».) Después del primer año de universidad, estaba claro que para ser escritora tendría que cambiar de objetivo.

Lo que pasa con los relatos cortos es que son cajitas que contienen el pasado, aunque no fuera ese el propósito. Salvo contadas excepciones, no recordaba haberlos escrito. ¿Cómo podía acordarme con tanta claridad del ensayo de los Veteranos de las Guerras Extranjeras y no tener casi ningún recuerdo de los cuentos? La respuesta está en el volumen: escribí docenas de relatos. Sentada en el sofá de mi estudio, me dispuse a leerlos con la curiosidad de averiguar cómo acababan. Aquel año escribí muchas cosas de estilo sureño, basadas en mis admiradas Eudora Welty y Carson McCullers. Eso tenía menos que ver con cómo quería ser como escritora que con mi propio intento de parecer un poco exótica en el mundo extremadamente exótico del Sarah Lawrence College y el condado de Westchester. La que era por aquel entonces

mujer de Lou Reed, Sylvia, estaba aquel año en la clase de Allan, vestida de cuero de pies a cabeza. Era una escuela llena de actrices y modelos, chicas de internado que iban a Suiza a esquiar en las vacaciones de invierno. Intenté distinguirme jugando la única carta que tenía, que era que solo yo, en aquel grupo lleno de talento, venía de Tennessee.

Incluyo a continuación una página de un relato que escribí titulado «El Parches». Téngase en cuenta que he transcrito el original con exactitud, resistiendo la poderosa tentación de corregirlo o añadir el puñado de comas que falta. (¿Qué tenía yo contra las comas cuando era joven?)

> El Parches no se parece a ninguno de nosotros aunque seamos primos hermanos. El año pasado Edith llegó a casa llorando después de la clase de arte porque alguien le había dicho que todos nosotros éramos unos paliduchos. Creo que es una buena descripción. Intenté decirle que el pelo rojo da buena suerte, que los compañeros que se alistan en el Ejército siempre quieren darnos palmaditas en la cabeza y esas cosas. Todos ponemos empeño en disimular un poco, recibimos jerséis azul pálido para Navidad y muchos gorros de punto de media. Yo por ejemplo siempre he querido un vestido rojo, rojo fuego como el letrero de neón de Henson's Luncheonette o como una hoja de flor de pascua o una guinda en conserva; un vestido de manga larga y una gran falda con vuelo que me pondría todos los domingos hasta que estuviera raído. La tía Grace tiene parientes de Italia o de Nueva York o de algún lugar y de ahí sacó el Parches su pelo negro azabache cuando está mojado y casi igual de oscuro cuando está seco. Mientras que los demás nos asamos como patatas fritas cuando nos ponemos al sol y tenemos que quedarnos quietos toda la noche embadurnados de Noxzema el Parches adquiere un bonito color, como el caramelo del relleno de una barrita Heath.
>
> En realidad se llama Henry, pero eso solo lo saben sus mejores amigos. Cuando entró en los *boy scouts,* después de que se mudaran a Memphis, le fue muy bien y, cuando solo llevaba un año de lobato, había ganado ya todas las insignias ganables, incluidas la de cocina y la de amabilidad con los animales. Los otros niños ni siquiera estaban celosos ya que siempre actuaba de forma muy natural con ellos. Desde entonces todo el mundo lo llama el Parches; no presume de ello, pero me las enseñó cuando se lo pedí una vez. Las guarda en el compartimento con

> cremallera de una maleta. Sacó una bolsa de fieltro verde que contenía una larga banda, también de fieltro verde, de las que llevan las *misses* de América con el nombre de su estado, solo que más ancha. Cubriendo la parte delantera y la trasera había unas insignias del tamaño de chapas de botellas la Coca-Cola aplastadas, todas cosidas en hileras bien alineadas (la tía Grace cose muy bien). Le pedí que se la pusiera, pero dijo que no quería y me la puso a mí. Me llegaba por debajo de las rodillas y estuvimos unos diez minutos delante del espejo de cuerpo entero del armario del vestíbulo mirándonos. Parecía un árbol de Navidad cubierto de luces, bolas de cristal y caramelos de menta, daba gusto verme.

Por mucho que enfatizara mi carácter sureño (por ser del sur de California), muchas de las historias de la caja no eran ni remotamente sureñas. Había escrito desde el punto de vista de mujeres y hombres, niños y niñas, blancos, negros y asiáticos. Había escrito historias con una voz omnisciente flotante, algo que me resultó imposible cuando lo intenté de nuevo años después, olvidando por completo que ya sabía hacerlo. Ver ahora esas historias era como descubrir que antes hablaba francés y tocaba el piano: no me lo habría creído, pero resultaba que sí. Me maravilló la amplitud de temas y la valentía que encontré en ellos. Me maravilló mi falta de temor al fracaso. Pero, sobre todo, me maravilló Allan Gurganus y su caligrafía pulcra y limpia en los márgenes de los trabajos. No se preocupaba por la ausencia de puntuación o los errores ortográficos. En lugar de ello, me alentaba, me elogiaba, me corregía y me instaba a seguir adelante:

> Sobresaliente. Está mucho mejor. La forma es más evidente y la voz más depurada. Los hermanos ya no interfieren en la historia y el primo (lo de los *boy scouts* es encantador) tiene una presencia más erótica.
>
> Mi única objeción: creo que tienes que situar definitivamente a la narradora en ese porche y conectar más con ella la escena especulativa. De lo contrario, uno la echa de menos y espera su regreso.
>
> Piensa en la posibilidad de poner en presente los verbos de la última página.
>
> Has mejorado un texto que ya era bueno. Señor, permite que

viva en una barrita de Heath.

Allan

Es difícil explicar lo mucho que significó que Allan Gurganus echara de menos a mi narradora y me indicara que la colocara en el porche para que él supiera dónde estaba; que ignorara mis errores más triviales para concentrarse en hacerme mejor, no solo para hacer mejor la historia, sino para hacerme mejor a mí. Este era el segundo borrador de «El Parches» que había encontrado en la caja. También estaban el primero y el tercero. Allan no puso los ojos en blanco ni escurrió el bulto cuando lo volví a intentar. Por el contrario, me indicó la dirección que debía seguir, es decir, aquí, hacia esta vida presente. En el reverso de un relato titulado «Resfriarse» escribió:

Sobresaliente: la velocidad del relato funciona bien. Tiene una inmediatez febril. Lo siento por ella y por el pobre Sam, tan ansioso por ayudar. Su claustrofobia está bien descrita, con simplicidad. Veo con claridad a la pareja de ancianos y a Walter.

La recuperación de la mujer y el final parecen cargados de razones interesantes y perversas.

Una resurrección.

Puedes enviarlo a:

*Atlantic* — C. Michael Curtis

*The New Yorker* — Charles McGrath

*Paris Review* — Mona Simpson

Allan

¿Qué hice con esa información? Nada, estoy segura. No escribía para que me publicaran, escribía para Allan. Me moría de ganas de ser como él. Me moría de ganas de que me quisiera. En el momento en el que dejó de ser mi profesor, mi producción experimentó un marcado descenso, tanto en calidad como en cantidad. Prueba de ello es lo que no está en la caja. Sin su apoyo, perdí el rumbo, entré en una especie de hibernación. En los años siguientes, aprendí menos sobre cómo escribir y más sobre cómo interiorizar lo que él ya me había enseñado. Fui una serpiente digiriendo una gacela. Me llevó tiempo.

Le escribí en un correo electrónico hace unos días:

Allan, Allan, ¿cómo te las apañaste? ¿Cómo fuiste capaz de darme tanto? Es alucinante.

Siempre atento, me respondió en cuestión de unos minutos.

Me hablas del trabajo que hicimos juntos en Sarah Lawrence. El placer fue todo mío. Te empeñabas en aprender tanto como podías y lo antes posible. Y lo asimilabas todo. Eso daba un impulso natural a lo mucho que se podía lograr en saltos cuánticos. Me encanta la enseñanza y todavía sueño con recibir llamadas telefónicas urgentísimas desde Stanford y Iowa. «Tiene a los alumnos esperando.» «Lo siento, diles que no se vayan. Cojo el próximo avión.»

El trabajo que hicimos juntos. Así era como hacía que me sintiera. Nadie tuvo tanta suerte como yo, excepto, por supuesto, todos sus otros alumnos. Somos legión.

Cuando le conté a Allan que a lo mejor cambiaba de opinión y entregaba mis papeles a la biblioteca en lugar de a la chimenea, me dijo que él también tenía la tentación de hacer como Willa Cather e incinerarlo todo, pero había decidido enviarlo a la universidad de Duke. Dada su capacidad archivística y su talento para ir siempre más allá de lo previsto, había enviado cincuenta y dos cajas hasta la fecha y esperaba enviar más. Creo que si yo tuviera que reunir hasta el último documento, incluido ese ensayo, podría llegar a las tres cajas.

Por supuesto, sin la ayuda de mi madre, mi padre y mi hermana, solo habría llenado una caja de zapatos. Aunque yo había conservado algunos de los relatos de la universidad, mi madre parecía tenerlos todos. Eso era porque cada semana le enviaba por correo mis deberes. La nota que había adjuntado decía:

Lo de escribir va bien, pero con el ritmo que me piden de un cuento semanal, me aterra la idea de quedarme una semana bloqueada, Dios no lo quiera, o pillar la gripe. En fin, no pensemos en cosas negativas. Aunque me desborda el trabajo, estoy contenta. Paso días muy animada justo después de entregar alguna historia y días de mucho nerviosismo justo antes de entregarla. Así que parece que mis fines de semana comienzan el martes y el trabajo empieza el viernes.

Y más:

Bueno, ya han pasado tres semanas, pero aquí está la revisión de «El Parches». No tenía claro cómo se iba a enterar Belle de lo que había pasado en la feria, así que estoy dejando que se lo imagine. Creo que ahora la historia es más potente. Ya me dirás.

P. D. Muchísimas gracias por los fondos de octubre.

Y más:

Estoy empezando a sentirme un poco culpable por monopolizar tanto tu tiempo. Solo quiero que te hagas una idea de lo muchísimo que estoy escribiendo últimamente.

Y más:

Pensé en ahorrar en sellos y esperar a que vinieras para entregarte este, pero quizá te guste leer sin más retrasos.

P. D. ¡Trae sobres!

Semana tras semana, escribía cuentos, me los devolvían corregidos y los enviaba a casa. Semana tras semana, mi madre los leía y los guardaba en una caja. Creía que merecían la pena y por eso los guardaba. Me quería y por eso los guardaba. Me conocía lo bastante bien para no dejarme tomar una decisión sobre lo que pasaría con ellos hasta que hubiera entrado en la cincuentena. Cuando estaba en la universidad, mi madre respondía a todas mis cartas. Siempre tenía sobres en el buzón, aunque a veces eran notas de un chico llamado Larry que clasificaba la correspondencia en la oficina de correos del campus. Larry me escribía los días que no recibía cartas.

Ojalá hubiera guardado las cartas de mi madre y las notas de Larry.

No puedo imaginar el trabajo que supondría poner en orden el pasado, dar sentido a la documentación y resistir el impulso de borrar lo peor y corregir el resto, no solo mi atroz ortografía, sino mis agotadores esfuerzos por lograr un tono que yo consideraba ingenioso y urbano. Mi ficción no era autobiográfica, pero la voz de esos relatos estaba mucho más

cerca de lo que yo era en realidad que de la chica que intentaba ser en mi correspondencia. «He estado pensando mucho en la gran literatura —le escribí a mi madre—. Me parece que la mayor parte de ella se escribió aporreando una máquina de escribir manual. ¿Qué otra cosa podría haber usado Hemingway? ¿Una IBM Selectra de setenta y cinco libras? Ah, además, probablemente en París y en Barcelona no tienen la misma corriente. *Adiós a las armas* no habría llegado a ser el libro que conocemos y apreciamos. ¿Amor? No, todavía no, ninguno. Ni un atisbo de esperanza en el horizonte. Solo yo y Hermes, mi máquina de escribir. *Mon aimé.*»

Dios mío.

Ahora en el cajón de la mesita de noche guardo bolígrafos, blocs de notas, una lamparita. He descubierto que, cuando algún pensamiento me despierta, la mejor manera de volverme a dormir es ponerlo por escrito. Las tres de la mañana no es el momento de pensar en una carta pendiente, en que el perro no tiene galletas o en que, una vez más, he soñado que perdía un vuelo. A veces (pocas), lo que me despierta es importante, una escena de una novela que aún tengo que escribir, y ese es un hecho tan afortunado que no puedo pasarlo por alto.

¿Y si los apuntes que he escrito en plena noche cayeran tras el cajón de la mesita? Podría suceder. Al despertarme por la mañana no se me ocurriría buscarlos. La mitad de las veces no recuerdo haberme despertado.

¿Y si, dentro de unos años, las circunstancias de mi vida cambiaran y me separara de estas mesitas de noche? Son muy bonitas. Karl las compró mucho antes de casarnos. Alguien las querría. ¿Y si la persona que las comprara en una reventa encontrara los sueños, la lista de la compra o las pocas frases destinadas a una novela y luego se tomara la molestia de buscarme? ¿Le diría que tirara las notas? ¿Le diría que un sueño, una lista de la compra y una posible idea de hace tantos años no significaban nada para mí solo porque tenía miedo de enfrentarme a todo eso?

No.

Le contaría a esa persona que tenía la costumbre de anotar ideas en plena noche. Le diría: «Me estás recordando cuánto de

mí misma metí en la mesita de noche. Me estás recordando la suerte que tuve de tener la mesita de noche ahí mismo».

El cajón en el que se apiñaba todo lo del pasado resultó contener tanta luz como oscuridad, o quizá más luz, porque Tavia estaba allí con su uniforme de animadora, junto con los veteranos que habían luchado por nuestro país en algunas guerras en el extranjero. Me pregunto cómo pude dormir junto a unos muebles tan luminosos. Si volviera a ocurrir algo así, me acercaría al pasado con bastante más ternura. Me maravillaría de mi juvenil letra de cincuenta y siete años, del papel desflecado en los bordes. Diría: Damien, gracias. Gracias, Lucy y Jack, por escribirme esas cartas. Gracias, Allan, por iluminarme el camino. Gracias a mi padre, a mi hermana y a mi abuela por salvar partes de la historia y gracias a mi madre por salvarla toda. O por salvarme a mí, si así se quiere interpretar.

---

[10] Inédito en castellano. Traducible como *La ayudante del mago*. *(N. de los T.)*

# Una conferencia en la Asociación de Decanos de Escuelas de Posgrado en Humanidades

Por regla general, prefiero no impartir conferencias en las organizaciones profesionales, porque ¿qué puedo decirles sobre su trabajo que ustedes no sepan? Con frecuencia me piden que hable en convenciones médicas, pero ya no participo nunca en ellas. A los médicos no se les puede contar nada y, además, no paran de enviar mensajes con el móvil durante las conferencias. Sin embargo, me pareció interesante hablar ante una sala llena de decanos de escuelas de posgrado en humanidades. Cualquier grupo de personas que haya pasado en un aula tantas horas como ustedes está destinado a ser buen público. Seguro que no envían mensajes. Y, aunque estoy convencida de que no puedo decirles nada de su trabajo que no sepan, puedo contarles algunas cosas del mío con las que tal vez se sientan identificados.

Hace unos años, publiqué una novela llamada *Comunidad* que era bastante autobiográfica. Mucha gente se horrorizó por la falta de supervisión por parte de los adultos con la que crecían los niños de ese libro. «Eran los años setenta —contestaba yo—. Estábamos asilvestrados. Todos los niños estaban asilvestrados en los setenta.» Pues bien, según yo recuerdo, también los estudios de posgrado estaban asilvestrados en los ochenta.

Fui al Sarah Lawrence College en 1981 y mi experiencia en los estudios de grado fue la mejor que un escritor podría soñar. Fui alumna de Allan Gurganus, Grace Paley y Russell Banks, y cada uno de ellos me enseñó muchas cosas sobre la escritura y la lectura y, lo que es más importante, me enseñó a ser una persona decente, un principio que mantengo a día de hoy.

Fui una chica precoz y publiqué mi primer relato en la *Paris Review* al terminar el grado universitario. Después se me metió en la cabeza que tenía que trabajar en lugar de seguir estudiando. Quería escribir historias sobre cómo vivía la gente, y me parecía importante salir y conocer a esa gente.

Tomé la firme decisión de no estudiar un posgrado. Volví a Nashville, a casa de mi madre, y conseguí trabajo como cocinera en un restaurante. Quería ganarme la vida con las manos y reservar el cerebro para escribir, lo cual es una idea hermosa, si no hubiera sido por el hecho de que estaba siempre cansada. Lección de posgrado número uno: el trabajo manual es duro y no hay que idealizarlo. Un día me quemé limpiando la parrilla al final de mi turno. Ya estaba cubierta de moratones y cortes. La dueña del restaurante me dijo que, por mi propia seguridad, siguiera estudiando. Y así lo hice. A los veintiún años hace falta poco para que te indiquen la dirección correcta —o la dirección equivocada—.

Entré en el Writers' Workshop de la Universidad de Iowa. No encontré plaza en ningún otro taller de escritura ni tampoco me pusieron en la lista de espera de ninguna de las otras universidades a las que me había presentado. En 1985, el Iowa Writers' Workshop tenía tres niveles de ayuda económica para los alumnos de primero: el mejor consistía en enseñar literatura a los alumnos del grado tres días por semana. Era el mejor empleo a cambio de la menor cantidad de trabajo e implicaba una reducción de la matrícula. El segundo nivel de ayuda consistía en enseñar retórica y composición cuatro días por semana. Pagaban menos dinero, había más alumnos y más trabajo, pero también tenía reducción de matrícula. El tercer nivel de ayuda económica consistía en trabajo de oficina cinco días por semana, no pagaban casi nada y no suponía reducción alguna de la matrícula. Quedaba un grupo de alumnos que no recibía ningún tipo de ayuda económica. No se puede decir que este sistema fomentara la amistad entre los alumnos.

Mi compañera de cuarto, la poeta Lucy Grealy, era mi amiga más querida y mi acompañante habitual. A las dos nos habían asignado ayudas a cambio de impartir clases de literatura, aunque no teníamos la menor intención de dedicarnos a la

enseñanza. Lo cierto era que no teníamos claro nuestro futuro, solo estábamos contentas de haber conseguido una buena beca.

Nos presentamos al final del verano para recibir un programa de formación. Nos dijeron que eligiéramos dos novelas, una contemporánea y otra clásica; no nos dieron una lista, podíamos elegir cualquier obra. Escogí *Alguien voló sobre el nido del cuco* y *Madame Bovary*. Una obra de Shakespeare (opté por *Otelo)* y otra contemporánea *(A Raisin in the Sun*[11]*)*. Utilizamos una antología de literatura de la editorial Norton para preparar los módulos de las clases sobre relato y poesía. Rellenamos los formularios de pedidos para la librería, nos dieron el número de las aulas donde íbamos a dar clase y el nombre de nuestro supervisor y ahí terminó nuestra formación. No llegué a ver nunca a mi supervisora.

Lucy y yo fuimos a localizar nuestras aulas en el edificio de Inglés y Filosofía, al que todos llamaban Eggs and Peanut Butter[12]. Recuerdo que hacía mucho calor. Nos sentamos en la mesa del profesor con las piernas colgando. Yo había elegido las novelas, obras de teatro y relatos que me gustaban, pero la lista de Lucy reflejaba sus aspiraciones. En realidad, los libros que había pedido eran los que quería leer. Durante el curso se las fue apañando para ir un capítulo por delante de sus alumnos.

Dábamos clase de literatura a chicos de diecinueve o veinte años. Cuando recogíamos las evaluaciones de los alumnos, las leíamos y las tirábamos a la basura. Cuando mi supervisora me envió una nota anunciándome el día que iba a venir a observar mi clase, le contesté que ese día iba a poner un examen y no habría nada que observar. No tenía ni idea de dar clase y no quería que me vieran. Por suerte, no volví a saber nada de ella.

Esta experiencia solo me parece comparable con la de quedarse embarazada a los veintiún años y tener el bebé sin ayuda, como si se considerara que, para ser buena madre, basta con que una mujer sea biológicamente capaz de procrear, haya tenido madre y haya visto cómo se comportan otras madres.

No estaba dando clases de literatura porque tuviera la formación, la capacidad o el deseo de hacerlo, sino porque los

relatos cortos de mi solicitud para la escuela de posgrado, los mismos relatos que habían rechazado otras universidades, habían sido considerados mejores que los de otros candidatos. No me malinterpreten, estaba agradecida, pero aunque ganaba la mayor cantidad de dinero prevista por ese sistema, esta ni siquiera era suficiente para mantener una existencia extremadamente precaria. Para no pedir préstamos, trabajé de canguro cuidando a la hija de dos años de Jorie Graham y Jim Galvin, una pareja de poetas que daba clases en Iowa. Los poetas y los escritores de ficción tenían horarios diferentes, así que para cuidar a la hija de unos poetas hacía falta una escritora de ficción. No estaba más capacitada para cuidar a una niña de dos años que para enseñar literatura.

El aprovechamiento de un alumno en el Writers' Workshop de la Universidad de Iowa se podía predecir en función de quién le daba clase, qué compañeros tenía y qué tipo de ayuda económica recibía. Por desgracia, no teníamos la menor capacidad de influir en ninguna de esas cosas. Jack Leggett, el director del programa de estudios, dijo el primer día, cuando todos los alumnos del taller estábamos juntos: «Mirad bien a vuestro alrededor. Os haréis amigos para toda la vida de algunas de las personas de esta aula. Tendréis relaciones sexuales con algunas de ellas. Es posible que os caséis con alguien de esta aula y luego, probablemente, os divorciéis». Jack llevaba mucho tiempo en Iowa y sabía de lo que hablaba. Todas esas predicciones se hicieron realidad.

Las ayudas económicas para el segundo curso se adjudicaron en la primavera del primer año. Los alumnos presentábamos relatos y poemas, y el profesorado los juzgaba. Parecía una lucha sacada de la película *Gladiator*. Los ganadores pasaban a ser personal docente-escritor y recibían el nombre de TWF —*Teaching-Writing Fellows*—, pronunciado «tuifs». En nuestro segundo año, Lucy y yo fuimos de esos profesores escritores. Los TWF impartíamos un taller de grado semanal y ganábamos casi el doble que quienes daban clase cuatro días por semana, no porque fuéramos mejores profesores —nadie tenía ni idea de qué clase de profesores éramos—, sino porque se nos consideraba mejores escritores.

Nuestro tiempo se consideraba más valioso. Debo decir otra vez que ese no era un sistema que fomentara el compañerismo.

De la misma manera que en Sarah Lawrence tuve mucha suerte, en Iowa lo tuve todo en contra. Durante dos semestres estudié con profesores visitantes que no tenían ningún interés en enseñar y, durante otros dos semestres, fui alumna de profesores permanentes que tampoco tenían ningún interés en enseñar. Esas cuatro personas ya han muerto y no voy a hablar mal de los muertos, pero podría hacerlo, no les quepa duda. Los problemas que planteaban esas clases no eran ninguna tontería. Por ejemplo, durante un semestre, el profesor visitante, muy viejo y extremadamente enfermo, impartió el taller en francés. Yo no sé una palabra de francés. Esa es mi experiencia en el posgrado.

Sin duda, los inconvenientes que aquí menciono se resolvieron hace décadas, y seguro que este o cualquier otro programa de Máster en Arte y Literatura no debería juzgarse a partir de mi experiencia. Les estoy contando cosas que sucedieron en la Edad Oscura. En aquellos tiempos, ese tipo de estudios todavía fomentaba el culto a la locura que tanto ha influido en la mitología del escritor y del artista: el sufrimiento, la enfermedad mental, la drogadicción y el alcoholismo eran muestras de sensibilidad y talento. O, dicho de otro modo, cuanto peor era alguien, mejor considerado estaba. En aquella época todavía creíamos en la figura paterna, en el justo dominio de la masculinidad. Creíamos que el sello de la grandeza literaria era ir a la guerra, acumular una larga serie de esposas y luego volarse la cabeza en Idaho.

¿Cómo puede un programa de posgrado fomentar estas ideas? Pues de esta manera: una noche estaba en una fiesta en casa de un famoso profesor visitante que a mí no me daba clase. Se acercó a mí a última hora de la noche y empezó a arengarme a voces, borracho, diciéndome que nunca había creído en el talento natural, que él creía en el trabajo duro y la perseverancia, pero que no le cabía duda de que yo poseía talento natural, lo que complicaba las expectativas de todos los demás. «Solo espero que mueras joven y sola en un rincón», me dijo. Yo tenía veintidós años.

Lo que aprendí en esos dos años de posgrado no procedió de las clases a las que asistí, sino de las clases que impartí. Me lo tomé muy en serio. La enseñanza me hizo leer mejor y pensar mejor. Me volví más consciente de cómo me expresaba, lo que a su vez me convirtió en mejor escritora. Aun así, me gustaría pedir disculpas a todos los alumnos que tuve durante esos dos cursos. Lamento que su clase de Introducción a la Literatura fuera el lugar donde yo aprendí a enseñar. Siento que tuvieran que pedir préstamos o que sus padres desembolsaran dinero para pagar esas clases, pero gracias a ellos fui aprendiendo.

El posgrado también me hizo más dura. Desarrollé cierta destreza para saber a quién escuchar y a quién ignorar. Como si fuera un campo de entrenamiento, Iowa me sacó hasta la última pizca de sentimentalismo. Cuando llegué era una persona tierna y al salir no me importaba nada más que escribir mejores historias. Los talleres me enseñaron a buscar gente inteligente que me ayudara a mejorar mi obra. No hay nada más valioso que un buen editor y un crítico agudo, y aprendí a serlo también para otros. Después de dos años en aquellos talleres, diría que es casi imposible herir mis sentimientos, y eso me ha servido de mucho para encajar críticas crueles y todo tipo de rarezas de internet.

En el invierno del segundo curso, a finales de 1986, asistí por primera vez al encuentro anual de la Asociación de Lenguas Modernas. Ya había publicado tres relatos y gracias a ello había conseguido veintiuna entrevistas de trabajo, la mayoría para puestos docentes fijos. De todas las historias asombrosas de otros tiempos, este puede ser el hecho más impactante de todos, ya que ahora para esos empleos no entrevistarían a nadie que no tuviera, al menos, un libro publicado, probablemente dos.

Imagino que las entrevistas de trabajo que tienen lugar en el marco del encuentro de la Asociación de Lenguas Modernas no han cambiado mucho en los años transcurridos desde la última vez que fui. Este se celebraba en un hotel gigantesco. El entrevistado llamaba a una habitación desde el vestíbulo y decía: «Soy la de las once», luego subía y llamaba a la puerta. Era imposible no sentirse como una prostituta, sobre todo

porque los miembros del comité de selección se sentaban en una cama mientras yo me sentaba en la otra. Recuerdo que llegué a una entrevista empapada por un repentino chaparrón de camino al hotel y, cuando empecé a quitarme el chubasquero, el presidente dijo: «¿Te hemos hablado de la parte de la entrevista en camiseta mojada?». Volví a ponerme el abrigo y me senté en la cama, donde dejé una gigantesca mancha de humedad.

Conseguí una entrevista en la Universidad de Misuri. Eran personas maravillosas. No pudieron ser más amables ni más acogedoras. El poeta Sherod Santos nos reunió en su casa y, antes de cenar con el comité de selección, me llamó a la cocina. Ante los fogones me dijo *sotto voce* que iban a ofrecerme el puesto y que no debía aceptarlo bajo ningún concepto. Dijo que terminaría con mi carrera: podía triunfar como escritora y un trabajo fijo sería el fin de mis esperanzas.

Pero, por supuesto, estaba decidida a aceptar el empleo. No tenía trabajo. Quería un seguro médico y un plan de pensiones como el de todos los profesores. Antes de irme, todos me dieron un beso y me dijeron que estaban deseando verme en otoño. No me ofrecieron el puesto.

El pasado puede parecer extraño, incluso cuando se observa desde una perspectiva relativamente cercana: la brutalidad de los mecanismos de ayuda económica, el hecho de que no hubiera ni un solo alumno de color en ninguno de mis cuatro talleres y ni me diera cuenta, que los profesores se acostaran con las alumnas, que las alumnas se acostaran con los escritores visitantes, que todo el mundo anduviera siempre borracho, que el favoritismo estuviera a la orden del día y, además, lo que más me preocupaba, tanto entonces como ahora, que una profesora del taller animara a sus alumnos a robar en las tiendas. Nos decía que, cuando fuéramos a las lecturas en Prairie Lights, la maravillosa librería local, debíamos apoyarnos en las estanterías mientras el autor leía y luego deslizar el libro deseado en nuestro bolsillo. Éramos pobres artistas, nos decía. Nos merecíamos esos libros. ¡Dios mío! ¿Qué estaba pasando?

Pero me imagino lo que podría haber dicho en 1985 un

profesor mayor —porque habría sido un hombre, no una mujer— si se le hubiera pedido que describiera su experiencia como alumno de posgrado treinta años antes. Y pregúntense qué dirán sus alumnos dentro de treinta años. Porque en el momento presente siempre creemos que hemos alcanzado algún tipo de cima. Creemos que somos justos y sensibles, serviciales y amables, que ya no somos depredadores ni racistas. Pero el futuro algo tendrá que reprocharnos. Como dice el viejo dicho, cada nueva generación cree haber inventado el sexo y la guerra. Yo añadiré a esas dos cosas los estudios de posgrado. Y la verdad es que, en su momento, fue bastante divertido.

Contaré ahora una anécdota más feliz: cuando estaba en Iowa, tuve que coger un avión para ir a casa, a Nashville, por Navidad. Pero en la escala en Chicago me perdí en O'Hare. ¿Recuerdan cuando todavía era posible perderse en un aeropuerto? Llevaba una pesada bolsa llena de planchas de acero para una clase de grabado, porque, aunque no lo he mencionado antes, durante el primer curso en Iowa me apunté a grabado. Aunque al final acabé dejándolo, esas vacaciones de Navidad mis planchas de acero y yo nos dirigíamos a casa, donde planeaba hacer algo de punta seca en mi tiempo libre.

Iba de un lado a otro de la terminal buscando las flechas que señalaban las puertas de embarque cuando un joven parecido a John Denver, vestido con camisa Oxford rosa y pantalones claros de algodón, me preguntó si me había perdido. Además de perdida, estaba halagada porque era guapo. Me cogió la tarjeta de embarque y me dijo que, en efecto, estaba muy lejos de donde me tocaba y que me iba a acompañar. Me quitó la pesada bolsa. Le pregunté si trabajaba en el aeropuerto y me dijo que más o menos. Era un harekrishna. Durante unos segundos, me aterroricé al pensar que me iban a secuestrar y meter en una secta, pero, dado que me había cogido la tarjeta y las planchas, lo seguí. Por supuesto, cuando llegamos a la puerta de embarque, mi avión se había retrasado y se sentó conmigo. Pensé que tenía dos opciones: preocuparme o dejarme llevar.

Le pregunté por su vida y hablamos durante más de una

hora mientras esperábamos. Me dijo: «Imagínate que amas tanto a Dios que estás dispuesta a pasar día tras día en un aeropuerto tratando de contarle a la gente cómo es eso: amar a Dios, sentirte tan amada por Él. ¿Y si esa alegría que sientes, ese amor, fuera tan grande que quisieras compartirlo con todo el mundo, pero todos pasaran corriendo a tu lado, mirando en otra dirección?».

Aunque han pasado muchos años, esa sigue siendo la mejor descripción de lo que siento por los libros. Me quedaría en un aeropuerto para contar a la gente lo mucho que me gustan los libros: leerlos, escribirlos, hacer que otras personas disfruten leyéndolos y escribiéndolos.

A lo largo de mi vida he impartido algunas clases, sobre todo como escritora visitante, pero por lo general he seguido el consejo de Sherod Santos y me he quedado al margen. Pasé años escribiendo para revistas como *Seventeen* y *Bridal Guide*. He sido camarera, cocinera, escritora de viajes y redactora del *New York Times*. Publiqué mi primera novela a los veintisiete años y me las arreglé para sobrevivir hasta que escribí mi cuarta novela, *Bel Canto*. Entonces me compré una casa, protegí mi intimidad y seguí trabajando.

Los másteres de Arte y Literatura son curiosos. A no ser que uno sea un completo iluso, y muchos artistas lo son, nadie cree que sean una vía de acceso a un trabajo en el campo elegido y, sin embargo, cada vez hay más másteres de ese tipo. Creo que, ante todo, los alumnos buscan encontrar gente con ideas afines, gente que se preocupe más por las palabras, el color, la luz, la métrica, las pausas de los capítulos o las ideas que por la comida y el alojamiento. Por mucho que recuerde mi estancia en Iowa como una completa y absoluta locura, me gustó muchísimo estar en compañía de gente a la que entendía.

Me encanta que Lucy y yo memorizáramos tantos poemas, que intentáramos aprender de memoria el primer capítulo de *Cien años de soledad* y que bailáramos en la cocina todas las noches después de cenar. Me encanta que los alumnos fueran a los bares después de clase para hablar de Alice Munro y Raymond Carver, que no pudiéramos dejar de hablar de los relatos de Denis Johnson en *Hijo de Jesús*. Sentí que toda mi

vida había cambiado con *The Ideal Bakery*[13] de Donald Hall. Vi a Stephen Jay Gould dar una charla sobre la evolución. Vi a Tobias Wolff leer *De regreso al mundo.* Vi a Czesław Miłosz leer sus poemas en un inglés tranquilo y formal, y luego dar media vuelta y vociferarlos en polaco. Vi a Louise Erdrich poco después de que publicara *Filtro de amor.* Encarnaba todo lo bueno de este mundo.

Lucy y yo asistíamos a lecturas de textos literarios dos o tres noches por semana, y las otras noches veíamos películas extranjeras en el cine del campus. Recuerdo haber ido a ver *Orfeo,* de Cocteau, y lo mucho que nos emocionó la escena de la pelea en el Café des Poètes, ¡una pelea sobre la importancia de la poesía! ¡Nosotras también estábamos dispuestas a pelear por la poesía! Aquella noche, Lucy y yo volvimos del cine a casa discutiendo sobre cuál de las dos estaba más enamorada de Heurtebise. Éramos dos chicas enamoradas de un actor francés muerto que interpretaba a un chófer francés muerto. A un escritor le compensa dedicar dos años de vida a sentir que ha encontrado a su gente.

Eso es lo que ha supuesto para mí tener una librería: me ha recordado todo lo que me gustaba del posgrado. Ha hecho que me diera cuenta de que podía utilizar las herramientas recibidas de un modo totalmente inesperado para mí. He creado un lugar tranquilo para que un grupo cada vez mayor de amigos y desconocidos venga a charlar sobre los libros. La vida de algunos de nosotros gira en torno a las humanidades como los planetas en torno al sol. No es lo que intentamos ser, es lo que somos. En el último mes he visto la película coreana *Parásitos* y la ópera de Philip Glass *Akenatón,* que dura cuatro horas. He montado con mis vecinos una lectura de la obra teatral *Nuestro pueblo* en el cuarto de estar de mi casa y estoy leyendo *Cómo cazar un topo y encontrarte a ti mismo en la naturaleza.* Soy el vivo ejemplo de cómo incorporar las humanidades a la vida cotidiana. Es mi mayor pasión, mi alegría más profunda, y deseo compartirla, utilizar los libros y los escritores para salvar la brecha de soledad tras la cual nos ha aislado la tecnología. Y les diré que, por muy satisfactorio que sea tener la librería llena hasta los topes para ver a Colson

Whitehead, fue aún más maravilloso verla abarrotada con la gente deseosa de conocer a Pat Summit, la legendaria entrenadora del equipo de baloncesto Lady Vols, que se estaba muriendo de alzhéimer, o a Antoni, de la serie *Queer Eye,* que presentaba un nuevo libro de cocina. Atrajeron a un público que quizá hacía años que no entraba en una librería y miraba el lugar con enorme interés.

Cuando estudié el posgrado con la esperanza de ser escritora, no tenía ni idea de que tener una librería era una salida profesional para mí. Pero creo que he hecho más por la cultura abriendo Parnassus que escribiendo novelas. He creado un lugar en mi ciudad donde todo el mundo es bienvenido. Leemos cuentos y poesía y tenemos demostraciones de libros de cocina. He entrevistado a más autores de los que pueden imaginar. Muchos de ellos se han alojado en mi casa. Promociono sin descanso los libros que me gustan porque es fácil que un libro se pierda en el delirante barullo del mundo y necesita que alguien con voz fuerte lo respalde y lo ensalce. Yo soy ese alguien.

Como todo amante de la lectura sabe, el contrato social entre el lector y el libro que le gusta no está completo hasta que entrega ese libro a un tercero y le dice: «Toma, te va a encantar». Siempre pensé que compartir los libros que me gustaban con mis alumnos, exigirles que los leyeran, era lo mejor de ser profesor. Y en la librería no deja de entrar gente que de verdad quiere mis recomendaciones. Los alumnos eran cautivos, los clientes son voluntarios. Es maravilloso entregar a un desconocido un ejemplar de una novela de Jane Gardam, o poner en contacto a la persona adecuada con *Gente independiente,* de Halldór Laxness.

Y no se trata solo de libros. Yo-Yo Ma vino un día y tocó una *suite* de Bach para las veinte personas que estaban en la tienda en aquel momento. Emanuel Ax tocó una vez un *intermezzo* de Brahms en nuestro piano vertical, que parecía a punto de echarse a volar. Vienen chicos del instituto y tocan ese mismo piano. Tenemos espectáculos de marionetas y talleres de jazz. Algunos pintores exponen sus cuadros. Mis ideas sobre lo que constituye la belleza, la cultura y el arte se

amplían sin cesar. Los clubes de lectura se reúnen periódicamente para debatir, alabar y discrepar. La gente se sienta a leer con un perro en el regazo; todo tipo de personas, de todas las tendencias políticas, se reúnen para hablar y escuchar y leer.

Cuando la gente se me acercaba en el súper para contarme qué les parecían mis libros, me sentía incómoda, pero desde que abrimos Parnassus quieren hablarme de la librería, quieren darme las gracias. Me cuentan lo que están leyendo y me preguntan qué estoy leyendo yo. Me presentan a sus hijos.

—Ya sé quién eres —me dijo una vez una niña—. Eres la dueña de todas las bibliotecas.

—No exactamente —contesté—, pero casi aciertas.

Esto es algo que no me enseñaron en los estudios de posgrado: si quieres salvar la lectura, enseña a los niños a leer. Involucra a los niños en la lectura. «Tienes que criar a tus clientes», me dijo un amigo librero antes de que abriéramos, y tenía razón. Contamos con una magnífica sección infantil y con un cuentacuentos que sabe tocar el ukelele. La persona encargada de las compras de libros infantiles y los vendedores de esa sección saben conectar libros y niños con una precisión tan exacta que los educadores de todo el mundo deberían estudiar cómo lo hacen.

Una noche, en el supermercado, una pareja de *hipsters* con aspecto de estrellas del rock me preguntaron si yo era la señora de la librería. Les dije que sí. Me contaron que su hija, a la que leían cuentos desde su nacimiento, era una lectora difícil. Le habían comprado *El jardín secreto* y *Ana de las tejas verdes,* pero no habían conseguido nada. «¿Qué podemos hacer?», me preguntaron en la sección de quesos, y, para mi propio asombro, sabía la respuesta porque he visto repetirse una y otra vez el mismo fenómeno. Les dije que la llevaran a la librería, le dieran un ejemplar de *Capitán Calzoncillos,* dejaran que se sentara en una de las roñosas camas para perros con uno de ellos en el regazo y le dijeran que le leyera el libro al animal.

Al día siguiente por la tarde trajeron a su hija a la tienda y la niña se puso a leerle un cuento a un perro muy viejo que

trabajaba con nosotras. Es imposible exagerar lo mucho que me emocioné.

Lamento haber hecho que mis alumnos de Iowa leyeran *Madame Bovary*. Me encanta *Madame Bovary,* pero no eran especialistas en literatura. Eran chicos que tal vez tenían una oportunidad en la universidad de engancharse a la literatura y entusiasmarse con la lectura, y estoy casi segura de que la eché a perder. Entonces pensaba que *Madame Bovary* era la esencia de una educación en humanidades, pero, para mí, la esencia de una educación en humanidades es la capacidad de ser flexible y curiosa, de dar clase sobre *Otelo* y luego escribir en una revista para novias como *Bridal Guide,* publicar varias novelas y abrir una librería, de promover la obra de escritores vivos, de evolucionar. Entonces creía que nada podía ser mejor que ganar un gran premio literario, pero me equivocaba. Ha sido mucho mejor crear puestos de trabajo en mi ciudad, formar parte de la Fundación Parnassus, que compra libros para los niños que no pueden pagarlos con el fin de que vivan la emoción de poseer el ejemplar que les gusta, encontrar todas las formas posibles para que la literatura mejore la vida del mayor número posible de personas.

Me he convertido en portavoz, no solo de Parnassus, sino de la lectura y de las librerías independientes de todo el mundo. Amazon ha abierto una tienda física en el centro comercial que tenemos delante. La gente nos pregunta cómo nos va. Les diré cómo nos va: han venido a matarnos, pero sobreviviremos. Nashville ha sido increíblemente amable. Valoran todo lo independiente, y como ciudadana de Nashville, yo también lo valoro.

No todo el mundo va a abrir una librería, lo entiendo, pero es una de las opciones. Eso es lo que espero que comprendan los alumnos de los másteres de Arte y Literatura: el futuro es diverso. Pueden surgir muchas posibilidades como producto de la suma de la inteligencia, la educación, la curiosidad y el trabajo duro. Nadie me lo dijo y lamento haber tardado tanto en darme cuenta.

¿Necesitaba un máster para escribir una novela? Por supuesto que no. ¿Necesitaba un máster para abrir una

librería? Tampoco. Pero fui una niña solitaria y me imaginaba que llevaría una vida solitaria. Mi máster en Arte y Literatura me enseñó la importancia de la comunidad. Somos criaturas sociales. Incluso los lectores introvertidos o los escritores silenciosos quieren un lugar donde sentirse acogidos y comprendidos. Yo lo quise hace años y ahora puedo ofrecérselo a los demás. Así es como he acabado sacándole partido a mi título. Así es como he descubierto que mi verdadero destino era algo que nunca había imaginado.

---

[11] Obra de teatro de Lorraine Hansberry inédita en castellano. Traducible como *Una pasa al sol. (N. de los T.)*

[12] Deformación humorística del nombre original en inglés, English and Philosophy Building. *(N. de los T.)*

[13] Obra no traducida al castellano. El título significa 'La panadería ideal'. *(N. de los T.)*

# En cubierta

Cuando firmé el contrato de mi primera novela, *The Patron Saint of Liars,* tenía veintisiete años. Sabía tanto de cubiertas de libros como de coches: es decir, ciertos modelos me atraían, pero no acababa de entender cómo funcionaban. La editorial contrató a Thomas Woodruff, que había ilustrado la cubierta de la famosísima novela de Anne Tyler *Ejercicios respiratorios,* con la esperanza de que, si diseñaba la cubierta de mi libro, las legiones de lectores de Anne Tyler absorberían el mensaje subliminal de la semejanza y se convertirían en lectores de Ann Patchett. Supongo que estaban en lo cierto porque, casi treinta años después, la gente sigue diciéndome que mis novelas recuerdan a las de Tyler. Para *The Patron Saint of Liars,* Woodruff nos remitió la imagen de un campo al atardecer con una casa a lo lejos y un cielo nocturno estrellado. En primer plano había una vela votiva con una llamita centelleando en un vaso de cristal. Era una imagen preciosa.

Pero en lugar de darle las gracias, dije que no me gustaba la vela. El simbolismo me parecía forzado —encender una vela en la oscuridad— y demasiado católico, aunque la novela es abiertamente católica. El director artístico volvió a hablar con el diseñador para explicarle que a la joven novelista no le gustaba la vela, así que este apagó la vela y la sustituyó por un diente de león cuyas semillas se desprendían y flotaban hacia las estrellas. Cuando vi la segunda imagen, me di cuenta de que la vela había sido una buena idea.

Esto sucedió antes de la era digital. El diente de león no se había introducido con Photoshop, sino que se había pintado en el lugar donde antes estaba la vela. No dije nada. El libro se publicó en 1992, el año que nos trajo *El secreto,* de Donna Tartt, *Todos los hermosos caballos,* de Cormac McCarthy, y *Bastarda,* de Dorothy Allison, tres libros con cubiertas

sorprendentemente bellas que recurrían a la fotografía y a un diseño gráfico nítido para captar la atención de los lectores. El hecho de que las tres novelas fueran excepcionales solo sirvió para reforzar un hecho: la ilustración se había pasado de moda y lo que imperaba era la fotografía.

«Nunca juzgues un libro por su cubierta» es una buena forma de decir que no hay que evaluar a las personas por su aspecto, pero el dicho no se aplica a los libros en sentido literal. En lo que respecta a los libros, la cubierta es lo único que tenemos. Tal vez nos resulte familiar el nombre del autor o nos guste el título, pero, a falta de más información, es el diseño de la cubierta —el tamaño y la forma de la tipografía, el color, la imagen o la ausencia de imagen— lo que hace que nos detengamos ante la mesa de novedades de la librería independiente del barrio y optemos por una novela y no por otra. Las cubiertas de los libros deben atraer a los lectores como las rosas atraen a las abejas, como si su supervivencia dependiera de ello.

Mi segunda novela tuvo un mal título y peor cubierta. Como todas las demás novelas que salieron en 1994, *Taft*[14] (ya he dicho que tenía un mal título) llevaba en la cubierta una fotografía por influencia de los tres libros mencionados. Pero esta era imprecisa y confusa: un bar lleno de taburetes con patas largas que parecían de araña y, a lo lejos, una joven blanca, aunque el libro trataba de un hombre negro. Me pareció todo horrible. Después de muchos dimes y diretes con la editorial, les señalé que, según el contrato, tenía derecho a rechazar la cubierta. Me recordaron entonces que bien podrían imprimir dos mil ejemplares del libro y no distribuirlos. No paraba de aprender cosas sobre el mundo editorial.

Cambié de editorial para mi tercera novela, *The Magician's Assistant,* y me encantó la cubierta que se les ocurrió: la fotografía de una modelo de los años sesenta, girada noventa grados para que pareciera flotar en el aire boca arriba. También me gustó la cubierta de la edición de bolsillo: un enorme conejo blanco sentado en un sillón. Por lo general, si un libro es un éxito de ventas en tapa dura, la cubierta no cambia cuando se publica en rústica, pero, si no ha tenido

mucho éxito, se busca algo nuevo. Me gustaba la editorial de mi tercer libro, pero, cuando escribí el cuarto, todos mis conocidos que habían trabajado en ella se habían ido o los habían despedido. Yo también me marché.

Cuando llegó el momento de publicar la cuarta novela, ocurrió algo extraordinario. El nuevo editor me envió un montón de maquetas, ideas preliminares para la cubierta, cada una de ellas pegada en una cartulina negra. En todas ellas ponía *«Bel Canto,* novela de Ann Patchett» con distintos diseños: en rojo brillante, en azul marino, en forma de boca abierta, como si fuera una partitura, en teclas de piano, en camuflaje. Coloqué mis maquetas favoritas apoyadas en el alféizar de las ventanas y pedí a mis amigos que votaran. La verdad es que me gustaban todas. Los colores fuertes y los gráficos sencillos hacían que mi novela pareciera una obra de literatura seria. Cualquiera de ellas podría haber sido la cubierta de una novela de John Updike. (Updike, que diseñó muchas de sus propias cubiertas, era mi modelo de buen gusto por aquel entonces.) Esta nueva editorial hizo un trabajo igual de bueno cuando cambió la cubierta por completo para la edición de bolsillo, que se vendió bien. El libro ganó premios y lo tomaron en serio. Eso era lo que prometían las cubiertas al lector.

*Bel Canto* se publicó en más de treinta países y ninguno de los editores me pidió opinión sobre el diseño de la cubierta. Al cabo de cierto tiempo, empezaron a llegar a mi casa cajas de libros de China, Rumanía o Argentina. La cubierta sueca tenía la imagen de una mansión flanqueada por palmeras, con las ventanas iluminadas por lo que parecían ser crucifijos en llamas. La cubierta holandesa mostraba a una mujer con un vestido de baile sosteniendo un violín, aunque nadie en el libro toca el violín. La cubierta eslovena mostraba a una rubia de aspecto increíblemente alegre, con un vestido rojo escotado, que parecía dirigirse a una discoteca. La cubierta rusa parecía una novela de James Bond: un hombre de esmoquin con una pistola, un coche deportivo y una mujer de grandes pechos con enormes tacones. En las ediciones de muchos países se hacía hincapié en la frondosa cabellera de la mujer, no sé por qué.

En otras ediciones extranjeras aparecían notas musicales o guerrilleros o, en algunos casos, ambas cosas. A veces me convencía de que los editores conocían a su público mejor que yo; otras veces mi buena predisposición era, sin duda, exagerada. Las cubiertas extranjeras, decidí, eran como las traducciones: su calidad quedaba fuera de mi control.

Si alguna vez señalaba que una cubierta extranjera no me gustaba, no por ello mejoraban las cosas. Me enseñaron la primera maqueta de la edición en rústica en el Reino Unido de mi quinto libro, *Truth and Beauty*[15], en la que aparecía una fotografía de dos chicas tomando el sol en una toalla de playa. Una era guapa y llevaba gafas de sol, mientras que la otra tenía un libro abierto que le tapaba la cara. Como se trataba de unas memorias sobre mi amiga Lucy, que había tenido un cáncer de mandíbula de niña y había quedado muy desfigurada, no me gustó nada. Nosotras no éramos esas chicas y no procedía taparle la cara a nadie. Me opuse rotundamente. Cuando llegó el libro impreso, vi que el editor había resuelto el problema cortándoles la cabeza. La cubierta mostraba dos torsos sin cabeza tumbados sobre una toalla, con el cuello justo en el borde superior de la imagen.

Mis problemas con las cubiertas alcanzaron el punto más alto —o el más bajo— con *Run,* mi quinta novela. Mientras que para *Bel Canto* me habían enviado ocho cubiertas posibles, para *Run* recibí diez, luego veinte y después treinta. Nadie, ni siquiera yo, tenía idea de qué debía aparecer en la cubierta. Una de las candidatas era una fotografía de un camino nevado en Central Park de Nueva York (el libro está ambientado en Boston) con un cubo de basura justo en medio de la composición.

—¿Por qué me enviáis una cubierta con un cubo de basura? —pregunté a mi nueva editora.

Me contestó que no era un cubo de basura; luego, después de mirar el diseño de nuevo, dijo que sí, que era un cubo de basura. No se había dado cuenta. Una de las opciones que me encantó era una fotografía de dos peces de colores nadando en una bolsa de plástico. Como el libro trata de dos hermanos, uno de los cuales es ictiólogo, me pareció perfecta. Le compré

a mi editora un costoso bolso, metí dentro la maqueta y se lo envié por correo. Por fin teníamos una ganadora.

—No puedes elegir esa maqueta —me dijo, tras agradecerme el bolso—. Aquí todos la encuentran horrible.

—¿Entonces por qué me la enviaste?

—Para que sepas que nos lo tomamos muy en serio.

La imagen final tras tanto debate fue una brillante tormenta de nieve en tonos azules. Me gustó mucho, pero también comprendí la enorme cantidad de tiempo, energía y buena voluntad derrochados en el proceso. Fue entonces cuando me di cuenta de que las cubiertas de los libros eran como los regalos de cumpleaños: ¿cómo podría alguien darme lo que quería si yo misma no lo sabía?

Esa fue la epifanía que lo cambió todo, y con «todo» me refiero a algo más que mi relación con el diseño de las cubiertas.

Tenía mi siguiente novela a medio escribir cuando mi marido llegó a casa una noche y puso un disco en el tocadiscos. (Me encanta mi marido: todavía tiene vinilos y tocadiscos.) Estaba escuchando *An Historic Return: Horowitz at Carnegie Hall* cuando vi la funda del disco sobre la mesilla del sofá: el fondo crema, la intrincada filigrana alrededor de los bordes como una maraña de hojas ornamentadas, y pensé que ese era el aspecto que debía tener este libro. De alguna manera, era la encarnación de todo lo que intentaba escribir. Un año después, cuando entregué el manuscrito terminado de *El corazón de la jungla,* envié una fotocopia en color de la funda del disco. No tenía que ser exactamente así, dije, pero era el punto de partida. Terminé con una hermosa cubierta.

A lo largo de mi vida, Allan Gurganus ha demostrado ser un oráculo continuo de buenos consejos. Cuando firmé el contrato para mi primera novela, me envió un ramo de rositas blancas junto con una nota en la que decía que era yo quien debía dirigir mi barco. «El libro lleva tu nombre: la responsable eres tú.» Pienso en eso cuando se me escapa una errata o algún dato del libro resulta ser erróneo: la culpa es mía. Allan me dijo que

nunca debía dudar en reescribir el texto de la sobrecubierta o pedir los diseños de la publicidad y que, aunque las distintas etapas del proceso —contratos, edición, publicidad, marketing— fueran tarea de otra persona, aquello era mi vida. El mundo me juzgaría por mis libros, por cada parte de ellos, y yo tenía que ocuparme también de los detalles.

Cuando abrimos la librería Parnassus Books, empecé a fijarme no solo en los diseños de las sobrecubiertas, sino también en el papel en el que se imprimían, cuál era el que más se estropeaba al salir de la caja y qué tintas se emborronaban con facilidad. Desembalé muchos libros de otros autores. Las cubiertas de los libros de ficción literaria estaban casi siempre impresas en papel mate, mientras que las de los libros de ficción de tipo más comercial eran brillantes. Estas eran entonces las tendencias en el diseño de cubiertas de libros: cinco años antes no era así y en algún momento la moda volvería a cambiar. Aprendí qué tipografías facilitaban la lectura y cuáles se perdían en una imagen recargada. Hace poco, vi una cubierta en la que el título y el nombre del autor estaban en negrita, pero el diseño hacía que desaparecieran si se veía el libro desde determinados ángulos. Una ocurrencia llamativa, pero muy mala idea si se miraba el libro desde el lado inadecuado.

También he aprendido que los diseños de las cubiertas se reciclan. Un día, una famosa escritora que visitaba la librería cogió un libro de otra autora para enseñármelo.

—Esta fue la primera cubierta que me ofrecieron —comentó, señalando un diseño poco original de hojas y enredaderas—. Les dije que no me gustaba y seis meses después se la dieron a ella.

Yo no conocía personalmente a la segunda autora, pero estoy segura de que no tenía ni idea de que era posible pedir algo mejor o, al menos, diferente.

No hay una lista universal de los elementos que componen una buena cubierta, pero todos nos damos cuenta cuando vemos una que lo es. Las cubiertas de mis dos siguientes libros, *This is the Story of a Happy Marriage* y *Comunidad,* salieron a la perfección. Envié mis ideas con el manuscrito, y el director

artístico, el editor, el equipo de ventas y yo nos escuchamos mutuamente. Enseñé las cubiertas de muestra a mis amigos de Parnassus y les pedí su opinión. A estas alturas de mi carrera, sabía ya que iba a ver esas cubiertas durante mucho tiempo, lo que suponía mayor incentivo para hacer las cosas bien.

A veces, saber lo que no quieres es un paso importante para averiguar lo que sí quieres. Cuando terminé *La Casa Holandesa* sabía que en la cubierta no quería una casa o un detalle de una casa, ni siquiera una puerta o una ventana. La casa tenía que existir en la imaginación del lector. Al final, eso me llevó a la certeza de que quería a Maeve. Durante mucho tiempo había planeado titular el libro «Maeve», y, como no se llamaba así, la cubierta tendría que dejar clara mi intención: era la historia de una mujer. Pensé en Thomas Woodruff y en su hermoso cuadro para *The Patron Saint of Liars.* Quería algo así. Lo único que necesitaba era encontrar un cuadro que sirviera como retrato de la Maeve que aparecía en la novela. Me puse a buscar en internet retratos de chicas de pelo negro y, aunque encontré muchos que eran hermosos, las que tenían un aire clásico llevaban cofias o delantales. El rostro estaba bien, pero la época no. Nada de lo que encontré se acercaba al retrato de la chica que tenía en la cabeza. Conocía a un pintor de Nashville, llamado Noah Saterstrom, cuya obra me encantaba. ¿Y si le pedía que pintara el retrato de Maeve?

A mi editor y al director de arte les gustó la idea, pero primero querían hacer una lista de pintores, obtener algunos bocetos preliminares y decidir cuál de ellos iba a ser mejor para ese encargo concreto. Colgué el teléfono y me quedé pensando un momento. No necesitaba pedir permiso a nadie para encargar un cuadro. Si las cosas salían bien, tendríamos la cubierta, y, si no, habría comprado un cuadro a alguien cuya obra me gustaba. ¿Qué problema había? Le pregunté a Noah si podía pintar el retrato de una niña imaginaria de diez años con el pelo negro y un abrigo rojo. El cuadro se habría pintado en 1950, pero debería ser del estilo de los retratos de los años veinte. Ah, y en la obra, el pintor era escocés, por si el dato era de alguna utilidad. Le envié los dos párrafos del libro en los que se describía el cuadro. Le dije que quería que la mirada de

Maeve fuera directa. Una cosa que me saca de quicio de las representaciones femeninas en las cubiertas de los libros es que casi siempre tienen la cara medio de perfil o tapada por un sombrero, la rama de un árbol o, como en el caso de la imagen del Reino Unido de *Truth and Beauty,* les han cortado la cabeza. Maeve miraría al mundo de frente y esperaría que el mundo la mirara de frente.

—Por supuesto —dijo Noah—. Me pongo ahora mismo.

Noah Saterstrom tiene tres hijos pequeños y una gran carrera. No pierde el tiempo. Cuatro días después me llamó para decirme que el cuadro estaba terminado. Cuando lo vi, estaba mirando a mi heroína. Como si yo misma estuviera en la Casa Holandesa y contemplara el retrato de Maeve.

He tenido algunas cubiertas muy buenas, pero esta fue excepcional y, aunque he trabajado con muchas otras personas para hacer las cosas bien, nunca he tenido un verdadero colaborador. El cuadro de Noah es parte del libro y hace que este sea mejor. En un momento dado, el lector o la lectora se encuentra con que se menciona un cuadro y se da cuenta de que es el de la cubierta. El efecto es electrizante.

El cuadro de Noah está colgado en mi casa. «¿De dónde lo has sacado?», me preguntan. Se quedan asombrados: el abrigo rojo de Maeve, su mirada penetrante, las golondrinas volando detrás de ella. No sabía si me cansaría algún día de mirar un cuadro que era ya la cubierta de mi libro. La respuesta es no, no me cansaré nunca. El cuadro plasma la esencia de mi vida.

Noah también plasma esa esencia. Gracias a esta inesperada circunstancia, nos hemos hecho buenos amigos. Viene una vez al mes a desayunar, preparo huevos escalfados y hablamos de arte. La cubierta forma parte del libro, el artista forma parte de mi vida. Ambas cosas han resultado ser una alegría. Libro, arte, amigo: aprendí la lección y la he integrado en mi vida.

Lo cual me lleva al libro que el lector tiene ahora en las manos. Mi amiga Sooki Raphael me envió desde su casa, en California, la foto del cuadro que acababa de terminar: un pájaro carpintero con una pila de libros a un lado y un árbol al otro. Di un brinco. Era la imagen que quería para la cubierta de lo que entonces era un libro a medio escribir. A veces el

mundo te da exactamente lo que necesitas cuando lo necesitas. A veces una amiga pinta exactamente el pájaro que encaja. Le pregunté a Sooki si podía comprarle el cuadro y me dijo que no: me lo envió como regalo. Poco después, recibí un correo electrónico de mi editor en el que me decía que había soñado que yo escribía la continuación de *El corazón de la jungla* y que me traía del Amazonas un loro enorme de colores brillantes.

—¿Qué opina usted de eso, doctora Freud? —preguntó.

Le dije que casi había acertado.

—Aunque, en realidad, se trata de la continuación de *This is the Story of a Happy Marriage* y de un pájaro carpintero.

Le envié por correo electrónico la foto del cuadro. Se convenció de inmediato.

Meses más tarde, cuando llevé el cuadro del pájaro carpintero para un escaneado profesional destinado a la cubierta, llevé también un cuadro que Sooki había hecho de Sparky para que hicieran un archivo digital de alta resolución. Sooki quería hacer unas tarjetas. Cuando envié el cuadro del pájaro carpintero a mi editor y al departamento de arte, el cuadro de Sparky estaba en el mismo archivo. El director de arte hizo una maqueta de la sobrecubierta con Sparky y otra con el pájaro carpintero. Eran completamente diferentes y ambas perfectas, y no fuimos capaces de decidir entre ambas. Y cuando digo que no fuimos capaces de decidir quiero decir que todos los que las veían iban cambiando de opinión y elegían ora una, ora otra, lo que me hizo pensar que el libro debía tener dos cubiertas. No dos cubiertas diferentes —eso confunde mucho a los lectores— sino una cubierta con dos partes delanteras. Algunas personas dejarían el libro en la mesita de noche con Sparky hacia arriba, mientras que otras elegirían el pájaro carpintero, o tal vez cambiarían de opinión al llegar a la mitad del libro, porque la cubierta no tenía que ser una sola cosa o verse de una sola manera, al igual que el libro no tenía que ser una sola cosa o leerse de una sola manera.

Mi editor y el jefe del departamento de arte estuvieron de acuerdo. No solo podía tener la cubierta que quería, sino que podía tener las dos cubiertas que quería.

Todo esto hizo que me preguntara si mi discernimiento

visual había mejorado a medida que envejecía o si tenía ya más criterio. Quizá por fin sabía cómo pedir lo que quería. Estaba siguiendo el consejo de Allan y asumiendo la responsabilidad de lo que lleva mi nombre. Enviaba mis libros al mundo con el mejor traje que podía encontrar, porque los libros eran míos y sabía que como tales los juzgarían.

---

[14] Novela inédita en castellano. Lleva como título el apellido de los personajes principales. *(N. de los T.)*

[15] Inédito en castellano. Traducible como *Verdad y belleza*. *(N. de los T.)*

# Leer a Kate DiCamillo

Kate DiCamillo vino a Nashville durante la gira de promoción de su novela *Louisiana's Way Home*[16]. Es el segundo libro de una trilogía que comienza con *El verano de Raymie Nightingale* y termina con *Beverly, Right Here*[17]. A lo largo de los años, Kate y yo nos habíamos visto unas cuantas veces y, si bien nos habíamos saludado, apenas nos conocíamos. Kate presentaba *Louisiana's Way Home* en la Escuela Oak Hill, así que, siguiendo las indicaciones de Niki, la encargada de organizar actos en Parnassus Books, compré algo de comida y me fui para allá. Me explicó que Kate era muy aficionada a mis libros. En las raras ocasiones en que Niki me dice lo que tengo que hacer, le hago caso porque tiene razón.

Kate, su agente de prensa y yo nos sentamos en unas sillas diminutas ante una mesa, también diminuta, de la biblioteca de la escuela y comimos unas ensaladas preparadas. Me agradecieron mucho que hubiera sido tan amable de llevarles la comida. Todo aquello duró menos de treinta minutos y, después, Kate dio una charla en un auditorio repleto de niños y padres. Aunque no lo tenía previsto, me quedé. Kate nos habló de la aspiradora de su madre y de cómo le había inspirado una novela sobre una ardilla que escribe poesía. Yo, al igual que todos los niños de diez años de la sala, la escuché fascinada.

Y ahí habría acabado la historia si no hubiera sido porque, al día siguiente, recibí un correo electrónico de la escritora Nell Freudenberger en el que me preguntaba si conocía a Kate DiCamillo.

—Es curioso que me lo preguntes; ayer comimos juntas —contesté.

A continuación, Nell me contó que acababa de leer a su hijo *El prodigioso viaje de Edward Tulane,* les había roto los esquemas y, además, los había convertido en mejores personas.

«Tienes que decírselo de mi parte, por favor.»

No tenía la dirección de correo electrónico de Kate DiCamillo, aunque estaba segura de que podría encontrarla. Pero no quería ponerme en contacto con ella todavía. Sabía que Kate admiraba mi obra, pero yo no había leído nada suyo porque ya no tengo por costumbre leer literatura infantil. Ni siquiera después de comer con ella y oírla hablar se me había ocurrido leer uno de sus libros. Había dado por sentado que la literatura infantil era cosa de niños, pero ¿por qué no cambiar de opinión? Si algo me había enseñado tener una librería era a ampliar mis intereses y olvidar las ideas preconcebidas sobre lo que me gustaba y lo que no. En lugar de ponerme en contacto con la autora, decidí leer su obra.

*El prodigioso viaje de Edward Tulane* es la historia de un conejo de porcelana de un metro de altura que vive en un entorno muy privilegiado, tiene un amplio guardarropa y es propiedad de una niña que lo mima mucho. Las leyes del universo de la novela se ajustan a las leyes en las que creen los niños: el conejo es un juguete que no puede hablar ni moverse, pero tiene la vida interior de cualquier ser humano. Conoce el amor y el miedo, el bienestar y el sufrimiento. Es capaz de comunicarse con otros objetos inanimados, pero no con las personas. Edward Tulane es un conejo de porcelana arrogante que no habla ni se mueve al que el destino hace caer en desgracia. Su mundo se desmorona muy deprisa. Pasa de una situación angustiosa a otra, totalmente indefenso, mientras intenta mantenerse indemne. Su situación no es muy distinta a la de la infancia: por bien o mal que empecemos en la vida, siempre puede arrastrarnos alguien a un lugar donde nos hallemos indefensos. No podemos decir nada y, cuando ya hemos reunido el valor para adaptarnos a las nuevas circunstancias, puede venir otra persona y llevarnos a un lugar lleno de peligros nuevos y mayores.

«Había una vez una princesa que era muy hermosa —le cuentan antes de acostarse a la dueña del conejo Edward, una niña llamada Abilene—. Brillaba tanto como las estrellas en una noche sin luna. ¿Pero qué importancia tenía que fuera hermosa? Ninguna. No tenía la menor importancia.»

Porque nada importa. La vida nos amenaza.

El conejo aprende humildad y compasión en el curso de las pruebas a las que se enfrenta, pero a un coste tan alto que, mientras leía, deseaba que dejara de recibir unas lecciones tan duras. Deseé al arrogante conejo lo mismo que a cualquiera: un poco de amor, un poco de seguridad y coherencia. Era mucho pedir.

¿Qué clase de escritor pone un objeto inanimado en el centro de una novela? ¿Quién querría enfrentarse a semejante tarea? Y, sin embargo, Kate había conseguido que me preocupara por un conejo de porcelana hasta perder el sueño. Nell Freudenberger tenía razón: *El prodigioso viaje de Edward Tulane* es una novela perfecta. No importa para qué edad esté escrita. Me sentí como si hubiera encontrado un portal mágico y, para pasar por él, solo tuviera que creer que cabía por el agujero.

Volví a la tienda y cogí más novelas de Kate DiCamillo: *El verano de Raymie Nightingale, Gracias a Winn-Dixie* y *Flora y Ulises.* No solo estaban bellamente escritas y tenían magníficos arcos narrativos, sino que resultaba muy satisfactorio leer un libro de una sentada. Las tramas tenían giros imprevistos y no rehuían la desesperación (eso estaba clarísimo), la alegría o la extrañeza (véase el caso de la ardilla que sabe escribir a máquina). Eran, cada una a su manera, sui géneris y extraordinarias.

Así que decidí leer todos los libros de Kate DiCamillo: porque me encantaban, porque me sentía mal por haberlos pasado por alto, porque estaba desconcertada por el alcance y la fuerza de su imaginación. Tiene dos tipos de novelas —la infancia trágica y los animales mágicos—, aunque hay muchas coincidencias entre ambos, ya que las historias realistas de niños que se abren camino en el complejo y doloroso paisaje de los adultos casi siempre contienen al menos un momento de consuelo por parte de un animal, y las historias de animales mágicos (o sus encarnaciones de porcelana) nunca pierden de vista a los niños que sufren.

Además de las novelas, leí los libros para primeros lectores, una serie llamada Cuentos de Deckawoo Drive que presenta

una variedad de almas perdidas, entre ellas dos hermanas mayores, Eugenia y Baby Lincoln, la una maltratadora y la otra maltratada. Cuando la hermana acosada se marcha para ser independiente, el resultado es *Where Are You Going, Baby Lincoln?*[18]. No habría pensado que fuera posible escribir un libro para niños pequeños sobre una anciana que se sube a un tren porque quiere experimentar un momento de autonomía. Quiere hacer un viaje necesario para su crecimiento personal. No me había dado cuenta de que este vacío, este anhelo concreto, es una parte de la vida que los niños son capaces de entender.

Pero lo importante de las historias es cómo se cuentan, y estas están contadas con maestría.

No leí los libros en ningún orden. Antes de terminar la serie de Deckawoo Drives, empecé la de Mercy Watson (historias de una simpática cerdita doméstica a la que le gustan las tostadas calientes con mantequilla, escritas para lectores aún más jóvenes). Fui dando saltos. Compré la lista de libros pendientes en su totalidad y me los llevé a casa. Cuando terminaba una pila, se la pasaba a un joven vecino, que a su vez me dibujaba notas de agradecimiento.

En algún momento de la inmersión en DiCamillo, me puse muy enferma, ese tipo de dolencia invernal que dura un mes o más, una de esas enfermedades que, antes del COVID, nos parecían malísimas. Cuando estaba despierta, leer a Kate DiCamillo me resultaba muy reconfortante. Su obra rebosa lealtad, la feroz lealtad de la infancia que hace que uno se clave un alfiler en el dedo para mezclar su sangre con la de su amigo como símbolo de un vínculo inquebrantable. El sufrimiento y la crueldad que soportan los personajes eran una especie de campana transparente y brillante. ¿Cómo podía contar DiCamillo historias como estas a los niños? Ah, sí, porque los niños sufren. Nosotros hemos crecido y lo hemos superado, pero ellos siguen en los bosques tenebrosos, esperando la voz de la solidaridad.

Volví a esos bosques tenebrosos. A veces me emocionaba y otras veces, a decir verdad, los recuerdos me producían malestar.

No recuerdo en qué momento llegué a *La elefanta del mago.* Quisiera decir que fue al final de mi viaje, el último de DiCamillo que quedaba en la pila, pero a lo mejor estoy convirtiendo esta historia en un cuento de hadas, cosa que no está mal, ya que, en un sentido muy real, es un cuento de hadas. *La elefanta del mago* resultó ser mi favorito. Es la historia de una niña que está en un orfanato, de su fiel hermano y de una elefanta esclavizada por un mago que, sencillamente, cometió un error. Estaba leyendo en la cama y Karl se había quedado dormido. Tenía la luz encendida. Era la víspera de Año Nuevo.

> Sin embargo, antes de venir a servir a Madame LaVaughn, Hans Ickman había vivido en un pueblecito de las montañas y allí tenía a su familia: hermanos, una madre y un padre, y una perra famosa porque podía saltar el río que atravesaba el bosque más allá del pueblo.
>
> El río era demasiado ancho para que Hans Ickman y sus hermanos lo cruzaran de un salto. Era incluso demasiado ancho para que un hombre adulto saltara por encima. Pero la perra daba un salto corriendo y lo cruzaba sin esfuerzo. Era una perra blanca y pequeña y, aparte de su capacidad para saltar el río, no tenía nada de extraordinario.
>
> Hans Ickman, a medida que envejecía, se olvidó por completo de la perra; esa capacidad milagrosa quedó relegada a un rincón de sus recuerdos. Pero la noche en que la elefanta atravesó el techo de la ópera, el criado volvió a recordar, por primera vez en mucho tiempo, a la perrita blanca.
>
> En la cárcel, mientras oía la interminable e invariable conversación entre Madame LaVaughn y el mago, Hans Ickman se acordó de que, cuando era niño, esperaba en la orilla del río con sus hermanos y veía a la perra correr y luego lanzarse al aire. Recordaba cómo, en mitad del salto, la perra siempre torcía el cuerpo, un pequeño gesto innecesario, un impulso de alegría, para demostrar que esa cosa imposible a ella le resultaba fácil.

Yo había tenido una perra llamada Rose que era así: pequeña, blanca y lista. Era tarde, estaba enferma y no podía dejar de pensar en mi querida perra que había muerto tiempo atrás. Nunca la había olvidado, pero, aun así, había olvidado muchas cosas. Esos libros me habían dado herramientas para mirar

hacia atrás. Me maravillaba la resistencia de los niños que eran lo bastante fuertes como para leer novelas tan tristes y hermosas, llenas de prisiones, mazmorras, hambre, dolor y cuchillos. Me maravillaba la resistencia de los niños y su capacidad de sobrevivir con alegría a su propia infancia.

Cualquier novela de Kate DiCamillo que empezaba, la terminaba esa misma noche. Solo se tarda una o dos horas en leerlas. Cien páginas después, no muy lejos del final, llegué a esto:

> El criado miró a los ojos del chico y se vio a sí mismo, joven de nuevo y todavía capaz de creer en los milagros, a la orilla del río con sus hermanos, mientras la perra blanca estaba suspendida en el aire.
>
> —Por favor —dijo el niño.
>
> Y, de repente, Hans Ickman recordó el nombre de la perrita blanca. Rose. Se llamaba Rose. Y recordarlo fue como encajar en su sitio la pieza de un puzle.

Rose. Una perrita blanca llamada Rose.

Recordé lo que sentía de niña cuando leía un libro y estaba segura de que el autor me hablaba directamente a mí. La obra de Kate DiCamillo había abierto una puerta en mi interior, me había dado la capacidad de ver y sentir cosas que quedaban ya muy lejos. Era medianoche cuando leí la última página y apagué la luz. Todavía despierta, le pedí a mi perrita Rose que volviera y regresó corriendo. Había estado esperando mi llamada. Era perfecta en su alegría y la abracé y la besé. Entonces llamé a mi padre, solo para ver qué pasaba, y también vino a mí, y me tomó en sus brazos, a mí y a mi perrita. Mi padre no era más que amor, un amor tan incuestionable y puro que no había resquicios para dudar de él. Llamé a mi abuela, a mi querida Lucy, a mi padrastro, y vinieron todos y me estrecharon entre sus brazos. Nunca había vivido un momento así en mi vida, con tanto amor, tan libre de dudas, de agotamiento o de incomprensión. Este amor siempre había estado ahí, siempre estaría ahí, aunque lo reescribiera o lo olvidara. Llena de gratitud, lloré hasta quedar dormida.

Eso es lo que me han dado estos libros: la capacidad de abrir la puerta tras la cual todo lo que creía perdido estaba

esperándome. Todo. La clave estaba en tener la valentía suficiente para mirar. Estos libros me han dado esa valentía, que es otra forma de llamar a la capacidad de creer.

---

[16] Inédito en castellano. Traducible como *El regreso a casa de Louisiana. (N. de los T.)*

[17] Inédito en castellano. Traducible como *Beverly está aquí. (N. de los T.)*

[18] Inédito en castellano. Traducible como *¿Adónde vas, pequeña Lincoln? (N. de los T.)*

# Hermanas

Tendría yo unos diez años la primera vez que una cajera del supermercado nos preguntó a mi madre y a mí si éramos hermanas. En aquel momento, pensé que la cajera quería decir que nos parecíamos y, hasta cierto punto, era verdad. Era rubia y blanca como mi madre, de hombros estrechos, pero yo tenía los ojos verdes y ella azules. Mi hermana tenía el pelo castaño y una piel que se doraba con solo salir por la puerta. La gente no preguntaba a mi madre y a mi hermana si eran hermanas, aunque seguro que eso tenía que ver con el hecho de que mi hermana era tres años y medio mayor que yo y ponía gran empeño en no ir nunca con nosotras al supermercado. (Nadie nos preguntó nunca a mi hermana y a mí si éramos hermanas, probablemente porque lo éramos, y, aunque no nos parecíamos mucho cuando crecimos, el vínculo que nos unía era evidente.) La pregunta de la cajera era un cumplido para mí —tu madre es muy guapa—, pero, sobre todo, era un cumplido para ella: qué joven pareces, ¿cómo puedes ser la madre de esta niña tan mayor?

Mi madre tenía veintiséis años cuando yo nací, y se instaló en los veinte para siempre. Parecía tan joven que, hasta cumplidos los cuarenta, le pedían la documentación en los bares. Todo el mundo envejecía menos ella. Cuando estaba en el instituto, llevé uno de sus camisones al baile de fin de curso. Mi madre no estaba y yo no sabía que aquello era un camisón. Por lo que a mí respectaba, no era más que otro precioso vestido colgado en su armario. *(Nota bene:* mi madre colgaba los camisones.) Más tarde, le conté a mi madre lo del vestido y ella me contestó que era un camisón, lo que fue motivo de risas con mis amigas, ya que aquel camisón era más bonito que los vestidos que habían llevado ellas. Todas mis amigas estaban enamoradas de mi madre, con sus botas de cremallera,

su Jaguar E-type y su gruesa cola de caballo rubia. Mi madre estaba dispuesta a escribir una nota justificante para cualquiera que hubiera pasado la noche en casa y llegara tarde a la escuela a la mañana siguiente. «Es más bien una hermana», decían mis amigas, sin que ello implicara que nos pareciéramos físicamente.

Cuando llegué a la universidad, cualquier semejanza que hubiéramos tenido resultaba ya más difícil de ver; no es que hubiera desaparecido, pero ya no era obvia. El pelo se me había ido oscureciendo hasta alcanzar un color que yo llamaba «de ratón muerto» y había engordado, dos cosas que no le habían ocurrido a mi madre. Era un poco más alta que ella y ya no me cabía su ropa. Cuando volví de la universidad, la cajera del banco nos miró fijamente, como si se encontrara con alguien a quien no pudiera ubicar. «¿Sois hermanas?», preguntó. Y eso era justo lo que quería decir: ¿Sois hijas de los mismos padres?

A mi madre, que parecía un cruce entre una heroína de Hitchcock y una de las esposas de John Derek, le había tocado la lotería genética. Si hubiera seguido mi ejemplo y no hubiera hecho nada más que lavarse la cara y salir por la puerta por la mañana, seguiría siendo la mujer más guapa con la que uno se cruzaba en un día cualquiera, pero mi madre no dejaba nada al azar. Se saltaba el postre y los panecillos de la cena, no olvidaba la crema hidratante y la protección solar. Tenía una colección de bodis, bragas y camisolas de seda de todos los colores y, cuando se cambiaba de ropa, empezaba por el principio y se cambiaba también la ropa interior, incluso lo que nadie veía, porque la lencería formaba parte de todo un conjunto. Las mejores horas de mi infancia las pasé sentada en el borde de la bañera viéndola maquillarse y peinarse. Los chicos que se encargaban de ayudar con las bolsas del supermercado se peleaban por empujarle el carrito hasta el coche, y una o dos veces el ganador intentó besarla. Tuvo que hacerse imprimir cheques en los que no figurara su número de teléfono porque el hombre de la licorería lo quería para quedar con ella. ¿Tan raro era ser guapa en aquellos tiempos? En los restaurantes, siempre se nos acercaba alguien para decirnos,

por si no lo sabíamos, que mi madre era como una aparición; de verdad, nunca habían visto a nadie como ella. Mi madre daba las gracias mientras los demás seguíamos comiendo.

Crecí, me hice mayor. No me teñí el pelo ni me compré rímel. Aspiraba a tener un aspecto limpio, cuidado e invisible, y en esto tuve éxito. Había visto los beneficios y los costes de la belleza y decidí pasar. Una decisión afortunada por mi parte, ya que, aunque mi aspecto era bastante agradable, no poseía ni la materia prima ni la voluntad de intentar mejorar lo que la naturaleza me había dado. Me gusta pensar que la belleza de mi madre me ha hecho ahorrar tiempo, es decir, años y años de vida. Aunque todo indique lo contrario, la mayoría de las mujeres albergan alguna esperanza secreta de ser bellas, de que un vestido, un lápiz de labios o una dieta cambien las cosas a su favor. Tras vivir tan cerca de una belleza excepcional, no albergaba tales ilusiones.

A la gente le encanta creer que las mujeres hermosas son narcisistas y que recibirán castigo por los dones inmerecidos de los que disfrutan. Aunque, sin duda, la vida la castigó por su belleza con maridos celosos y amigas envidiosas (y con una hermana mayor a la que le gustaba anunciar a todo el que quisiera escuchar que mi madre tenía el físico, pero ella —la hermana— tenía el cerebro), mi madre nunca fue narcisista. Trabajó de enfermera la mayor parte de su vida. Poseía una extraña habilidad para reconfortar a la gente, para saber lo que había que decir y para saber cuándo no había que decir nada. Gustaba, sobre todo, a los hombres, pero también a los perros y a los niños. Era divertida y amable y, a pesar de lo que dijera su hermana, inteligente. También era hermosa.

A medida que me fui adentrando en la treintena y la cuarentena, la hermandad con mi madre se convirtió en un hecho. Ya no eran preguntas, eran afirmaciones. Cuando alguien decía: «Hermanas, ¿verdad?», yo respondía: «Desde luego». De hecho, me estaba convirtiendo en la hermana mayor. Podía imaginar que llegara el momento en que la madre fuera yo.

Si mi madre era la que respondía a la pregunta, siempre decía la verdad. Al fin y al cabo, ella era la progenitora y

estaba orgullosa de mí. Una vez, cuando yo tenía cuarenta años, pasamos por mi editorial en Nueva York para dejar unos papeles. El guardia de seguridad de la recepción nos pidió algún documento de identificación.

—¿Hermanas? —preguntó con suspicacia.

—Es mi hija —dijo mi madre.

El hombre nos devolvió los carnets de conducir y me miró.

—¿Qué estás haciendo mal?

Me reí.

—Deberías preguntarle a ella qué es lo que está haciendo bien.

—Sé lo que he dicho. —Su tono era tajante, acusador—. Te he preguntado qué estás haciendo mal.

De vez en cuando sí hacía las cosas bien, pero solo cuando había profesionales capacitados que cobraban para arreglarme. Cuando salía en la televisión o me fotografiaban para una revista, una persona me vestía con ropa que no era mía, otra me alisaba, rizaba y humedecía el pelo mientras una tercera me pintaba una cara completamente nueva encima de la mía. Tras el proceso, incluso yo debo admitir que me parecía a mi madre. Alguna vez fui a verla después de una sesión fotográfica y nos fuimos a comer antes de que pudiera coger una toallita y restregarme la cara. Los veintiséis años que me llevaba mi madre quedaban equilibrados cuando llevábamos una capa de maquillaje. En una ocasión, la camarera se llevó la mano al corazón.

—¡Oh! ¿Sois gemelas?

—Hermanas —contesté.

De nuevo estuvimos a la par cuando mi madre se puso enferma, poco antes de cumplir ochenta años. Tenía un dolor tan terrible debajo de las costillas inferiores que la llevé al hospital en plena tormenta, en mitad de la noche, sin darle tiempo a maquillarse ni a hacer la maleta. El médico de urgencias la envió directamente a la unidad de cuidados intensivos, donde estuvimos una semana. Durmió en una cama dentro de una habitación de cristal y yo dormí en una silla a su lado. Le diagnosticaron una infección en la parte superior del duodeno. Empapaba el camisón y las sábanas y temblaba tanto

que yo me metía en su cama y la abrazaba. El personal médico, de enfermería y el de limpieza pasaba por su habitación en forma de pecera cada quince minutos para comprobar esto o aquello, y allí observaban a las dos mujeres pálidas, en una sola cama, que no comían, dormían ni se lavaban, pero que yacían juntas, abrazadas por la cintura como una madre y una hija, bajo las zumbantes luces fluorescentes. Podría decirse que nunca habíamos tenido peor aspecto.

—Cuánto os parecéis —dijo una enfermera en voz baja, sin querer causarnos más molestias de las que ya teníamos.

—¿Como hermanas? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No —dijo—. Como si fuerais la misma persona.

# Estos días preciosos

Sé muy bien cuándo empezó todo porque recuerdo el momento con exactitud. Era tarde y acababa de terminar la novela que había estado leyendo. Unas pocas páginas más me ayudarían a conciliar el sueño, así que busqué un relato. No es difícil encontrar alguno en mi despacho: está lleno de pilas de libros, la mayoría son copias de lectura anticipada que me envían con la esperanza de que escriba unas frases para la contracubierta. Llegan a diario en sobres acolchados —novelas, memorias, ensayos, relatos—, libros que no he pedido y que, en la mayoría de los casos, nunca llegaré a leer. Aquella noche del verano de 2017, cogí un libro titulado *Tipos singulares y otros relatos,* de Tom Hanks. Había estado languideciendo en una pila junto a la cómoda durante un tiempo, olvidado, como consecuencia del prejuicio tácito que establece que los actores deberían limitarse a actuar. Pero, en aquel momento y sin ningún motivo concreto, cambié de opinión. ¿Por qué no iba Tom Hanks a ser capaz de escribir relatos? ¿Por qué no iba yo a leer alguno? Nos fuimos a la cama, el libro y yo, y aquello desencadenó una serie de acontecimientos. Sin que me diera cuenta, estaba empezando la historia que voy a contar aquí. La puerta se abrió y entré.

Pero toda historia que comienza también termina. Así piensan los novelistas: principio, desarrollo y final.

Debo decir, a aquellos que no lo hayan leído, que *Tipos singulares y otros relatos* es un libro muy bueno. Si no fuera así, esta historia acabaría en este mismo momento. Si hubiera sido un libro malo o mediocre, lo habría dejado; pero lo cierto es que me sorprendía página tras página. Dos días más tarde envié un informe positivo al editor. He escrito muchos comentarios para la contracubierta de un libro, la mayor parte de ellos para escritores noveles de ficción a quienes creía que

podía ayudar. La idea de que Tom Hanks se beneficiara de mi ayuda me hizo gracia y luego olvidé el asunto.

O lo habría olvidado si no hubiera sido porque, a las pocas semanas, recibí una llamada del agente de prensa de Tom Hanks para preguntarme si podía ir a Washington en octubre a entrevistar al actor en directo en un acto de la gira de promoción del libro. En mi condición de copropietaria de una librería, suelo entrevistar a autores y, aunque la mayoría de las veces conversamos en Nashville, donde vivo, en algunas ocasiones la petición es lo bastante interesante para que tome un avión. Podía haber contestado que estaba ocupada escribiendo una novela, lo cual habría sido cierto, pero un tanto ridículo. ¿Tom Hanks necesita un favor? Pues ahí voy yo, encantada.

—¿Te das cuenta de que tu vida no es normal? —preguntó Niki cuando anuncié mi viaje. Niki tiene opiniones particulares sobre mi vida—. ¿Entiendes que los demás no vivimos así?

Pero lo cierto es que solo pienso en cómo viven los demás. La curiosidad es la piedra angular de la ficción. Sin embargo, aunque mucha gente ha querido contarme su historia porque cree que da para una novela maravillosa, eso casi nunca funciona. Las personas no son personajes, por mucho que les digamos que lo son; las conversaciones no son diálogos y la suma de nuestras actividades no forma una trama. En la vida real, el tiempo transcurre de manera uniforme, pero en la ficción el tiempo está condensado: de una acción se salta a otra. La causa y el efecto están mucho más claros en las novelas que en la vida. Aunque el lector tal vez no vea cómo se entrelaza todo a medida que avanza la obra, cuando se mira hacia atrás desde el final, el recorrido queda claro. Tal vez Niki tenía razón al decir que mi vida es diferente, pero tal vez sea porque tiendo a pensar en las cosas en términos literarios: tomo un libro y lo leo hasta altas horas de la noche y, como me gusta el libro, me piden que entreviste al autor que, en este caso resulta que, además, es actor.

Fui sola a Washington. Iba a pasar una sola noche. Fui

andando desde el hotel hasta el teatro, mostré mi identificación a un guardia y este me condujo a la abarrotada sala de espera de los artistas. Conocí a los anfitriones del acto y a algunas personas que trabajaban para ellos. Me presentaron al editor de Tom Hanks, al agente de Tom Hanks, a su agente de prensa, a su asistente y al mismísimo Tom Hanks. Era alto y delgado, y parecía muy a gusto respondiendo preguntas y firmando libros. Todos se reían de sus chistes porque tenían gracia. En la pequeña sala, todos posaban con él mientras la asistente iba haciéndoles fotos con sus respectivos móviles. Las preguntas del público iban llegando en pequeñas fichas que leían en voz alta y clasificaban. Me daban las que Tom Hanks aprobaba para que las leyera al final del encuentro si quedaba tiempo. Llegado el momento, acompañaron a todos los presentes a su sitio en el auditorio y a Tom Hanks, a su asistente y a mí nos llevaron tras la cortina para que esperáramos. Su asistente era una mujer muy menuda que llevaba un abrigo entallado con enormes peonías bordadas sobre terciopelo negro.

—Qué abrigo tan bonito —dije. Me la habían presentado al llegar, pero no recordaba cómo se llamaba.

La experiencia de esperar entre bambalinas en la oscuridad, justo antes de que empiece un acto, es siempre la misma. Nunca oigo bien lo que dice la persona que hace la presentación en la escena y, durante unos minutos, ni siquiera soy capaz de decir el nombre de la sala o el de la ciudad en la que me encuentro. Por lo general, hay alguien manejando las luces y los micrófonos que me dirige unas palabras, aunque aquella noche ese alguien que me hablaba era Tom Hanks. Quería saber si me gustaba tener una librería, ya que estaba pensando en abrir una. ¿Podríamos hablar de eso más adelante? Por supuesto. Estábamos a punto de salir.

—No tengo ninguna pregunta —susurré en la oscuridad—. Creo que estas cosas salen mejor si se improvisa.

Y entonces salimos los dos hacia la luz cegadora.

Lo primero que dijo Tom Hanks al público, señalándome, en cuanto el griterío de entusiasmo cesó, fue:

—No tiene ninguna pregunta que hacerme.

Cuando terminó el encuentro, se tomaron más fotos y todo el mundo dijo que le había gustado mucho. Tom Hanks, su asistente y yo nos quedamos solos de nuevo, los tres al final de un largo pasillo de hormigón situado junto a la puerta del escenario, dándonos las buenas noches y despidiéndonos. Un coche venía a recogerlos.

—Vamos, Sooki —dijo Tom Hanks con voz estentórea—. Volvamos al hotel, necesito un Martini Belvedere.

Esperaba que me invitara a sumarme. Había pasado dos horas en un escenario hablando con Tom Hanks y ahora quería hablar con Sooki, la del magnífico abrigo. Sooki casi no había dicho nada y, sin embargo, no podía dejar de mirarla, de la misma manera que los ojos se sienten atraídos por la iridiscencia del cuello de un colibrí. Pensé en lo extraordinariamente famoso que uno debía ser para tener a alguien como Sooki trabajando de asistente.

Ninguno de los dos me invitó a sumarme a las copas.

De nuevo, podría parecer que esta historia ha llegado a su fin, pero pasaron unos meses y, una mañana temprano, recibí un correo electrónico de Tom Hanks. Estaba en Nashville y quería saber si podíamos quedar en la librería al cabo de media hora. No podía: mi amiga, sor Nena, acababa de llamarme. Se había caído por unas escaleras de la iglesia la víspera, se había torcido el tobillo y ahora tenía el pie hinchado y dolorido. Necesitaba que la llevara al hospital para que le hicieran una radiografía.

Contesté con otro correo electrónico: «Tengo que ocuparme de mi monja».

«¿Tu monja?», preguntó subrayando el «tu», en lugar de, como habría hecho la mayoría de la gente, la palabra «monja».

Le conté la historia a sor Nena cuando estábamos en la sala de espera y ella tenía el pie en alto, en el reposapiés de una silla de ruedas. Parecía decepcionada.

—Quiero conocer a Tom Hanks —dijo.

Llamé a la librería para avisarles de que Tom Hanks iba de camino. Tom los entusiasmó: compró montones de libros,

firmó muchos más, se hizo fotos y fue a la tienda de al lado a buscar un buñuelo de manzana. Se me había escapado la ocasión, pero meses más tarde volvió a presentarse de nuevo. Su mujer, Rita Wilson, es cantante y compone con gente que vive en Nashville (en Nashville escribir canciones es una tarea colectiva). Resultó que Tom y Rita venían a Nashville con cierta frecuencia; no mucha, pero más de lo que habría pensado. En su segunda visita, nos sentamos en la atestada oficina de Parnassus y, mientras mi perro dormía en su regazo, hablamos de la librería que le gustaría abrir en Santa Mónica. Empecé a fantasear y anticiparme a los acontecimientos pensando en lo mucho que Tom Hanks podía hacer en favor de las librerías independientes. ¿Cabía imaginar mejor portavoz?

He aquí una verdad universal: la gente quiere ayudar a Tom Hanks. Sus películas nos han conmovido a todos y eso, sumado al hecho de que es un hombre muy agradable, hizo que resultara fácil reunir a una serie de libreros dispuestos a arrimar el hombro. Pero, con el paso del tiempo, la idea fue quedando relegada. Cuando hablábamos, la conversación se centraba más en libros que en librerías. Un motivo más para apreciar a Tom Hanks: es un gran lector. Recomienda libros y pide recomendaciones. Yo acababa de terminar una novela y me atreví a enviarle un correo electrónico preguntándole, en broma, si querría grabar la versión en audiolibro. Me contestó:

> [17 de marzo de 2019] Hola. Estoy en Albuquerque rodando una película. ¡Me encantaría grabar tu audiolibro! Pero ¿cuándo? Tengo muy poco tiempo porque trabajo hasta mediados de mayo, en junio me voy de los Estados Unidos y vuelvo en septiembre para hacer otra película. ¿Qué plazo tenemos? ¿Cuántos días serán necesarios? ¡Los libros son divertidos!

Me senté ante el escritorio para intentar cuadrar las fechas: el tiempo era escaso y su talento resultaba desproporcionado para semejante empresa. No se me había ocurrido que accediera. Si me hubiera parado a pensarlo, no me habría atrevido a pedírselo. Había pasado un año y medio desde que había cogido su libro en mi despacho y ahora me encontraba con que Tom Hanks estaba dispuesto a narrar *La Casa*

*Holandesa.*

Cuando Tom pensaba en abrir una librería en Santa Mónica, hablé una o dos veces con Sooki. Y en aquel momento, mientras ella indagaba en su agenda en Playtone, su productora, yo tenía puestas todas mis esperanzas en Sooki. ¡Maravillosa Sooki! Encontró el tiempo necesario aquí y allá. Mientras trabajábamos para que se firmaran los contratos y hablábamos con el productor de audio, nuestros correos electrónicos se convirtieron en un afectuoso intercambio.

> [30 de abril de 2019] Imagino que tu amabilidad viene de que eres amable. Por suponer algo.

> [30 de abril de 2019] Mi amabilidad viene de que me gustaría de verdad que se hiciera esta grabación. Soy muy fan de tu obra (y de Tom, por supuesto) y me emociona que colaboréis. Estoy muy contenta de hacer de puente para cosas buenas.

Este tipo de correos no se salen de lo normal para mí, como estoy segura de que para ella tampoco. El correo electrónico tiende a un tono excesivamente familiar. Yo también tiendo a ser excesivamente familiar.

Sooki tenía dos nietos pequeños en San Diego y había previsto llevarlos a un acto que estábamos organizando allí para presentar mi última obra, un libro infantil, pero no fueron. Perdí el contacto con ella durante un tiempo y luego volvió a aparecer. Se disculpó por el retraso en contestar a mis mensajes diciendo que había recibido tratamiento médico y había estado de baja.

Le pregunté si se encontraba bien. Nos habíamos visto en persona, habíamos estado juntas en la oscuridad de un teatro de Washington durante unos minutos un año y medio antes. Había admirado su abrigo, esas peonías rosas tan grandes como mi mano.

> [21 de abril de 2019] Gracias por tu interés por mi salud. Estoy haciendo todo lo posible para mantenerlo a raya, pero me diagnosticaron cáncer de páncreas en noviembre (lo detectaron pronto), así que he estado lidiando con cirugías y quimioterapia. Sigo aquí, en Playtone y en el mundo.

Le habían diagnosticado cáncer de páncreas un año después de conocernos. No había ninguna razón para que me lo contara. Casi no nos conocíamos y la mayor parte de nuestra correspondencia había sido posterior a nuestro encuentro. Era uno de estos contactos efímeros habituales en el mundo moderno. Salvo que se trataba de Sooki y me caía muy bien.

Una semana después, Tom Hanks empezó a grabar *La Casa Holandesa* en un estudio de Los Ángeles. Sooki lo acompañaba todos los días. Me iba poniendo al corriente: ahora el capítulo ocho, ahora el capítulo doce. El director del audiolibro me envió un artículo de un número de la revista *New York* de 1978 sobre Sooki. Había entrado a trabajar en el Departamento de Salud de Nueva York, en la Oficina de Asuntos Animales, nada más terminar la universidad. Era la única integrante del escuadrón de los murciélagos. Era Batgirl. Las fotos de Sooki a los veintidós años mostraban a una hermosa chica de ojos oscuros que, con las manos enguantadas, sostenía un murciélago y una red, de pie sobre un escritorio y calzada con pequeñas zapatillas de lona. Me asaltó un deseo abrumador de conocerla, de no querer perderme a Sooki mientras estuviera aquí.

Así es como escribo una novela: se me ocurre un fragmento de una idea. Puede ser un personaje, un lugar, un dilema moral. En el caso de *La Casa Holandesa,* empecé a pensar en una mujer pobre que, de repente, se hace rica y, como no es capaz de afrontar el cambio de circunstancias, deja a su familia y se va a la India a seguir a un gurú.

Sor Nena negó con la cabeza.

—No es un gurú. La mujer es católica. No tiene que ir a la India. Ayuda a los pobres como Dorothy Day.

Estábamos sentadas ante la barra del California Pizza Kitchen a las cuatro de la tarde. Era nuestro lugar habitual, lo que sor Nena llamaba «vacaciones». Pidió el merlot de la casa y yo un agua con gas con zumo de arándanos. Quería que le contara cosas del libro que iba a escribir, un libro en el que yo apenas había empezado a pensar.

—La mujer se va a la India —dije.

—Podría ser una monja. —Sor Nena cogió un trozo de pan y lo pasó por el aceite de oliva del plato que teníamos delante.

Negué con la cabeza.

—Está casada —dije—. Tiene hijos. Tiene que tener hijos.

—Puede tener hijos, muchas monjas han estado casadas.

—Son viudas, no divorciadas.

—Nunca se sabe. —Entonces me miró, su cara se iluminó de repente por un giro de la trama—. Podría trabajar para la madre Teresa. Si realmente quisiera ir a la India y quisiera servir a los pobres, eso es lo que haría.

No tenía claro por qué estaba negociando el futuro de mi personaje con mi amiga, pero allí estaba, escuchando. ¿Mi personaje quería ser monja?

Cuando estoy elaborando una novela, dejo todas las puertas y ventanas abiertas para que los personajes entren y salgan con facilidad. No tomo notas. Una vez que empiezo a escribir, tengo la sensación de ir poniendo la historia en su sitio. Cuando confío en mi imperfecta memoria, las piezas se mueven libremente. El personaje que tenía claro empieza a alejarse mientras otro en el que apenas había reparado se mueve para llenar ese espacio. El camino se bifurca y vuelve a bifurcarse. Se convierte en un sendero que se adentra en el bosque. Se convierte en el bosque. Encuentro un arroyo y lo sigo, el arroyo se seca y busco el musgo de los árboles. Durante un tiempo, la mujer de esta novela se fue a la India a trabajar para la madre Teresa. Lo intenté, pero no funcionó. ¿Qué pasaba con los niños que se quedaban en esa casa que ella odiaba? ¿Qué era de ellos? ¿Y qué pasaba con las mujeres que limpiaban la casa, que preparaban la cena a esos niños? Me interesaban más los que se quedaban.

Armar una novela es esencialmente estructurar la vida de unos desconocidos con los que me voy familiarizando. En cierto modo, no es muy distinto de organizar mi propia vida. Creo que sé lo que estoy haciendo cuando, en realidad, no tengo ni idea. Pero sigo adelante. Para cuando el libro está escrito, quedan ya pocas pruebas de la chispa inicial o de una conversación en el California Pizza Kitchen. Aun así, soy capaz,

al menos durante un tiempo, de retomar el hilo y recorrer el camino en sentido inverso. Todo parece lógico al mirar atrás —sí, por supuesto, eso hicimos—, pero al avanzar es totalmente distinto. Avanzas a oscuras.

Una vez terminado el audiolibro, Sooki y yo mantuvimos un intercambio esporádico de correos electrónicos. Tenía la sensación de que su tiempo era precioso. Hablábamos de pintura porque ella pintaba. Le envié libros sobre la teoría del color. Escribíamos sobre artistas que nos gustaban, sobre Pantone y la rueda de colores. El «estimada» dio paso al «querida»; «un abrazo» se convirtió en «un beso». Luego llegó esto:

> [21 de junio de 2019] La semana pasada terminé los seis meses de quimioterapia y me han hecho un TAC de seguimiento. Mi médico dijo en la misma frase unas palabras que nunca pensé que oiría juntas: «cáncer de páncreas» y «¡en remisión!». Parece una declaración prematura, pero la doy por buena. Brindo por más tiempo para explorar el color y disfrutar de todas las personas —como tú— que llenan la vida de colores.

Más tarde, en verano, se sometió a radioterapia para ir sobre seguro.

> [5 de agosto de 2020] Durante las últimas cinco semanas, la radioterapia se ha convertido en una rutina fascinante. Llevo veintidós sesiones y me quedan seis. Solo voy entre semana y no fui el 4 de julio, porque, al parecer, el cáncer se toma los fines de semana libres, así como los días festivos federales.
>
> Todos los días laborables salgo de casa a las 6:30 de la mañana para llegar a las 7:30 al sótano inferior, piso 2B, del Centro Médico Westwood de la Universidad de California en Los Ángeles. En la máquina que me han asignado hay un estupendo terapeuta llamado Hassan, siempre el mismo, que es de trato amable. Me hace repetir mi nombre, mi fecha de nacimiento y la zona de radiación cada vez que entro en la sala. Quiero imaginármela como una sala de curación, pero me recuerda a un almacén de carne: un frío glacial —supongo que esa temperatura es necesaria para la delicada maquinaria— con una hilera de torsos azules

colgados de ganchos. Mi torso azul, el molde que me hicieron el día que vine para que me lo ajustaran y me tatuaran, ya está en la cama de radiación y tengo que destaparme la barriga y deslizarme sobre la mesa para que puedan alinear los rayos láser con todos los tatuajes y las equis rojas antes de que me cubran con una sábana de franela previamente calentada.

Me impresionó mucho el primer día cuando los terapeutas se arremolinaron en torno a la camilla para formar un molde con mi cuerpo y explicarme para qué eran los tatuajes. Me dijeron que, aunque no todo el mundo quería hacerse los tatuajes, era la forma más precisa de apuntar bien el campo de radiación previsto meticulosamente por el equipo de físicos que trabajaba con mi oncólogo. La alternativa eran unas pegatinas que podrían desplazarse o desprenderse en la ducha. Por supuesto, elegí los tatuajes. La precisión parecía importante. Qué más daba añadir tres tatuajes azules a la prominente cicatriz abdominal. Así que me llevé una sorpresa cuando el primer día de radioterapia apareció otro técnico con un rotulador rojo para pintar tres grandes X cerca de los tatuajes como puntos de referencia adicionales y poner encima unos adhesivos redondos y transparentes.

Ahora parezco un proyecto de arte improvisado de niños de primaria y, además de los tatuajes permanentes, tengo que cuidar las tres pequeñas pegatinas y las marcas dibujadas a mano con un rotulador indeleble para que duren seis semanas. Me siento como si pudiera sustituirlas por las alegres pegatinas que reparten en algunos supermercados a los niños que se portan bien, cosa que mina un poco mi confianza en la naturaleza sofisticada de todo el proceso.

Le envié más libros: libros que había escrito yo, libros que pensé que le gustarían, libros de Kate DiCamillo para que los leyera con sus nietos. A cambio, me mandó unas fotos que había tomado en Los Ángeles de una mujer con un sari naranja que pasaba en bicicleta por delante de un autobús urbano. Sooki vivía en un mundo electrizado por verdes y azules, buganvillas moradas que cubrían paredes de color rosa intenso, colores inexplicablemente vívidos. Sooki llenó de color mi bandeja de entrada durante un tiempo y luego volvió a desaparecer.

Llegó el invierno sin una palabra. Estaba preocupada, pero

me parecía que no debía preguntar. ¿Tom sabía que Sooki y yo nos habíamos hecho amigas? ¿Se le ocurriría decírmelo si le hubiera pasado algo? Me habría gustado saludarla muy discretamente para no molestarla. No quería atosigarla, pero no podía evitarlo.

> [27 de diciembre de 2020]. Querida Ann: Hoy voy a Stanford (ida y vuelta en el día) para una segunda opinión con el libro de la elefanta del mago en la bolsa de mano.

No me hacía falta saber cuál había sido la primera opinión para entender lo que significaba que buscara otra. Le deseé buena suerte, ¿qué otra cosa se podía decir? ¿Podría decirle que me gustaría ir a verla? ¿Que me gustaría conocerla, de la misma manera que había querido conocer a mis amigos por correspondencia cuando era pequeña? Esto era lo que sabía de Sooki: vivía en Los Ángeles. Tenía un hijo y una nuera con dos niños que vivían más al sur, y una hija y un yerno que se habían mudado recientemente al norte. Pintaba. Se había dedicado a atrapar murciélagos para la ciudad de Nueva York. Trabajaba para Tom Hanks. Tenía cáncer.

Vi a Tom y a Rita dos veces más en Nashville. La segunda vez vinieron porque Rita cantaba en el programa de radio *Grand Ole Opry*. Karl y yo pasamos con ellos una hora y media en el camerino entre dos actuaciones. Dionne Warwick vino con su hijo. Hablamos de cantar, de las giras y del *Opry*. Les conté que, cuando era niña, mi hermana y yo íbamos al auditorio Ryman los viernes y sábados por la noche con el médico del *Opry*. Nos llevaba con sus dos hijas pequeñas, y las cuatro nos sentábamos en las bobinas de los cables eléctricos, entre bastidores, y nos quedábamos dormidas en los camerinos, en el mismo camerino donde estábamos. Cada infancia es extraña a su manera.

> [7 de febrero de 2020] La última vez que nos escribimos ibas de camino a Stanford para una segunda opinión. Pienso en ti a menudo y espero lo mejor. Besos, Ann.

> [8 de febrero de 2020] Hace siglos que todos los días pienso en escribirte. Mientras me preparaba para enviar los detalles de la

segunda opinión, ya estaba buscando la tercera opinión y replanteándomelo todo.

Mi marcador de cáncer (CA 19-9) no es específico para el cáncer de páncreas (puede indicar otras inflamaciones en el cuerpo), pero es un indicador y se supone que debe estar en 35 U/L o menos. El pasado octubre, tres meses después de la quimio y la radio, era normal: gran noticia, pero luego empezó a subir.

Ha sido un ejercicio de narración creativa intentar pensar en más y más razones por las que ese número iba creciendo mientras que los escáneres (¡tomografía computarizada!, ¡resonancia magnética!, escáneres PET) no mostraban ningún signo de enfermedad. Busqué todas las anomalías en internet y decidí que tal vez se debía a un exceso de té negro o a llevar los zapatos de un color que no pega. Cuando esta semana la cifra se ha disparado a 1700 U/L, se me han acabado las excusas. Y el escáner PET/TAC del miércoles indicaba que el cáncer ha vuelto y está en el hígado.

Ahora estoy sentada en el aeropuerto esperando a coger un vuelo para mi próxima opinión en el hospital oncológico Sloan Kettering de Nueva York. (No me tranquilizó que una de las enfermeras del hospital de la Universidad de California en Los Ángeles pensara que «Sloan Kettering» era el nombre del médico que me va a ver.) Parece que me espera más quimioterapia y quizá un ensayo clínico. Te mantendré informada a medida que vaya avanzando (con los zapatos del color adecuado).

Durante los últimos meses, los oncólogos han estado pendientes de los números, y la medicina occidental no me ha propuesto nada más que esperar a ver por dónde aparecía el cáncer. Estaba convencida de que no iba a volver y me he embarcado en una misión exploratoria a gran escala en la curación holística, la oración, los zumos, el yoga, la meditación, las ondas de sonido y la magia magnética (esta última, muy recomendada por un amigo, pero en una clínica dirigida por una estrella de un *reality* de televisión). He recuperado nueve kilos, he vuelto a hacer senderismo y a trabajar a tiempo completo. Me encuentro muy bien.

Pero los médicos dicen que, tal como esperaban, el cáncer ha vuelto y están listos para volver a empezar con quimioterapia.

Mi lectura en este vuelo es un libro llamado *Radical Remission*[19]. Estoy esperanzada y me siento radical.

Prometo ser una corresponsal más regular. Echo de menos nuestros correos electrónicos.

Un beso,
Sooki

Aquella noche, en la fría oscuridad, mientras mi marido y yo paseábamos al perro alrededor de la manzana, le hablé de Sooki. Teníamos por costumbre terminar el día charlando. «Cuéntame las noticias del gran mundo», decía Karl cuando llegaba a casa del trabajo y, como muchas veces yo no había salido de casa en todo el día, recurría a los libros, las llamadas telefónicas y los correos electrónicos para tener algo que contar. Mientras Sparky se detenía y olfateaba algo, le hablé de Sooki como si fuera una historia, no como un problema que él tuviera que resolver. La habían tratado en los hospitales de la Universidad de California en Los Ángeles, Stanford, Duke y Sloan Kettering. No era que no hubiera recibido una buena atención médica, sino que nadie encontraba el ensayo clínico apropiado para un cáncer de páncreas recurrente como el suyo. Los meses que había perdido al no recibir quimioterapia mientras luchaban por localizar el nuevo tumor habían retrasado peligrosamente el tratamiento.

—¿De qué la conoces? —me preguntó.

Le conté que trabajaba para Tom Hanks, que habíamos entablado cierta amistad por correo electrónico.

Karl propuso que, si Sooki quería, le enviara su historia médica y que él hablaría con Johanna Bendell, una oncóloga del hospital donde trabajaban ambos. Tenían más ensayos para el cáncer de páncreas que el Sloan Kettering.

Había pensado que esa iba a ser una historia sobre Tom Hanks, el simpático actor y escritor que había puesto voz a mi libro, pero me equivocaba. Me relaciono con mucha gente y no recordaba si le había contado a Karl la historia de Sooki y, si se la había contado, no sabía si me había escuchado, pero ahora disfrutaba de toda su atención. Me quedaría muy corta si presentara a Karl en esta narración como un médico internista general (él se autodenomina «pediatra para adultos»). En pocas palabras, Karl es capaz de mover montañas. Soluciona los problemas que otras personas han intentado en vano resolver durante años. Sus colegas se apresuran a hacerle favores porque él les ha hecho, a su vez, muchos favores. Karl posee

una especie de moneda médica que se ahorra y se gasta; cuando es preciso, es capaz de reunir a todas las partes necesarias para que actúen de inmediato y las coordina con tanta celeridad que todo sucede rápidamente.

Aquella noche le hablé de Sooki, pero podría no haberla mencionado. Él no la conocía y yo tampoco podía decir que la conociera. Tengo por norma no contarle a Karl historias médicas tristes al final de su larga jornada de historias médicas tristes. No habría hablado de ella si hubiéramos estado charlando de otra cosa, tal vez de su madre o de mi madre o del grifo que se había congelado en el garaje. Podría haberme olvidado por completo de mencionar a Sooki, porque, aunque seguía su historia con interés y preocupación, era una de tantas historias. Pero no se me había olvidado y se la conté.

Cuando llegamos a casa después del paseo, envié un correo electrónico a Sooki y le dije que, si quería que Karl tanteara si había algún ensayo clínico en Nashville, le enviara su historial médico.

No hay nada más interesante que el tiempo: los días que son interminables, los días que se escapan. Ciertos días del pasado lejano permanecen tan vívidos para mí que podría volver a ellos y retomar la conversación en mitad de una frase, mientras que otros días (semanas, meses, personas, lugares) no podría recordarlos aunque me fuera la vida en ello. Una de las últimas cosas que consigo entender cuando estoy armando una novela es la estructura del tiempo. ¿Cuándo empieza la historia y cuándo termina? ¿El tiempo será lineal o puede saltar y retroceder? ¿En qué momento cambia nuestra comprensión de la acción?

En esta historia hemos llegado al momento en que se produce un cambio temporal. Habían pasado más de dos años desde que había conocido a Sooki en un teatro de Washington. Nunca habíamos hablado por teléfono. Los correos electrónicos que habíamos intercambiado podrían imprimirse y cabrían en un

único sobre. Pero el ensayo clínico que necesitaba estaba aquí, en Nashville, en el hospital donde trabajaba mi marido. La doctora Bendell, amiga de Karl, conocía al oncólogo de Sooki en el hospital de la Universidad de California en Los Ángeles, al especialista en oncología en Stanford y en cirugía en Duke. Revisaron juntos su historial. Me incluyeron en un aluvión de correos electrónicos que no tenía por qué leer, informes de perfiles moleculares, adenocarcinoma, tejido tumoral para análisis genéticos. Ahora sabía que se había sometido a una operación de Whipple en Duke y a seis meses de Folfirinox, seguidos de veintiocho días de radioterapia durante cinco semanas y media en el hospital de la Universidad de California en Los Ángeles. Este tenía previsto iniciar el mismo ensayo clínico que estaba en marcha en Nashville, pero al cabo de uno o dos meses. Sooki no podía perder tanto tiempo esperando. Se hicieron planes para que Sooki viniera a Nashville. Le dije que la recogería en el aeropuerto. Le dije que, por supuesto, se alojaría en casa, con nosotros.

Volvamos a Karl un minuto.

No era la primera vez que invitaba a alguien que no conocíamos a vivir con nosotros. Una vez invité a la hija de una mujer que dirigía la serie de Artes y Conferencias de Pittsburgh, después de que encontrara un trabajo en Nashville y no diera con un apartamento donde alojarse. Nell se quedó seis meses y nos encantó. Patrick, que vive en un pequeño piso en Nueva York, pasa un par de semanas con nosotros cada año, escribiendo en nuestro sótano —que, para que conste, no parece en absoluto un sótano—. Extiende en la mesa de la biblioteca las páginas que escribe. Los escritores que vienen a leer a la librería suelen alojarse discretamente en la habitación de invitados. Karl nunca se ha quejado: afirma que nuestra vida es mejor gracias a toda la gente que traigo a casa. Me lo agradece. Sin embargo, quería asegurarme. Sooki iba a venir como paciente, y gran parte del trabajo iba a recaer en él. Envié un correo electrónico a Karl para preguntarle qué le parecería que invitara a Sooki a quedarse.

[14 de febrero de 2020] P. D.: Para que quede claro, primero se lo he preguntado a Karl, y me ha dicho: «Soy partidario de que esté

en casa» (una frase muy de Karl).

[14 de febrero de 2020] Oh, Ann. Ni siquiera sé cómo responder a tanta generosidad.

Me encantaría quedarme con vosotros durante la primera o segunda noche en Nashville; sería maravilloso pasar algún tiempo contigo.

Una vez que esté allí para la quimioterapia, buscaré un alojamiento donde no tenga que preocuparme por ser una buena huéspeda. No puedo soportar la idea de interferir en tu vida y la de Karl (¡y la de Sparky!). En la última tanda de quimioterapia, a veces me levantaba a comer en medio de la noche, o me despertaba temprano y hacía ruido preparándome un batido. Me cohíbe ser un estorbo, sobre todo si no estoy en mi mejor momento con la quimio. Me preocuparía demasiado ser una mala amiga.

Mi marido, Ken, vendrá una temporada, una vez que haya empezado la quimio, y puede que tenga otras visitas, así que creo que exploraré otras opciones en la zona, pero ni te imaginas lo mucho que me conmueve que me lo hayas ofrecido.

¿Sooki estaba casada? Me había imaginado que pasaba por todo esto sola, una conclusión a la que había llegado gracias a la falta de información y a una imaginación florida. Si hubiera sabido que tenía marido, ¿habría dado por hecho que se ocupaba de ella y no habría seguido la historia tan de cerca? Intenté encontrar un lugar para este nuevo factor en la ecuación y lo único que se me ocurrió fue lo obvio: no conocía a Sooki. No sabía cuántos años tenía, no recordaba su cara, pero ha habido pocos momentos en mi vida en los que me haya sentido tan segura: debía ayudarla. Me invadía la sensación de que el mundo seguía un orden previsto: si no hubiera elegido ese libro, si no hubiera ido a Washington, si no hubiéramos mantenido el contacto suficiente para que ella me dijera un año más tarde que había tenido cáncer, y si yo no se lo hubiera mencionado a Karl, Sooki no habría encontrado el camino hacia el único ensayo clínico del país que se ajustaba a su cáncer y que podía tratarla inmediatamente. Volví a escribir.

[15 de febrero de 2020] Intentaré ser breve porque ya sé que tienes

mucho lío. Te entiendo; si yo estuviera en tu lugar y me pidieras que me quedara en tu casa, me parecería imposible. Pero creo que cuando estés aquí y veas la casa lo entenderás. El sótano es un apartamento con entrada independiente, sin cocina. Lo llamamos el Hogar VanDevender para niñas descarriadas. Hay otra *suite* para invitados en la planta baja y nosotros vivimos en la planta superior. Siempre hay gente en casa y no te pediremos que seas buena huéspeda.

Vivo a catorce minutos del aeropuerto y a cinco del hospital. Te recogeré como muy tarde el martes y te llevaré a ver a Johanna el miércoles. Ese mismo miércoles vendrá Kate DiCamillo, pero un poco más tarde. Te encantará. Somos del sur y aquí es así, siempre. Algunas personas se quedan durante meses. Es como una obra de Nöel Coward, pero menos ingeniosa.

¡¡No sabía que tenías marido!! Qué bien. A Ken también le gustará estar aquí. Ya verás. Y te sorprenderá lo tranquilizador que resulta tener un médico de verdad en el piso de arriba cuando te encuentres mal. Karl es el rey del hospital. Se ocupará de que tengas todo lo que necesitas.

¿No pueden hacer la biopsia de Stanford aquí?

Un beso.

Seguimos con el tira y afloja. Aceptó quedarse solo las primeras noches, pero dijo que después alquilaría un coche y buscaría un hotel. Ken vendría más adelante. Traté de imaginarme lo que podía ser pasar la quimioterapia viviendo en un hotel. Seguro que había cosas más tristes, pero no se me ocurría ninguna en aquel momento. Mientras discutíamos el asunto, Tavia estaba pasando una temporada con nosotros.

—No te preocupes —dijo—. Una vez que esté aquí y vea cómo son las cosas, le parecerá bien.

Porque, si yo ni siquiera sabía que Sooki tenía marido, ¿qué podía saber ella de mí, de nosotros? Nada. Estábamos al mismo nivel, éramos dos desconocidas afectuosas.

Antes de venir a Nashville, Sooki tenía que volver a Stanford para que le hicieran otra biopsia con el fin de rastrear los marcadores genéticos de su tumor. Llegó el domingo siguiente, el 23 de febrero, justo después de que se fuera Kate DiCamillo. Le había descrito mi coche, y me saludó con la mano cuando me detuve frente a la terminal. Con su abrigo peludo de color

rosa pálido, gafas de sol y botas altas parecía una pequeña estrella de rock. Parecía Los Ángeles en invierno. Nos abrazamos y metí su enorme maleta en el coche.

Lo que había sido una teoría —Sooki debía venir a Nashville para la quimioterapia— era ahora un hecho. Allí estaba, en el asiento del copiloto, una persona tímida y de voz tranquila. Le pregunté por el viaje a Stanford y el vuelo a Nashville. Reiteró su agradecimiento y yo le hice un gesto restándole importancia. Hicimos lo posible por fingir que aquello era normal. Le pregunté si había estado alguna vez en Nashville y me dijo que sí, una vez, con Tom, hacía mucho tiempo, para una reunión o algo así. Se habían quedado solo un par de horas.

Me iba al día siguiente por la noche a un acto en Nueva York y, a mi vuelta, esperaba la visita de mi amiga Emma Straub. Las dos interveníamos en un encuentro de bibliotecarios en el centro de la ciudad. El domingo me iba de nuevo, esta vez a Virginia. Había avisado a Sooki de mis viajes antes de que llegara. Todo estaba planeado con mucha antelación y tenía toda la primavera llena de conferencias. Yo iría y volvería, otras personas pasarían alguna noche en casa, lo cual estaba bien, había mucho espacio para todos. Cada una seguiría con su vida, pero ahora estaríamos juntas.

Había invitado a alguien que no conocía a vivir con nosotros durante un tiempo indeterminado y me iba al día siguiente de su llegada, dejándoselo todo a Karl. Aunque no fuera un plan perfecto, era mejor que no hacer nada.

Cuando llegamos, Karl ya había vuelto del trabajo y juntos enseñamos a Sooki la casa: la sala de estar del sótano, la biblioteca, el dormitorio y el baño. Había cortado unas flores del jardín y había puesto un ramo en la mesilla de noche. Dejé una botella de agua y un vaso azul junto al lavabo. Le dije que se tomara el tiempo que quisiera para instalarse, cenaríamos cuando estuviera lista. Nos regaló una manta enorme y peluda que me encantó y un juguete para Sparky.

—Parece muy agradable —dijo Karl una vez que estuvimos en la cocina. En el momento en que yo asentía, Sooki reapareció.

—Siento molestarte —dijo Sooki, mirando a su alrededor—. ¿Has visto mi teléfono? Es como un bolsito con una correa larga.

Le pregunté si se lo había dejado en el avión, pero no, claro que no. Mientras yo estaba en la zona de recogida de pasajeros, ella me había llamado desde las puertas del aeropuerto.

—Vamos a ver si está en el coche.

El bolsito del móvil era también cartera; llevaba allí las tarjetas de crédito, dinero en efectivo, las tarjetas de identidad y del seguro, ahí guardaba junto todo lo importante. Buscamos en el coche. Buscamos en el sótano, en la cocina y en el estudio. Llevaba en casa unos minutos; no había tenido tiempo suficiente para perder nada. Me dio su número y llamé desde el teléfono fijo, esperando oírlo sonar. Contestó un hombre. Habían entregado el teléfono al personal de seguridad del aeropuerto.

—Tiene que haberse caído. Se me habrá caído del hombro al subir al coche. —Sooki era menuda, de pelo castaño y piel aceitunada. Me dijo que había recuperado los nueve kilos que había perdido después de la última quimioterapia, pero ahora no pesaría ni cincuenta kilos—. Si me prestas el coche, voy a buscarlo al aeropuerto.

Negué con la cabeza.

—Tendrás que aparcar, será una pesadilla.

Karl dijo que iba él.

—No te van a dar su cartera, Karl —apunté yo—. Id juntos. Karl puede aparcar y Sooki va mientras tanto a recogerla a toda prisa. Id vosotros dos y yo tendré la cena lista para cuando volváis.

Era la solución más práctica y se fueron. Mientras se iban, intenté ponerme en su lugar: el cáncer, la cartera desaparecida, los desconocidos…

O tal vez no fuera tan grave: al teléfono no le había pasado un coche por encima, no faltaba nada en la cartera. Karl y Sooki entraron juntos por la puerta trasera en plena conversación, charlando como viejos amigos.

—¡Sooki es piloto! —exclamó Karl. Quería saber por qué no

se lo había contado antes. ¿Cómo era posible que no lo supiera? Karl había empezado a volar en Misisipi cuando tenía ocho años. Tenía un Cirrus monomotor que guardaba en el pequeño aeropuerto de aficionados, no muy lejos de donde vivíamos.

—Mi madre era piloto —dijo Sooki y, de repente, pareció sentirse a sus anchas.

—Sooki se sacó la licencia de vuelo antes de aprender a conducir —dijo Karl.

—Y cuando llegaba a un cruce miraba primero a izquierda y derecha, y luego arriba y abajo.

Encendí las velas en la mesa y serví el pastel de coliflor y la sopa de tomate que había preparado por la tarde. El teléfono estaba en silencio, a su lado en la mesa —el hijo pródigo había regresado— mientras hacíamos el tipo de preguntas que la gente hace cuando acaba de conocerse: ¿Tienes hermanos? ¿A qué se dedican tus hijos? ¿Dónde naciste? Los tres habíamos perdido a nuestro padre, los tres teníamos una relación muy estrecha con nuestra madre. Ahora que las cosas iban bien, me estremecí al pensar en lo mal que podrían haber ido. Pero todo iba bien y todos íbamos a estar bien.

Volé a Nueva York a primera hora de la mañana siguiente, cogí un coche hasta Nueva Jersey, firmé varios cientos de libros, asistí a un cóctel para recaudar fondos destinados a la Booksellers Charitable Foundation, di una charla en un ayuntamiento abarrotado, llegué a la habitación del hotel en Manhattan a medianoche, me levanté por la mañana para grabar un reportaje para el programa *Today* y luego volví a coger un avión. Fue un viaje tan corto que casi no contó como una ausencia.

Esa noche, cuando entré por la puerta, la casa olía a guiso de garbanzos y a arroz. Sooki estaba preparando la cena. Había ido a un restaurante indio y había comprado pan de albaricoques y dátiles. Todo estaba iluminado y la mesa puesta. En los veintiséis años que Karl y yo llevábamos juntos, nunca había llegado a casa y me había encontrado con la cena

hecha. Es un detalle menor, teniendo en cuenta todo lo que he recibido de Karl, pero, aun así, la calidez del gesto, el afecto que sentí al entrar por la puerta después de dos largos días, el ver que alguien había imaginado que podría tener hambre… Todo aquello me dejó de piedra. Así debía de ser el matrimonio visto desde el otro lado.

Nuestra vida transcurría como siempre, pero con la presencia añadida de una persona tranquila que se esforzaba en ocupar poco espacio y ser lo más útil posible. Nos turnábamos para cocinar o cocinábamos juntas. Antes de que viniera, cuando todavía insistía en buscar un hotel, le pregunté si podíamos hablar un minuto por teléfono. Quería saber cuál era su peor temor si se quedaba con nosotros y, tras una pausa, me dijo que era vegetariana. Me eché a reír. Podía habérseme ocurrido; ese es el motivo de que no me guste ir a cenar a casa de otras personas: no me gusta decir que soy vegetariana.

Karl encontró una enorme lona azul brillante en el garaje y Sooki la extendió sobre el suelo y la mesa del sótano para pintar. Teníamos una lista de la compra común en la encimera de la cocina. Los escritores seguían viniendo a pasar la noche, los actos de la librería seguían estando llenos. La mayoría de las mañanas, Sooki se ponía en marcha en la oscuridad para recorrer a pie los tres kilómetros que la separaban de una clase de *power yoga* que empezaba a las 6:30, a pesar de que dejaba las llaves de mi coche en la encimera de la cocina y de mi insistencia en que lo cogiera. Iba al hospital para recibir la quimioterapia y luego volvía a casa andando. Los tratamientos eran los miércoles —tres miércoles seguidos y uno de descanso—, y la inmunoterapia (eso era el ensayo clínico) se la daban cada dos semanas. Le sacaban diez viales de sangre en una visita y veintiocho viales en la siguiente. ¿Cómo podía tener veintiocho viales de sangre? Cuando el recuento de glóbulos blancos era demasiado bajo para recibir tratamiento, subía y bajaba corriendo las escaleras del hospital, desde el séptimo piso hasta el primero, y volvía a subir, una y otra vez, y luego repetían la prueba. Sooki había corrido maratones, aunque lo suyo eran las carreras de diez kilómetros por montaña y había ganado algunas. Milagrosamente, después de un rato de

ejercicio vigoroso, tenía un número suficiente de glóbulos blancos.

Preguntó si eso era hacer trampa y le dijeron que no se preocupara. Gracias a eso no era necesario suspender la quimioterapia una semana. Le gustaba el equipo médico de Nashville. Le gustaba la doctora Bendell. Los tratamientos la dejaban cansada, pero se las arreglaba. Estaba pintando. Resolvía todas sus gestiones por correo electrónico o por teléfono. Esta quimioterapia no era la pesadilla que había sido el Folfirinox, la quimio de la primera vez. El objetivo era que pudiera irse a su casa en Los Ángeles durante la semana de descanso y, en cuanto el hospital de la Universidad de California en Los Ángeles comenzara el ensayo, quedarse ya en su casa de manera definitiva. Teníamos muchísimos planes.

La víspera del viaje a Virginia por la noche, en la cama, le pregunté a Karl cómo le parecía que iban las cosas.

Dejó el crucigrama.

—Es un honor, de verdad. Pienso en toda la gente que querría que Sooki viviera con ellos. Es casi increíble que esté aquí con nosotros.

Me hizo pensar en algo que había dicho Jennie, nuestra vecina. Jennie y yo sacábamos a pasear al perro a la vez después de cenar, y Sooki venía con nosotras la mayoría de las noches, a menos que tuviera que devolver una llamada telefónica o no se sintiera con fuerzas.

—¿Alguna vez echas de menos estar sola en tu casa? —me preguntó Jennie una vez—. ¿Karl y tú solos?

Lo pensé un minuto y negué con la cabeza.

—No, es maravilloso tenerla aquí.

—Bueno —dijo Jennie—. Parece una santa.

Sooki parecía tan autosuficiente que apenas pensaba en preocuparme por ella. Tal vez fuera por su profesión. Llevaba casi veinte años trabajando para Tom y parte de su responsabilidad consistía en viajar antes de que él llegara, buscar un alojamiento en sitios como Marruecos, conseguir un chófer, organizar las comidas o hacer una lista de las atracciones locales por si quedaba algo de tiempo libre, cosa que normalmente no sucedía. Arreglárselas en Nashville era

poca cosa para alguien que había preparado una cena de Acción de Gracias para todo un equipo de rodaje en Berlín.

Fui a Virginia para oír cantar a mi amiga Renée Fleming. Después nos sentamos en el hotel y hablamos del nuevo coronavirus y de si se cancelaría el resto de su gira. Un par de autores que tenían actos programados en la librería ya habían anulado el encuentro. Al principio habíamos sido todos un poco escépticos, pero ahora me preguntaba si sería melodramático cancelar la gira prevista en abril para hablar de mis libros en Australia y Nueva Zelanda. Seguramente seguiría adelante con las fechas programadas en los Estados Unidos. «No vayas a ningún sitio en el que no quieras quedarte retenida», me había dicho un amigo médico. No quería pasar una cuarentena en Auckland, pero si se cancelaban los vuelos comerciales y me quedaba tirada en Tulsa, siempre tenía la posibilidad de que Karl fuera a buscarme.

Mientras dormía en Virginia, una serie de tornados atravesó Nashville. El primo de Karl, que había venido de Nuevo México, estaba en casa de visita y dormía en la habitación de invitados. Cuando las sirenas de aviso sonaron a las cuatro de la mañana, solo Sooki estaba despierta.

—No sabía qué tenía que hacer —me dijo más tarde—. ¿Despertarlos y hacerlos bajar? ¿Estaban despiertos y decidieron no venir al sótano?

Sooki quería saber qué debía hacer un buen huésped durante un tornado.

¿Y si una iba a Nashville para participar en un ensayo clínico para enfermos de cáncer de páncreas recurrente y la mataba un tornado? Sooki me habló de la evacuación por causa de los incendios en el cañón donde ella y su marido vivían en Los Ángeles. Había sucedido hacía año y medio, la víspera de que fuera a Carolina del Norte a operarse. Ella y Ken metieron lo que más les importaba en el coche y se marcharon, pendientes de la dirección del viento y del muro de llamas. Tuvieron suerte y el fuego los pasó rozando. Tuvieron la suerte de poder levantarse por la mañana para cruzar el país

y que Sooki pudiera someterse a una pancreaticoduodenectomía, también conocida como operación de Whipple. Sus mejores amigos lo perdieron todo en ese incendio; lo único que quedó fue el muro de lo que había sido su jardín. Pero habían sobrevivido. Sooki se operó en Duke y sobrevivió. La noche de esos tornados murieron veinticinco personas en Nashville.

Volví de Virginia y llevé a Sooki a ver los narcisos del jardín botánico, pero llegamos demasiado temprano; la hierba aún era marrón y solo un puñado de los miles de bulbos se habían abierto. La llevé a la exposición de J. M. W. Turner en el museo de arte. Vimos dos películas con mi hermana. Una mañana, Sooki se tomó un café con sor Nena y conmigo antes de ir a una clase de yoga frente a la cafetería a la que habíamos ido a desayunar.

—Es un encanto —dijo sor Nena. Sooki se había ido a la clase de yoga justo cuando la camarera nos traía los huevos.

—Tiene cáncer de páncreas —dije.

Sor Nena se detuvo un minuto para guardar a Sooki en su corazón. Pude ver cómo se concentraba para hacerlo.

—Te agradecería que rezaras por ella —dije, porque, aunque no estaba segura de la eficacia de la oración, creía inequívocamente en el poder de las oraciones de sor Nena. Lo había visto.

Sor Nena asintió.

—Rezaremos todas.

«Bien», pensé. Cuantas más monjas, mejor.

Todos los días, Sooki subía del sótano vestida de modo espectacular: vaqueros bordados, tops de terciopelo, un abrigo diferente, una bufanda perfecta. Nunca aparecía dos veces con el mismo atuendo.

—¿Cómo es posible? —pregunté mientras la felicitaba una vez más—. Debes de tener la maleta de Mary Poppins.

—Tengo una talla pequeña y enrollo toda la ropa, se me da

muy bien hacer maletas.

Me dijo que había hecho la maleta para tener buen ánimo, con la razonable previsión de que los tiempos serían duros y la alegría sería una necesidad.

—Aunque yo sí tengo a mano toda mi ropa, no sería capaz de combinarla tan bien como tú cuando vas a la quimio.

Me dijo que pensaba que en los últimos tiempos había invertido demasiada energía creativa en la ropa porque no había estado pintando, aunque tal vez lo dijera para hacerme sentir mejor.

Volé de nuevo a Nueva York para asistir a otros dos actos, el primero en Connecticut. Me alojé en casa de Marti, en Harlem, y desde allí me llevó en coche. Salimos demasiado temprano, teniendo en cuenta el hecho inquietante de que apenas había tráfico. Encontramos una cafetería no lejos de donde iba a hablar. El televisor colgado sobre la barra interfería continuamente en nuestra conversación. Al parecer, acabábamos de atravesar en coche el epicentro del coronavirus en los Estados Unidos.

—Parece que estamos al borde del apocalipsis —dijo Marti, dejando las patatas fritas en el plato. Marti y yo hemos pasado juntas por situaciones complicadas. Las dos estábamos de acuerdo en que, si aquello era el principio de la extinción de la raza humana, era bueno estar juntas.

La evocación de algunos recuerdos es una buena manera de darnos cuenta de lo poco que sabemos de lo que nos rodea. La mañana del 11 de septiembre de 2001, estaba en un café del West Village con mis amigos Lucy y Adrian cuando una mujer entró corriendo y dijo que un avión acababa de chocar contra el World Trade Center. «¿Un avión?», preguntamos. ¿Se refería a un avión pequeño tipo Cessna? No lo sabía, no lo había visto. Salimos a la calle, donde hacía un tiempo radiante, y vimos un incendio a lo lejos. El camarero salió y nos dijo que volviéramos a entrar, que no habíamos pagado la cuenta. La pagué. Lucy dijo que no tenía tiempo para líos. Daba clases en Bennington, en Vermont, y aquel era el primer día. Tenía que

llegar a tiempo para coger el tren. Nos despedimos, y Adrian y yo fuimos al centro a ver qué había pasado. Ambos escribíamos para el *New York Times.* Seguro que uno de los dos sacaba una historia de todo aquello. Acabábamos de pasar por Stuyvesant Park cuando cayó la primera torre. Ahora diría que fuimos idiotas al acercarnos, pero eso lo sabemos ahora. De hecho, estábamos metidos tan de lleno en la historia que no teníamos forma de entender lo que estábamos presenciando.

Aunque yo pensaba que estaba escribiendo una novela sobre una mujer que dejaba a su familia para ir a servir a los pobres en la India, lo cierto es que no salió adelante. Al terminarla, me di cuenta de los errores que había cometido: en realidad, me interesaban sus hijos.

Los organizadores del acto del club de campo de Connecticut empezaron a disculparse en cuanto cruzamos la puerta. Pensaban que había muchas posibilidades de que el público no se presentara debido a las noticias sobre el virus. Pero apareció todo el mundo, los cuatrocientos asistentes se apiñaron uno al lado del otro y todas las sillas del salón quedaron ocupadas.

—Bienvenidos a la última presentación de un libro que tendrá lugar en el planeta —dije cuando subí al escenario. Resultó ser más o menos la verdad. Cuando terminé de firmar libros esa noche, el encuentro que tenía programado en Nueva York al día siguiente se había cancelado. Desayuné con mi editor, mi agente y mi encargado de prensa y, cuando terminamos, todos decidieron no volver a la oficina. Cogí un vuelo temprano a casa y ahí terminó el viaje.

Esa noche, después de cenar, Sooki y yo nos sentamos en el sofá e intentamos ver una película, pero su teléfono, colgado de la correa, no paraba de emitir sonidos de entrada de mensajes, reclamando su atención. Tom y Rita estaban en Australia, donde él iba a empezar a rodar una película sobre Elvis Presley. Él iba a interpretar al mánager de Elvis, el coronel Tom Parker. Todos los mensajes eran sobre Tom y

Rita: ambos tenían el coronavirus.

Me incliné para mirar el móvil.

—¿Han estado en contacto con algún contagiado?

Sooki negó con la cabeza mientras desplazaba el dedo por la pantalla.

—Lo han pillado —dijo—. El comunicado de prensa está a punto de salir.

Me senté y la vi leer, esperando algo más, algo que lo explicara. Sooki se fue a trabajar a su ordenador. Era la asistente de Tom Hanks y tenía cosas que hacer. Subí las escaleras, absorta en un mundo que no dejaba de cambiar. Iba a contarle a Karl lo que estaba pasando, pero él estaba ya mirando el móvil. Ya lo sabía.

La quimioterapia de los miércoles afectaba a Sooki los viernes por la tarde. Me daba cuenta porque tenía la voz más calmosa, me miraba menos a los ojos.

—¿Cómo va la pintura? —pregunté.

—Me he quedado dormida.

—Entonces es que necesitabas dormir.

—Necesito irme a casa —dijo, como si también pudiera irse andando hasta allí.

—No puedes irte a casa y no queremos que te vayas.

—Habéis sido muy amables, pero vuestro compromiso no puede ir tan lejos. —Sooki estaba en la cocina, sosteniendo una taza con una infusión de jengibre.

—Desde luego que sí.

Negó con la cabeza.

—No tengo palabras para decirte lo agradecida que estoy, pero no puedo pasar contigo y con Karl el resto de mi vida.

Los vuelos directos a Los Ángeles se habían suspendido, y, suponiendo que hubiera volado a Dallas para ver si conseguía coger el vuelo de conexión (porque las cancelaciones eran continuas), las extracciones de sangre semanales subrayaban el hecho de que apenas tenía suficientes glóbulos blancos para recibir quimioterapia, mucho menos para protegerse de una pandemia en un vuelo comercial. Y, de todos modos, el

hospital de la Universidad de California en Los Ángeles había suspendido el plan de iniciar el ensayo clínico para el cáncer de páncreas recurrente. En todo el país, los ensayos clínicos se estaban posponiendo o abandonando en un intento de hacer frente al gran número de pacientes con COVID. Todos los recursos se dirigían ahora a una enfermedad que no era la que tenía Sooki.

—No puedes suicidarte por temor a ser una molestia.

—Necesito irme a casa —insistió.

—Esperemos y hablemos de ello el domingo. No puedes irte a casa antes del domingo.

Sooki hablaba en serio, pero también estaba cansada, así que conseguí que aceptara. Cuando llegara el domingo, la urgencia habría pasado. Con el tiempo, solo tendría que decirle:

—Es viernes. Siempre te sientes así los viernes.

—¿De veras?

—Para eso estoy aquí —contesté—. Tomo nota de tus emociones.

Cuando Sooki llegó a Nashville, nadie le dio un dato importante: a diferencia del Folfirinox, que le había hecho perder nueve kilos en veinticuatro semanas, este tratamiento de quimioterapia no tenía fin. Debía permanecer en el ensayo, tres miércoles sí y un miércoles no, hasta que dejara de ser eficaz o, dicho de otro modo, hasta que se muriera. Sooki, según supe, tenía sesenta y cuatro años.

Karl tenía setenta y dos. Al llegar la pandemia, los socios de la clínica le pidieron que se quedara en casa y ejerciera telemáticamente hasta que se viera cómo se resolvía todo aquello. El riesgo que corría era demasiado alto. Aceptó, aunque más adelante fue encontrando motivos diversos para ir a trabajar. Es difícil cambiar los hábitos arraigados. Le recordé que, si iba a trabajar, corría el riesgo de contagiar a nuestra invitada. Así veía el coronavirus, como algo que podía matar a Sooki. Finalmente, Karl dejó de ir. Fui al supermercado y llené el carrito. Llegué tarde al frenesí pandémico de acumular reservas pero, afortunadamente, los alimentos básicos de los que dependía —garbanzos, leche de coco— aún abundaban.

Si no había sabido nada de Sooki antes de que llegara, no sabía mucho más tres semanas después, cuando pasábamos el día juntas. O quizá debería decir que la estaba conociendo sin saber mucho de ella. Al fin y al cabo, las personas no se componen de una suma de hechos. Nos relacionábamos en el presente: ¿Quieres ir a dar un paseo? ¿Cómo va la pintura? Mientras planeábamos cada detalle de la cena (Sooki era una gran cocinera), no hablábamos de su familia. Sabía que estaba preocupada por su madre, que tenía noventa y cuatro años, vivía en Rye Brook, Nueva York, y leía cuentos por Zoom a sus nietos de San Diego. Cuando le preguntaba cómo se sentía, podía admitir que estaba un poco cansada o que le dolía un poco la barriga, pero nada más. Tom Hanks estaba tan ausente de nuestras conversaciones que una vez le pregunté si él sabía dónde estaba viviendo. Puso cara de asombro.

—Se lo mencioné —contestó.

Supuse que le había mencionado que estaba en un ensayo clínico en Nashville, pero no que vivía con nosotros, lo que no me pareció que se alejara de la verdad, viendo cómo se las arreglaba para vivir con nosotros de la manera más silenciosa imaginable. Era siempre agradable y cálida, a la vez que mantenía las distancias. No sé si intentaba defender su intimidad o lo que ella percibía como la nuestra. Lo cierto era que no teníamos ni idea de cuánto tiempo íbamos a estar juntas. La hija, el marido, la hermana, la amiga… ninguna de las personas que tenían previsto visitarla podía venir ahora que el mundo estaba en cuarentena por el COVID. Había organizado su vida en el sótano de casa, un lugar al que nunca íbamos. Pintaba, dormía y trabajaba, tenía reuniones y encuentros por Zoom con sus amigos. Muchas noches, después de cenar, le preguntaba a Karl dónde estaba Sooki y nos poníamos a buscarla. «Estaba aquí mismo hace un instante», decía Karl. Sus desapariciones tenían más de truco de magia que de despedida nocturna. Estaba allí y al instante siguiente se había ido; no la volveríamos a ver hasta la mañana siguiente.

—No quiero que tengas la sensación de que debes quedarte abajo —dije.

—Oh, es que no la tengo —dijo Sooki.

—Solo estamos leyendo. Podrías sentarte con nosotros y leer, responder a los correos electrónicos. Podríamos aburrirnos todos juntos.

Pero rara vez se quedaba. Las pocas mañanas que no subía a su hora habitual, me imaginaba que se encontraba mal, necesitaba algo y no me lo decía porque no quería molestarme. Ese había sido uno de sus mayores temores a la hora de venir a quedarse con nosotros: no poder cuidar de sí misma, ser una carga, sentirse avergonzada.

No me preocupaba que se avergonzara de sí misma. Me preocupaba que se muriera. Finalmente, le pedí que anotara los números de teléfono de su marido, de su hijo y de su hija, diciéndole que si se ponía enferma, si ingresaba en el hospital de manera inesperada, necesitaría saber cómo localizarlos. La verdad es que no tenía ni idea de cómo se encontraba Sooki y no confiaba en que me lo dijera.

—Tengo una curiosidad —le dije una noche mientras paseábamos a Sparky alrededor de la manzana—: ¿crees que eres una buena asistente personal porque eres muy discreta? ¿O te has convertido en una persona discreta porque has sido asistente durante mucho tiempo?

—Creo que, simplemente, soy así —dijo ella.

—Sabes que no hablas nunca de ti, ¿verdad? —Estábamos viviendo juntas y en plena pandemia, no me pareció inoportuno preguntárselo—. Me pregunto si has adquirido el hábito de no hablar de ti por el trabajo que haces.

Le hablé de una amiga mía que trabajaba como asistente de un gestor de fondos en Nueva York y de cómo dejaba todos sus asuntos personales en la puerta cuando iba a trabajar por la mañana.

Sooki pensó un momento en lo que le decía. O tal vez pensó si tenía que contármelo.

—No tenía intención de dedicarme a esto. Trabajé en el zoológico del Bronx durante la universidad y luego hice lo de los murciélagos. Rodé un documental sobre mi padre, que tenía un programa en el que enseñaba a montar en bicicleta a niños con síndrome de Down y autismo.

Resultó que Sooki había hecho muchas cosas. Había trabajado en un documental sobre George Romero llamado *Document of the Dead* (incluso había hecho de zombi en *Dawn of the Dead*[20]). Había sido buscadora de localizaciones, había hecho tartas de boda, tenía una empresa de ropa para niños, había impartido clases de cerámica. Durante un tiempo, sustituyó a una amiga como asistente de un director de cine y luego otra amiga le presentó a Tom, que estaba buscando a alguien. Sus hijos iban ya al colegio, así que pensó que sería divertido durante un tiempo. Pero resultó ser un buen trabajo, Tom era un tipo agradable y los viajes eran interesantes.

—Aun así —dijo—, no puedo evitar la sensación de que debería haber sacado más partido a mi vida.

—Llámame loca, pero a mí me parece que has hecho muchas cosas.

Estábamos ya en marzo. La primavera era fría y lluviosa y, por ese motivo, infinitamente hermosa. Los cerezos conservaban la flor mucho tiempo. Sooki no había respondido a la pregunta, pero tuve la sensación de que ese día empezábamos a hablar.

Lo que Sooki pensaba que debería haber hecho con su vida era pintar. Había querido estudiar pintura en la universidad, pero todo —el color, la forma, la técnica— le resultaba tan fácil que no tenía que trabajarlo. La universidad habría exigido planteamientos más rigurosos, así que se matriculó en comportamiento animal.

—Estudié lo que no era natural —me dijo. Se interesó por los animales urbanos e hizo la tesis sobre los murciélagos y la rabia—. El nombre oficial de mi puesto en la Oficina de Asuntos Animales del Departamento de Salud de la ciudad de Nueva York era «Sanitaria de Salud Pública». El cargo me habría permitido inspeccionar y cerrar tiendas de animales si no hubiera estado demasiado ocupada cazando murciélagos.

La pintura entraba en la categoría de las cosas que haría más adelante, pero no tuvo tiempo: lo que tuvo fue trabajo, matrimonio e hijos. Y luego el cáncer de páncreas.

Renée Fleming vivió dos años en Alemania estudiando canto en su juventud. Me contó que, a lo largo de su vida, cada vez

que volvía a Alemania se daba cuenta de que su fluidez en alemán había mejorado misteriosamente, como si el idioma hubiera seguido abriéndose camino en su cerebro aunque no lo hablara. Esta anécdota me ayudó a entrever lo que le había ocurrido a Sooki. Después del primer cáncer, mientras se recuperaba de la operación y soportaba el Folfirinox, empezó a pintar como si nunca hubiera dejado de hacerlo. Su verdadera obra, que había permanecido durante tantos años en su imaginación, emergió completamente formada porque, aunque no hubiera estado pintando, veía el mundo como pintora. No lo veía como lenguaje e historia, sino como color y forma. Pintaba tan rápido como podía, teniendo en cuenta lo que le costaba preparar los lienzos, y se reprochaba quedarse dormida por las tardes.

—Durante toda la vida he querido tener tiempo para pintar. No puedo pasarlo durmiendo.

Los cuadros surgían de un paisaje onírico, forma sobre forma, colores imposibles yuxtapuestos. Pintó a su nieta caminando por un campo salido de su propia imaginación, se pintó a sí misma con una máscara, me pintó a mí andando por nuestra calle; el cuadro tenía tal viveza que me di cuenta de que nunca había visto la calle tal como era en realidad. Le traía montones de libros de arte de la librería, que ahora estaba cerrada, y los devoraba. Sooki no hablaba de su marido, de sus hijos, de sus amigos ni de su jefe, sino del color. Hablábamos de arte. Subió los cuadros para enseñárnoslos: era una persona demasiado tímida para dar las buenas noches, pero le gustaba que viéramos su obra. Los lienzos no mostraban ninguna vacilación, ninguna timidez. Había trasladado su vida a las pinceladas, a aquellos colores superpuestos, a las composiciones equilibradas de un modo tan precario como perfecto. Las pinturas eran atrevidas, seguras, tranquilas. Cuando nos regaló el cuadro que había hecho de Sparky sobre el respaldo del sofá, me sentí como si Matisse hubiera pintado a nuestro perro.

La mayoría de los escritores y artistas que conozco están

hechos para vivir en su refugio. El mundo nos pide que salgamos y participemos, y muchos podemos hacerlo, pero, si nos dan a elegir, preferimos quedarnos en casa. Sé organizarme el tiempo. Puedo escribir una novela entera sin enseñarle una página a nadie. Puedo motivarme sin una fecha de entrega o un contrato. Estaba contenta, incluso encantada, de dejar de viajar. Me había pasado la vida profesional mirando el calendario, contando cuántos días me quedaban para estar en casa. Ahora, todos los compromisos que tenía programados en 2020 se habían cancelado. Cada día que pasaba sentía que se caía alguna pieza del andamiaje que había mantenido durante años. Ya no necesitaba esa protección. Volvía a ser introvertida. Sooki había venido a nuestra casa pensando que conviviría con alguien que estaba fuera la mitad del tiempo y ocupada la otra mitad. Y ahí estaba yo, sin ir a ninguna parte. Ahora estábamos los tres solos: Sooki, Karl y yo.

Sooki y yo cocinábamos juntas; la una lavaba las verduras, la otra las cortaba, todo sobre la marcha. Yo escribía y ella pintaba, y luego preparábamos la cena. Pero nuestro medio de comunicación más auténtico llegó en forma de viejos DVD de yoga. Sooki ya no podía ir andando a la clase en la oscuridad de la mañana —todo estaba cerrado—, así que le pregunté si quería hacer ejercicio conmigo. Yo hacía yoga kundalini por las mañanas, que combina los ejercicios con distintas técnicas de respiración, y al acabar pasaba a otras cosas.

Pero cuando terminamos la primera sesión, se volvió hacia mí, radiante.

—Esto es lo que necesito —dijo, emocionada—. Esto es justo lo que me hacía falta.

Esta historia —que empieza una y otra vez— vuelve a empezar aquí. Por supuesto que estábamos dispuestas a hacer ejercicio juntas, era bueno para las dos. El yoga kundalini consiste, sobre todo, en ejercicios de respiración, y resultó que eso mismo era lo que Sooki ansiaba. Más respiración. Casi desde el momento en que terminamos la primera vez, decidió que aquello formaba parte de su recuperación, de lo que necesitaba

para seguir viva.

Nunca había encontrado la forma de preguntarle cómo había sido para ella tener cáncer o qué significaba rechazar tan enérgicamente su destino. Cada día que pasaba, me sentía menos capaz de decir: «¿Quieres hablar de esto? ¿Solo puedes hablar conmigo o hablas con alguien más a altas horas de la noche?». Empezaba a entender que lo que necesitaba Sooki tal vez fuera color en lugar de conversación, respiración en lugar de palabras.

He heredado de mi padre una relación continua y variada con el ejercicio. Él no se saltaba ni un entrenamiento, y yo tampoco. Yo había practicado kundalini con devoción durante años y luego había derivado a otras cosas, y, aunque no había pasado de las clases breves, había acumulado un sinfín de DVD. Sooki y yo nos pusimos a ordenar el material como si fueran cromos de béisbol. Cada mañana veíamos una clase diferente de una hora, elegíamos las favoritas y encargábamos más. La respiración, la torsión y la flexión eran alimento para Sooki, y la tranquila voz del profesor parecía hablarle directamente a ella. «Este ejercicio es bueno para el hígado.» «Este ayudará a todos tus órganos internos.» «Eres hermosa.» «Eres poderosa.» «Tú decides.»

Nos reíamos de ese optimismo tan simple, pero lo cierto es que prestábamos atención.

Todas las mañanas, antes del desayuno, movíamos las manos en el aire. Bailábamos. Hacíamos el perro boca arriba y el perro boca abajo, una y otra vez. Y una noche, no sé bien por qué, decidimos repetirlo todo antes de irnos a dormir. Y así empezó todo. A la hora de yoga y meditación de la mañana sumamos otra hora de yoga y meditación por la noche. Aunque tal vez se nos pasara por la cabeza saltarnos las mañanas de los miércoles, cuando Sooki tenía que estar en el hospital a las siete, no lo hicimos nunca. Iba a estar todo el día en una silla, por lo que había que repetir la sesión por la noche al llegar a casa. Nos reíamos de nosotras, de la clase, de la voz que nos decía que éramos flores, que éramos leopardos, pero no parábamos. Algunas noches pensé que se me iba a romper la espalda. Quería irme a la cama a leer. Pero mi huéspeda, de

sesenta y cuatro años, con cáncer de páncreas recurrente, no pedía absolutamente nada más. ¿Cómo iba a decirle que estaba cansada cuando ella nunca lo estaba? Se iluminaba con las respiraciones.

O tal vez fuera la compañía. Por fin habíamos encontrado una forma cómoda de estar juntas. Yo veía a mi madre y a mi hermana, dormía con mi marido, la mayoría de los días iba a trabajar a Parnassus durante varias horas, donde embalaba libros. La librería estaba cerrada al público, pero seguíamos haciendo envíos. El yoga era el momento de contacto social necesario para Sooki, y, a cambio, yo podía pasar tiempo con ella. Muchas otras personas habrían hecho cualquier cosa por estar con ella: su madre, su marido, su hija, su hijo, sus nietos, sus hermanas y todos sus amigos. Cuánta ilusión les habría hecho compartir con ella, aunque fueran unas pocas horas, el tiempo que malgastaba con nosotros. Me venía a la cabeza la canción y canturreaba: *These precious days I'll spend with you*[21].

«Presta atención —pensaba—. Presta atención a cada minuto.»

Aunque el recuento de glóbulos blancos de Sooki seguía rondando la inexistencia, su número de marcador del cáncer CA 19-9 (ese indicador tan poco fiable en el que confiábamos) estaba bajando.

—Tal vez sea gracias al ensayo —decía Sooki—, pero creo que también podría deberse a la comida y el yoga.

Le dije que todo era un elaborado engaño:

—Crees que te dan quimioterapia tres miércoles al mes, pero, en realidad, todo esto es una prueba para medir la eficacia del yoga kundalini y el colinabo.

Me había apuntado a un envío directo del agricultor y cada semana nos abrumaban con kilos de misteriosas verduras.

Sabía que una parte de Sooki creía que tal vez lo que Nashville ofrecía en términos de lucha contra el cáncer ocurría en nuestra casa, que mejoraba porque estaba con nosotros.

En febrero, el día en que la recogí en el aeropuerto, Sooki me dijo que necesitaba comprar hielo seco para los miércoles. Se

suponía que los días de quimioterapia tenía que ponerse en la cabeza un complicado gorro de gel con velcro (que recibía el lamentable nombre de «gorro de pingüino»). Los cuatro gorros congelados debían guardarse en una nevera portátil con quince kilos de hielo seco y tenía que cargar con todo eso hasta el hospital cada semana. Ni se les había pasado por la cabeza que Sooki quisiera ir a pie, aunque, conociéndola, habría sido capaz de cargar con la nevera. Durante el tratamiento tenía que cambiar de gorro cada veinticinco minutos para asegurarse de que el cuero cabelludo permanecía más o menos congelado.

—Se supone que evita que se te caiga el pelo —dijo—. O que retrasa la caída.

No había perdido el pelo con el Folfirinox, aunque había perdido el sentido del gusto y el del olfato, la sensibilidad en los pies y las manos y nueve kilos. El Folfirinox también le había provocado una profunda aversión al frío.

—¿Y vas a tener la cabeza congelada durante ocho horas cada semana? —había dicho yo cuando apenas llevábamos unos minutos juntas. No tenía por qué ofrecer una opinión no solicitada sobre un tema del que no sabía nada a una persona que acababa de subir a mi coche, pero la idea de un gorro de gel congelado en mi propia cabeza me parecía un horror inconmensurable. Además, ¿iba a servir para algo?, pregunté. Si se saltaba una sesión, ¿se le caería el pelo de todos modos?

Sentada con su abrigo rosa y peludo de estrella del rock, Sooki me contó lo mucho que había llegado a odiar el frío. Le dije que pensaba que sería más fácil ser calva. En la maleta de Mary Poppins llevaba gorros junto con las pinturas y el caballete, la gran manta que nos había traído de regalo, su amplio vestuario.

Un mes después todavía no había visto toda la ropa que había traído y jamás vi los gorros hipotérmicos.

—Si no fuera por mí —le decía los miércoles—, ahora andarías por ahí con un gorro de pingüino.

Un día me dijo que estaba empezando a perder pelo. Al día siguiente cogió el aspirador para pasarlo por la esterilla de yoga. Y al otro día subió con un gorrito puesto.

—Voy a tener que cortarme el pelo —dijo—. Me he dado

cuenta en la ducha.

—Puedo cortártelo.

Rechazó la idea con un gesto.

—Me parece raro.

—No hay nada raro entre nosotras —dije—. Y, de todos modos, es culpa mía. Yo te convencí de que prescindieras de los quince kilos de hielo seco.

Se quitó el gorrito para que viera la magnitud del daño.

Era como si el noventa y ocho por ciento del pelo se le hubiera caído, pero de alguna manera, tras el proceso de caída, se hubiera convertido en fieltro. La marea química que inundaba las venas de Sooki no solo hacía que se le cayera el pelo, sino que convertía lo que le quedaba en una masa sólida. El dos por ciento de pelo restante formaba islitas planas de pelo que se adherían al cuero cabelludo como lana hervida. Era un experimento científico que nunca podría repetirse.

—¿Ves? —dijo.

Cogí una de las islas más grandes y la moví suavemente de un lado a otro. Estaba anclada por medio centímetro de pelo, como mucho, pero, efectivamente, estaba anclada. Sooki cogió un taburete y una toalla y fue a sentarse en la terraza trasera. Subí a buscar las tijeras del costurero.

—Tienes una bonita cabeza —dije cuando terminé—. Supongo que una no sabe si le va a quedar bien tener la cabeza rapada hasta que es calva.

Entró en la casa para mirarse en un espejo. No iba a decirme que estaba mona, pero quedaba claro a qué me refería: poseía una delicadeza que se adaptaba bien a la calvicie.

—Tengo que irme a mi casa —dijo, mirando las fotos que me había pedido que le hiciera con el móvil. Luego bajó las escaleras y se volvió a dormir.

Más tarde, nos sentamos una al lado de la otra en nuestras esterillas de yoga; Sooki llevaba la cabeza envuelta artísticamente en un pañuelo. Con las manos sobre los hombros, giramos a la izquierda y a la derecha, a la izquierda y a la derecha, sin parar.

«Es muy importante girar así —nos recordaba la suave voz del profesor de yoga—. Estás desintoxicando todos tus órganos

internos.»

A eso teníamos que aferrarnos y eso hacíamos.

Cuando rememore los primeros meses de la pandemia, lo único que recordaré es el cáncer de páncreas recurrente. Esa enfermedad me mantenía centrada en el momento. No sufría las oleadas de ansiedad que azotaban a tantos conocidos, aunque dos horas diarias de yoga y meditación seguramente contribuyeron a mantener el pánico a raya. Mientras otros se preocupaban por un virus que tal vez fuera a por ellos, yo me preocupaba por Sooki. Tenía una razón concreta para ir con cuidado con los gérmenes que traía a casa. El problema no era que yo pudiera matar a alguien en general, sino que podía matar a Sooki en particular.

También estaba muy ocupada con la librería. A diferencia de tantos otros pequeños negocios, teníamos otros recursos para salir adelante. Aunque no pudieran entrar en la tienda, los clientes seguían ahí y su fidelidad era fantástica. Preparaba envíos, escribía tarjetas y grababa vídeos alegres en los que ensalzaba las virtudes de los libros que me gustaban. Salvaba lo que podía salvar y, junto con mi socia, Karen Hayes, y un equipo leal (incluida mi hermana, Heather) que nunca flaqueó, estaba decidida a salvar Parnassus. Sooki ponía gran empeño en ser útil. Algunas mañanas íbamos a la tienda con las primeras luces del día, cuando no había nadie, para cerrar cajas y pegar etiquetas. Estaba encantada de tener la oportunidad de trabajar. No paraba de decir que quería ayudarme a mí, para variar. Pero, en realidad, Sooki no hacía otra cosa que ayudarme. Ella era el imán de la brújula. Su mera presencia en casa me mantenía en el camino.

«Sooki encarna todas las cosas buenas que hay en este mundo», me escribió Tom más tarde en un correo electrónico.

Vivíamos en un mundo bueno compuesto por el yoga y la quimioterapia, la librería, la cocina, la pintura, la conversación durante la cena. Cuidábamos juntas de los pájaros —llenábamos los comederos dos veces al día, fregábamos su bañito cada mañana— y seguíamos la relación de una pareja

de lagartos que vivía en la jardinera de la terraza. Sooki me dijo que eran eslizones. Karl, que también estaba encerrado en casa, se puso a estudiar para obtener una habilitación de vuelo instrumental. Veía las clases en el ordenador y resolvía problemas de cálculo en la mesa del comedor. Atendía a los pacientes por teléfono. Me dijo que teníamos mucha suerte al estar los tres juntos. Y la teníamos. Lo sabíamos.

El primer domingo de mayo, a media tarde, se desató una tormenta que, si bien no esperábamos, tampoco constituyó una sorpresa. Karl estaba sentado en el porche y me llamó para que saliera.

—Mira.

Me acerqué y observé desde la puerta abierta. El cielo se había vuelto de un gris feroz, la lluvia caía de lado. El viento venía por la calle como un tren.

Karl pasaba mucho tiempo estudiando meteorología como parte de su habilitación de vuelo instrumental.

—Nunca había visto una tormenta que avanzara tan deprisa. —Se inclinó hacia adelante sobre la escalera del porche.

—Entra —le dije.

No me escuchaba, sino que miraba la tormenta.

Una tremenda explosión sacudió la casa, un estruendo muy superior al de un trueno. Un transformador debió de explotar por ahí cerca. Las luces de la calle se apagaron y la casa se quedó a oscuras. Todos los perros del vecindario comenzaron a aullar y a ladrar. En el porche, Sparky se unió a ellos.

—Tenemos que bajar al sótano —dije.

—Espera un minuto.

—¿Estáis ahí? —gritó Sooki.

—Maldita sea, entra de una vez —dije a mi marido. Dos meses antes, en la última serie de tornados, habían muerto veinticinco personas.

Sooki salió y quedó atrapada por el espectáculo de la tormenta. No costaría nada que saliera volando. Ya podía verla dando tumbos por la calle.

—¿Queréis bajar? —preguntó.

Tiré de Karl y bajamos todos con el perro. Cuando nos sentamos, la tormenta ya había terminado. No habían transcurrido más de siete minutos del principio al fin. Siguió lloviendo media hora más y, cuando cesó la lluvia, le puse la correa a Sparky y los tres salimos a pasear y a mirar con los vecinos. Una cuarta parte de los árboles estaba en el suelo. Los gigantescos almeces habían caído sobre los arces y los habían partido por la mitad. En mitad de la calle había surgido un bosque. Los postes telefónicos se habían caído y los cables eléctricos serpenteaban por el asfalto. No llevarían corriente, ¿verdad? Avanzamos con cautela. Las flores de las catalpas cubrían las aceras, aunque no me había dado cuenta de que estuvieran ya en flor. Recogí un puñado de flores y me las llevé, sin ningún propósito en concreto. El viento había avanzado en línea recta, un fenómeno extraño surgido de la nada. Los árboles se habían caído, pero no las casas. Estos, por lo que pude ver, no se habían desplomado sobre las viviendas sino sobre los buzones o se habían derribado unos a otros como fichas de dominó. Karl buscó el nombre del fenómeno en el móvil. Se llamaba «derecho», en español, porque avanzaba en línea recta.

—Primero los tornados —dijo Sooki mientras sacaba foto tras foto. Ahí donde las gigantescas masas de raíces habían levantado cepellones de tierra más altos que Karl, el suelo, cubierto por la brillante hierba primaveral, formaba un ángulo recto con la acera.

—Luego la pandemia —apunté.

—El viento raro —añadió Karl.

—Y el cáncer de páncreas —dijo Sooki.

—No nos olvidemos del cáncer —dije, y nos echamos a reír.

Esa noche encendimos velas. Prendimos la cocina de gas con cerillas y preparamos la cena. Jugamos al Scrabble e hicimos yoga de memoria después de que Karl se acostara. Respiramos profundamente y flexionamos la columna vertebral.

—Bueno —dijo Sooki cuando terminamos. Nos quedamos sentadas en silencio, en ese tipo de oscuridad que la electricidad quiere que olvidemos que ha existido. Era la última hora de un largo día.

—Vamos fuera —susurré.

Sooki cogió la linterna y apagó la vela. Cuando Sooki trabajaba para la brigada de murciélagos en Nueva York, un desfile del bicentenario pasó por la calle de la Oficina de Asuntos Animales. La gente bailaba y reía, así que salió a la calle. Se encontró con un grupo de marineros que habían dado la vuelta al mundo. Uno de ellos iba sin camiseta y llevaba al hombro un loro de colores. Sooki había tenido un tucán en la universidad. Seguramente omitió parte de la historia, porque lo siguiente que me contó era que se había embarcado con ellos. Tenía veintiún años. Trabajó con la tripulación del barco y navegaron hasta la isla de San Bartolomé en un hermoso y viejo barco de madera llamado *Christmas*. Una vez me enseñó una foto en la que aparecía en bikini en la orilla con un pareo atado sobre las estrechas caderas.

Desperté al perro y salimos de la casa en la oscuridad. No éramos las únicas inquietas. Había gente dentro de los coches aparcados cargando el móvil con la batería. Los vecinos paseaban por la calle con los perros, reían en los porches. No entendía lo que estaba pasando, pero había algo en el aire. Todos estaban muy despiertos, como si esperaran a ver si el mundo se iba a acabar en aquel momento.

Sooki y yo alumbramos con las linternas la lisa corteza de los árboles que atravesaban las calles. Iluminamos los lechos de lirios azules que se mantenían altos y rectos, intactos. Trepamos por encima de las ramas, nos encontramos con un callejón sin salida y dimos la vuelta para seguir por otro lado. El agua del arroyo, a una manzana de distancia, rozaba la parte inferior de la pasarela. Primero íbamos hablando, pero luego nos callamos. Nos bastaba con estar juntas en la oscuridad.

La electricidad siguió cortada durante cuatro días, esos días raros en Nashville en los que no hace ni demasiado calor ni demasiado frío. Vacié el congelador y la nevera sin dejar de pensar: «Cuánta suerte tenemos».

Antes de ser capaz de empezar a escribir una novela, tengo que

saber cómo termina. Tengo que saber adónde voy para no pasarme el día andando en círculos. No todo el mundo es así. He oído decir a algunos escritores que escriben para descubrir cómo termina la historia y que, si supieran el final de antemano, no tendría sentido escribir. Para ellos, el misterio se resuelve escribiendo, y lo entiendo, pero no es mi forma de trabajar. Sabía que acabaría escribiendo sobre Sooki, se lo había dicho, pero no tenía ni idea de lo que diría. No sabía cómo terminaría la historia.

—Se va a morir —dijo Karl—. Esta enfermedad mata.

Pero ¿no existía la posibilidad de que no muriera? La quimio, el ensayo clínico de inmunoterapia, el yoga y las verduras, las oraciones de las monjas y todo el tiempo para pintar… A lo mejor todo aquello se combinaba para salvarla. A lo mejor existía una extraña alquimia en las proporciones, algo que no podía medirse con exactitud, y, como resultado, Sooki sobrevivía para morir después de algo inesperado: una pandemia, los tornados o el viento que soplaba en línea recta.

De la renuncia al orden normal de la vida surge una tranquilidad magnífica. Sooki llegó a Nashville y se quedó en un lugar concreto: no más estrellas de cine, no más viajes a Tan-Tan, Marruecos. Tan-Tan no tenía electricidad por la noche. Sooki y Tom caminaban por el desierto a primera hora de la mañana y, mientras ella le iba dictando las frases del guion y él memorizaba su papel, las cobras se deslizaban por la arena justo delante de ellos. La muerte estaba allí mismo, en esos largos días de sol. La muerte era el río que discurría bajo tierra, siempre. Solo que habíamos amontonado encima muchos trastos para no oír el rumor de sus aguas.

A veces Sooki dejaba dinero en la encimera de la cocina.

—Para la compra —decía—, para gasolina, para libros.

Yo negaba con la cabeza.

—No lo hagas.

Entonces los ojos se le humedecían. Con la cabeza

descubierta, los pendientes de plata colgando, decía:

—Tengo que sentir que estoy contribuyendo. No puedo ser siempre la que recibe.

Pero, por supuesto, era yo la que recibía. ¿Por qué no se daba cuenta? El precio de vivir con una escritora es que, al final, terminará escribiendo sobre ti. Yo atesoraba cada uno de aquellos días preciosos. Lo que Sooki me dio fue un sentido del orden, un sentido de Dios, el Dios de sor Nena, el Dios de mi infancia; la creencia en que había entrado en mi estudio una noche y había cogido el libro correcto de entre los cien libros que había allí porque el destino así lo quería. El CA 19-9 había pasado de 2100 a 470. El tumor del hígado se estaba reduciendo. En los Estados Unidos ya habían muerto cien mil personas por el coronavirus. Y entonces todavía estábamos en el principio. Gracias a Sooki, me daba cuenta de la tranquilidad de mi casa, de mi propia mente. Oía el río que corría bajo tierra y no tenía miedo.

Sooki estaba preocupada por su madre, que había sido ingresada en el hospital por una infección urinaria. Sooki dejó mensajes a los médicos y, mientras hacíamos ejercicio, colocó el móvil junto a una esquina de la esterilla de yoga, esperando que le devolvieran la llamada. Cuando llamaron, les hizo todas las preguntas pertinentes. Al fin y al cabo, era una experta en tratar con el sistema médico. Le daba mucha rabia no estar allí para ayudar.

—Puedo llevarte en avión —ofreció Karl, cuando la madre de Sooki salió del hospital—. Podemos ir y volver en el mismo día.

Sooki había volado ya con nosotros dos veces a Misisipi para visitar a la madre de Karl, de noventa y ocho años. Le gustaba volar: la idea de un viaje considerablemente más largo a Nueva York era una buena noticia. La madre de Sooki vivía a tres kilómetros del aeropuerto de Westchester. Desde el jardín, veía cómo despegaban y aterrizaban los aviones. Cuando has sido piloto, eres piloto para siempre. Las dos hermanas de Sooki, una en Connecticut y otra en Massachusetts, podían ir a reunirse con ellos y organizar un encuentro familiar en el mismo aeropuerto. Podían llevar unos sándwiches y guardar

las distancias.

—Es demasiado —dijo Sooki.

Karl no estuvo de acuerdo.

—No es demasiado. Tengo que volar.

El viaje se organizó deprisa. Saldrían al cabo de cuatro días. Karl elaboró los planes: llevaría un copiloto para repartir las horas y pararían en Virginia Occidental para repostar a la ida y a la vuelta. Las hermanas de Sooki se apuntaron, su madre estaba encantada.

Lo difícil no era organizar el viaje, sino lo que implicaba: pandemia, cáncer, noventa y cuatro años. La idea de que todos se reunieran llevaba implícita la realidad de que podría ser la última vez. ¿Cómo se vuela de Nashville a Nueva York en un avión monomotor para una visita de dos horas? ¿Cómo se vuelve a subir al avión para volver a casa?

Sooki no había perdido peso, pero hacía ya algún tiempo que estaba perdiendo la capacidad de proyectar la voz. A veces tenía que ponerme delante de ella para oír lo que decía.

—Es tan increíblemente generoso por parte de Karl —susurró insegura. Se mantenía en silencio, durmiendo y pintando, luchando por salir adelante—. Por supuesto que quiero ir. Es que…

Esperé, pero no añadió nada. No tenía nada que añadir.

A la mañana siguiente, fuimos temprano a la librería y elegimos regalos para toda su familia. Fuimos a la panadería de enfrente de la librería y compramos pan de espinacas y feta, pan de canela y pasas. Volvimos a casa y horneamos una tarta espectacular que iba especialmente bien para los viajes.

—Es como si volvieras a casa, a Ucrania, por primera vez en diez años —dije mientras cargábamos neveras y bolsas. Me había levantado antes del amanecer para preparar montones de sándwiches. No podría decir si todo aquello fue de ayuda o si Sooki había decidido ver solo el lado bueno. Probablemente fue una combinación de ambas cosas. Cuando se marcharon al aeropuerto, Sooki estaba feliz.

Más tarde me contaron la historia: cómo después de aterrizar, cuando estaban todos juntos en el césped junto al pequeño aeropuerto, llegó un agente de policía y les dijo que

tenían que dispersarse. Westchester seguía siendo un punto crítico de la pandemia y no podían celebrar reuniones, ni siquiera en el exterior. Karl —él es así— se alejó unos metros con el policía para explicarle la situación.

—Tenemos unas mesas de pícnic delante de la comisaría —propuso el agente—. Allí nadie los molestará.

La comisaría estaba al lado del aeropuerto, así que todos cogieron las neveras portátiles y fueron para allá. Durante todo el día, Sooki fue enviándome fotos de su familia. «¿Dónde está nuestra otra hermana?», me preguntó. Se refería a mí.

Cuando Sooki y Karl llegaron a casa esa noche, estaban eufóricos. A Karl le había encantado la familia de Sooki y todos adoraron a Karl. Él y el otro piloto estuvieron hablando de aviones con la madre de Sooki.

—Me ha contado que, cuando Sooki era pequeña, tenía que ponerle una correa porque corría mucho. Nadie podía seguirle el ritmo. En cuanto su madre se daba la vuelta, Sooki se iba.

Sooki era la mediana.

—¿Y tus hermanas? —pregunté a Sooki.

—No necesitaban correas —contestó.

Esa noche, en la cama, Karl me contó lo felices y lo amables que habían sido todos. Dijo que Sooki mantuvo la calma cuando se despidieron. Se había hecho a la idea de que no iba a pasar nada malo.

Apagué la luz y seguí pensando en la correa, los maratones, las carreras de montaña, el yoga, los paseos por el desierto, el pintar y pintar y pintar. La energía que se necesitaba para seguir vivo, la imposibilidad de rendirse. No sabía lo que habría hecho yo en su lugar, pero imaginé que, después de que me anunciaran que tenía cáncer de páncreas recurrente, habría ido al abogado y habría liquidado mi cuenta con la casa. Tal vez habría encontrado la fuerza necesaria para luchar, pero nunca he sido muy luchadora. A Sooki tenían que atarla con una correa cuando era niña, su cuerpecito tenía tanta energía que su madre no podía controlarla. Muchas mañanas, el yoga se me hacía interminable, así que me despedía con la mano, dejaba la esterilla y me dirigía a mi escritorio. Que yo sepa, Sooki siempre llegó hasta el final de la clase.

Más noticias sobre aviones: unos amigos míos de Nashville que tienen una casa en California y un *jet* que los lleva hasta allí, los amigos más amables del mundo, que sabían lo que le pasaba a Sooki, se ofrecieron a llevarla a casa. Volaban a finales de mayo. Era la única posibilidad de Sooki de volver a su casa sin correr riesgos. El mismo ensayo del que formaba parte en Nashville había comenzado finalmente en el hospital de la Universidad de California en Los Ángeles, a veinte minutos de su casa. Sus oncólogos de California y de Tennessee se habían puesto de acuerdo para que pudiera trasladarse de un hospital a otro sin perder una sola sesión de tratamiento. Todo estaba preparado, excepto que Sooki no quería irse.

Me propuse ser neutral. Se lo dije. No debía tenernos en cuenta en su decisión. Estábamos encantados de que se quedara, si así lo deseaba. Nadie había sido nunca tan bienvenido.

—Puedes vivir aquí el resto de tu vida —le dije, y hablaba totalmente en serio. Nunca había vivido unos días tan intensos. Sooki se había mudado antes de la pandemia. Habíamos estado juntas en aquel mundo nuevo. Pero, por supuesto, lo normal era que se marchara, ¿no? Debía de echar de menos a toda esa gente de la que apenas hablaba.

—Tengo miedo de que, si me voy, no vuelva a verte —dijo con una voz casi inaudible.

Era posible, pero no tenía intención de pensar en ello.

—Me pregunto si para ti es más fácil estar aquí porque no tienes que consolarnos, no tienes que hacernos sentir mejor por el hecho de que estás enferma. Puedes concentrarte en ti misma.

Sooki negó con la cabeza.

—No es eso.

Es curioso, pero estaba convencida de que era ese el motivo. Había llegado a esa conclusión meses atrás. Nuestra casa era un lugar de espera, un espacio neutral sin expectativas donde lo único que importaba era su recuperación.

Estábamos en la cocina al final de la tarde, antes de la cena y entre dos ejercicios de yoga.

—Me gusta la persona que soy aquí —dijo en voz baja.

Tuve que escuchar con atención lo que me decía. Tuve que alejarme de la película que yo me había inventado, la película de lo que yo creía que estaba ocurriendo, para poder ver a Sooki.

Le costaba mucho hablar. Me quedé a su lado, esforzándome por no completar sus frases. Me contó que en su casa se había vuelto impaciente y estaba siempre enfadada. Le habría gustado que su vida fuera diferente, y ahora lo era. Habría querido ser mejor persona, y creía que aquí era mejor persona. Volvía a gustarse a sí misma. No era solo su enfermedad. Aquí era una artista. Yo la veía como una artista.

—El hecho de que vosotros dos queráis que me quede, que me queráis, que creáis en mí, me hace creer en mí misma. No quiero renunciar a eso.

—Nunca tendrás que renunciar a la amistad o al amor —dije—. Y si decides que quieres quedarte, bueno, tampoco tienes que renunciar a eso.

Sooki la incansable, Sooki la infatigable parecía a punto de quebrarse. Dijo que no sabía qué hacer.

—No puedo quedarme aquí para siempre.

Pero sí podía. No tenía ni idea de si era buena idea, pero podía quedarse.

Esa noche traté de explicárselo a Karl.

—He estado equivocada desde el principio. Pensaba que la estaba ayudando y ahora me pregunto si no habré empeorado las cosas.

—¿Cómo podrías haberlas empeorado?

—Al mostrarle cómo podría haber sido su vida y enviarla luego a su casa.

Al ver en Sooki lo que yo quería ver en lugar de lo que realmente estaba frente a mí. El mío había sido el pecado de la incomprensión, de pensar que un ensayo clínico era el eje de la historia.

Los días pasaban y veía a Sooki inquieta, acosada por su propia indecisión. Aquí era una artista que vivía con una escritora. Aquí era la persona que habría querido ser. Una noche, después de terminar el yoga y la meditación, nos quedamos tumbadas en las esterillas, mirando al techo. Sparky

se me había subido al pecho y se había dormido. Le pregunté si tenía interés en probar la psilocibina.

En una novela, es esencial dar con un giro inesperado.

En la universidad había conocido a gente que tomaba setas y después pasaron unos treinta años sin que volviera a oír hablar de ellas. Ahora conocía a varias personas que las consumían como terapia. Ahora lo llamaban medicina vegetal. Cuando eres joven, te colocas, y cuando eres viejo, tomas medicina vegetal, como si fuera un repelente de insectos a base de hierbas. Aun así, ¿no merecía la pena mencionarlo?

Sooki dijo que también había oído hablar de ello y que conocía a otros pacientes de cáncer que las habían probado, pero que no lo veía claro. Cualquier adulto con criterio dudaría en añadir un factor desconocido a una mezcla química ya complicada. Empezamos a buscar artículos en la web del hospital Johns Hopkins. Los informes de los estudios eran abrumadoramente positivos:

> La psilocibina produce disminuciones sustanciales y sostenidas de la depresión y la ansiedad en pacientes con cáncer potencialmente mortal… La psilocibina en dosis altas redujo notablemente los estados de ánimo deprimidos y la ansiedad, tanto por parte de los médicos como de los propios pacientes, junto con un incremento de la calidad de vida, el sentido de la vida y el optimismo, y la disminución de la ansiedad ante la muerte.

—Pues a lo mejor —dijo Sooki.

No bebo. Soy vegetariana. Solo tomo vitamina D. Si tuviera un escudo de armas, mi lema sería: «Calidad de vida, sentido de la vida, optimismo».

—¿Te sentirías mejor si las tomara contigo?

Me miró.

—¿Me estás proponiendo que las tomemos juntas?

—Oh. Claro —contesté—. Por supuesto que sí.

Así llegamos al siguiente capítulo de la historia.

Lo difícil no era conseguir las setas, eso era fácil. Lo difícil fue hacer acopio del valor suficiente para confesarle nuestros planes a Karl. Le enseñé los estudios del Johns Hopkins. El

setenta por ciento de los participantes lo había definido como una de las «experiencias más significativas de su vida desde un punto de vista personal y espiritual». Hizo una mueca de escepticismo, pero leyó el artículo. Para él, el matrimonio significaba que estaba dispuesto a escuchar lo que, a primera vista, podía parecerle una idea absolutamente idiota. El matrimonio también significaba que yo lo escucharía si intentaba disuadirme. No buscaba que me diera permiso; era una cuestión de respeto mutuo.

Terminó de leer varios artículos mientras yo esperaba.

—De acuerdo —dijo.

—¿De verdad? ¿No crees que es una locura?

—No he dicho eso, pero sé que estás intentando ayudar a Sooki.

Cuando apagamos la luz esa noche, me sentí llena de felicidad: después de casi tres meses de encierro, íbamos a vivir una aventura. ¡Viajar estando en casa! No sé por qué no tuve el sentido común de preocuparme, pero no lo hice. Los amigos que lo habían probado habían tenido todos experiencias positivas, y algunos libros recién publicados ensalzaban la importancia de ver la belleza y la conectividad de todas las formas de vida. Tal vez esa experiencia, tan alejada de la realidad, fuera justo lo que Sooki necesitaba.

Me costó un tiempo conseguir las setas. Una amiga muy versada en la experiencia las trajo a primera hora de la mañana del Día de los Caídos, el último lunes de mayo. Yo tenía entrevistas programadas durante todo el martes, Sooki tenía quimioterapia el miércoles y mis amigos se iban a California el jueves. Era ahora o nunca.

Mi amiga nos dijo que debíamos taparnos los ojos con máscaras y cubrirnos con mantas. El equipo del Johns Hopkins había preparado una lista de reproducción de seis horas de música para, en cierto modo, guiar durante la experiencia. Sooki la había descargado en el ordenador. Estábamos preparadas.

—Es importante pensar en tus intenciones antes de empezar —nos dijo mi amiga. Estábamos sentadas en el estudio a las siete y media de la mañana. Mi intención era ayudar a Sooki.

¿Qué otra razón tendría para emprender el viaje del paciente de cáncer?

—Podemos estar en la misma habitación —dijo Sooki, una afirmación más que una pregunta.

Mi amiga ladeó la cabeza.

—Yo no lo haría. Las cosas pueden volverse muy raras. No hay muchos límites. O, mejor dicho, lo que normalmente consideramos límites tiende a desaparecer. Es mejor que no estéis en el mismo piso de la casa.

Dijo que el efecto duraba una hora y media, quizá dos horas, con algunos efectos residuales durante otras tres o cuatro horas después.

—Pero puedes levantarte e ir al baño, no estás atrapada en un lugar.

Le habría dado un abrazo de no ser por la pandemia. Le prometí que la llamaría cuando terminara.

Entonces Sooki y yo nos fuimos a la cocina, mezclamos con yogur los paquetes con la cantidad precisa de polvo de hongos y nos envenenamos. Nos dirigimos al piso de arriba para tumbarnos la una al lado de la otra en las colchonetas de yoga, decididas a ignorar el consejo de mi amiga de que permaneciéramos en pisos separados. Estábamos juntas. Ese era el objetivo de todo. Karl y el perro salieron al porche a leer el periódico.

Nos pusimos la música, los antifaces, nos tapamos. Esperamos. Entonces llegó el momento en que uno se siente como en una montaña rusa en el instante preciso en que la barra se bloquea y el coche comienza a subir, el cuerpo se aplasta contra el asiento, las rodillas van hacia adelante, y surge la duda: «Un momento, ¿habrá sido buena idea…?».

—¿Ann?

Me levanté el antifaz. Karl estaba de pie en la puerta. Me dijo que iba a llevar a sus nietos al río a navegar. Después de todo, era un día festivo.

—¿No te vas a quedar?

Negó con la cabeza. Sentí que el coche subía y subía, a punto de iniciar el descenso. ¿No habíamos acordado que Karl se quedaría para supervisar nuestra salud y seguridad? Tal vez

no. Toma nota para el futuro: no hagas suposiciones. Clic, clic, clic. Sentí que ascendía, aunque seguía pegada al suelo.

—¿Notáis algo? —preguntó.

—Noto algo —dijo Sooki.

Y luego, al parecer, Karl se fue.

El coche me llevaba al amarillo, no a un campo de color amarillo, sino al propio color. Aquí no hay palabras, pensé. Antes de empezar, había dejado un cuaderno y un bolígrafo a mi lado, en el suelo. Olvídate de eso. El color seguía el ritmo de la música, el color se deshacía en baldosas del tamaño de los Chiclets, del color de los Chiclets, con las que se alzaban catedrales en el espíritu sagrado de la lista de reproducción del Johns Hopkins.

Se me ocurre que debería volver a poner esa lista de reproducción y escucharla mientras escribo esto, pero no lo haré. Vivaldi, Vivaldi, Vivaldi: así empieza.

El color era envolvente, aturdidor: giraba, construía, reconfiguraba, dividía. Intenté disfrutarlo, pero me costaba respirar. El coche en el que estaba encerrada se precipitaba ahora a través de un millón de flagelos que guiñaban el ojo, cada uno de un color diferente. ¿Quién iba a saber que existía tanto color? Mi intención era vomitar, pero la idea de pasar por delante de Sooki me abrumaba. Sooki, con su antifaz, bajo la manta peluda que nos había traído de California, parecía tan serena que me pregunté si estaría muerta. Con todo, pensé que podría escapar de inmediato de la atracción si vomitaba las setas. Deseaba desesperadamente vomitar, retroceder en el tiempo. Me arrastré alrededor de Sooki con todo el cuidado que pude y me desplomé en el pasillo.

Leer sobre las experiencias alucinógenas de otras personas es como escuchar los sueños ajenos en una cena. Lo fascinante no se transmite. Baste decir que el coche al que estaba atada descendía por un túnel hacia colores cada vez más oscuros, espacios más estrechos. Iba hacia a la muerte. Mi muerte. Dos palabras que intentaba pronunciar mientras me convulsionaba en el suelo del baño.

—¿Vas bien? —preguntó Sooki. Estaba en la puerta, perfilada con tubos de neón.

—Me encuentro mal —dije.

—¿Respiras? Tienes que acordarte.

Boca abajo sobre la alfombrilla del baño, me obligué a respirar.

—Deberías volver a la música —dijo, intentando ayudarme.

No pude reunir fuerzas para seguirla, pero oía bien la música desde donde estaba, la Sinfonía n.º 3 de Górecki, Arvo Pärt, piezas que me habían gustado hasta aquel momento y ya no me gustarían nunca más.

—Nosotras nos lo hemos buscado —dije, o quizá no lo dije. Sooki ya se había ido. Para cuando la lista de reproducción había llegado a «Tristán e Isolda», mi cráneo era como el de un caballo, seco y blanco y vacío.

—Me estoy muriendo —me había dicho mi amiga.

—Iré contigo —le dije.

No fue un viaje de dos horas, sino un castigo de ocho horas de duración. Me habría gustado que Karl me reconfortara, pero me alegraba de que no estuviera allí. Lamentaba lo que le había hecho, es decir, envenenarme. Habíamos tenido una vida muy buena. Me sentía como si alguien me golpeara contra la pared, no con rabia, sino como una tarea rutinaria. Mi respiración rugía ahora, entraba y salía, mis pulmones eran enormes fuelles que no estaban dispuestos a aceptar mi muerte. El ejercicio de los últimos meses iba a salvarme. Me salvaría. Cuando estaba casi al final, llegué a un hermoso lago, de los que se ven en las postales japonesas, o en las postales japonesas que yo imaginaba, y me tumbé en la suave hierba junto a las aguas tranquilas, jadeando, hasta que todo empezó a calmarse. Esa fue mi recompensa.

Me había propuesto ayudar a mi amiga, cogerla de la mano e ir con ella mientras se asomaba al acantilado, un acantilado por el que, al final, terminé por caer yo.

Cuando todo terminó, conseguí llegar a la ducha, quizá el mayor logro de mi vida. Sooki bajó a su habitación. Karl llegó a casa y nos sentamos en el sofá a ver cómo una tormenta destrozaba el jardín trasero. Pensaba que Karl estaba enfadado y, al mismo tiempo, sabía que mi juicio era erróneo. Estaba enfadada conmigo misma. Pensaba que Karl tenía que estar enfadado conmigo. Apoyé la cara en su hombro, disculpándome.

—¿Por qué? —preguntó. Pero Karl ya lo sabía. ¿No lo sabía?

—Por ser descuidada con nuestra vida.

Me trajo una lata de *ginger ale* y traté de comer medio plátano. ¿Era esto lo que se sentía con el COVID? No podía mantenerme erguida, aquello era la resaca de las últimas ocho horas en las que me habían deshuesado de forma memorable. Ya no estaba enferma, pero no me encontraba bien. ¿Dónde estaba Sooki? No podía estar sola.

Al cabo de un rato, Sooki se acercó a la cocina y dio un pellizco a la mitad de plátano que yo había abandonado.

—¿Estás bien? —pregunté. Ahora tenía problemas con el volumen de la voz—. Tenía tanto miedo de haberte matado…

En el exterior era de noche y la lluvia azotaba la casa. Sooki había traído el ordenador. Estaba revisando el correo electrónico o tomando notas.

—Ha sido muy importante —dijo con una voz que se le esfumaba en la boca. Intenté leerle los labios. Sabía que debía sentarme con ella a la mesa, pero no podía ni imaginar el esfuerzo.

—¿No te encuentras mal?

Sooki me miró.

—No, estoy bien. ¿Tú sí?

Asentí con la cabeza.

—Tal vez sean todos los productos químicos que ya tengo en el cuerpo. Estoy bien. Es solo que… —Hizo una pausa. No había palabras porque no se trataba de palabras.

—¿Ha sido como dijeron que sería, algo que te cambia la vida? ¿No te arrepientes de haberlo probado? —Tuve la sensación de que tardaba en formular la frase.

—Ahora entiendo muchas cosas —contestó Sooki—. Toda la

gente que me quiere y lo duro que ha sido para ellos el cáncer. Los he visto: a mi familia y a mis amigos. He sentido su amor por mí. He visto lo que necesitaban y lo que me han dado. Veo a Ken, que siempre ha estado a mi lado, alejándose para dejarme brillar. He visto lo que el cáncer me ha dado. Si no hubiera sido por el cáncer, nunca habría venido aquí. No habría tenido este tiempo contigo y con Karl. Eso lo vale todo.

—¿Así que ha sido lo que habían dicho, una experiencia espiritual definitiva?

Sooki había visto a la gente, había sentido su amor y había oído sus voces mientras yo estaba cortando las serpientes de algún caldero negro lleno de lava en el centro de la tierra.

—Desde luego. No puedo decirte lo agradecida que estoy. ¿Lo has pasado mal?

—Fatal.

—¿Qué has sentido?

—La muerte —dije. No dije: «Tu muerte». No dije: «Esta cosa con la que vives cada minuto, este cráneo de caballo, he cargado con ella para que pudieras hablar con la gente que te quiere». Había declarado mis intenciones de antemano: quería ayudar a mi amiga. Al hacer el viaje al país de Oz, Sooki había encontrado la fuerza y la claridad que necesitaba para volver a casa.

Alguien dio cuerda al reloj. De repente, el segundero, suspendido durante tanto tiempo, empezó a funcionar de nuevo, empujándonos hacia adelante. Sooki comunicó a mis amigos del avión que estaría lista el jueves. Tenía que preparar el equipaje al día siguiente, el martes. El miércoles tenía quimioterapia. Apenas había salido de casa en más de tres meses y, sin embargo, era imposible volver a meter el mundo en la maleta de Mary Poppins. La última noche nos sentamos en mi despacho después del yoga y le hice todas las preguntas que se me ocurrieron: ¿cuándo trabajó en el documental sobre George Romero y cuándo se casó con Ken? ¿Cómo se llamaba su marca de ropa para niños? ¿Cuándo le diagnosticaron el cáncer de páncreas por primera vez? ¿Cómo había sabido que

algo iba mal? Todo este tiempo había tenido miedo de curiosear y, al final, había descubierto que Sooki estaba encantada de hablar, de contarme lo de los murciélagos, el velero a San Bartolomé, el desierto de Tan-Tan, la operación. Me dijo que parte de la razón por la que había dudado en quedarse con nosotros era que no quería aprovecharse de la amistad de Tom conmigo. Que siempre había ido con mucho cuidado para no cruzar ninguna línea, no relacionarse con la gente que había conocido a través de él.

—¿Ni para tratar el cáncer? ¿Hablas en serio? ¿Te imaginas a Tom sentado en casa diciendo: «No puedo creer que Sooki haya utilizado mis contactos para entrar en un ensayo clínico en Nashville»?

—No, claro que no, solo te lo comento. Recuerdo que cuando me preguntaste hace meses si Tom sabía que estaba aquí, me entró pánico. Intento mantener todas las partes de mi vida separadas.

No sabremos nunca qué cosas inquietan a los demás.

Me contó lo agradable que había sido dejar la carga de su propia vigilancia. Que en su casa se sentía responsable de supervisar todos los aspectos de su tratamiento, investigando curas, comprobando dos veces las órdenes médicas —había detectado unos cuantos errores espantosos, tremendos—, pero que aquí sabía que Johanna y Karl siempre estaban pendientes de ella. Contaba con su protección, y esa certeza le había dejado mucho tiempo libre. Hablamos de la pesadilla del seguro médico y de que el porcentaje de los costes del tratamiento que ella y Ken tenían que pagar de su bolsillo había acabado con su jubilación, había acabado con todo.

—Debería haberlo planificado mejor —dijo.

—¿Deberías haber planeado las consecuencias financieras de tener cáncer de páncreas dos veces?

Dijo que sí.

¿Cómo no le había preguntado antes todas estas cosas? Estaba perfectamente dispuesta a hablar, quería hablar y ahora se iba a la mañana siguiente. ¿Por qué había ido con tanto cuidado?

Porque intentaba protegerme. Tenía miedo de cómo iba a

acabar la historia.

El jueves por la mañana, me puse a llorar mientras paseaba a Sparky. Surgió como una de esas extrañas tormentas que nos habían asolado durante la primavera. Nunca lloro y, sin embargo, tenía planes de no hacer nada más durante el resto del día y quizá el resto de la semana. La inminente partida de Sooki me hizo rememorar un recuerdo que me había propuesto no evocar jamás: todos los veranos, mi hermana y yo volábamos de Tennessee a Los Ángeles para pasar ahí una semana con nuestro padre, y en la mañana del día en que regresábamos a Tennessee, me echaba a llorar. No había forma de evitarlo. Pasaría otro año antes de que volviera a ver a mi padre, una unidad de tiempo inimaginable en la vida de una niña. No tenía el dinero, la libertad ni los medios para comprar otro billete y verlo antes. Ahora estábamos en una pandemia, Sooki tenía un cáncer de páncreas recurrente, así que esta despedida me recordó a mi padre subiendo al avión con nosotras, sentándose conmigo y con mi hermana, los tres sollozando desconsoladamente hasta que, al final, la azafata le decía que tenía que irse.

Sooki lavó las sábanas y las toallas, limpió el baño, pasó el aspirador. Llevó la maleta al coche sin que yo me diera cuenta. Cuando subió del sótano, lista para irse, llevaba puesto el abrigo de terciopelo negro con las peonías.

—¿Lo habías traído?

El abrigo no era como lo recordaba. Era mucho más hermoso: el color superpuesto de cada pétalo, el rosa muy claro contra la negrura.

—Lo estaba reservando para el momento adecuado —dijo.

¿Cómo era posible? ¿Cómo podía reservar nada? ¿Cómo podía haber todavía tantas cosas que no entendía cuando nuestro tiempo casi había terminado?

Por entonces, Karl ya había vuelto al trabajo presencial, pero canceló las visitas de la tarde para llevarnos al hangar donde mis amigos guardaban el avión. Llegamos pronto, ellos llegaron tarde. Me alegré de ambas cosas. Estaba agradecida.

Karl fue a hablar con los pilotos sobre el avión, y Sooki y yo nos sentamos en la pequeña sala de espera. Intentamos estar alegres, fracasamos y volvimos a llorar. ¡Pero esta vez había sido un éxito! Su CA 19-9 era de 170, por debajo de los 2100 que tenía cuando llegó en febrero. Ahora volvía a casa con su marido, sus hijos, sus nietos y sus amigos. Tom y Rita habían vuelto de Australia. Se habían recuperado. Sooki tenía trabajo que hacer. El hospital de la Universidad de California en Los Ángeles la incorporaría a su ensayo clínico, todo sin problemas. Nos habíamos encontrado y no nos perderíamos. Repetimos la frase, la convertimos en un mantra.

Mis amigos llegaron y nos saludamos desde la distancia mientras recogían a Sooki. En el asfalto, volví a verla tal y como era, resplandeciente con su abrigo de terciopelo, su boina negra. Sooki, que era la luz y la vida y el color mismo. Un minuto después, todos estaban a bordo del avión y se habían ido.

> [31 de mayo de 2020] Ya he hecho ejercicio esta mañana. He puesto un DVD de pilates que no habíamos visto nunca. No tenía ningún componente espiritual. Tu excursión, en cambio, parece preciosa y cargada de componente espiritual. Si había demasiada gente allí, te las arreglaste para no verla. De repente hay gente por todas partes. El parque estaba lleno esta mañana. Me pregunto qué va a pasar.
>
> Olvídate de las cartas sentimentales. Tú eres puro sentimiento y has expresado todo el amor del mundo. No tiene sentido que te impongas esa carga. Karl no está esperando una nota de agradecimiento, te lo prometo. Entiendo el impulso, pero también creo que lo hemos superado. (Lo digo aunque me paso los días intentando escribir sobre nuestra amistad y lo que vivimos aquí. Es difícil. Sigo intentándolo. Lo conseguiré, pero no es tarea fácil intentar resumir esto.)
>
> Te he enviado otro libro que no tardará en llegarte, una pequeña novela francesa que me encanta llamada *El gran Meaulnes,* de Alain-Fournier. A lo mejor te suena.
>
> Estoy aquí si quieres hablar. Recuerda que la quimioterapia del miércoles te deja muy triste el viernes y el sábado, así que es lógico que la del jueves te deje hecha polvo el sábado y el domingo.
>
> Besos.

Sooki escribió:

> [31 de mayo 2020] Anoche tuve un sueño muy raro. No estoy segura de poder describirlo sin que suene como una extensión de la sesión de las setas, pero su mensaje era igual de profundo y claro.
>
> Había una imagen abstracta y sin duda eras tú, no de forma física, sino como alma. Las cualidades humanas más importantes se aplicaban a esta forma. Fluían en capas finas, en un acto de creación. Parecía ser la clave de la forma de los humanos, y era consciente de que esto ocurría con otros a tu alrededor. Pero para ti también había un vapor que entraba y llenaba cualquier hueco que quedara en el proceso, y me di cuenta: «Esto es lo que resulta especial y es tan esencialmente Ann». Tenía sensación de plenitud. No había espacio espiritual vacío. Todo estaba lleno.
>
> Estoy segura de que estas palabras no pueden transmitir adecuadamente lo que fue un mensaje tan radiante, pero cuando desperté, la sensación me acompañó durante mucho rato y no puedo describirla mejor. Nunca he experimentado nada igual que eso. O que tú.
>
> Que tengas un día maravilloso. Enviaré fotos desde San Diego. Creo que volveremos mañana.
>
> Con cariño.

Al final, resultó que Sooki y yo necesitábamos lo mismo: encontrar a alguien que viera nuestro yo mejor y más completo. Es sorprendente encontrar una amistad así a estas alturas de la vida. En cualquier momento de la vida.

El CA 19-9 es de 66,7 en este momento.

Dime cómo termina la historia.

No termina.

Terminará.

Todavía no ha terminado.

---

[19] Inédito en castellano. Traducible como *Remisión radical. (N. de los T.)*

[20] La primera es una película de culto de 1978, traducida al español como *Zombi: el regreso de los muertos vivientes.* La segunda es de 1985 y está dirigida por Roy Frumkes. *(N. de los T.)*

[21] Fragmento de la canción *September Song,* letra compuesta por

Maxwell Anderson y música de Kurt Weil: «Estos días preciosos que quiero pasar contigo». *(N. de los T.)*

# Otras dos cosas que quiero contar de mi padre

## El editor

Cuando terminé de escribir mi primera novela, *The Patron Saint of Liars,* imprimí una copia y se la envié por correo a mi padre. Yo tenía entonces veintisiete años, lo que significa que mi padre tendría sesenta. Todavía no se había jubilado como policía del Departamento de Los Ángeles, y yo aún no había publicado ningún libro. Sabía, por los relatos cortos que le había enviado cuando estudiaba el posgrado, que era buen lector y localizaba todas las erratas y errores gramaticales. Me avisaba cuando una escena le parecía forzada o lenta, o cuando un personaje hacía cosas que una persona real nunca haría. Después de treinta y tres años en las fuerzas del orden, muchos de ellos dedicados a la investigación, era también el mejor revisor de datos y documentalista que he tenido en mi vida.

El problema de las correcciones de mi padre era que aportaba su propio imperativo moral a mi obra. Marcaba con un círculo todas las palabrotas de mis personajes y luego tachaba con una X la palabra ofensiva. No era necesario.

Nunca creí que mi padre no dijera palabrotas. Solo sabía que no las decía delante de mí y de mi hermana. Pero después de su muerte, varias de las tarjetas que recibimos de los policías con los que había trabajado mencionaban exactamente eso: que era un caballero, que le gustaba disfrutar de un buen martini, que no decía palabrotas. Y aunque fumó durante media vida, me decía que los personajes de mi libro no tenían por qué fumar.

—Es que son fumadores —le contesté en una ocasión. Los dos personajes fumadores eran marines que estaban recibiendo un curso de formación básica: el protagonista de la novela y un

personaje menor que era cabo.

—No hace ninguna falta —insistió mi padre—. No aporta nada a la escena.

—Es que resulta que fuman —dije. Me sentía como si me hubieran pillado a mí con un Camel. El hecho era que a los veintisiete años yo era fumadora. Fumaba en casa de mi padre cuando iba de visita, abriendo el tiro de la chimenea del salón y metiéndome debajo de la chimenea una vez que mi padre y mi madrastra estaban dormidos. No podía salir a fumar porque la alarma antirrobo solo podía desactivarse desde el interior de su dormitorio.

—Estás dando un mal ejemplo —dijo mi padre en relación con los marines fumadores—. A lo mejor los jóvenes leen este libro.

—Pero si tú fumabas.

—Lo dejé —dijo. Lo había dejado cuando yo estaba en el instituto, quizá incluso antes.

Los cigarrillos se quedaron, pero llegamos a una buena solución de compromiso. En mi versión, el cabo tiraba la colilla al suelo momentos antes de disparar accidentalmente al protagonista en la pierna. Fumar y ensuciar era demasiado para mi padre, así que me explicó cómo podía deshacerse de la colilla: rompía el papel, hacía una bolita con él y esparcía los restos del tabaco. Al parecer, era tan propio de los marines desmontar armas como cigarrillos.

Lo cierto es que rara vez cedía al código moral de mi padre, aunque este tenía mucha influencia en mí. Defendí el derecho de estos personajes a fumar en ese libro, pero en otros posteriores los personajes no fumaban (no decían palabrotas ni tenían vida sexual). La insistencia de mi padre en las costumbres sanas me agotaba. Una de las mayores discusiones que mantuvimos estaba relacionada con una escena de las memorias que escribí sobre mi amistad con la escritora Lucy Grealy. En *Truth and Beauty* conté la historia de la noche en la que Lucy y yo leímos juntas textos nuestros ante una sala repleta en Provincetown. Lucy leyó un largo fragmento de una escena en la que se masturbaba delante de un hombre que había conocido en un bar. En mi libro sobre Lucy, conté lo

mucho que me había molestado oír a mi amiga contar una historia tan íntima —que yo desconocía por completo— delante de tantos desconocidos.

—Es horrible lo que cuentas de ella —me dijo mi padre por teléfono—. Tienes que quitarlo del libro.

—Pero es verdad —dije—. No me lo he inventado. Y ciento cincuenta testigos pueden corroborarlo.

—Lucy no puede defenderse. —En eso tenía razón: Lucy no podía defenderse. Había muerto, y había sido su muerte la que me había llevado a escribir sobre ella.

—Escribió un texto, lo leyó en voz alta y luego lo publicó —dije—. No es cotilleo.

Mi padre me dijo que debía ser mejor amiga. La historia se quedó en el libro, pero lo cierto es que ninguno de mis personajes se ha masturbado nunca desde entonces.

Para ser justos, mi padre se limitaba a expresar sus opiniones de acuerdo con unos criterios que yo podría haber adivinado fácilmente. Podría haber esperado más tiempo y limitarme a enviarle los libros una vez publicados, pero a él le encantaba ver mi trabajo en un montón de folios, y yo contaba así con su ayuda. Cada vez que hablábamos, me preguntaba cuánto me faltaba para terminar. Se sentaba a leer lo que le enviaba en cuanto le llegaba. Esa inmediatez significaba mucho para mí. Significa mucho para cualquier escritor.

Mi padre murió de un trastorno neurológico llamado parálisis supranuclear progresiva. Durante cuatro años pensamos que no le quedaba más de un mes de vida, y durante cuatro años nos sorprendió. En ese tiempo escribí un libro de ensayos titulado *This is the Story of a Happy Marriage*. Había muchas cosas en ese libro que no quería que leyera, pero pensé que moriría antes de que se publicara. Cuando me di cuenta de que no sería así, volé a California y le leí el libro. Su enfermedad le dificultaba el habla, y sus críticas y elogios estaban ahora marcados por la economía.

—Este no es bueno —dijo al final de un par de ensayos—. Este sí —dijo de otros. Cuando le leí el ensayo sobre la muerte de mi abuela, la madre de mi madre, a la que él había querido mucho, se sentó en la silla de ruedas y se echó a llorar.

A la gente le encanta preguntar a los escritores por sus influencias. ¿Crecer en el sur influyó en mi obra? ¿O fue mi temprana obsesión por Saul Bellow? ¿Me consideraba una escritora católica? ¿Una escritora para mujeres? La respuesta es que, como escritora, soy ante todo la hija de mi padre. No he actuado tanto por el deseo de complacerlo como por el deseo de no ofenderlo, y la verdad es que esas limitaciones han alterado poco mi obra. He encontrado un montón de cosas de las que escribir que no eran el tabaco, las palabrotas o el sexo. Con el tiempo y la energía que así ganaban, mis personajes salían a conocer el mundo.

Antes de que muriera, me planteé cómo sería escribir con la conciencia de que sus ojos no volverían a leer mis textos. Mi padre seguía vivo cuando escribí *Comunidad* y, de nuevo, estaba segura de que no terminaría la novela hasta después de su muerte. Esta vez tuve razón.

Quería a mi padre y deseaba que viviera cada minuto que su cuerpo pudiera proporcionarle. Él no quería morir. Aun así, tras su muerte, empecé a escribir con una libertad que no había conocido antes. Yo tenía ya cincuenta y un años. Escribí sobre California, el divorcio y los policías, los segundos matrimonios y los hijastros. Escribí sobre unas personas que eran como mi familia pero, al mismo tiempo, no se parecían en nada a mi familia. Había llegado el momento de derribar los muros y dejar que mi historia fluyera hacia donde quisiera. Había sido una buena hija y mi padre había sido un buen padre. Me había ayudado en todo lo que sabía. Echaría de menos sus consejos, incluso los que me irritaban. Su muerte marcó un avance en mi desarrollo como escritora, pero si pudiera elegir entre el libro o mi padre, preferiría tenerlo a él.

## O NO

Justo después de Año Nuevo, en 2012, me encontré en Costco con mi amiga Felice. Me preguntó cómo iba todo y se lo conté.

—Mi padre se está muriendo —le dije. Mi hermana y yo, junto con nuestros maridos, acabábamos de pasar las Navidades en California con mi padre y mi madrastra, y estaba

claro que el párkinson de mi padre, diagnosticado dos años antes, había alcanzado una fase nueva y crítica. Mi hermana, mi madrastra y yo nos escabullíamos para llorar juntas, tan conmovidas estábamos por el hecho de que estuviera muriéndose de verdad. Me quedé una semana más para conseguirles ayuda las veinticuatro horas del día. Mi madrastra ya no podía levantarlo de la cama sola, sentarlo e incorporarlo del inodoro o meterlo y sacarlo de la ducha.

En Costco le dije a Felice que haría todo lo posible para ayudar a mi padre, pero que no iba a estar triste.

—Todavía está vivo —le dije, imaginando entonces que podría durar unos meses más—. He decidido esperar y sentirme fatal cuando ya esté muerto.

—O no —dijo alegremente, y me dio un abrazo.

*O no*. Esas dos palabras me siguieron durante los tres años siguientes; mientras mi hermana y yo nos alternábamos, todos los meses, para viajar a California; mientras yo aceptaba todo el trabajo extra que podía encontrar para pagar los tremendos costes del cuidado en casa; mientras hacía las tristes llamadas telefónicas diarias. Cuando mi padre ya no podía sostener el teléfono, mi madrastra lo ponía en la modalidad de manos libres, y, cuando apenas pudo hablar, hablaba solo yo. Cada vez que lo visitaba estaba un poco más helado, los músculos le hervían bajo la piel. En los últimos meses de vida le gustaba ir de la mano, y cogérsela era como sostener una bolsa de tela llena de abejorros.

Los cuidados médicos de mi padre no incluían ni una sola medida heroica: ni sonda de alimentación ni respirador. Algunas de las píldoras que tomaba lo aliviaban durante unas horas, pero ninguna mejoraba o ralentizaba el avance de la enfermedad. Pero lo que le faltaba a mi padre en cuanto a medidas heroicas se compensaba con valentía, sobre todo por parte de mi madrastra, que lo cuidaba en casa con un amor y un ánimo incansables. Incluso con ayuda, sus cuidados eran una ocupación a tiempo completo, y yo sabía que sin ella habría sido un trabajo a tiempo completo para mí o para mi hermana. Mi padre, atado a la silla de ruedas, no dejaba de exigir en un susurro que quería ir a la ópera, al cine, a su

reunión semanal del Rotary. Ella le cepillaba el pelo y los dientes, le estiraba los miembros doblados, lo mantenía limpio. Le cortaba la comida en bocados cada vez más pequeños y se la daba poco a poco, una tarea peligrosa, ya que era propenso a atragantarse.

Me equivoqué cuando le dije a Felice que esperaría hasta después de su muerte para sentirme triste. Estaba triste por mi padre todo el tiempo. Cuando cerraba los ojos por la noche, lo veía amarrado a una balsa en un mar azotado por la tormenta: lluvia oscura, olas oscuras, mi padre estrellándose una y otra vez mientras esperaba el momento de ahogarse. Había estado trabajando treinta y tres años en la Policía de Los Ángeles. Fue el hombre que detuvo a Sirhan Sirhan la noche en que Bobby Kennedy fue asesinado. Tras su jubilación, hacía ejercicio tres horas al día. Cuando tenía casi ochenta años y le diagnosticaron párkinson primero y luego la parálisis supranuclear progresiva, todavía era capaz de hacer cien dominadas.

En el último año de vida de mi padre, volví a leer las novelas de «Conejo» Angstrom de Updike. No podría explicar por qué, solo que me apetecía. Llegué al final de *Conejo en paz* justo cuando el avión aterrizaba en San Diego. Las cosas estaban mal y mi hermana y yo volamos juntas para despedirnos. ¿Cuántas veces habíamos ido ya a despedirnos? Cerré el libro y puse en marcha el teléfono. Escuché un mensaje de Karl diciéndome que mi padre había muerto. Lo que sentí al escuchar la noticia fue alegría.

Le había dicho a Felice que ya me sentiría mal cuando mi padre muriera. «O no», contestó ella.

El cuerpo de mi padre todavía estaba en casa cuando llegamos. Mi madrastra, llorando en una habitación llena de amigos, dijo que quería que estuviera todavía presente cuando llegáramos. Mi hermana y yo entramos juntas en el dormitorio y allí estaba él, con la cabeza echada hacia atrás sobre la almohada, los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta. Besamos su preciosa cara, lloramos y nos abrazamos y luego volvimos a mirarlo.

Algo raro estaba pasando.

—Parece que esté a punto de contar un chiste —dije, mirando de cerca. Mi hermana, que es más tierna que yo, de lágrima más fácil, se inclinó hacia él.

—Papá —dijo en voz baja—. Di algo gracioso.

Cuando fuimos a sentarnos entre la gente que lloraba en la otra habitación, me quedé atónita por la explosión de felicidad que me recorría el pecho. Por supuesto que me alegraba por mi padre, por el fin de su sufrimiento, de que hubiera abandonado por fin la balsa, pero era más que eso. Me alegraba por mi madrastra, aunque la tuviera a mi lado, destrozada, porque todavía estaba sana y era joven. Con el tiempo volvería a salir con sus amigas, a viajar, a leer un libro, a perder una tarde mirando zapatos. Me alegré por mi hermana y por mí misma de que todo el tiempo y el dinero extra que teníamos ya no desapareciera en nombre de la devoción filial. No se trataba de si quería o no a mi padre. Sí lo quería. Era valiente, divertido e inteligente. También podía ser difícil, incluso cuando gozaba de plena salud, y a menudo me sacaba de quicio, igual que yo podía ser difícil y sacarlo de quicio. Al fin y al cabo, era su hija. Me alegraba por todas nosotras de que aquella horrible lucha que se había extendido más allá de las expectativas más irracionales hubiera terminado por fin. Me esforcé por no parecer radiante.

Me quedé una temporada en California para hacer compañía a mi madrastra. Confesé a unos pocos amigos que me sentía feliz y, en su mayoría, se apresuraron a asegurarme que pronto me sentiría desconsolada. Lo decían amablemente. Al utilizar las palabras muerte y alegría en la misma frase, había ido mucho más allá de los límites del «Ha pasado a mejor vida». Querían que supiera que más adelante tendría la oportunidad de redimirme a través del sufrimiento.

—Es como cuando organizas una cena —dije—. Y a las once los invitados se levantan por fin para irse. Los platos siguen en la mesa, las sartenes están en el fregadero, tienes que ir a trabajar al día siguiente, pero los invitados se quedan un buen rato en la puerta despidiéndose. Te cuentan otra historia, alaban tus habilidades como cocinera, vuelven a buscar los

guantes. Y te pasas así cuatro años.

A menudo me he preguntado por qué las personas que parecen más seguras de la existencia de Dios son las que quieren mantener el respirador conectado. Si uno está seguro de que Dios espera a su padre, ¿no querrá que se marche? ¿No querría que se fuera aunque no creyera en Dios, porque la muerte es la culminación de nuestro propósito aquí en la tierra? Ha terminado su trabajo y ahora es libre de enviar sus átomos de vuelta a la tierra, al mar y a las estrellas. ¿No es maravilloso?

Como casi todo el mundo, he vivido momentos de dolor. Cuando el marido de mi hermana murió inesperadamente a los cincuenta y nueve años, caí en un foso con mi hermana y el resto de la gente que lo quería. Pero en el caso de mi padre, hacía mucho tiempo que se había ido. Nos había dicho lo mucho que nos quería y nosotros le habíamos dicho lo mucho que lo queríamos, una y otra vez, hasta que no hubo nada más que decir.

Solo una cosa más: papá, hay alegría en el lugar que dejaste.

# Lo que la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras me enseñó sobre la muerte

En 2005 fui a la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras porque gané un premio de literatura, y la ceremonia de entrega del premio iba acompañada de la invitación a la comida previa. Los premiados podían llevar un acompañante y yo invité a mi amigo Patrick Ryan. Fuimos en metro desde la calle 14 hasta la calle 155, él con un traje de verano y yo con mi mejor vestido.

No soy neoyorquina ni mucho menos, y el barrio de Washington Heights me resultaba desconocido. El edificio estilo *beaux arts* de la Academia, el cementerio Trinity en la ladera y, a lo lejos, la vista del río Hudson me hicieron sentir como si hubiéramos cogido el tren en Kansas y hubiéramos emergido en el país de Oz. Escritores, artistas y compositores venían hacia nosotros desde todas las direcciones, autores cuyas obras habíamos aprendido de memoria y cuyos rostros reconocíamos. El día era ventoso, y Patrick y yo estábamos tan nerviosos que nos cobijamos bajo unas escaleras laterales del enorme edificio para fumar. Al terminar el cigarrillo, habíamos recuperado el valor.

Atesoro el recuerdo de ese momento concreto con cariño porque aquel iba a ser el verano en que dejaría de fumar definitivamente. Después de aquel día también se acabaron los cigarrillos para armarme de valor delante de un elegante cementerio.

Antes de llegar, sabía muy poco de la Academia. No tenía ni idea de cómo funcionaba. En el mostrador de inscripción, di mi nombre y recibí un programa y el número de nuestra mesa. Alguien me presentó a Tony Kushner. ¡Tony Kushner! Mientras

le estrechaba la mano, le pregunté si también había ganado un premio. Me dijo que no, que iba a ser investido.

—¿A mí también me van a investir? —pregunté. Todos los que estaban a mi alrededor se echaron a reír. ¿De verdad era tan graciosa? Me habían invitado a pasar la tarde, no a quedarme.

Patrick y yo fuimos a buscar nuestra mesa como si fuéramos un par de estudiantes de secundaria que se hubieran colado por arte de magia en la cafetería del MIT. Encontramos la mesa y luego vimos las tarjetas que indicaban nuestro sitio. Me sentaron junto a John Updike.

Cuando era joven leía los libros que tenía al alcance de la mano, no los que eran adecuados para mí. Leía lo que mi madre y mi padrastro dejaban por ahí, lo que significaba que leía a Updike. Sus frases, sus personajes, sus imperativos llenaron mi cerebro cuando este era tierno e impresionable. Junto con Bellow y Roth, fue mi principal influencia, la persona que me había hecho querer este trabajo, la persona que (yo creía) me estaba mostrando cómo sería la vida adulta, cómo serían el sexo, el amor y el trabajo. Se levantó para saludarme. Nunca había podido imaginar que algún día me sentaría al lado de John Updike en una comida, en el patio de un edificio *beaux arts* bajo una carpa blanca, en una mesa llena de flores. Allí estaban sentados Lore Segal, Calvin Trillin y Edmund White. Updike me preguntó con quién había venido y, cuando se lo dije, le guiñó un ojo a Patrick desde el otro lado de la mesa.

Updike no pudo ser más amable ni más encantador. En medio de una multitud de personas que yo imaginaba que eran sus amigos, se mostró conversador y atento conmigo. Aun así, estaba tensa como una cuerda de violín. Le pregunté por Bellow, que había muerto unas semanas antes. Se encogió de hombros. Dijo que no lo conocía bien. ¿Cómo era posible, cuando los dos habían estado apilados, uno encima del otro, en tantas mesitas de noche de mi juventud?

Cuando ya no pude soportar la proximidad ni un minuto más, cuando tuve miedo de agarrarlo por las solapas de la chaqueta del traje claro que llevaba y gritarle: «¿Pero no sabes

que eres mi dios?», le hice a Patrick un gesto con las cejas. Nos disculpamos por separado y nos dirigimos a lo que parecía ser un salón de baile que nadie estaba utilizando. Gran parte de las obras de arte que colgaban de las paredes las habían pintado las personas que, en ese preciso momento, estaban comiendo bajo la carpa. Patrick y yo nos tomamos de la mano y tratamos de no gritar.

—¡Estoy sentada al lado de John Updike! —susurré como si gritara.

—¡Estás sentada al lado de John Updike! —articuló él, sin producir sonido alguno, como respuesta.

Después de la comida, nos separaron y el personal nos envió en direcciones opuestas: Patrick entró en el auditorio mientras que Updike y yo nos sentamos juntos en sillas plegables en el escenario. Updike iba a entregar mi premio, que consistía en un certificado y un cheque nada despreciable. Allí estaban Joan Didion, Gordon Parks, Chuck Close, Cindy Sherman, John Guare, todos dispuestos en las gradas como si fueran alumnos de una clase de primaria, extraordinariamente dotados, esperando a que los retrataran.

Y entonces alguien nos hizo una foto.

La ceremonia que siguió tuvo una duración épica: se concedieron honores, se distribuyeron medallas por los logros de toda una vida, se pronunciaron discursos. Hacía calor en la sala y, a medida que pasaba el tiempo, el almuerzo iba convirtiéndose en un recuerdo lejano. Desde donde estábamos sentados, veíamos cómo los miembros del público se dormían en las butacas del teatro: familiares, amigos, editores, agentes. Cada vez que se entregaba un premio, Updike comentaba si la entrega del certificado y el cheque había ido acompañada de un beso.

—Mira —decía, inclinándose de lado para susurrar—. La ha besado.

Los doscientos cincuenta miembros de la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras son escritores, compositores, artistas plásticos y arquitectos. El número está limitado a doscientos cincuenta. Cuando uno muere, se proponen miembros nuevos y se vota la admisión. Doce años

después de mi visita, recibí una carta en la que se me informaba de mi incorporación.

Me quedé plantada en la cocina durante un buen rato, mirando el papel que sostenía en la mano. Pensaba en Updike. Después de mi metedura de pata con Tony Kushner, nunca me había permitido preguntarme si algún día me investirían. Pero alguien había muerto y, al hacerlo, había dejado sitio para mí.

La galería de retratos es una gran sala del edificio de la Academia con fotografías de todos los que han sido miembros. Retratos en blanco y negro, en marcos estrechos e idénticos, cuelgan del suelo al techo, de lado a lado, sin un centímetro de espacio entre ellos. Las fotos no están dispuestas por orden de nacimiento o muerte, sino por orden de ingreso, como si ese fuera el momento en que comenzó la vida. La primera vez que estuve en la galería, la recorrí brevemente y me maravilló el montaje, pero cuando volví en 2017, tuve tiempo de hacer un verdadero estudio del lugar. Allí, al principio, en la esquina más alta, aparecía Samuel Clemens, luego Henry James y Edward MacDowell. Los tres se encontraban entre los miembros fundadores de la Academia en 1898. Caminé lentamente por la sala, recorriendo con la vista las paredes de arriba abajo. De nuevo, era una tarde de mayo. Pronto nos llamarían para una comida y una ceremonia. Esas cosas no cambiaban. Hacía doce años que no fumaba un cigarrillo y ya no lo echaba de menos. La gente entraba y salía de la galería, algunos hablaban, otros se quedaban de pie, contemplándolo todo. W. E. B. Du Bois, John Dos Passos, Winslow Homer, Langston Hughes, Randall Jarrell, Georgia O'Keeffe, Eudora Welty, Steinbeck, Stravinsky, Thornton Wilder y E. B. White tenían algo en común: estaban muertos.

Pero entonces encontré a I. M. Pei, que había ingresado en 1963, el año en que yo nací. Todavía estaba vivo. Después de más muertos, encontré a W. S. Merwin, admitido en 1972. Vivo. Luego un muerto, otro muerto, otro y otro, hasta que di con George Crumb, que había ingresado en 1975. Vivo. Después, una mezcla: vivo, vivo, muerto, muerto y vivo. Así

siguió casi igual, entrecortado, durante unos minutos, hasta que finalmente la balanza se inclinó hacia un lado y cada vez había más vivos y menos muertos. Di con John Updike, el gran hombre, cuya obra estaba ya irremediablemente pasada de moda. ¿Había ahora en algún lugar alguna estudiante universitaria que se estuviera formando con las novelas de Conejo? Probablemente no. ¿Podría haber deseado una influencia mejor en mis primeros años de vida, cuando aún era capaz de recibir influencias? Desde luego que no. Ahí estaba Grace Paley, que murió en 2007. Había sido mi profesora en la universidad. Sus historias llenas de activismo práctico son perfectas para estos tiempos, pero ¿quién las lee ahora? Otros dos profesores míos estaban en la pared —Allan Gurganus y Russell Banks— todavía muy vivos. Y por fin llegué al final del repaso y di con los retratos, enmarcados y colgados, del grupo de escritores que iban a ingresar en cuestión de horas: Kay Ryan, Edward Hirsch, Amy Hempel, Ursula K. Le Guin, Colum McCann, Junot Díaz, Henri Cole, Ann Patchett.

Yo. Mi fotografía enmarcada, en blanco y negro, sin la menor duda en el campo de los vivos. La foto que había elegido para enviar era alegre porque alegre me sentí cuando me pidieron una. Enseñaba todos los dientes y desentonaba por completo con todas las fotografías serias y circunspectas que me rodeaban. Si alguien mirara todas esas fotos sin saber quiénes somos, señalaría la mía y diría: «Esa sigue viva».

Pero las matemáticas en esta sala eran ineludibles: doscientos cincuenta asientos ante la mesa y nadie puede quedarse para siempre. Con el tiempo, lo que se considera el centro de la exposición se desplazará y mi fotografía acabará estando en el medio, más cerca del grupo que está mayoritariamente muerto, y luego, finalmente, quedará rodeada de muertos. Morir era el contrato esencial, después de todo. La galería de retratos lo dejaba claro: estoy aquí y voy hacia allí.

En algún lugar sonó una campana. Nos llamaban para ir a comer. Durante una fracción de segundo me pregunté si no había cometido un error al aceptar la invitación, al entregar mi foto. Menuda tontería. Era un día precioso, un día de

celebración. Comimos y luego ocupé mi lugar en las gradas delanteras con los de mi clase.

Poco después de llegar a casa, recibí por correo un sobrecito blanco con una tarjetita blanca en el interior.

> Los representantes de la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras lamentan comunicar el fallecimiento del novelista Denis Johnson, de California, el miércoles veinticuatro de mayo de dos mil diecisiete, a la edad de sesenta y siete años. El Sr. Johnson fue elegido en el año dos mil catorce.

La sencilla formalidad de la comunicación me conmovió y por eso la guardé. Llegó otra en junio: A. R. Gurney había muerto. En julio fue Sam Shepard.

Mandé hacer una caja de madera para guardar las tarjetas. En los años transcurridos desde que me hice miembro, he recibido cuarenta. Ursula K. Le Guin murió ocho meses después de ser admitida y su foto está a un par de marcos de la mía. Philip Roth, que había ingresado en 1970, murió una semana después que Tom Wolfe, admitido en 1999. El impulso humano es buscar algún orden, pero no lo hay. La gente va y viene. Cuando intentas encontrar tu lugar entre todos los vivos y muertos, los números son inabarcables, pero, si te limitas a un grupo fijo —doscientas cincuenta personas, un edificio, una sala llena de fotografías enmarcadas—, no hay engaño posible. ¿Me ha llegado el momento? Puede que sí y puede que no, pero mi momento está llegando y así debe ser. Alguien está esperando que deje un hueco libre.

John Updike murió de cáncer de pulmón en Danvers, Massachusetts, el 27 de enero de 2009, tres años y medio después de que me detuviera por primera vez en lo alto de la calle 155 y contemplara el río Hudson y el verde césped del cementerio Trinity, y tres años y medio después de que me sentara a su lado en el escenario. Si pudiera detener el tiempo, sería para leer todos sus libros: los cuentos y las novelas, la poesía, los ensayos y la crítica, los libros de éxito y los que han pasado sin pena ni gloria, los que he leído ya y aquellos de los que no he oído nunca hablar. Me daría igual lo que han dicho de ellos. Aunque eso fuera lo único que me quedara,

equivaldría a mucha vida.

—Oh —susurró después de una presentación particularmente decepcionante de un premio—. No hay beso.

Cuando dijeron mi nombre, nos acercamos juntos al atril, me entregó el certificado enmarcado y el cheque y luego me besó en la mejilla, como un padre besa a una hija el día de su boda antes de dar un paso atrás.

Ese fue el galardón, no el premio ni la admisión. El día radiante, la vista del río, la ladera del cementerio, el cigarrillo, ese beso.

# Epílogo. Un día en la playa

Todos los días decimos que tenemos que ir a la playa. Lo proponemos nosotras: Patty, Georgienne, yo. Nos sentamos alrededor de Sooki en el sofá y sugerimos un cambio de escenario. ¿No sería bueno salir? Sooki está de acuerdo. Le encanta la playa. Podemos hacer un viaje de chicas, una escapada. Podemos abrigarla y ponerla en el asiento delantero, conducir despacio por las carreteras sinuosas del cañón. Tendremos cuidado, esas carreteras marean a cualquiera. Aunque solo vayamos una hora, merecerá la pena. Patty dice que deberíamos quedarnos a dormir en su casa, pero Sooki no está muy convencida de pasar la noche fuera.

Le digo que podemos dormir las dos juntas en la cama grande de abajo, de manera que, si necesita levantarse por la noche, estaré a su lado. Si necesita una pastilla, allí estaré. Larry, un amigo médico cuya ayuda ha resultado indispensable, podría venir por la mañana y empezar la perfusión. ¡Perfusión en la playa! Suena como si fuera un cóctel. Y lo cierto es que es una especie de cóctel de potasio, magnesio y Zofran. Podríamos pasar una noche fuera y dejar que el marido de Sooki, Ken, descansara un poco. ¿A que sí?

Al final de cada día, Sooki dice:

—Hoy me habría gustado ir a la playa.

Piensa en el mar todo el tiempo, en el mar y en los senderos de la montaña y en los pájaros y en los murciélagos y en los eslizones. Sooki está ligada al mundo natural, y, por muy bonita que sea su sala de estar —con sus paredes azules y cortinas blancas y la luz que entra por tres lados—, merecería la pena disfrutar del sol en la cara.

La playa que tenemos en mente está a solo media hora en coche, pero bien podríamos estar planeando trasladarla a Cap-Ferrat a pasar el verano. ¿Cómo se nos escapan los días? No

hacemos más que esperar las llamadas de los médicos. Esperamos que deje de molestarle la barriga y que se le calme el dolor agudo de la espalda. Esperamos los resultados del laboratorio y la visita matutina de Laura, la amable enfermera a domicilio que trabaja en el turno de noche en una sala de obstetricia antes de venir a ponerle los sueros a Sooki. Nos dice cuántos bebés han nacido la noche anterior.

—¡Cinco! —exclama una mañana al llegar—. No me he sentado en toda la noche.

Su marido la lleva y la espera en el coche porque Laura está demasiado cansada para conducir.

—Hoy vamos a ir de verdad a la playa —dice Georgienne—. Cuando se acabe esta bolsa.

Nuestra fijación con el mar es a la vez hermosa y absurda. Los fluidos intravenosos dan náuseas a Sooki, igual que sentarse, levantarse, hablar. La comida está descartada. Pero una tarde, de repente, dice:

—Vale, vámonos.

Entonces nos ponemos en marcha a toda prisa. Queremos aprovechar el día, conscientes de que hay un millón de cosas que nos pueden detener. Le ponemos medio parche de escopolamina detrás de la oreja y empaquetamos la hidromorfona y las bolsas de plástico azul brillante para vomitar. Echamos en un vaso para llevar la escasa cantidad de batido que intentó, en vano, tomarse para el almuerzo, y nos llevamos la pajita telescópica de acero que le regaló Georgienne. Nos regaló una a cada una. Hicimos turnos para dar masaje a Sooki durante toda la mañana; le frotamos el edema de las piernas hasta que los pies volvieron a parecer pies. Esos pies que habían corrido maratones y habían caminado por senderos y la habían subido y bajado por las interminables escaleras del hospital cuando intentaba aumentar el recuento de glóbulos blancos. Estos pies son ahora como de bebé, tan blandos y redondos que no parecen capaces de sostenerla. Los metemos con cuidado en los zapatos. La llevamos de la mano hasta el coche, una a cada lado.

Treinta minutos después, estamos mirando las olas, aspirando el aire fresco del mar. Tiempo atrás, pensábamos

que el triunfo era vencer el cáncer de páncreas recurrente. No buscábamos la remisión, sino la curación total. Más tarde, pensamos que el triunfo sería aguantar unos cuantos años más. Pero ese día sabemos que el triunfo es llegar a la playa. Sooki ha logrado este singular acto de heroísmo y estamos muy contentas.

Sooki tiene puestas las gafas de sol. Patty arrastra una tumbona y envolvemos a nuestra amiga en mantas peludas hasta que parece una pequeña estrella de cine haciendo una travesía transatlántica de incógnito. Llega la amiga de Sooki, Jill, y luego el marido de Jill, Sparky; nos sentamos en círculo alrededor de la tumbona y reímos. Sooki nos ha dicho más de una vez que, aunque esté callada, le gusta oírnos hablar. Le gusta el sonido de nuestras risas. Pero ni siquiera es ese el motivo: reímos porque somos felices. Sentimos que nos hemos liberado de algo. Hemos conseguido dejar de lado la tristeza durante un par de horas y venir a la playa, y eso es lo más parecido a un milagro que podemos alcanzar en este momento. Este grupo está unido por nuestro deseo de mantener a Sooki en vilo, de elevarla hacia el sol. Soy la nueva amiga y a nadie le importa. Todos han sido muy acogedores. Cuando me vaya, llegarán más amigos, más familia, y después vendrán más amigos, hasta que se acaben los días. John, el marido de Patty, cruza la playa con una guitarra y se sienta en una silla a los pies de Sooki, de espaldas al mar.

—Voy a cantarte una canción —le dice—. He estado practicando.

Y entonces empieza a cantar: *Close your eyes and I'll kiss you, tomorrow I'll miss you.*

No sé cuántas veces me ha sucedido: estoy bien y, de repente, siento una grieta tan grande en el pecho que creo que me voy a tumbar en la arena y no me voy a levantar nunca. El mismo pensamiento nos recorre a todos, siento que nos une el dolor como si nos cosiera una aguja brillante, pero, a pesar de todo, cantamos el estribillo porque es lo único que sabemos hacer.

*All my loving, darling, I'll be true.*

Si alguien me hubiera preguntado, habría dicho que ese

viaje a la playa iba a ser la última vez que Sooki saliera de casa. Faltan dos días para la inauguración de la exposición con su obra en la ROSEGALLERY de Santa Mónica y nadie cree que pueda ir. Sooki, Jill y yo hemos grabado una charla en Zoom para el caso probable de que no pueda asistir. Lo han organizado todo para que Sooki pueda verlo desde el sofá. Sus dos hermanas vienen en avión desde la Costa Este con su madre, que tiene noventa y cinco años. La hija y el yerno de Sooki estarán allí, su hijo y su nuera, sus dos nietos. Patty trae un elegante mono negro para que se lo ponga Sooki, de talla superdiminuta, que cuelga como una sombra detrás de la puerta del salón. Ken se prueba el abrigo informal y la camisa azul que piensa llevar al encuentro, y todos comentamos que el color de la camisa resalta el de sus ojos. Sooki tiene los ojos cerrados.

Pero cuando llega el momento, Sooki está despierta. Bucea en su interior y encuentra una nueva veta de recursos internos. ¡Recursos internos! ¿Qué fuerzas pueden quedarle? Durante tres años de enfermedad, ha estado buscando en su interior: su fuerza y su voluntad, el poder de la mente sobre la materia. Sigue adelante tomando prestado de sí misma, tomando prestadas unas reservas que ya no tiene. Sooki se levanta del sofá y se maquilla los ojos. Se pone el abrigo de terciopelo bordado con peonías y Ken la lleva a la galería de arte con su madre y sus hermanas.

Jill le había dicho a Sooki meses atrás que debía pintarse un autorretrato con ese abrigo, y Sooki lo había hecho. Ahí está cuando llegamos, colgado en la pared de la ROSEGALLERY. Sooki la artista, la exquisita *hipster*. Lleva puestas las gafas de sol, de cara al espectador, mientras un pájaro exótico de colores brillantes vuela por el borde del lienzo detrás de ella, un trozo de su propio ser deslumbrante que se ha escapado y ha salido volando.

Rose, la galerista, ha colocado dos cómodas sillas en un rincón para que Sooki y su madre puedan sentarse y recibir a la gente, a la multitud. Reciben todos los abrazos y apilan los

ramos de flores en la mesilla que hay entre ellas. Me gustaría decir que durante dos horas Sooki parece estar tan bien que nadie diría que se está muriendo, pero todo el mundo lo sabe. La gente forma una fila para declararle su amor y luego va a examinar los cuadros: las amapolas de color naranja brillante del Parque Estatal de Topanga después del incendio, a su nieta Anja avanzando a grandes zancadas, a su nieto Oliver leyendo un libro. Hay cuadros de murciélagos, de la costa de Malibú, de dos búhos brillantes, de Ken sentado frente a su casa. He visto todos estos cuadros antes, pero, al verlos juntos en las paredes, comprendo la enormidad de lo que vamos a perder: el color, la imaginación, esa mirada tan singular.

Le pregunto a Rose si va a pronunciar unas palabras y me dice que hay demasiada gente. Sería incapaz de conseguir que todos callaran. Le sonrío y alzo la voz como si fuera la directora de una escuela católica, como una madre superiora.

—¡Atención! —grito, e inmediatamente cambian de postura, todos los rostros se vuelven como uno solo hacia nosotras—. Por favor, prestad atención. Estamos todos aquí para rendir homenaje a Sooki.

Soy especialista en conseguir que se haga el silencio en una sala.

Rose dice unas palabras y yo también, con Sooki de pie entre nosotras. Entonces Sooki alza la voz y todos se quedan inmóviles, conteniendo la respiración para escuchar. Alza la voz, igual que alza el vuelo el pájaro que se eleva sobre el hombro de su abrigo con peonías.

—No puedo expresar lo que significa que estéis todos aquí, que estéis en mi vida celebrando este momento —dice—, celebrando los años que hemos pasado juntos. Habéis sido una parte muy especial de mi vida, de verdad. Y, de corazón, gracias.

Y entonces los presentes en la galería aplauden y aplauden sin parar. La vitorean y los vítores se hacen más fuertes. Sooki, que ha pasado gran parte de su vida oyendo aplausos dirigidos a otras personas, se encuentra ante un estruendo dedicado únicamente a ella. Se lleva la mano al corazón y acepta encantada lo que le ofrecen.

Al final de la noche, me despido de mi amiga. Eso era lo que habíamos planeado: me iría después de la inauguración, cuando llegaran su madre y sus hermanas. Como si hiciera una entrega. Nos abrazamos en un rincón y luego nos soltamos. Ya nos habíamos despedido antes para siempre. Sabemos cómo se hace. Mi amiga Maile ha venido a la exposición a recogerme, me siento en su coche y me echo a llorar.

Y ese sería el final de la historia si no fuera porque, mientras estoy en casa de mi madrastra, a dos horas de distancia, mis planes de viaje cambian. Resulta que, después de todo, tenemos unos días más, días preciosos que nadie esperaba, y por eso vuelvo. Judy, la hermana de Sooki, se ha llevado a su madre a Nueva York, pero su hermana Ruthie ha decidido quedarse. En cuanto estoy de nuevo en la casa, empiezo a darle a Sooki un masaje en los pies. Se ha debilitado notablemente en los pocos días que he estado fuera. Ha perdido fuerzas, aunque hubiera jurado que ya no había nada que perder.

—Vamos a la playa —dice Patty en mi último día. Esta vez es el verdadero último día. Me alojo en casa de Patty.

—¿En serio? —pregunto.

—Vamos —dice Sooki.

Ahora todos sabemos cuál será el final, lo sabemos desde hace tiempo. Si pudiera cambiarse un final mediante una planificación estratégica o la fuerza de voluntad o el puro amor a la vida, las cosas serían diferentes, pero esto no puede cambiarse. Sooki ha hecho todo lo que se podía hacer. El milagro es que hemos conseguido volver a la playa, Patty y Georgienne y Larry, Sparky y Jill, la dulce Ruthie. Envolvemos a Sooki de nuevo. Cantamos *Harper Valley P.T.A.* y nos hacemos reír unos a otros. Escribimos las cartas importantes que hay que escribir y también nos hacemos llorar unos a otros. Asimilamos la plenitud del día y la alegría de estar juntos y agradecemos cada segundo hasta que llega la hora de irse.

Me despido de Sooki en el camino de entrada de su casa.

—Nos despedimos una vez más —digo. Por una vez, hago un esfuerzo por no llorar, o por llorar menos.

—Sigamos despidiéndonos —dice ella—. Toda la vida.

Sooki Raphael, nacida el 13 de junio de 1955, murió el 25 de abril de 2021.

# Agradecimientos

Los ensayos de esta obra han aparecido con algunas variaciones en las siguientes publicaciones[22]:

«Tres padres», «El arte de tirar cosas» y «Plan de vuelo» aparecieron originalmente en *New Yorker.*

«La primera cena de Acción de Gracias», en el *New York Times.*

«El tatuaje de París», en *An Innocent Abroad,* edición de Don George.

«Un año sin compras», en el *New York Times.*

«El siervo inútil», en *Not Less than Everything,* edición de Catherine Wolff.

«Homenaje a Schulz», en el *Washington Post; The Peanuts Papers,* edición de Andrew Blauner.

«Introducción a Eudora Welty», en *The Collected Stories of Eudora Welty,* reimpresión.

«Cómo hacer punto me salvó la vida (dos veces)», en *Knitting Yarns,* edición de Ann Hood.

«Tavia», en *Real Simple.*

«Un billete de avión con un año de validez», en *The Lonely Planet Travel Anthology,* edición de Don George.

«El momento en que nada cambió», en el *Wall Street Journal.*

«Una conferencia en la Asociación de Decanos de Escuelas de Posgrado en Humanidades», conferencia pronunciada en Nashville.

«La mesilla de noche», en The Eudora Welty Lecture.

«En cubierta», en la edición de *The Dutch House [La Casa Holandesa]* (edición especial de Waterstones).

«Leer a Kate DiCamillo», en el *New York Times.*

«Hermanas», en el *Washington Post,* 10 de mayo 2019; *Apple, Tree,* edición de Lise Funderburg.

«Otras dos cosas que quiero contar de mi padre», en «The Editor», Powell's Books Blog, y «O no», en el *New York Times.*

«Estos días preciosos», en *Harper's Magazine.*

---

[22] Todos los textos están inéditos en castellano. *(N. de los T.)*

# Índice

Introducción. Los ensayos nunca mueren

Tres padres

La primera cena de Acción de Gracias

El tatuaje de París

Un año sin compras

El siervo inútil

El arte de tirar cosas

Homenaje a Schulz

Introducción a Eudora Welty

Plan de vuelo

Cómo hacer punto me salvó la vida (dos veces)

Tavia

Aquí no hay niños

Un billete de avión con un año de validez

El momento en que nada cambió

La mesita de noche

Una conferencia en la Asociación de Decanos de Escuelas de Posgrado en Humanidades

En cubierta

Leer a Kate DiCamillo

Hermanas

Estos días preciosos

Otras dos cosas que quiero contar de mi padre

Lo que la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras me enseñó sobre la muerte

Epílogo. Un día en la playa

Agradecimientos

Créditos

Título original: *These Precious Days*

*La elefanta del mago*. Copyright del texto © 2009 by Kate DiCamillo.
Copyright de las ilustraciones © 2009 by Yoko Tanaka. Reproducido con el permiso de la editorial Candlewick Press.
Extracto de *La elefanta del mago,* de Kate DiCamillo, reproducido mediante acuerdo con Brilliance Publishing, Inc.

«Eudora Welty, An Introduction» [Una introducción a Eudora Welty] reproducido con el permiso de Eudora Welty LLC a cargo de Massie & McQuilkin Literary Agency.

Edición digital: 2023

Copyright © 2021 by Ann Patchett
© de la traducción: Carmen Francí y Arturo Peral, 2023
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-1148-222-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.